



DREAMERS

moja tus sueños
en café y
despiéntalos

ANA IDAM

Susul



DREAMERS

moja tus sueños
en café y
despiéntalos

ANA IDAM

DREAMERS



Copyright © 2020 Ana Idam
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798616312082

Índice

Prólogo

Sinnerman

De gestora a barista

Helter Skelter

Pimientos rellenos

Wicked Game

Marta la Cuentacuentos

Bird of Prey

Cine

Canción contra la indecisión

¿Qué yo?

Je veux

Montaña rusa

I put spell on you

Un lugar para todo

See —line woman

Un sobre color manila

Only you

Madrid

You're gonna (...)

Un beso y una fecha

Baby love

Lástima de muérdago, Pilar

And I'm leaving

Día de Reyes

Qué vendrá

Mona

All of the stars

Tatuará mi alma

I want you

Nos dimos espacio, para echarnos de menos

Team A

Glamping y amor

Dreamers

O toda la vida

Comfortably numb

¿Qué está pasando?

Stand by me

Feeling good

Agradecimientos

Acerca de la autora

Para Pablo

Prólogo

Vuelo con la fuerza de mi respiración.

Me elevo por encima del suelo y siento ese burbujeo en el estómago que me hace feliz, que me
llena.

Controlo hacia dónde voy, puedo subir mucho más y pruebo a hacerlo.

No tengo vértigo.

Desciendo despacio y al posar mis pies en el suelo, río a carcajadas.

Esas mismas carcajadas me despertaron, hacía meses que no reía así.

Me levanté y salí de mi habitación. Mi madre me dio un beso en la mejilla y con su mano me
acarició la otra.

—Buenos días, cariño. Qué bonita sonrisa tienes hoy. ¿Quieres que te prepare el desayuno?

Ella, tan protectora, estaba encantada porque parecía haber recuperado a la adolescente que
perdió cuando me fui a la universidad.

—No, gracias, mamá. Yo me lo hago.

Su felicidad empataba con la mía, verme así le curaba todo, y supe que en breve mi padre se enteraría de que me había levantado sonriendo.

Me preparé un café con leche y con espuma, la cafetera que mis padres se habían comprado era una gozada, y le añadí canela y cacao, además del azúcar moreno.

Decidí que me lo tomaría en mi habitación, despacio, mirando el proyecto que quería desarrollar con la determinación de hacerlo realidad.

Quería dejar de soñarlo, quise vivirlo.

Sinnerman

Lío dos cigarrillos, uno lo dejo sobre la mesa del salón y el otro lo enciendo dándole una calada y disfrutando del gusto dulzón.

Mi abuela llega con las dos tazas de café solo de máquina, pero descafeinado.

Se sienta; le doy al *play* del mando a distancia y *Sinnerman*, de Nina Simone, empieza a sonar con su ritmo rápido y pegadizo. La voz de esta mujer hace que te transportes al antro *jazzístico* con más clase de la profunda Nueva Orleans.

Observo a mi abuela cerrar los ojos mientras da una calada a su pitillo, el único que se fuma a la semana, y lanzar el humo al espacio del salón. Coge la taza, no le echa azúcar, y se toma el café, caliente y amargo, de un solo trago. Se sienta recta sobre el viejo sofá Chester oscuro de tres plazas y disfruta del cigarro y de la música.

Durante los diez minutos que dura la canción sé que no vamos a hablar, es casi litúrgico, es lo que hacemos todos los domingos después de comer, y es un momento en el que interrumpir su tren de pensamientos secretos, que debe de desatar este ritual, no está contemplado.

Entre calada y calada doy sorbos a mi café que, a pesar de no tener la droga a la que estoy enganchado, me sabe muy rico porque desata el amor puro que siento por mi abuela, los sabores que me recuerdan que ella siempre está a mi lado. Ese café que antaño era cafeinado y que empecé a tomar desde que cumplí los dieciséis años, porque la señora Andrés decidió que, bajo su techo, los domingos su nieto también tomaría café.

En medio del éxtasis en el que acaba la canción, mi abuela coge mi mano que he dejado, premeditadamente, sobre el sofá y a su lado, y la aprieta con cariño. Con la última nota, cerrada a golpe de platillo, abre los ojos y me sonrío.

—Este jodido café sabe a poco. —Su frase da el pistoletazo de salida a nuestra conversación, creo que es el único taco que le he escuchado decir, y siempre va dirigido al café.

Sonrío de lado. Ya no hay cigarros, ya no hay brebaje descafeinado, ahora Nina canta y nosotros nos permitimos el lujo de hablar por encima de su voz grave y ligeramente áspera.

—No está tan mal —contesto, y observo un parpadeo en ella que hace que se me frunza el ceño—. ¿Va todo bien?

No he notado nada en la comida, nada excepto que ha esquivado mi mirada en un par de ocasiones.

—Sí... va todo bien, Martín.

Se queda observando la nada e inspira con profundidad, moviendo su pie al ritmo del piano de *su negra*, como ella la llama.

—Tu madre ha llamado —dice, y mira el paquete de tabaco sobre la mesa.

«No, abuela, no todo va bien», pienso con amargura.

Sus palabras crean un nudo en mi estómago, como si mi digestión, mis órganos en general, se hubieran parado.

—¿Dinero?

—Sí... Supongo. —Hace una parada dramática—. Quiere verte.

Me mira con preocupación. Pasamos más de un minuto escuchando la música; en realidad

apostarí a que ninguno de los dos sabe lo que Nina está cantando.

No sé qué pensar al respecto, miro un punto fijo y espero a que ella diga algo porque he aprendido a que, sobre su hija y las decisiones de esta, es mi abuela Elisa la que manda, y la mayoría de las veces no me consulta. Creo que ha llegado un momento en que el apelativo de madre, que usa para hablarme de ella, no lleva el peso real. Es más su hija que mi madre y es muy consciente de eso.

No tengo problema con ello, es más, lo siento igual, aunque a veces, solo a veces, joda.

—No puedo prohibírselo, Martín. Ya no —dice rompiendo mis pensamientos sobre la nada, y la luz de sus ojos se torna triste, como un grito ahogado que explica desesperado que ya no puede protegerme de ella.

—No quiero que lo hagas. Si viene y me busca dile dónde encontrarme.

El rictus se me ha quedado tan serio como la sensación de parálisis que siento en mi interior. La palabra «prohibir» suena a que ella ha sido el escudo entre nosotros y no quiero que eso vuelva a pasar.

—Le daré la dirección de tu casa, no quiero que monte un numerito en el estudio.

No me ha soltado la mano y me la aprieta de nuevo. Siento sus huesudas articulaciones y el calor de su piel suave. La miro, y sus ojos, que ya no me esquivan, están llenos de preocupación.

—¿Está mal? —lo pregunto con cautela, en voz baja, ronca, rara, como si por una grieta se hubiera escapado uno de los sentimientos que me provoca; una emoción que me resulta hasta desconocida de lo guardada que la tengo.

—Seguro, no tenía la misma voz que hace dos años. De todas formas, es fácil que no venga, ya sabes que la última vez también dijo que quería verte y no apareció.

Esa última vez está dentro de estos dos últimos años, el tiempo que hace que no la veo y desde que me emparapeté tras un muro que me juré no derruir. Hace dos años... Sí, hace ese tiempo reventó nuestras esperanzas, las mías las dinamitó.

—Bueno, se acerca mi cumpleaños, quizá haya decidido que es un buen momento.

«Como siempre», pienso con amargura.

Silencio.

Nina.

Mi abuela suelta un suspiro que encierra vida y dolor.

—Lía otro cigarrillo a esta vieja, Martín. —Me suelta la mano después de apretarme otra vez.

Sonrío con pocas ganas, abro la funda de cuero, saco dos papelillos y, sin advertirle que no debería fumar más, hago lo que me pide.

«No por mucho madrugar...», es una especie de mantra que cuando no me quedan más cojones que hacerlo, se repite solo en mi cerebro a medio gas.

Camino oculto bajo mis gafas de sol, me he puesto la cazadora vaquera, que mi abuela quiere que tire ya, sobre una camiseta de manga corta. Hace un poco de fresco, ya se nota que el otoño se acerca, pero confío en la benevolencia de los últimos otoños de esta ciudad, y sigo empeñado en no abrigarme demasiado.

Si mi abuela me viera y echara uno de sus vistazos de arriba abajo, me encontraría con una reprobación muda en sus ojos, las botas negras de cordones, según ella, no se corresponden con lo poco abrigado que voy.

Ese pensamiento me lleva a preocuparme por cómo habrá pasado la noche.

Tiro el cigarro de liar en la puerta del estudio. Necesito más café, pero antes voy a activar las

salas, encender ordenador, luces y a ponerlo todo en orden.

Cuelgo el cartel de «vuelvo en cinco minutos» y con mi vaso térmico me dirijo al bar que tengo enfrente, no es que me guste mucho el café que hacen, pero se me ha roto la cafetera de cápsulas y es lo más a mano que tengo. Debo arreglarla o comprarme otra, y hacerlo cuanto antes, que llevo un verano procrastinando a tope y eso no puede ser.

—Pues no sé si eso tendrá mucho éxito. —Uno de los parroquianos fieles y madrugadores está hablando con el dueño del bar.

—Si no eres de leer, no sé a qué hostias vas a meterte allí —le contesta echando una mirada de desdén hacia la ventana.

Están hablando del nuevo café biblioteca de la esquina. Siento curiosidad, quiero saber si ya lo han abierto. No voy a preguntar de ninguna manera si es así, el odio que han destilado hacia el local en estas últimas semanas es un aviso de lo que puede pasarme si trato de averiguar algo. Quién sabe si el carajillo caliente del cliente temprano pueda terminar sobre mí.

Doy las gracias, le pago con las monedas justas y salgo por la puerta. Antes de irme hacia el estudio me asomo a la plaza y veo que, en la esquina, la que ha estado de obras estas semanas, la «Cafoteca de los Sueños» está, efectivamente, abierta.

Con ese nombre me hace pensar que el café va a superar con creces al que llevo atesorado en mi cofre. Y me parece una coincidencia curiosa que tenga la palabra sueños en él.

Observo el local de grandes ventanas donde traslucen un montón de estanterías, sillas, sofás y mesas. Mi mirada vuelve al vaso entre mis manos y la realidad, con el tema del material que necesito pedir y el inventario que me queda por hacer, me golpea. Quizá el tercer café de la mañana lo tome allí, en una de sus mesas.

Termino el boceto del globo aerostático con el sol y la luna. Es para una chica que lo quiere en su costado; vendrá el viernes por la tarde. Estoy satisfecho, borro una línea que no me convence y la redondeo un poco más. Listo.

Miro la hora y me doy cuenta de que mi nivel de cafeína ha descendido de forma notable, necesito gasolina para continuar. Pero antes llamo a mi abuela que, sin preguntarle nada, ya me tranquiliza con una carcajada entrañable, de esas que me transportan a mi infancia con ella.

Salgo de la sala y mi amiga, que viene en las horas más centrales del día, está en la entrada tras la mesa de recepción.

—He enviado ya el pedido, hasta el lunes no va a llegar, hay varias cosas que no tienen en *stock* —me dice con un boli golpeando su barbilla.

—Ya contaba con ello, no importa.

—¿Te vas ya?

—No, voy a tomarme un café al local nuevo.

—Es divino, Martín... ¡diviiiiino! —dice y me echo a reír por el histrionismo que añade a sus gestos, cierra los ojos y lanza la cabeza hacia atrás—. Este café es de allí. —Me enseña un vaso de papel—. Tráeme una galletilla, por favor, que me he quedado con las ganas.

—¿También hacen galletas?

—Y magdalenas, y bizcochos... ¡Tráeme mejor dos! —me grita justo cuando abro la puerta.

—Me acojonas, Minerva —digo con una carcajada.

—Ojalá dure el local, por favor que la gente acuda en masa allí para que no se cierre.

Niego con la cabeza y sigo riendo.

—¿Vas a comerte tú todas las galletas que te traiga?

—¡No! Una es para Unax.

Me sonrío, se sube las gafas de pasta roja sobre el puente de su nariz y continúa mirando el ordenador.

Salgo del estudio sonriendo, Minerva es un caso, la tía más feliz que conozco a pesar de todo lo que le ha pasado en la vida.

Mientras atravieso la plaza siento el aire más frío sobre mi piel, he salido sin la cazadora y reconozco que no está el día para ir en manga corta.

Acelero el paso y abro la puerta. Nada más hacerlo no solo me da la bienvenida el tintineo suave de un carillón con varias libélulas de metal, el olor a café y a dulce inunda la sala, además de ese aroma especial que confieren los libros, porque hay muchos, muchísimos, no solo en las estanterías, los hay hasta apilados en el suelo, y algunos sobre las mesas. Están en todas partes.

Se escucha Radio3.

Observo que, en la esquina, donde un par de sillones de una plaza rodean una mesa baja, hay dos chicas desayunando, y en otra mesa en el fondo, pegado al ventanal, hay un señor leyendo la prensa.

Me acerco a la barra y me siento, miro la pequeña vitrina alta que tiene llena de pastas, magdalenas, bizcochos y sándwiches. Levanto la cabeza y me encuentro con unos ojos grandes, gatunos, de un azul demasiado claro, casi verde, enmarcados por unas pestañas oscuras que le dan una profundidad que me deja clavado en el sitio. Observo un poco hipnotizado una sonrisa de labios no muy gruesos, el pelo negro azulado y cortado justo por debajo de las orejas, liso...

—Buenos días —su voz me saca del ensimismamiento, su sonrisa real me hace aterrizar de nuevo en la cafetería.

Tengo una necesidad brutal de dibujar esa mirada.

Ella representa en este momento la amabilidad personificada, esa que se destila cuando la emoción te lleva en volandas en tu nuevo negocio o en un trabajo que te encanta. Si esta va a ser la carta de presentación del local, ya no solo incentiva el café o los libros, ni siquiera las galletas...

—Buenos días, un café solo, por favor —correspondo su saludo con otra sonrisa; ella asiente y, cuando se da la vuelta, estrecho la mirada observando su cuerpo alto y delgado, enfundado en unos pantalones negros de cintura muy alta que se le pegan a la piel y con una camisa blanca metida por dentro. Lleva tirantes, le dan ese aspecto masculino a su estilizada figura que provoca, vaya que si provoca. Carraspeo y miro hacia un revistero del cual sobresale la prensa del día. Lo hago con el único propósito de desviar la atención desmesurada que estoy poniendo en ella.

Me sirve el café, dejo de leer algo que no me genera ningún interés, y cuando me sonrío, justo antes de darse la vuelta, mi subconsciente olvida que tengo que llevarle galletas a Minerva.

De gestora a barista

—Es mi sueño, papá. Tengo el dinero —se lo dije casi suplicando, a pesar de que sabía que debía de sonar segura.

Si mi padre hubiera sabido lo literal que era la palabra sueño cuando lo dije, habría sido mucho más difícil de convencer, estoy segura.

—No tengo ningún problema en que ocupes el local, Anémona —me contestó con seriedad, y dejó el periódico abierto sobre la mesa baja del salón.

—Pues déjanos hacerlo.

—¿Y si no sale bien? —apuntó con ojo crítico.

—Está equipado para una cafetería —se lo digo como si no lo supiera, pero me he puesto en modo gestora—. Los muebles los pillo en IKEA, los libros serán de segunda mano, he visto páginas donde puedo elegirlos y los precios son muy asequibles —termino muy convencida de mi explicación.

—Es la primera vez que te veo sonreír desde que viniste. —Su pensamiento en alto, con la mirada perdida, hizo que casi me echara a llorar.

Darme cuenta de lo que habían padecido con mi vida me hacía daño, pero no había mejor manera de curarlos que demostrando quién era de verdad.

Mi madre entró en el salón y se puso al lado de mi padre, sin sentarse.

—¿Lo has convencido? —me preguntó.

—¿Ya lo sabías? —Él la miró y frunció el ceño.

—Se ha pasado toda la mañana hablando de esto, Javier.

—¿Y te parece bien?

—La veo convencida, no es ninguna tonta.

—Gracias por lo que me toca —interrumpí y me gané una mirada de advertencia de mi madre, que lejos de apoyarme con esto tras una idea pajarera mía, se pasó el desayuno someténdome a un tercer grado, de tal manera, que lo tenía todo controlado.

Aprobé el interrogatorio de la Gestapo al que ella me sometió, por eso estábamos en ese punto con mi padre delante.

Hice el gesto de la cremallera y tiré la llave imaginaria a mis espaldas. Eso era muy de Pilar, mi hermana siempre andaba haciendo el payaso, y supongo que mi ilusión y mis nervios me llevaron a copiarle la tontada.

—Pónmelo en papeles, hija, en números. Y el local será para ti.

—Y para Pilar, papá, que ya sabes que Pilar, aunque no dé la cara, porque es una cobarde, está en el ajo —apuntillé sin poder ocultar la sonrisa.

—Hazlo —dijo sin levantar la vista del periódico, pero con ese pequeño gesto que auguraba algo bueno.

—¡Hecho!

Salí del salón con la emoción en el pecho palpitando con fuerza y me fui a la habitación a terminar el proyecto que tenía bajo control. Si en algo soy buena es en hacer números.

Hasta las nueve de la noche no asomé la nariz, ni siquiera salí para comer. Mi madre me trajo un pedazo de *quiche* y una manzana, además de un café a media tarde.

A través de internet hice una estimación del negocio, lo tenía muy claro, incluso me aventuré a hacer un plano bastante chungo de lo que recordaba del local de mi padre.

Cené con ellos y, tras el postre, me puse delante de mis padres, apagué la tele, donde debían estar jugando algún partido de fútbol interesante porque don Javier, el futbolero, puso cara de sentir asfixia al ver la pantalla negra, y saqué todos los papeles sobre la mesa, organizándolo para la presentación de mi vida.

Terminé y los animé a la ronda de preguntas.

—¿Sabes manejar esa máquina? —mi madre no preguntó, lo dudó mientras formulaba la cuestión.

—Voy a hacerme unos cursillos de barista.

Mi progenitora asintió satisfecha con mi respuesta.

—¿De verdad? —Mi padre levantó la ceja dudando.

—Pues claro que es de verdad, Javier. Anémona se puede proponer lo que quiera, y si pretende ordeñar café de esa máquina lo conseguirá.

Puse los ojos en blanco mientras discutían sobre mis aptitudes como futura barista, y cuando terminaron y vi que no había ninguna pregunta más, procedí con la mía.

—¿Tengo el local?

Se miraron, mi madre apretó la mano de mi padre y este asintió, aquello hizo que perdiera la cordura de empresaria durante unos largos minutos de besos, abrazos y elogios a los mejores padres del mundo.

—¡Voy a llamar a Pilar! —grité.

—¡Los niños estarán durmiendo! —devolvió mi madre asustada.

Los nervios de la apertura me llevaban en volandas. Admito que siempre me pasa, me superan de tal manera que hasta dejo de comer, y después de la rachita que llevaba con el estómago cerrado gracias a... en fin, para qué hablar del tema, no es que me viniera muy bien. Ni siquiera probé las galletas con chips de chocolate que me trajeron esa mañana de la pastelería de Sol.

Salí del almacén con mi mejor sonrisa y el buen talante que siempre me ha abierto puertas incluso en el mundo de la gestión empresarial, y mientras hacía una nota mental de unos libros que quería sacar sin falta a las estanterías, y que habían llegado esa misma mañana, me encontré con un tipo en la barra que, no puedo negarlo, me impactó.

Anillos bastante gruesos en sus dedos, letras tatuadas en sus nudillos, y más tatuajes salpicando sus manos y brazos. No a lo bestia, no en plan que no cabe ni uno solo más, no... dibujos sueltos y palabras. No puedo recordar más porque dejé de ser tan indiscreta y lo miré a la cara, esa que estaba enmarcada por un pelo hasta la barbilla, rizado y algo alborotado, una barba no muy poblada y una nariz de punta redondita que lucía una argolla.

A ver... no es que a mí me causen rechazo las personas con estas pintas, cada uno con su cuerpo y sus orificios nasales puede hacer lo que quiera, pero es cierto que en mi vida, hasta ese momento, dado mi trabajo anterior y los grupos de gente con los que me había movido, no trataba con personas de esta apariencia.

Mi sonrisa se quedó fijada como si llevara Superglue y fingí que no había hecho un escáner superficial de su cuerpo.

Me pidió un café y me sentí un poco intimidada, no sé si fue su tono de voz, ronco y grave, o

que me miraba con una amabilidad extrema, como si estuviera dándome la bienvenida, como si me dijera «cuenta con mis manos tatuadas». No sé si me explico, estupideces mentales propias, por supuesto.

Solventado el primer tramo con ese chico, me esmeré en hacerle su café solo. Agradecí en silencio que no lo pidiera con leche, me evitaba hacer el ridículo con el dibujo de la palmerita o del corazón que había aprendido hacía dos semanas en mi curso intensivo de barista. Estaba segura de que se habría reído en mi cara.

Pilar entró en la cafetería, el carillón de libélulas sonó con más fuerza, algo normal porque mi hermana es como un torbellino.

—¿Qué tal? ¿Cómo va el temita? —Se sentó dejando una silla entre medio del chico tatuado y ella, y de forma descarada, así es ella, le echó un vistazo.

—Ponme un café *chupiguay* de esos con vainilla o caramelo o chocolate o de todo —me lo pidió mientras sus ojos y su boca empezaron a hacer gestos medio obscenos señalando con movimientos de cabeza al chico de al lado.

Decir que me puse nerviosa es quedarse muy corto, en realidad me dieron ganas de degollarla con una katana, y como eso no era posible le dije:

—Ven a la cocina conmigo y te enseño como se hace, que tú también curras aquí.

—¡Genial!

Se levantó, bordeó la barra y me siguió a la cocina.

—¿A ti se te va la cabeza? —pregunté en un susurro enérgico.

—A mí no. ¿Por qué? —Su cara era genuina, en realidad no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—¿Qué hacías poniendo caretos a uno de los clientes? —pregunté con intención de sonar seria.

—¿No sabes quién es? —se escandalizó.

—No. —Fruncí el ceño.

—¿Tú no has vivido aquí? —Abrió tanto los ojos que casi me sentí ofendida. ¡Parecía que me estaba insultando!

—Pues ya lo sabes, solo hasta los dieciocho. Pilar... —contesté con obviedad.

—Es el chico tatuado. El *Dreamink* —lo dijo como si fuera una respuesta que debería de conocer.

No lo pillé.

—Eso lo sé yo antes de que me lo digas. Lo de los tatuajes, digo. —Alcé las cejas, mostrando la evidencia.

—Ané, en serio, este tío está como un tren, por favor. —Rodó los ojos e hizo un amago de mirar a la barra, la cogí del brazo y paré su movimiento—. ¡Si aunque solo sea de verlo por aquí lo tienes que conocer, del Queru! —susurró con energía.

—Nunca he ido al Queru.

—No hace falta ir allí para saber quién frecuenta el bar, están todos en la calle —el tono de listilla que estaba empleando me enfadó un poco.

—Bueno, pues no voy fichando a sus clientes tampoco —respondí y me crucé de brazos.

—Fue camarero en varios sitios mucho tiempo. Es imposible que no sepas quién es.

Resoplé.

—Pues no lo sé, el caso es que te voy a pedir que te controles, Pilar. —Lancé una mirada seria—. Que pareces una inglesa loca que acaba de aterrizar de despedida de soltera en Salou.

—Aaaay, Anémona... de verdad, qué *ajustá* eres. —Sus gestos y palabras me decían que no iba a apearse del burro—. Suéltate un poco, mujer, que ya no estás con Varo.

Inspiré y traté de serenarme, hacía ya unas semanas que escuchar su nombre no me ahogaba, pero tampoco me gustaba. Lancé una mirada de soslayo y me puse a trabajar, no quería seguir dándole coba.

—Por cierto, cada vez me gustas más con ese color y ese corte de pelo. Te has pasado un poco con el *eyeliner*, pero bueno, ya irás mejorando. —Se acercó a mí y me dio una palmada en el culo.

Abrí los ojos como platos y me volví para mirarme en un espejo, lo coloqué con la intención de no salir de la cocina con la cara llena de mayonesa o sirope o lo que fuera que hubiera estado manipulando.

Me vi, era cierto que me había perfilado los ojos con ganas, parecía una gata. Esa mañana al salir me vi sofisticada, la verdad, pero ahora que Pilar me lo decía...

—Debería quitarme un poco, ¿verdad? —le pregunté con muchas dudas y pensando en si llevaba desmaquillante de ojos en el bolso. Cuando vivía en Madrid ese útil no fallaba en mi minineceser.

—No, no deberías si a ti te gusta así. —Se puso detrás de mí y me abrazó—. Ha sido un choteo, cariño. ¿Hasta qué punto ese imbécil de Álvaro tenía poder sobre ti?

—No digas eso, yo he sido siempre como me ha dado la gana —rebatí en un tono neutro, pero que no quería dejar lugar a dudas.

Y era así, le pesara a quién le pesase.

El carillón de la entrada volvió a sonar y me deshice de mi hermana para salir, tras echarme otro vistazo al espejo, por si había entrado otro cliente.

Pilar salió detrás de mí, cogió una revista y antes de irse hacia una de las mesas me susurró:

—Cuando puedas me sorprendes con un café de esos que tienen de todo un poco, y un cisne. —Me guiñó un ojo; asentí y volví la cara a dos chicos que miraban la vitrina con intención.

—Buenos días —saludé.

—Dos cafés con leche y dos pedazos de ese bizcocho de zanahoria.

Con presteza serví la comanda de los estudiantes y antes de ponerme a preparar el café de mi hermana, que la muy jeta se había sentado como si fuera un cliente más, volví a echar un vistazo al *tatuado*, el chico del que todavía no lo sabía, pero perderme en las líneas de tinta de su piel iba a ser algo así como una obsesión.

—¿Me dices qué te doy? —preguntó haciendo que dejara de mirar sus brazos.

—Claro... —Me sonrojé, me di la vuelta hacia la pantalla de la caja registradora como si tuviera que hacer una cuenta de seis metros y no decirle que el café eran uno con cincuenta.

Más tranquila le dije el precio, él me dejó las monedas justas en la barra y con una sonrisa correcta y el pelo empezando a caerle sobre la cara, se volvió hacia la salida, con una mano lanzó los mechones hacia atrás y salió por la puerta haciendo sonar el carillón de nuevo.

—El *Dreamink* siempre ha levantado pasiones, Ané. Es normal que se te vayan los ojos detrás de su culo.

—Pero ¿qué dices? —Miré escandalizada a mi hermana que, para qué negarlo, me había pillado.

—¿Y mi café?

—Pilar... Entra y prepáratelo tú, que pareces una jefa que no eres —le lancé y me puso cara de señorita Rottenmeier—. Y, por cierto, ese chico no tiene casi culo, así que...

Entré en la barra mientras ella me miró con la boca abierta y fingiendo bochorno.
—¡Qué desfachatez, señorita Ané!

Helter Skelter

Mi abuela, normalmente, prefiere que vaya a su casa a venir a la mía, así que algo tiene que ir mal si me la encuentro en la puerta de la calle mirando el escaparate de la tienda de ropa que tengo debajo de mi piso.

—¿Todo bien, abuela? —la saludo y le doy un beso. Me agacho para llegar a su mejilla arrugada y oler su colonia con toques a lilas.

Ella no me contesta, me mira, estira los labios, cierra los ojos y sube las cejas.

«No, no está bien».

Pienso de repente en su salud y el estómago se me encoge. Saco las llaves del portal y mientras abro, la escucho.

—Mirar el Palacio de los Condes de Gómara, desde aquí, me hace acordarme de cuando iba a trabajar a la fábrica de medias. ¿Sabes que una vez robaron y se llevaron los guantes de algodón?

—Serían ladrones de guantes blancos —digo y le saco una sonrisa, me reconforta, aunque sea efímero.

Me mira y niega apretando los labios, ponerla de buen humor me hace bien. Abro la puerta y le franqueo la entrada para que pase delante, aun sabiendo que a ella no le van estos gestos de caballeros.

—Guarda esto para conquistar, Martín —lo dice con un tono que quiere sonar a reprimenda.

—Ya sabes, abuela, que eso no me va mucho.

—¿Conquistar?

—Y mantener —me río—. La estabilidad es más compleja.

—La vieja abuela no va a conocerte mujer.

—No hables así de ti —la regaña mientras vamos subiendo las escaleras. Hay ascensor, pero es un primero, da más miedo quedarse atrapado en la caja metálica que arriesgarse a ascender dieciséis escalones.

—¿Cómo? ¿Lo de vieja? Si tengo más años que la orilla del río —dice exagerando, y entonces se calla hasta que llega a la puerta. Me mira, espera una respuesta.

—Me refiero a hablar de ti en tercera persona, abuela, queda raro. —Lanzo una pequeña carcajada y me encuentro con un agarrón de moflete cuando pasa a mi lado al entrar en casa.

—¡Canalla! Así no me extraña que no se te acerquen las chicas.

Nos reímos los dos.

—Sí se me acercan.

—Pero no se quedan, y por algo será —zanja la conversación sobre mi soltería y lo hace como si tuviera una tesis completa de por qué su nieto no tiene novia.

Se quita la chaqueta de lana y el pañuelo que lleva al cuello. Este otoño no está siendo tan benévolo como esperábamos.

—¿Quieres un té?

—Sí, pero de esos que no te quitan el sueño, que combatirlo con las pastillas para dormir es una lucha de titanes.

Me meto en la pequeña cocina y pongo agua a hervir. No es que sea muy partidario del té, donde esté el café que se quiten los *aguarruchos*, como los llama mi abuela, pero por ella me tomo lo que haga falta y lo hago muy a gusto engañando a mi mente, como lo hace ella, y simulando que es un café un domingo cualquiera, después de comer.

Me siento a su lado en el sofá y miro cómo echa un poco de azúcar al agua coloreada. Está haciendo tiempo para contarme lo que sea que quiere decirme.

—Anda... hazme un cigarrito, Martí —me pide y lo hago.

No digo nada, ella se tomará su tiempo, reordenará las ideas que tiene en mente y me las contará.

Le paso el cigarro y, cuando se lo pone en la boca, le doy fuego. Mientras da las primeras caladas yo me hago otro.

Trato de disimular, pero la ansiedad por saber lo que tiene que contarme está empezando a agarrarme del cuello.

—Tu madre está en casa.

Los dedos dejan de moverse, el papelillo se me queda pegado a las yemas.

—Quiere verte, Martín, y todavía no me he decidido a darle tu dirección. —Da una calada al cigarro y, tras echar el humo, da un trago al té.

—¿Cuándo ha venido?

—Esta mañana se ha presentado en la puerta.

«Hija de puta», con perdón de mi abuela, pero es lo primero que me sale. Estoy seguro de que ha conseguido alterar la mañana de esta mujer que ahora no sabe cómo contarme las cosas.

—Dale mi dirección, que venga y hablo con ella. —«Y que se vaya por donde ha venido», me lo callo, no deja de ser su hija, pero nos jode la vida cada vez que aparece.

Bloqueo esa emoción que precede al rencor que siento por ella, esa que podría ponerme de rodillas pidiendo que las cosas fueran diferentes.

—Tiene pinta de estar enferma, Martín —dice preocupada, pero no habla sobre mencionarle dónde vivo, no quiere hacerlo.

—¿Hasta cuándo se va a quedar?

Y no sé por qué, pero el hecho de que esté jodida ya no me conmueve como antes. Entiendo, en ese mismo momento, que esté como esté, se encuentre mal o bien, lo que quiero es que lo pase lejos de nosotros, de mi abuela, sobre todo.

—No lo sé. Se ha instalado en tu habitación.

—Cuando te termines el té voy contigo a casa. Querrá dinero.

Quiero controlarme, pero me enfada que Elisa no le haya dado mi dirección directamente para terminar con la pantomima que ha venido a hacer.

—Eso es lo que creo, pero no me ha dirigido la palabra, así que...

Encima está siendo hostil con esta mujer que le ha salvado la vida, a ella y a mí, desde que tengo conocimiento. Tiro el papelillo, del que he hecho una bolita porque no he sido capaz de hacer nada con él por la tensión que me está provocando el tema, y cojo otro con el que, a una velocidad inusual, me lío el cigarro. Lo enciendo y le doy una calada profunda. No me sacia.

En silencio terminamos nuestros té y, cuando no nos queda nada más que apurar, me levanto y hablo:

—Vamos, abuela.

La siento reticente, como si no le importara quedarse en mi casa.

—Si quieres puedes venirte aquí hasta que se vaya. O mejor, que se venga ella —digo

dándole una solución a la incomodidad que muestra ahora con el tema.

Es la primera vez que la veo insegura enfrentándose a su hija, y eso me hace darme cuenta de que los años pasan para todos; para mí que me hacen mucho más frío ante la mujer que me dio la vida, y para ella que va perdiendo fuerza con los numeritos que su hija prepara.

—No, hijo —dice, una vez que se ha puesto la chaqueta; me mira—. No va a saber dónde vives, y yo no voy a dejar mi casa —apunta con determinación férrea.

—Ya veremos —contesto y me pongo la cazadora de cuero marrón, el destemple que me ha provocado saber que esa mujer está en casa de mi abuela no me lo ha quitado ni el té caliente de los cojones.

Entramos en su casa y está todo a oscuras. Ya se va notando más que el día se acorta. No me quito la cazadora, el relente se siente en esta casa antigua de techos tan altos. En breve encenderán la calefacción porque los vecinos de este edificio son mayores y estos pisos son demasiado fríos.

Mi abuela se acerca hasta la puerta de mi habitación y la abre.

—No hay nadie —me informa.

Y a mí me encabrona. No está y no hay manera de localizarla, y la verdad, preferiría dejar esta situación clara lo antes posible, no me gusta que mi abuela tenga que compartir techo con esa mujer.

Se ha largado y no sabemos si volverá, pero odio ver que a Elisa le tiembla la mano mientras sujeta el pomo.

—¿Preparamos cena? —le digo cambiando el gesto de asqueo de mi cara.

—He hecho croquetas de cocido.

—Sabía que la carne de cocido del domingo iba a tener un buen final. —Pongo una sonrisa en mi cara y paso un brazo por encima de sus hombros, la atraigo hacia mí con cariño y beso su cabeza. Qué pequeña la siento.

—Te llevas unas cuantas y las congelas, que tengo demasiadas y al final lleno tanto el congelador que no sé ni lo que hay —protesta como si la culpa fuera mía.

No puedo evitar sonreír, esta vez de verdad.

Salgo de su casa con una bolsa de croquetas caseras. Mi madre no ha llegado todavía, y tampoco podía alargar más mi estancia allí, porque mi abuela ya se ha tomado las pastillas para dormir y ha insistido en que quería meterse en la cama y en que yo debía irme a mi casa.

Camino unos pasos hacia la tarta, o la plaza de los Doce Linajes como se llama formalmente, y miro a todos los lados. No hay nadie a estas horas. Me quedo parado pensando en si esperar un rato más a ver si aparece María, pero lo descarto. Podrían darme las seis de la mañana. Al fondo veo que Rafa camina tranquilo subiendo la calle del Collado. Levanto la mano y me ve. Se acerca, me dice algo sobre sacarse el bono del cine de la UNED, y cuando me habla de tomarnos unas cervezas en el Queru acepto la propuesta, pero después de pasar por casa a dejar las croquetas. No iba a poder dormir de todas formas.

Pongo un pie en la calle y me encuentro con mucho jaleo en la puerta de mi portal. No me acordaba de que hoy es jueves y que el mercadillo está prácticamente debajo de mi casa.

Me llevo el cigarrillo que acabo de liar a los labios y lo enciendo, dándole una calada y disfrutando de ese sabor dulzón tras el café amargo que me acabo de tomar. Me doy cuenta de que no he mirado la cafetera nueva para el estudio. Procrastinación es mi segundo nombre.

Cuando entro a mi trabajo el olor a tinta me recibe, no sé si hoy va a ser un buen día, anoche

no debí de quedarme a tomar esa cerveza de más con Rafa, pero entre sus ganas y las pocas más de irme a casa, estaba cantado.

«Joder, necesito café».

Enciendo las luces y entro a la salita donde está el pequeño ordenador que se conecta al hilo musical. Hoy necesito activarme y sin pensarlo mucho me voy a la lista de reproducción de los Beatles, *Helter Skelter* va a ponerme las pilas. Y así es, el guitarrero inicial hace que el cuerpo se temple solo y le de vida al estudio a muy buen ritmo. Miro la mesa de diseño y recuerdo que todos los tatus de esta mañana los tengo diseñados, el último está en una esquina de la mesa, es interesante, pequeño, muy pequeño. Son letras de líneas rectas, sin florituras. Es la unión de los nombres de los hijos de la chica que los quiere tatuados en su cuello. Original, me gustó mucho su idea.

Termina la canción y resuelvo que antes de recibir al cliente de las once, al que tengo que terminar de colorear el tatuaje, necesito un café urgente. Miro el vaso termo que tengo y que uso cuando el trasto del café me falla, pero decido que prefiero ir a la Cafoteca de los Sueños, y mirar los ojos de esa chica de la que todavía no sé su nombre. Ni siquiera me suena haberla visto por aquí. A la otra, la que entró en la barra con ella sí, no es que la conozca, pero aquí nos sonamos todos, aunque sea de vista.

Dejo el cartel en la puerta para que sepan que no está cerrada y cruzo la plaza, no puedo evitar sentir que el dueño del bar frente a mi estudio está mirándome desde la barra y disparándome con su escopeta mental por desertor.

De nuevo, como esa primera vez, el sonido del carillón, el olor a café, a dulces y a libros me recibe en ese templo que es diferente a todo lo que hasta ahora había por aquí.

—Hola —me saluda esta vez la otra chica—. ¿Qué te pongo?

Según lo dice sonrío con picardía y no sé interpretarlo.

—Un café solo, gracias.

—Marchando.

Se da la vuelta y empieza el ritual manejando la máquina de café. No quiero reconocerlo muy abiertamente, pero me ha decepcionado un poco no encontrarme con la chica de los ojazos.

Me sirve el café y cojo el periódico del día para echar un vistazo, aunque teniendo el negocio que tengo me suelo enterar más por lo que me cuentan, que es otra perspectiva muy interesante de las noticias del día.

El tintineo de la puerta suena, pero no le presto atención. Doy un sorbo a mi café, que está a punto de acabarse y está realmente bueno. Entonces escucho por encima de mi lectura a mi camarera favorita.

—Menos mal que no es Madrid para hacer gestiones, porque allí es el tema de las distancias, ¡pero aquí es el pasotismo total!

—Yo agradezco que seas tú la que lles los papeles. Yo a Hacienda no voy ni a tropezarme en las escaleras.

Me sonrío, la burocracia.

Levanto la vista, pero justo cuando lo hago ella se ha metido en la pequeña cocina que hay tras la barra. La otra chica me está mirando y me sonrío.

—¿Te cobras? —dejo un billete de cinco euros y carraspeo. Me ha pillado.

—Claro. —Mientras lo coge se vuelve hacia la cocina—. Ané, han llegado dos cajas de libros, tenemos que ponernos con ellos.

«Ané».

—Las estanterías del fondo están por cubrir, y no esperamos más libros de momento. —
Asoma la cabeza y echa un vistazo, topándose con mi mirada persecutoria.

«Joder... pillado otra vez». Sonrío a modo de saludo y ella también lo hace, susurra un
«buenos días», abre ligeramente los ojos y se vuelve a meter a la cocina.

Me dan las vueltas y me levanto, pero cuando llego a la puerta me vuelvo, Minerva me va a
adorar cuando lo vea.

—¿Me puedes poner cuatro galletas de esas para llevar? —pido a la chica que no es Ané y
que me mira sin dejar de sonreír; me genera curiosidad lo que esconde detrás de esa sonrisa.

Asiente, las prepara dentro de una bolsa de papel de color estraza y me lo da.

—Son seis euros —me dice y se pone una mano en la boca, como si me fuera a hacer una
confidencia—. Están riquísimas, has acertado de pleno. —Y asiente como si me hubiera
confesado una verdad universal.

—Gracias.

—El próximo día puedes probar el café Blue Mountain, va a llegar esta tarde y es de
Jamaica.

No puedo evitarlo, me sale una carcajada, la forma en la que me ha dado información sobre
los productos de su cafetería ha sido muy simpática.

—Tomo nota —le digo en el mismo tono confidencial, me doy la vuelta después de
despedirme con un «hasta luego». Salgo de allí sintiendo que mi día ha mejorado bastante.

Pimientos rellenos

Ese jueves, tras pelearme con la administración para tener, por fin, todos los papeles al día, llegué a la cafetería y fue una sorpresa encontrármelo. Admito que me hubiera gustado verlo por allí todos los días, pero solo vino aquel primer lunes después de la inauguración y no se había vuelto a pasar. Me resultaba sencillo reconocerlo, aunque estuviera de espaldas. Su pelo, algo rizado, que le llegaba no más allá de donde terminaba su cuello, le caracterizaba, además de que semejante envergadura era difícil de olvidar. Ese chico medía más de un metro ochenta y su presencia en la barra era imponente. Que leyera el periódico y que le gustara el café tanto como para tomarlo solo y sin azúcar era un plus. ¿Por qué había fichado tantos detalles de él? Tenía que ir reconociendo a mis clientes, ¿no?

Se levantó y salió hacia la puerta, cuando se dio la vuelta y pidió las galletas vi, desde la cocina como si fuera una espía rusa, como Pilar le decía algo. Siempre he envidiado ese arrojo de mi hermana. Aunque, claro, ella está casada, tiene dos hijos y ninguna pretensión de gustar a nadie, por lo tanto dice que carece de miedo al ridículo, y teniendo en cuenta que tampoco es que lo haga... En fin, que no entendía por qué me cuestionaba tantas cosas porque un cliente exótico, llamémosle así porque para mí lo era, estaba generándome tanta curiosidad.

Tuve que disimular cuando se fue, porque lo habría estado mirando durante un rato.

—Yo creo que vamos a tener un cliente fijo —Pilar habló mientras se apoyaba en el quicio de la puerta de la cocina.

—¿Tú crees? —le pregunté poniéndome el delantal—. Solo ha venido el lunes y hoy.

—Qué fichaje, Ané —dijo y se rio.

—¡Qué pava, Pilarita! —le respondí molesta con su mismo retintín.

—No te enfades.

—No lo hago. —Mentira, me había pillado y era absurdo, pero lo que menos me apetecía era tener a mi hermana pululando alrededor de la posibilidad de que me gustara alguien.

«Menuda tontería, a mí no me gusta el chico, solo me parece... original», pensé en ese momento tratando de mentirme descaradamente.

Saqué los ingredientes para hacer los *bocatines* del mediodía. Porque las mañanas no estaban siendo malas, pero lo que estos tres días se había llevado la palma era el almuerzo. A eso de las once y media se nos llenaban las mesas y los sándwiches y bocadillos pequeños volaban.

—Será mejor que vayas a colocar los libros que han llegado esta mañana, y aprovechamos que no hay mucha gente a estas horas —es posible que se lo dijera demasiado seria.

—No estás enfadada, ¿no? —preguntó con un tono cuestionable y se fue al almacén para empezar a vaciar las cajas.

No lo estaba, de verdad, o por lo menos no con ella. ¿Me sentía culpable? No, me sentía una imbécil incapaz de salirme de lo establecido durante los últimos doce años.

—Le he dicho a mamá que te vienes a comer a casa —me dijo mi hermana mientras se marchaba a recoger a Rigel a la guardería—. Tenemos pimientos rellenos, los ha hecho Diego.

Me relamí. Mi cuñado cocinaba de fábula y ese plato en concreto lo hacía como nadie, ni siquiera mi madre lo superaba, pero eso no lo confesaría en la vida.

No sabía muy bien por qué, pero no le había dirigido la palabra durante el resto de la mañana. Había sido una ingrata con ella.

Terminé de recoger a las tres y salí de la cafetería directa hacia la casa de Pilar. Diego no llegaba hasta las tres y media, más o menos, era médico rural.

El día se había enrarecido. La mañana había estado bastante soleada, pero en aquel momento se estaba nublando y por la tarde amenazaban lluvias. Atravesé la plaza Herradores, donde las terrazas seguían montadas y estaban bastante vacías, aunque fuera jueves y los provincianos acudieran al mercadillo semanal, pero es que este tiempo ya no era a lo que septiembre nos tenía acostumbrados.

Llegué a casa de mi hermana pensando en las cuestas que teníamos que subir a diario, un par de veces por lo menos, por vivir en ese barrio. Mis padres también vivían por esa zona y mientras no decidiera mudarme, los repechos hacia el barrio del Calaverón iban a ser mi gimnasio, sin ninguna duda.

Cuando entré había silencio y un olor a pimientos en salsa gratinados que me hizo la boca agua. Rigel estaba todavía en la siesta, no conocía a un niño que durmiera más que él. Me asomé al salón y mi hermana estaba allí con la labor en la mano. Hacía punto desde siempre, algo que mi madre le enseñó, y ahora, desde que había descubierto un café lanar por *Instagram* que cada poco tiempo mandaba los patrones si comprabas *on line* la lana, estaba entregada a tejer en su escaso tiempo libre.

—He llegado a tiempo —dije en un susurro. Mi sobrino no se despertaría, pero el silencio en la casa ameritaba ese tono.

—Pasa. Diego y Ariadna estarán a punto de llegar.

Me senté a su lado y ella no dejó de hacer punto. Tenía una lana preciosa de color fucsia y estaba añadiéndola a una pieza en colores marrones.

—¿Es un jersey?

—Sí —contestó escueta.

Era muy normal que estuviera molesta, me había portado como una hermanastra de Cenicienta.

—Perdóname, Pi —le dije y me eché sobre su hombro, con mimo, arrepentida.

—Y pensar que este jersey iba a ser para ti... —dijo haciendo que me incorporara.

—Oh... ¿en serio es para mí? —pregunté ilusionada.

—No. Iba a ser. Pasado. Pretérito imperfecto. —Aunque estaba enfadada, se le escapó un tonito en el que me decía que ya no era para tanto.

—Imperfecta, como yo —seguí con el juego, pero disculpándome un poco más, o justificándome, más bien.

—Lo sé. —Dejó las agujas y las metió, junto con la lana, en la bolsa de tela que tenía—. Lo mismo soy un poco petarda con eso de que te fijes en otros chicos.

—No es eso. Si no estaba enfadada contigo —le digo mirando al suelo. Ella siempre quiere lo mejor para mí

—¿Entonces? —inquirió.

—Si te lo digo prométeme que no me vas a dar la vara —le pedí.

Pensé que no estaría mal poder contar con ella ante esta nueva sensación o tontería que me había dado.

—¿En serio tengo que prometértelo? —cuestionó fingiendo ofensa.

Me eché a reír, le estaba pidiendo un imposible y más cuando le dijera que el *tatuado* había llamado mi atención como chica, como mujer... como algo. Vamos, que desde Varo no había tenido a nadie ni siquiera en mi mente.

—Supongo que me cuesta asimilar que alguien que no sea Álvaro me llame la atención; y tú eres tan... —Inspiré y parpadeé muchas veces—. Tan...

—Si es que si el *Dreamink* no te llama la atención serías como de hielo o de acero —apuntilló con obviedad absoluta.

—¡Pilar! —levanté la voz y acto seguido me tapé la boca.

—No te preocupes, Rigel es una marmota —me dijo quitándole importancia al grito.

Se abrió la puerta y mi sobrina entró como un terremoto.

—¡Tíaaaaaaaa! —Se echó a mis brazos y la apreté, besé su mejilla caliente y miré a mi hermana.

—¿*Dreamink*? —le susurré extrañada.

No era la primera vez que lo llamaba así, y bueno, quizá el tío sí podía considerarse un sueño de tinta. Ella solo asintió con una sonrisa canalla.

—Cuñada —saludó Diego desde la entrada del salón, mientras se quitaba la cazadora de cuero marrón.

Mi cuñado era un chico muy guapo, y sí, dije y siempre diré chico cuando me refiera a él, porque tiene ese porte de chaval, con la cara bonita y los rasgos casi perfectos. Es moreno, de barba cerrada, de labios gruesos, nariz perfecta de tamaño y ojos grandes y marrones enmarcados por pestañas oscuras. Mi hermana siempre dice que no entiende qué vio en ella con lo simplona que es. Tampoco lo creo, tiene una nariz peculiar, los ojos no son muy grandes y los labios son más bien finos, pero tiene unos pómulos altos y marcados que son la envidia de cualquiera, y el pelo largo de un castaño cobrizo precioso. Lleva gafas y parece que lejos de quitarle le suman. Siempre le he dicho que yo la prefiero con ellas. De hecho, no se las quita ni para las bodas, ni siquiera para la suya.

—Tía, ¿vas a pasar la tarde con nosotros? —Ariadna me preguntó con la cara muy pegada a la mía y sujetando mis mejillas con sus manos de niña de casi seis años.

—Jooo, Ari, no puedo. Tengo que ir a trabajar con tu madre.

—Esta tarde iremos a merendar a la cafetería —anunció Diego entrando en el salón.

Se agachó y besó a Pilar en los labios, se detuvieron un segundo tras el beso y se miraron a los ojos. Tuve la sensación, posteriormente supe que acertada, de que el enfado de principios de semana había remitido y se habían ocupado de reconciliarse a gusto.

—¡Qué bien! ¿Y podré leer un libro? —preguntó la niña sobre mi regazo.

—Los que tú quieras. —Besé su mejilla y la olí. Siempre olía dulce, y no era a colonia. Su olor era como un *cupcake* mágico, de nube de algodón de feria o algo similar.

—¿Comemos? Estoy canino.

—Está todo listo —anunció mi hermana y se levantó del sillón.

—¿Puedo ver una peli mientras coméis, por fiiii?

—Es jueves —dijo Pilar.

—Pero está la tía y es como si fuera fiesta.

No sabía rogar ni nada, mi sobri. Solté una carcajada y mi hermana me miró mal. Murmuré una disculpa y, como si la cosa no fuera conmigo, me levanté del sillón y fui hacia la cocina. Mi cuñado me acompañó hasta la puerta y se desvió hacia el baño, no sin antes decirme por lo bajo:

—Es una nazi.

Reí de nuevo y me metí en la cocina por si acaso me escuchaba la cuarta Reich.

Terminamos de comer y llamaron al timbre justo cuando mi hermana traía a Rigel en brazos. Qué mal le sentaba que le despertaran de la siesta.

—Es una marmota, se parece a su padre —dijo poniéndolo en mis brazos.

Diego resopló con disconformidad fingida.

Salió de la cocina para abrir por el portero automático. El pequeño de dos años y medio, casi, se me abrazó al cuello sentado a horcajadas sobre mí, y con la carita sobre mi pecho volvió a dormirse.

—Es tu madre —dijo Pilar abriendo la puerta del piso.

—¿Mi madre? —preguntó Diego quedándose alucinado. Había muerto hacía diez años.

A mí volvió a entrarme la risa.

—La de mi hermana —respondió con una especie de burla hacia su marido, que se rio conmigo.

—La tuya también, cariño —añadió él con el eco de la carcajada todavía reverberando.

—De verdad, ¡que espesura la vuestra! Viene mamá a tomar café, creo que ahora que la tienes acostumbrada a pasar con ellos tanto tiempo no puede estar cinco horas sin ti. ¿Sabes que me preguntó cuando le dije que te iba a invitar a comer? —Negué con la cabeza y acaricié la espalda de mi sobrino, que el pobre venía sudado—. Que qué iba a darte de comer. —Se empezó a reír bajando las tazas del armario. Mi cuñado se levantó para retirar de la mesa lo que quedaba de la comida—. En serio, se piensa que has retrocedido a los doce años cuando tenías esas manías culinarias de: «cebolla no, pimienta tampoco, lentejas puaj... *ñi ñi ñi ñi...*».

—Pero qué pedorra eres —le reproché mientras se carcajeaba.

—Es que es verdad. Que mamá ande así contigo ahora, hace que me descojone viva.

—Menuda boca, hija. Parece que estuvieras guardando las puertas del infierno. —Mi madre entró en la cocina abroncando a Pilar. Besó a Diego.

—Madre mía, la católica esta, ¿desde cuándo? —farfulló Pilar riéndose bajo su respiración.

—Creo que Javier y tú usasteis pocos correctivos con esta chica —dijo mi cuñado y se acercó por detrás a Pilar, para besarla en la mejilla y luego continuó metiendo cacharros en el lavavajillas con cierta vehemencia.

—Esta se torció en la universidad —apuntó mi madre a la vez que besaba a Pilar a su paso, mientras esta preparaba los cafés— ¡Pero esta cosita bonita! —exclamó viniendo hacia mí.

—¿Ves?, si la has visto esta mañana en el desayuno —dijo Pilar haciendo que todos estalláramos en carcajadas.

—Estáis tontos, ¿eh? ¿Habéis estado bebiendo alcohol en la comida? Diego, tú eres médico, deberías decir algo. —Se puso frente a mí y con las manos me pidió que le pasara a Rigel.

—Está dormido, mamá.

—¿Que está dormido? —A Pilar le poseyó de nuevo el espíritu de los campos de concentración y retiró a mi madre—. ¡Diego, el café!

—¡Sí, *Führer!* —Diego hizo el saludo militar con la mano en su frente.

—Ya vale, ¿eh? —Cogió a Rigel en sus brazos—. Hay que despertarse —le dijo al niño besándole los carrillos con la voz endulzada—. Mira, que ha venido la abuela.

Mi sobrino abrió los ojos y frunció el ceño.

—*Bibi, bibi lete* —balbuceó con exigencia, como si estuviera rivalizando con el espíritu de

su madre.

La abuela lo cogió en brazos y se lo sentó encima.

—¿Has comido bien? —me preguntó haciendo que todos, de nuevo, volviéramos a reír.

A mí me entró un poco de bochorno y asentí.

—Diego ha hecho pimientos rellenos, es un chef de primera —contesté.

Pilar, antes de sentarse con nosotras, nos puso los cafés y le dio el biberón a Rigel; este lo cogió con sus manitas y se recostó en el regazo de su abuela para tomárselo como si viniera del desierto.

—Yo voy a echarme un poco —se disculpó mi cuñado—. ¿Hasta qué hora tengo? —le preguntó a Pilar.

—A las cuatro y media abrimos, a ver si empiezas a quedarte con el horario.

—Pero qué guapa estás cuando protestas. —Besó la cabeza de su mujer.

—Nos vemos esta tarde, cuñada. —Me guiñó un ojo y le dio un beso a su suegra sin dejar que ella se levantara. Desapareció de la cocina y al momento Ari entró.

—¡Abuela!

Ariadna no se quedó con nosotros, tras saludar a mi madre se fue como alma que lleva el diablo al salón y entonces, cuando nos quedamos solas, nuestra progenitora soltó la bomba:

—Esta mañana me ha parado la madre de Álvaro.

Wicked Game

Mi madre ha desaparecido, y varias joyas de mi abuela también. Estaba claro que lo de querer verme era una excusa. Debió de irse el mismo día que llegó, porque ni siquiera esa noche durmió allí.

Agradecí no encontrármela, no voy a engañarme. Pero me jode mucho que haya robado a Elisa, a su madre, y que se haya llevado cosas que sabe que tienen más valor sentimental que lo que va a sacar en una casa de empeños. Mi abuela me ha dicho que no me preocupe ni un minuto, que ya sabemos cómo es, pero mucho me temo que esto no va a ser la última vez que lo haga.

He pasado por el estudio para coger unos dibujos que tengo que llevar a Madrid el lunes. He ido a casa a dejarlos y ahora voy en busca de Luis, mi amigo de toda la vida. Está en uno de los bares de la Herradores. Esta noche hace frío, he sacado mi abrigo de paño y llevo un jersey de lana, me sonrío porque mi abuela aprobaría mi ropa. Hay bastante gente por la calle, de hecho, el Collado está lleno de niños paseando con padres y abuelos. Que las fiestas del patrón todavía duren hace que los sorianos se lancen a la calle, además es que hay concierto gratis en la plaza Mayor.

Localizo a Luis hablando con unos compañeros de trabajo y tomándose una cerveza.

—Martín —saluda, y con la mano libre me aprieta el brazo.

—¿Qué hay? —le digo y miro a los dos tipos a su lado; me dan un repaso que no me han dado ni subiendo por la calle peatonal las parroquianas de San Saturio. Y eso que solo se ven los tatuajes de las manos. El aro de la nariz sigue creando rechazo, está claro.

—¿Qué tomas? —me pregunta mi amigo.

—Pido yo, tranquilo. ¿Queréis algo? —les pregunto a todos.

Ellos me muestran su botellín y hago una apuesta mental; cuando vuelva no van a estar.

—Estoy servido —me contesta mi amigo.

Efectivamente, Luis está solo cuando salgo con mi caña en la mano.

—Me voy con estos dos el lunes a Murcia —me informa y da un trago a su cerveza—. No me hace ni puta gracia, pero no me queda otra, van a sustituirme cuando empiece a hacer la zona de Aragón.

—Pues no te queda otra. —Me encojo de hombros por no decirle que le compadezco.

—Hablan poco, no será muy duro. —Se ríe—. ¿Y tú, cómo lo llevas?

—Bien, tío. El lunes a Madrid y por lo demás currando por aquí.

Un silencio incómodo me dice que o bien hace mucho tiempo que no quedábamos o que algo está pasando.

—¿Está todo bien? —pregunto, porque hace dos semanas estuvimos tomando un vermut y eso no es demasiado.

—Vi a tu madre el miércoles. La pregunta tendría que hacértela yo.

—Ah, eso. —Miro a los lados y le doy un trago a la caña, que entra demasiado fría—. Nada, tío. Ni siquiera la vi.

Él asiente.

Joder, que poco me apetece hablar del tema. Luis aguantó alguna de mis peores borracheras

de adolescente, de esas en las que hablaba de más, por eso ha sabido, en mayor o menor medida, lo que estamos viviendo con mi madre. Fue con él con quien me desahogué hace dos años, cuando María volvió a jodernos reventando todas mis esperanzas de recuperarla.

—Mi abuela ha sido la que ha gozado de su visita.

Vuelve a asentir, y me quedo con las ganas de preguntar cómo la vio. Estoy seguro de que su visión es más exacta que la que tiene mi abuela, pero eso daría lugar a más conversación sobre algo que quiero apartar de mi pensamiento.

—¡Hostia!, ¿sabes quién ha entrado a trabajar conmigo?

Agradezco el cambio de tema, creo que hasta sonrío sin querer.

—Ni idea.

Y así comenzamos a hablar de un chico que fue al instituto con él y luego hicieron la carrera juntos, aquí en Soria. Se fue a trabajar fuera en cuanto se sacó el título. Lo recuerdo porque salimos muchas veces los tres juntos mientras yo estaba estudiando en la Escuela de Artes y luego durante mi flirteo con filosofía por la UNED. La fiesta se paralizó bastante en mi vida cuando al final terminé yendo a Madrid a hacer el curso intensivo de tatuaje que me hizo encontrar mi vocación real. Después me subí al carro que mi amigo Félix, que tiene un estudio de tatuajes en la capital, me ofreció, y los fines de semana que venía a Soria trabajaba sirviendo copas. Perdí un poco la pista de la juerga que los universitarios, como Luis y aquel colega, se pegaban, pero no iba a dejar que mi abuela me pagara todo, ya era suficiente que me estuviera manteniendo, y ni hablar de mi madre, que, como decía Elisa, parecía que a su hija le había hecho la boca un fraile.

Hemos terminado en el Queru, como siempre. En la calle y siguiendo con las cañas. Como si la cebada alimentara, no hemos necesitado ni cenar.

—Si yo no digo que no esté bien, solo pienso que si se cobrara algo...

Desconecto, nos hemos encontrado con Rafa, y Luis y él son diametralmente opuestos. Luis es todo práctica, es ingeniero, no tengo que decir mucho más, y Rafa es... un alma libre al que le flipa el arte en todas sus versiones, tiene un punto metafísico que a veces lo hace un poco incomprensible. Pero viene de una familia adinerada y en vez de trabajar se dedica a vivir y formarse con la vida, como él dice. De hecho, vive entre Soria y Madrid y se va moviendo por ciudades según sale alguna actividad que le motive. Eso sí, los miércoles es complicado que falle, está apuntado al cine de la UNED que suelen ser todo películas de autor, y noviembre, con el Festival de Cortos, tampoco se mueve de aquí. Y no hablemos del Enclave de Agua, el festival que hay en julio en la orilla del Duero. Aquí Luis le ha tocado la tecla y están discutiendo sobre su gratuidad y la relación que tiene con el IBI que se cobra a los ciudadanos.

A Rafa el IBI se la pela.

Y a mí me aburre el tema.

Me tomo el *culín* de la caña que me queda y les informo de que voy a entrar a pedir. Me dicen que les traiga otra y me meto al estrecho bar a hacerme sitio a codazos porque, aunque la mayoría estamos en la calle, hay gente que ha preferido el calor de bar. Son las dos de la mañana, y hace frío, joder.

Suena *Wicked Game*, la versión de HIM y sigo la letra mentalmente. Mientras espero a que se acerque el camarero algo al fondo de la barra atrae mi atención. Mi sonrisa acude a mi boca antes de procesar a quién estoy viendo. No es otra que Ané, la camarera de la Cafoteca de los Sueños. Está con una chica que me da la espalda. Estoy seguro de que es la primera vez que la veo por aquí, sería raro que no me sonara.

—Martín, tío... —El camarero me está mirando con una sonrisa guasona. Debe de llevar un rato esperando por mi comanda.

Lo miro y tengo que pensármelo. Creo que llevo demasiada cerveza en el cuerpo. Inspiro y al soltar el aire recuerdo lo que he venido a pedir. Me lo sirve, pero no puede parar de negar con la cabeza.

Cojo las consumiciones y echo otro vistazo al fondo de la barra, ella me está mirando y se da cuenta de que la he visto; sube las cejas, se sonroja, sonrío y levanta la mano que tiene sobre la barra a modo de saludo. Yo le correspondo levantando la barbilla y supongo que la sonrisa de mi cara, porque estoy un poco atontado, acompaña el gesto. Salgo del bar y al dejar las cervezas en la mesa me doy cuenta de que Luis ya no está.

—Se ha ido, tío. Luis es un raro de cojones. —Hace un gesto con la cara que me dan ganas de reír. No se entienden, son como el agua y el aceite—. Ha dicho algo de sus padres y se ha largado. Aunque lo que en realidad ha hecho ha sido saludar a unas chicas y bajarse el Collado abajo con ellas. —Arruga el ceño, sé que está dudando de la excusa que no ha entendido.

Me descojono. Luis a veces tiene ese tipo de comportamientos.

—Es un poco estirado, ¿no? —Rafa le da un trago a su cerveza.

—No, tío. Es Luis, y ya.

—Joder, es muy cuadrulado. Parece que tuviera cada convicción tatuada en los genes, si no supiera que eso es imposible a este tío lo mandaba al CSIC o algo.

—Qué exagerado. Lo que pasa es que tú siempre le tocas los cojones con alguna historia de las tuyas. —Le doy un pequeño trago a mi caña, no me entra ni más alcohol ni más líquido en general.

—¿El miércoles nos vemos? —me pregunta.

Me doy cuenta de que habla del cine del Club de la UNED, todos los años me saco el bono, y alguno de ellos mi abuela también.

—¡Hostia, el bono! Se me ha olvidado. —Me froto la barba y niego.

—En qué andarás...

—No lo sé, tío. —Pienso en la no visita de mi madre.

—No te preocupes, hablo con Miguel Ángel y te consigo uno. ¿Quieres también para tu abuela?

—No, porque solo va de vez en cuando, ya me dijo el año pasado que no le sacara. Supongo que como tampoco ha estado pendiente...

—Vale, pues solo uno para ti. Por cierto, ¿sabes que en diciembre viene Jan Fabre con una brutalidad de obra? —La emoción que le pone es para mandarlo al CSIC a él, porque este sí que es un peligro para el genoma humano.

—No tenía ni idea —le digo interesado.

—Veinticuatro horas de obra sobre la antigua Grecia, va a ser acojonante. ¿Te apuntas? Mañana mismo pillo entradas, creo que van a volar —la emoción en sus palabras solo trastabilla porque las arrastra un poco. Vamos finos.

—Mmmm, puede ser interesante. Aunque solo sea para probar la experiencia de estar un día entero en un teatro y ver cómo lo plantea, ¿no? —Pienso, valorando la posibilidad de ir con él.

—¡Interesante se queda corto! —exclama encantado.

—¡Hola, Martín! —la voz de una chica hace que me dé la vuelta.

Es Marta, se ha hecho tres tatuajes en mi estudio. Y vaya sorpresa, es la chica que no conseguía ver desde la barra, la que acompaña a Ané.

—¿Cómo te va? —la saludo con dos besos, es morena, con unos ojos marrones grandes y expresivos, y la nariz puntiaguda. Tuvimos un troteo y pensé que tras el último tatu que se hizo íbamos a terminar quedando y en la cama, pero no ocurrió. De hecho, no la veo desde entonces—. Hace un montón que no te veo.

—Desde la sirena —me dice y se toca el antebrazo, el lugar donde la lleva—. Me fui a trabajar a Madrid. Ahora ya estoy otra vez por aquí.

Miro a Ané, no lo puedo resistir, no entiendo muy bien por qué, pero tengo la necesidad imperiosa de un acercamiento con ella. Serán las cervezas. O simplemente que está muy buena, creo que es más que eso, pero con el nivel de alcohol que llevo en sangre no voy a ponerme a analizarlo.

—Él es Rafa —los presento, como si así consiguiera que ella hiciera lo mismo.

—Sí, ya... Lo conozco —Marta lo dice entre dientes.

Se miran y no hay saludo mayor que ese. Frunzo el ceño mientras miro la cara de sorpresa de mi amigo que cambia a recelo en una décima de segundo.

Estos han tenido algo.

—Ella es Ané —añade; y creo que soy un gilipollas por la cara de satisfacción que debo de poner, como si hubiera logrado un objetivo.

Le doy un trago a la caña y vuelvo a darme cuenta de que no quiero más. Estoy gilipollas.

—Hola, soy Martín. —Me acerco y le doy dos besos; ella me sonrío y asiente.

—Ahora ya sé tu nombre —dice, pero parece arrepentirse de inmediato, porque ante mi sonrisa se sonroja.

—Si es que tenéis el negocio casi enfrente —comenta Marta de repente.

—¿Sí? ¿Qué has montado? —interviene mi amigo—. Por cierto, soy Rafa. —Y a ella sí que la saluda.

—Una cafetería biblioteca, si se puede llamar así —contesta convencida.

—¿¡No jodas!? ¡Qué bueno! Espero que te vaya súper, aunque estas cosas aquí no parecen triunfar mucho.

—No se ha probado —interviene Marta cortando a Rafa como si tuviera un hacha. Es impactante el trato entre estos dos.

—Hay que ver cómo puede reaccionar el público —añado con intención de distender el ambiente.

—De momento bien, no deja de ser una cafetería con incentivo. —Ané lo dice con una sonrisa circunstancial, mira a su amiga y al mío solo moviendo los ojos.

«Y menudo incentivo», pienso mordiéndome el labio inferior. Porque mis instintos están enfocados en ella, aunque estemos en mitad del campo de batalla.

Me mira y el sonrojo no se va de sus mejillas. Joder, voy a tener que controlarme, debo de parecer un lobo.

—¿Sólo cafés y libros? —pregunta de nuevo Rafa.

Marta lo mira con reticencia; yo levanto las cejas, su mirada me impacta hasta a mí y vuelvo la vista a Ané, que parece que no ha dejado de observarme y veo cierta chispa en sus ojazos; espero su respuesta.

—Tengo muchas otras ideas, la verdad, todas relacionadas con los libros. A ver si salen. —Ahora parece que se corta un poco, supongo que el comienzo y las dudas de los nuevos proyectos es lo que la hacen ser más comedida.

—¿Queréis una cerveza? —pregunta Rafa en un amago de que este encuentro no sea rápido.

—No, gracias —rechaza Marta, sin dar lugar a ninguna réplica.

—Pero cuéntanos, ¿qué es lo que quieres hacer en tu cafetería innovadora? —insiste mi amigo ignorando deliberadamente a la amiga de Ané.

—Tenemos prisa, Rafael —apuntilla Marta con retintín. Sé de sobra que mi amigo siente cierta aversión hacia su nombre completo y ahora estoy seguro de que ella ha estado más cerca de él de lo que pensaba.

—Perdéis el tren, ¿no? —responde Rafa con desdén.

Y de repente se enzarzan en una batalla de ingenio dialéctico que hace que Ané y yo nos miremos expectantes. Está claro que no acabaron bien. Con un rápido corte de Marta se despiden.

—Nos vemos en el café —le digo a Ané.

—Allí estaré —me dice con los ojos muy abiertos, como si la hubiera sorprendido.

Se van.

—Pero, ¿qué ha sido todo esto? —le pregunto a Rafa.

—Nada. Ni ha sido ni lo será —bufa.

Marta la Cuentacuentos

La situación entre Marta y el tal Rafa fue incómoda. Yo me puse nerviosa al ver que mi amiga se acercaba al *tatuado* y lo saludaba, pero cuando intervino el otro tío y empezaron a saltar chispas entre ellos me di cuenta de que la parada había sido intencionada.

—¿Y bien? —pregunté cuando llegamos a la intersección que iba a tomar para irme a casa de mis padres.

—Y bien ¿qué?

No había dicho nada desde que salimos de allí como si fuéramos polvorilla.

—No sé. —Le puse caras raras de obviedad.

—Rafa —resopló su nombre.

—Rafael —remarqué el nombre completo que ella había usado contra él casi como un insulto.

—Nos liamos el año pasado, varias veces —habló despacio, en voz baja. Me acerqué a ella—. Lo conozco desde hace más tiempo, de una cena de Navidad. De hecho, fue él el que me recomendó ir a tatuarme con Martín. —Me miró asintiendo—. Una noche me lo encontré, esperaba que el tatuador anduviera con él, porque no te lo voy a negar ...—puso los ojos en blanco y sonrió, supe lo que pensaba del *tatuado*. ¿Quién no?—..., sentía que con ese tiazó debía de echar por lo menos un polvo, pero no fue así. Martín no estaba. —Negó con la cabeza y apretó los labios—. Así que Rafa y yo tonteamos un montón, acabamos liándonos y nos acostamos. Al día siguiente balbuceó la reina de las excusas absurdas de por qué había pasado aquello. —Se encogió de hombros; suspiré y negué a la vez. Me dio pena, parecía que el chico le gustaba, o al menos era la sensación que me daba mientras hablaba de ello—. Reincidimos tres noches más. —Abrí la boca, sorprendida—. Pero su conclusión y sus excusas eran mierda hablada. Y ya está. —Dio una palmada—. Un gilipollas nuevo que añadir a mi lista.

—¿No lo veías desde que os acostasteis por última vez? —pregunté sin poder parpadear.

—Sí... bueno... —Miró a los lados como si temiera que él estuviera detrás—. La última vez nos encontramos en Madrid una noche por Malasaña. —Gesticuló de forma exagerada—. De pena, tía, te lo digo en serio. ¡En Madrid!

—¿Y?

—Nos acostamos otra vez.

—¡Madre mía, Marta! —Me tapé la boca y me reí.

—No te rías, perra. Si en lugar de haber estado con el estirado de tu marido hubieras quedado conmigo... Aunque fuera un día.

Bajé la mirada, me sentí fatal por todas las veces que le di plantón. En realidad, no salimos ni una sola vez juntas. Álvaro no quería salir con ella y tampoco le gustaba mucho que lo hiciera yo, no me lo dijo, pero se lo notaba.

—Perdona... tú no tienes la culpa. —Me miró con pena.

—Bueno, de que te acostaras con Rafa no, pero de no ser una amiga sí —admití, asumiendo la persona que fui, y mi comportamiento horrible con mi gente cercana.

Me abrazó. En aquel momento no lo sabía, pero conforme fuimos recuperando el tiempo

Marta me contó que en Madrid no había sido todo tan guay como parecía, por eso se volvió a Soria en cuanto le ofrecieron un puesto en el periódico local de fotógrafa.

—Creo que es mejor que nos vayamos a dormir. Tú mañana tienes que abrir tu Cafoteca; y yo... yo tengo que ir a contar un cuento a los más peques. —Se rio—. En vaya embolados me metes.

—Eres puro amor, Marta.

Me abrazó y quedamos en vernos al día siguiente a las once y media de la mañana.

El segundo lunes con nuestro negocio en marcha lo empecé con energía. La sesión de cuenta-cuentos que montamos para el domingo fue un éxito. Los peques se lo pasaron genial, Marta lo hizo de vicio, pero eso yo ya lo sabía porque el tema de la interpretación siempre se le había dado de fábula. Y los padres, tíos o abuelos que los acompañaron, se quedaron allí y consumieron, que eso también era tan importante como el evento cultural.

No podía negármelo, pero un factor importante en mi subidón de energía era contar con la probabilidad de que tuviéramos visita de Martín, a quien a partir de aquél sábado ya no le llamaría nunca más el *tatuado*.

—Me tienes preocupada, Ané. —Pilar entró por la puerta y se metió directa a la cocina. Ya había gente tomando su café en las mesas con el periódico o algún libro entre sus manos.

La miré extrañada.

—Te quedaste muda después de que mamá nos dijera que había estado con la repugnante de tu exsuegra.

—¿Y qué quieres que diga? —Me encogí de hombros. En realidad, me avergonzaba de haber estado tan absorbida por esa familia, tan absorbida por él.

—Es una gilipollas.

—Eso está claro. Nunca le he quitado méritos —admití. Había olvidado por completo ese encuentro entre mi madre y Mariví.

—Si me la encuentro yo se va a cagar la pata abajo —señala enfadada.

—Pues sí que estabas aguantando para decírmelo —respondí sintiendo el odio que destilaba.

—Llevo desde el jueves esperando a que abras la boca, pero veo que no vas a hacerlo.

—Pilar...

El carillón sonó y me volví esperanzada. Pero mi gozo en un pozo, eran tres chicas con mochila, universitarias probablemente. Las atendí y se sentaron en otra mesa. La verdad es que era una gozada ver que había gente que repetía y caras nuevas cada día. Recuerdo cómo en ese momento cerré los ojos un segundo y pensé con fuerza en mi sueño de que aquello saliera adelante.

Escuché a mi hermana, detrás de mí, ponerse con el almuerzo salado y me di la vuelta.

—Me muero de vergüenza al acordarme de quién era cuando estaba con Varo. Que mamá nos dijera el otro día la pila de sandeces que le dijo Mariví, solo hizo que me hundiera un poco más en la mierda. Porque además no todo era mentira.

—Pero ya no eres esa chica. Has dejado a Álvaro.

La miré sabiendo que ahí, ocultando la verdad, estaba mintiéndole a la cara.

—Voy a atender.

Me volví y supe que ella era consciente de que guardaba demasiados secretos.

—Tenemos que hablar, Ané. —Cuando Pilar se ponía seria, pero le rodeaba ese halo de comprensión, me recordaba a mi padre. No obstante, a mí no me apetecía sacar ese tema.

Martín no apareció en toda la mañana, y tuve que reprenderme por esperar que lo hiciera. Menuda imbécil si con solo tres veces de haberlo visto ya estaba encoñándome con él. Además, hacía apenas seis meses que mi matrimonio con Varo se había terminado. No podía ir tan deprisa, si dicen que el luto por una relación es de un mes por año, a mí me quedaban muchos.

La jornada fue ajetreada, no podíamos quejarnos y teníamos que ponernos las pilas con el funcionamiento de la biblioteca porque ya había preguntado gente por si podía reservar el libro para leerlo cuando vinieran a tomarse el café. Me pareció interesante, como una forma de fidelización a través del enganche a la lectura, y era algo que tenía en mente. Se lo comenté a Pilar por encima, pero ella me decía que para eso ya estaba la biblioteca. La diferencia con la biblioteca supongo que era que aquí había otros libros que no estaban acostumbrados a leer. Hacía años que había empezado a leer autores que se autopublicaban y, a través de Amazon, los vendían. Y como no soy nada fanática de la lectura digital, llevaba coleccionándolos desde hacía mucho tiempo. Me los traje todos, además de los que había comprado por internet en páginas de libros de segunda mano, y de las donaciones que estaban haciendo gracias al cartel de «Se aceptan libros de segunda mano».

Miré el almacén y vi las estanterías sin montar que teníamos todavía, pero que de momento no nos hacían falta porque no había libros para llenarlas. Los estantes tenían ruedas, para darle mayor versatilidad al espacio y poder usarlos como separaciones entre zonas. Y dejar libros apilados en las ventanas, me parecía que le daba un aspecto acogedor a la sala.

Cerré la puerta de la Cafoteca de los Sueños y, con una sensación anímica más baja de la que había comenzado mi día, me dispuse a irme a casa con mis padres. Di varios pasos y me acordé de que Marta había dicho que el estudio de Martín estaba casi enfrente del nuestro, así que decidí pasar por allí de forma casual.

«No voy a verlo, pero si lo hago...», pensé mientras atravesaba la plazoleta. Si me lo encontraba le diría que...

Nada. No le iba a decir nada porque la puerta estaba cerrada y la verja echada. Martín no estaba allí.

Era absurdo que sintiera decepción.

Con paso rápido, sin apenas mirar hacia su estudio y algo avergonzada por mi actitud adolescente, me fui a casa de mis padres.

Al entrar el olor de la comida me abrió el apetito. Si algo me iba indicando que estaba recuperándome era que el hambre estaba volviendo a mí. Me pasé los cinco meses anteriores comiendo apenas para no caerme, entre la tristeza al no estar con Varo que me engullía y los nervios de abrir el local, comer se puso a la cola en necesidades vitales.

—¿Y qué te dijo exactamente? —Escuché a mi padre preguntarle a mi madre mientras me quitaba el abrigo.

Sé que no me oyeron entrar, si lo hubieran hecho yo no habría escuchado nada de lo que dijeron a continuación. Y no es que no lo supiera, pero mi madre no fue tan expresiva en casa de mi hermana cuando nos contó su encuentro con Mariví.

—Pues que ya era hora de que su hijo eligiera en condiciones. Como que la nuestra nunca dio la talla ni con él ni con ellos.

—Esa mujer ha sido siempre una deslenguada y una bruja. —Hubo un silencio y me mordí los labios al volver a escuchar lo que la madre de Álvaro dijo de mí—. Creo que Ané hizo lo mejor, separándose de él.

—Pero según dijo Mariví, fue Álvaro —dijo mi madre indignada—. ¿Te lo puedes creer? Esa gente está tan arriba en su pedestal de mierda que no admite cuando el resto los baja a gorrazos. No me creo ni una sola palabra de esa bicha.

Entré en el salón entre avergonzada y triste. No había sido sincera con ellos, pero fue, más que nada, para que no culparan a Álvaro de la situación. No me apetecía defenderlo y sabía que podría ocurrir.

—Hija. —Mi padre se levantó del sofá; y vi a mi madre, sentada de espaldas en el sillón orejero, tensarse por la reacción de su marido.

—Hola, papás —saludé.

—¿Has escuchado...? —Mi padre lo sabía, mi cara era un fiel reflejo de mis sentimientos y sensaciones. Estaba claro que esta cara no la traía de la calle.

—Sí, y creo que este momento tenía que llegar.

Mi madre se volvió.

—A mí lo que Mariví diga me la trae floja.

—¡Susana! —le dijo mi padre escandalizado—. Entre la mierda del pedestal y esto parece que te ha poseído Pilar.

Me entró un poco la risa floja.

—No es eso, mamá —dije sentándome en el sofá al lado de mi padre animándolo a que él hiciera lo mismo—. Yo no dejé a Álvaro. Fue él. Me dijo que hacía ya un tiempo que sentía que no me quería y... bueno, el resto ya sí que es cierto.

—¿Y por qué no nos lo dijiste? —preguntó mi padre con seriedad.

—¿Qué razón hay para quedar tú como la culpable de la ruptura? —Mi madre fue más allá, tocándome la fibra.

—Me daba vergüenza lo que pudierais pensar de Álvaro... o de mí. De las razones que tendría él para dejar de quererme.

—Anémona... —Mi madre no me dejó seguir, se levantó de un salto y se sentó a mi lado, encajando el culo como pudo para abrazarme. Sentí la mano de mi padre en mi cabeza, era genial cómo me reconfortaba con ese contacto mínimo.

—Nunca pensaríamos eso de ti, Anémona. —Mi padre me llamaba por el nombre completo siempre que el tema era peliagudo—. Y lo que pudiéramos pensar de Álvaro... bueno, eso nos lo quedaremos para nosotros.

—Sí, hija. —Mi madre me separó de su cuerpo y me habló muy cerca de la cara—. La opinión sobre Álvaro no iba a mejorar mucho dijeras lo que dijeras.

—Susana —susurró mi padre; y yo sentí que reía otra vez.

—Nunca os cayó bien —dije antes de mirarlos.

—No mucho, pero estabas enamorada, y nunca íbamos a interponernos —añadió mi madre, hablando con una suavidad de la que hace gala muy pocas veces.

Nos quedamos callados. Supuse que no sería la última vez que hablaríamos de aquello y que yo necesitaba más tiempo para contar más cosas; y no me equivoqué.

Mi padre pensó que ya estaba siendo demasiado incómodo como para seguir allí en el salón, sin hablar, así que rompió el silencio:

—Creo que es hora de que vayamos a comer, se nos van a enfriar las lentejas.

Bird of Prey

Llego a Madrid y reconozco que añoro esta ciudad. Aunque estar en el barrio donde he pasado la mitad de mi vida siempre me trae recuerdos amargos, tenga el ánimo que tenga, la capital hace que la sangre en mi interior vibre con una emoción especial, la siento parte de mí. Es lo que tiene venir un lunes de cada mes a trabajar y que el resto de visitas sean por ocio.

Entro en el estudio de Félix y el olor a tinta, y a ese algo dulce y fresco que sé que viene de Luz, me recibe. Es ella la que está tras la recepción, lleva un escote pronunciado y se ha recogido el pelo rizado y anaranjado en un moño. Es pequeña y delgada, al lado de Félix es como un hada a tamaño real.

—Veo que Félix no ha perdido el tiempo con la piel de tu cuello —digo al entrar y sentir sus ojos sobre mí.

—¡Marti! —Sale de detrás del mostrador y me abraza con fuerza, parece mentira que tenga tanta.

—¿Está Félix dentro? —le pregunto cuando se baja de mi cuerpo.

—Sí, ha empezado temprano esta mañana. Tu sala está lista y tienes un *non stop* hasta la hora de comer —habla con esa chispa de alegría que le caracteriza.

La miro con cara de agonía.

—¿Ni para un café?

—Ese corre de mi cuenta y te lo traigo cuando me lo digas. —Guiña un ojo sin perder la sonrisa.

—Pues por mí ya. Y, si eso, otro a media mañana. —Le guiño un ojo como ha hecho ella y se carcajea, me tira un beso y sale del estudio.

Me doy la vuelta hacia la puerta que sé que me corresponde. Luz es lo que Félix necesita, me doy de bruces con la evidencia cada vez que vengo, pero si él no lo ve...

Una vez dentro observo que está todo dispuesto para la primera piel. La eficiencia de Luz está implícito en cada espacio de este estudio. Me quito la bolsa de cuero que llevo cruzada y luego el chaquetón de lana oscura. Saco los diseños de rostros y cuerpos que tengo que hacer, y al contarlos no me parecen tantos. Supongo que tendré muchos estudios y me voy a llevar trabajo para casa.

La hora de la comida ha llegado y apenas me he dado cuenta. Félix asoma la cabeza por la puerta que la última clienta ha dejado entreabierta.

—Ese soriano —saluda.

—Ese loco. —Me acerco a él y lo abrazo dándole dos palmadas en la espalda.

Es tan alto como yo, pero es un par de cuartas más ancho. Siempre he creído, y así se lo he dicho, que lo de que esté tan cachas es para tener más piel sobre la que dibujar. Él no me ha quitado la razón.

—He pensado en ir a comer aquí al lado, al gallego de la esquina. Esta tarde la tengo a tope y me consta que tú también —me dice con su voz grave, se suelta el moño improvisado de pelo castaño claro, y vuelve a hacérselo con destreza. Acto seguido se acaricia la barba, la lleva

cuidada y algo más larga que hace un mes.

Dejo todo preparado para la visita de la tarde y salgo con él hacia la recepción.

—Donde tú digas, jefe —le digo con una sonrisa—. ¿Luz viene a comer?

—No, ha preferido dejarnos este rato a solas. ¿Has contemplado hacer noche en casa?

Salimos del estudio y los dos nos cerramos los abrigos, hace un aire que corta, aunque nada que ver con el frío de Soria.

—La verdad es que no. Había pensado volverme en el de la una —le informo de lo que he pensado desde que he puesto un pie en la ciudad.

—¡No jodas! ¿Y llegar a las tres y media de la madrugada? —Sube las cejas—. ¿Mañana no curras? —inquieta frunciendo el ceño.

—Sí, pero es el último y si me quedo aquí tengo que levantarme temprano igualmente. —Pongo los ojos en blanco, él sabe lo que me cuesta levantarme.

—Vale, tío. —Asiente varias veces—. Llevas razón. Por lo menos nos da tiempo a cenar contigo.

—¿Nos? —Frunzo el ceño—. ¿Hace un mes que no te veo y ahora tú eres más de una persona?

Se echa a reír y se rasca la nuca, ese gesto que siempre reconoceré en él como una reacción a su nerviosismo.

—A Luz le apetecía que cenáramos juntos y... estamos algo liados —suelta de repente.

—Buenas noticias —le digo y me paro frente al restaurante donde vamos a comer. Abro la puerta y entramos al calor del bar.

—Nos hemos pasado todo este mes follando como locos —lo relata sin darle importancia.

Nos sentamos en una mesa que ya tiene puestos los servicios de comida.

—¿Y tú has decidido que eso te vale? —lo miro levantando una ceja.

Suelta una carcajada socarrona y me mira mientras coge la hoja del menú.

—Sabes que me vale... —dice entre carraspeo y lectura.

—Félix, a ti esta chica te ha gustado siempre. Deja de hacerte el duro. —A pesar de que me gustaría que lo entendiera, es imposible hacérselo ver. Si este es el primer paso para empezar a darse cuenta, bienvenido sea.

—Tiene veinticinco años.

Se acerca la señora que lleva el restaurante que es, efectivamente, gallega, y echo un vistazo rápido al menú eligiendo el primero y el segundo.

—Pon una tapa de pulpo —le pide mi amigo.

Se va para volver en seguida y dejarnos una botella de agua de dos litros y una enorme cerveza helada para Félix.

—Sé cuál es su edad —le digo a Félix y me muerdo el labio inferior, tan concentrado en su rostro como cuando estoy trabajando. Su gesto me dice lo que ya sé, tiene miedo y se guarda muchas cosas para no sufrir.

—Pues no hay mucho más que decir —concluye.

Conozco a Félix desde los quince años, el local de los tatuajes, al que vengo a trabajar una vez al mes, lo tiene desde que yo vivía aquí. Tantas horas solo en casa, y tantos paseos por el barrio hicieron que empezara a pasar tiempo en el estudio viendo los dibujos que había en los catálogos de la entrada. Fue él quien me hizo mi primer tatu, y a ese le siguieron muchos más. Cuando nos hicimos amigos la chica que estaba con él era la recepcionista, Sonia. Llevaban mucho tiempo juntos cuando ella, que también era más joven, pero no tanto como Luz en este caso,

se fue con otro y lo dejó colgado, sentimentalmente y en el negocio.

Sé de sobra que lleva negándose a Luz antes de que ella le hiciera saber, muy a las claras, que le ponía. Porque además se lo dijo así, tal cual. Creo que Félix no tuvo opciones. Pero se resistió por miedo, y ahora que ha caído no se lo admite por el mismo miedo también.

Hablamos un poco de todo y le cuento lo de mi madre, su paseo por casa de mi abuela.

—Ya sabes que hace mucho que dejó de vivir por aquí. Pero...

Lo miro fijamente, odio los peros que tienen que ver con María. Le hago un gesto para que continúe.

—Hace unas semanas, tres o así, estaba con tres tíos buscando una kunda. Me sorprendió la hostia verla por aquí. —Me mira, está sopesando decirme algo más.

—Dispara.

—Me costó reconocerla, está jodida.

«¿Por qué cojones me duele ese dato?».

Cierro los ojos y respiro con fuerza, como si así consiguiera sacar ese sufrimiento que está atascado y oculto en algún lugar.

Con Félix me desahogo, no tengo por qué fingir, y me sienta bien. Él sí conoce mi vida de mierda, y también intuye que no sólo destilo vitriolo por María, que ese odio aparente alberga mucho más detrás.

—Tío, es un puto lastre. —Pensar que Elisa tuvo que verla así, me hace todavía más daño—. Sobre todo para mi abuela. Porque al final yo casi ni la padezco. ¿Entiendes? La engaña diciendo que quiere verme y luego le roba. Se ha llevado la alianza de mi abuelo. ¿Tú sabes la mierda que pesa eso por mucho oro que sea?

Me levanto en mi cama, en mi piso, pero me cuesta ubicarme.

Cuando llego al estudio Minerva ya está allí y me saluda con una sonrisa muy dulce. Me da el termo de café que se ha encargado de ir a buscar y quiero venerarla.

—Es un *Blue Mountain* de no sé dónde. La camarera de la *Cafoteca* me ha dicho que te iba a gustar.

—Buenos días —digo cogiéndolo, le doy un beso en la mejilla en agradecimiento y cuando me separo no dejo de mirarla correspondiendo su sonrisa—. ¿La del pelo corto?

—No, la otra.

Y la emoción estúpida que he sentido se desvanece un poco, aunque era improbable porque la que me dijo lo del cambio de café no fue Ané.

Me ha dado fuerte con la chica, tengo que admitirlo.

—¿Qué tal Félix?

—Parece ser que está teniendo algo con Luz —le informo desde dentro de mi sala.

—¡Toma ya! —grita emocionada—. Adoro a Félix, se merece lo mejor.

Me asombra su declaración, siempre me había parecido que mi amigo le atraía, quizá estaba equivocado.

Me río y voy colocando el material, con el que siempre voy a Madrid, en los cajones y estantes.

—Esta tarde voy a hablar con la profe de Unax —dice.

—¿Sí? ¿Te han llamado del colegio? —pregunto extrañado.

—Me ha mandado una nota. Me da la sensación de que este está más castigado que en clase.

—Resopla y pone los ojos en blanco.

Suelto una pequeña carcajada y la corto cuando me lanza una mirada muy seria.

—No le des mucha importancia, es un crío y sabemos que tiene muy buen fondo. —Quiero quitarle importancia.

—Pero es muy movido, Martín, a veces es un dolor —se queja, derrotada.

—Creo que ya vas preparada para lo que te van a contar. Entiende a Unax tal y como es, no es mal chico. —Cojo su mano y se la aprieto, ella sube las cejas con resignación.

Se abre la puerta de la calle y comenzamos el *show*. Hoy no voy a poder parar en todo el día.

Esta tarde me voy al cine. He hablado con mi abuela y me ha dicho que no va a venir conmigo. Tenía su entrada, pero cuando he visto de qué iba la peli he entendido que rechazara nuestra cita.

Entro en la Cafoteca, es como si hubiera estado esperando este momento todo el día, en realidad lo tengo en mente desde ayer. He cerrado el estudio antes de la hora, ya terminaré los dibujos mañana, tengo bastante tiempo entre clientes. Decido pedirme un café y tomármelo sentado en uno de los sillones que hay por la sala. Tienen pinta de cómodos y quiero degustarlo con tiempo. Ané está en la barra, no parece que la otra chica ande por allí. Me acerco mientras me mira y seca unos vasos.

—Buenas tardes —saluda; y yo quiero pensar que lo hace con otra cercanía. Ahora ya no somos cliente y camarera, ahora nos podemos llamar por nuestro nombre.

—Hola, Ané. ¿Cómo va todo? —Me siento en un taburete alto y mi idea de tomarme el café a solas en un sofá se tambalea.

—Bien —contesta con sorpresa—. Y tú, ¿estás bien? —Abre los ojos un poco más, como si se hubiera sorprendido a sí misma preguntándome.

Sonrío y asiento.

—Todo lo bien que se puede estar un miércoles que no ha parado de llover.

Se ríe.

—¿Qué te pongo?

«Me pones mucho», pienso y acto seguido aprieto los ojos dos segundos quitándome la frase a la fuerza.

«Joder, pero qué cerdo soy...».

—Un café, gracias —contesto y carraspeo, me ha salido hasta la voz ronca.

Miro hacia mi lado derecho y sobre la barra veo que, además de la prensa, hay apilados pequeños folletos de las películas que van a echar en el cine de la UNED. Lo cojo, y no porque lo necesite, pero una idea empieza a formarse en mi cabeza.

«¿Por qué no?».

—¿Vas a ir al cine? —le pregunto cuando me deja el café frente a mí, y lo hago levantando el pequeño panfleto con el 24 en la portada.

Se me queda mirando y luego desvía la vista a mi mano.

—Pues... no. La verdad es que ni lo he mirado. Lo dejaron aquí cuando estaba mi hermana y no tengo ni idea de lo que es.

Como veo que no tiene a gente esperando, le cuento que cada miércoles desde octubre a mayo proyectan una película en lo que se llama cine Club UNED. Que no son comerciales, que son más bien películas de autor.

—Vaya... Yo es que... no soy mucho de ir al cine —me contesta con duda y mirando hacia muchos puntos, además de mis ojos en algún momento.

—¿No te gusta?

—Sí, sí. Pero... no sé. —Se encoge de hombros.

Se pone nerviosa, no hay que ser muy lumbreras, y me gusta pensar que lo hace porque soy yo y no porque tenga aversión al cine.

—¿Quieres venirte esta tarde a ver la que van a echar? Tengo una entrada de sobra porque mi abuela ha rechazado la cita conmigo.

—¿Te ha dado calabazas? —Una sonrisa tierna y tentadora aparece en sus labios.

«El control con esta chica es complicado».

—Sí, es duro. —Finjo sentimiento y cierro los ojos. Siento el bombeo del corazón más potente, me pone nervioso que ella me rechace, lo admito—. Pero es así. ¿Te apuntas?

—Mmmm... —duda y hay algo que me gusta en todo esto. No se inventa una excusa inmediata para rechazar la invitación, siento la anticipación de un posible sí—. ¿A qué hora es? Mi hermana no viene hasta las ocho y cuarto o y media.

—A las ocho y media. Pero podemos bajar corriendo desde aquí, estaremos en El Palacio de la Audiencia justo cuando empiece —informo dándole a entender que no hay ningún problema en esperar.

—¿Al Palacio de la Audiencia? —Frunce el ceño.

—El cine es allí —asevero haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Vale... bueno... —duda y me parece demasiado bonita—. Te pago la entrada —suelta con un tono más tajante.

«Eso es un jodido sí. Controla, Marti».

—No. Te invito yo —no dejo lugar a dudas.

—Pues entonces el café lo pago yo. —Inspira y sonrío, como si hubiera recuperado un control que parecía haber perdido— ¿Quieres algo de comer?

—¿Me pones una galleta de esas de pepitas de chocolate? —Señalo la vitrina.

—No tenemos más. No suelen llegar al mediodía —dice con una sonrisa dulce que hace que me entren ganas de...

«Enfócate, Marti», va a ser un mantra cuando esté cerca de ella, no tengo duda.

—Así que Minerva lleva razón —murmuro—. ¿Y qué me recomiendas?

Suena en la radio *Bird of Prey* de Natalie Prass, me gusta la música de este lugar.

Finalmente me decido por el bizcocho de zanahoria que hace ella, y no me defrauda. Hay algo especial, como primitivo, en dejar que alguien te alimente, ¿no? Y más si ese alguien parece que estuviera empezando a abrirse camino en tu vida para convertirse en especial.

Sin dejar de masticar miro sus ojos como si ella no tuviera más opciones que devolverme la mirada; lo hace solo dos segundos. Y así es como convierto en algo casi sexual el mero hecho de comer un pedazo de bizcocho.

Quiero dibujar esos ojos.

Cine

No sé por qué no puse cualquier excusa y dejé que él se fuera solo, o con otra persona. Que hiciera su vida al margen de la mía. No sé por qué lo hice, o quizá sí. Fueron las ganas de verlo desde que nos presentamos formalmente aquel sábado que reanudé las salidas nocturnas con Marta. Creo que me trastornaron.

Verlo de nuevo en la cafetería, después de varios días sin que apareciera me dio un subidón que no supe calibrar, y me sorprendió con la invitación, me pilló fuera de juego. El caso es que en cuanto interioricé que iba a ir con él al cine algo dentro de mí, llamémosle mariposas o hambre, no física, a ver si me explico, se movió.

Me tambaleó, más bien.

Pero si le pregunté si estaba bien era porque en el fondo estaba hasta preocupada por su ausencia.

En ese momento la explicación que me di a haber accedido a ir con él, cuando sentí que no era algo normal en mí, fue sencilla y práctica, algo que me ha caracterizado siempre. Me convencí de que hacía muchísimo tiempo que no improvisaba con alguien fuera de mi círculo y me salí de mi zona de confort, para probarme. Y tampoco me faltaba razón, pero para todo hay un comienzo. Quizá el de la nueva Ané no lo hubiera marcado la apertura de la Cafoteca de los Sueños, puede ser que el comienzo real fuera esa cita no planeada y aceptada sin darle muchas vueltas.

Ví a Martín dudar, sentado en la barra y esperando algo que no logré descifrar, y como una cobarde me metí en la cocina a entretenerme, aunque en realidad no había nada que hacer porque estaba todo recogido, así que preparé la mezcla de los ingredientes para el relleno de uno de los bizcochos, que estaba enfriándose para el día siguiente. Podría hacerlo cuando llegara por la mañana, pero como los nervios me agarrotaron y no sabía ni qué decirle, no quise tentar a la suerte de los tontos y quedar como una con una conversación absurda.

Pilar entró como un vendaval.

—Pensaba que tenía que llamarte para decirte que no podía. Vaya rato que nos han tenido esperando en el dentista.

—¿Y Ari? ¿Qué tal?

—Una valiente, maja. Las dentistas estupendas, pero mi niña no ha dicho ni mú. Ni siquiera cuando le han pinchado la anestesia.

Se pone el delantal y asoma la cabeza por la puerta de la cocina, da un paso más y echa un vistazo a la sala.

—Esto de la lluvia llena los cafés, ¿eh?

Asentí, era una gozada ver las mesas repletas de gente o las individuales con personas tomándose algo y un libro de nuestras estanterías entre sus manos. Mi enorme sonrisa lo dijo todo.

—Y parece ser que el *Dreamink* también ha decidido pasar la tarde con nosotras. Qué bueno está, ¿verdad? Ahí leyendo, todo interesante. —Parecía una maruja, susurrando y lanzando miradas como la más cotilla del pueblo.

—Me voy al cine con él —solté sin anestesia. Hacer florituras con Pilar solo fomentaba el escándalo. Y aun así...

—Pero ¡qué me diiiices! —Abrió los ojos todo lo que pudo y me cogió del brazo metiéndome en el fondo de la cocina—. ¡Cuéntamelo todo!

—Pues es que no hay mucho que contar... Me ha invitado a no sé qué rollo del Palacio de la Audiencia y he dicho que sí. Sin pensarlo, también te lo digo.

—Así se hacen las cosas buenas: sin pensar, que tú ya has pensado demasiado. ¡Qué fuerte! Vas a salir con el *Dreamink* —susurró con energía.

—Se llama Martín —le dije para que dejara de llamarle así.

—Algo había oído —contestó pensando en otra cosa—. ¡Tienes una cita! —elevó la voz y quise asesinarla allí mismo.

—¡Pilar! —increpé con cara de mala leche.

—Perdón... perdón... Hostia, que me he emocionado. —Se tapó la boca con las manos. Menos mal que se dio cuenta porque lo del filtro de mi hermana es digno de estudiarlo.

—Esa boca, hermana —reprendí—. Y no es una cita —apuntillé con cara de obviedad.

Me miró elevando las cejas.

—No sé yo si eso es cierto —puso en duda con el tono engolado y cara catedrática aburrida.

—Vamos a ir al cine. Creo que las pelis americanas te han sorbido el cerebro —lo susurré deprisa. Quería dejar de hablar de él cuanto antes.

—Si ahora solo veo pelis de dibujos —se defendió.

—Y de princesas, no me vale. Deja de decirme tonterías —la abronqué, intentando ponerme muy seria.

Se quedó en silencio y me miró con una sonrisa satisfecha.

—Pilar... —Elevé las manos y me di la vuelta, para no hacer nada, pero como justo se acercaron a la barra clientes con intenciones de pagar, me vino al pelo.

Terminé de cobrar y vi cómo Martín se levantaba de su silla. Mi pulso se aceleró de los nervios y estos se instalaron en el estómago. Me di la vuelta y me topé de golpe con mi hermana.

—¡Quita!

Escuché su risa mientras entraba a la cocina para meterme en la despensa, y *office* personal, quitarme el delantal y ponerme el abrigo. Eran casi y media y no quería que llegáramos tarde.

Martín no dijo nada, solo esperó a que saliera de la barra y me sujetó la puerta. Se despidió de Pilar que nos miró como una mamá gallina orgullosa y yo me quedé con las ganas de levantarle mi dedo medio, pero iba a ser muy descarado.

—Vamos a tener que correr —dijo mientras miraba el cielo.

Había parado de llover.

—Claro, no hay problema. No llevo tacones.

Se mordió el labio inferior justo cuando sonreía y miraba mis botas planas; y no sé que se disparó dentro de mí, pero empecé a sentir calor.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar deprisa. Lo seguí, atravesamos la plazoleta, pasamos bajo el pequeño túnel para llegar al instituto Antonio Machado y bajamos hacia el mercado de Abastos. Lo hicimos entre corriendo y andando deprisa. De vez en cuando nos mirábamos y nos reíamos. Yo llegué a la plaza Mayor con la respiración tan agitada como si me hubiera ido a correr la media maratón de Behobia.

La carrerita estuvo bien para templar los nervios, y como justo cuando llegamos las luces ya estaban apagadas, buscamos sitio y nos sentamos para disfrutar de la peli.

Que vaya peli... Si es que yo, las pocas veces que había ido al cine, era mucho más de pelis comerciales.

Elle, así se llamaba la película, y a pesar de que Martín dijo que le había parecido muy interesante, a mí me creó ansiedad. Que un thriller psicológico en el que la violación sea el tema principal me parece normal. Pero el desarrollo de la historia y el trato de la víctima me alteró un poco.

—Brutal, ¿no? —dijo cuando salimos del Palacio sin haber dicho ni una sola palabra.

—Radical, sí —y lo dije con toda la intención, me pareció que te sacaba de lo convencional para llevarte al extremo, para mí no de forma agradable—. La mujer lo borda, sin duda. Es un tanto satírica, ¿no?

—Es cine europeo, así se las gastan. Llaman a las cosas por su nombre.

Entonces me di cuenta de que era un cinéfilo en toda la regla.

—¡Hola! —Rafa, el chico que estaba con él la noche del sábado, apareció a nuestro lado.

—Rafa —Martín dijo su nombre a modo de saludo.

—Ané, ¿verdad? La de la Cafoteca.

—Eso es —respondí con una sonrisa.

Por un momento me planteé qué hacía yo allí. No pintaba mucho, no era de ese tipo de cine. En realidad, era de poco cine porque con Varo, y todos los compromisos sociales que teníamos, ir al cine era como un sueño. Así que sentí que me había metido en el mundillo de las pelis un poco a lo bestia. Debería haber continuado con las de Disney que veía junto a mi sobrina.

—¿No lo habéis flipado? Haneke es un puto genio. —Hizo referencia, me enteré después, al director de la película.

Y los dos se enzarzaron en una conversación comentando matices de la peli que, al parecer, para mí habían pasado desapercibidos.

Martín se dio cuenta de que me había aislado, y hacía frío y mucha humedad, a pesar de que estar a cubierto en los soportales del Palacio de la Audiencia nos resguardaban un poco. De todas formas, llegados a este punto no, sabía ni qué decir. Pegaba cero con esta pareja de amigos.

—Perdona, Ané. Nos pierde la boca cuando salimos de aquí. —Se rio mi acompañante y lo hizo un poco avergonzado.

—No os preocupéis, además, yo ya me voy a casa. —Señalé la calle que subía hacia la casa de mis padres.

—¿No vienes a tomar una cerveza? —preguntó Rafa con interés.

—O a cenar... —dejó Martín en el aire.

Mi organismo amenazó con colapsarse con la propuesta de Martín, entendí que ya había forzado la máquina demasiado, y la salida de mi comodidad vital había sido un chasco.

—Creo que será mejor que me vaya ya. Pero gracias por las invitaciones. —Miré a Martín—. Y gracias por la entrada al cine.

—Bueno, el próximo plan te toca a ti.

—¡Vale! —contesté con la sorpresa por bandera. Y no sé si fue por su interés en continuar viéndonos fuera de mi cafetería o por mi respuesta.

Caminé hacia atrás, saqué una mano de mi abrigo de lana y les dije adiós para darme la vuelta y abrir los ojos como una loca.

«¿Cómo que vale? ¿Cómo que próximo plan?».

Reconocí en ese mismo momento que, a pesar de que el tío me pareciera infinitamente atractivo y de un trato muy agradable, con lo poco que habíamos hablado, estaba completamente fuera de mi liga. Me vi, por un momento, haciendo algo que con Varo hice desde el primer día, fingir quien no era para que él no perdiera ese foco de atención que parecía haber fijado en mí.

Canción contra la indecisión

—¿Cenamos algo y seguimos comentando la peli? —me pregunta Rafa sin dejar de mirar hacia la calle por donde Ané, supuestamente porque estoy de espaldas, se ha ido.

—Que va, voy a pasarme por casa de mi abuela un rato.

—Comprendo que no soy tan atractivo como la chica de la Cafoteca, cabrón —me dice socarrón.

—Eso no lo dudes.

Subimos por la calle peatonal repasando varios puntos de la peli, más bien los repasa él, que es un loco del cine, y parece ser que de este director también. Llegamos a la plaza de la tarta y me despido. Me ha dicho que mañana se va a Madrid. Nos veremos la semana que viene.

Cuando entro en casa de mi abuela ella me recibe con un beso en la mejilla, como siempre. Huele a sopa.

—No te esperaba, truhán. ¿Qué tal el cine? —me pregunta caminando hacia la cocina, donde veo que está puesta la mesa para una sola persona.

—Muy bien —digo y creo que lo he hecho con demasiado énfasis.

—¿Entonces esa película es para esa respuesta de cinco estrellas? No me lo parecía — pregunta asombrada mientras saca plato y cubiertos para mí.

La cazuela de la sopa está lista para que sobre, porque Elisa siempre cocina para tres, aunque esté sola.

—Sí, la película ha sido todo un hallazgo —añado tirando por los datos del cine, a ver si puedo desviar el tema. Porque sí, la compañía es lo que la ha hecho más excepcional, aunque el final haya sido un tanto extraño.

—¿Has ido con Rafael? —inquiere demasiado curiosa.

—Rafa, abuela, que no le gusta nada que lo llamen Rafael. —Mi voz cansada le quiere hacer ver que no lo llame más así.

—A mí nunca me dijo lo contrario. —Se encoge de hombros y me hace un gesto para que me siente.

—No, no he ido exactamente con él. —Obedezco y comenzamos a cenar.

—Y no me vas a decir con quién. —Echa agua en los vasos, como si no le diera importancia a la pregunta, pero sé que no es así.

—Una chica, que tiene una cafetería biblioteca frente a mi estudio —suelto, intento no darle importancia—. Como voy a tomar café muchas veces por allí le dije que tenía una entrada y fuimos juntos.

—Una chica.

Tengo que sonreír, bajar la cara y seguir comiendo mientras niego despacio. Es la única información con la que se ha quedado.

—Trátala bien.

—No veo por qué tendría que hacerlo mal.

—Tú ya me entiendes.

—Ha montado un sitio que te encantaría. —Cambio el tema—. Creo que deberías ir algún día

a tomarte un café y echar un vistazo a los libros. Podrías ir con tus amigas una tarde.

—Quizá lo haga —dice aceptando de verdad la propuesta—. Y no creas que no me he dado cuenta de que te has ido por la tangente.

Cuando llego a casa me siento en el sofá, después de ponerme unos pantalones viejos y una sudadera, me hago un cigarro. Acto seguido enciendo la minicadena, es la que tenía cuando vine a vivir a casa de mi abuela, me la regaló por mi cumpleaños y decidimos que se quedaría en su casa, aunque a mí todavía me quedaban unos años en Madrid, pero eso no lo sabíamos. Mi abuela no quiso que me la llevara porque, como todo, corría el peligro de ser vendido por mi madre.

Suena *Canción contra la indecisión* en piano, de Bobo Stenson Trio.

Fumo tranquilo, solo una pequeña lámpara de luz cálida ilumina el salón.

Analizo la extraña noche de cine. No sé muy bien por qué me ha dado por invitar a Ané. Hay algo en ella que me impulsa a conocerla más allá de intentar acostarme con ella. Si me pongo malo solo de pensarlo, pero no, no es sólo eso y de ahí han salido las ganas de proponérselo. Aunque creo que va a ser complicado. Apenas hemos hablado, me ha parecido que hacerlo en la Cafoteca mientras trabajaba era invasivo, y luego con el tiempo pegado, la carrera para llegar, y Rafa emocionado con la película... Quizá ir al cine no ha sido la mejor de las opciones, pero no esperaba que se fuera tan deprisa.

No termino el cigarro, lo apago y me voy a lavar los dientes para irme a dormir. Mi abuela me viene a la mente. No ha sacado el tema de mi madre, y creo que da por hecho que el anillo del abuelo ya no lo va a recuperar. Esto me lo dijo el mismo día que se enteró del robo, y aunque me puse frenético y le dije que iba a remover Madrid para saber dónde lo había empeñado, ella me dijo que los recuerdos materiales no son tan poderosos como los que se quedan en el corazón. Mi abuela siempre llevará a su compañero de vida ahí, porque, a pesar de que el tiempo para ellos fue muy corto, se quisieron como nadie.

Aun así, que mi madre se lo haya llevado solo suma otra muesca a mi rencor.

—¿Me podrías hacer un favor, Marti? —me pregunta Minerva cuando salgo de mi sala tras el último cliente.

—Claro.

—El sábado necesito que te quedes con Unax. Es...

Se ruboriza y, sin que diga nada más, la saco de su miseria de inmediato.

—No hace falta que me lo digas. Tráelo antes de cerrar y nos iremos a por una pizza.

—Eres un sol diviiiiino en mi vida. —Se levanta y me besa en la mejilla.

—Pero si quedarse con Unax es un premio.

—Ojalá otras personas pensarán como tú. —Su cara adquiere un gesto triste, pero dura apenas un segundo—. Me voy a por él al cole.

Sale por la puerta y me quedo pensando en Minerva y Unax, e irremediablemente lo hago en el gilipollas de su ex que lo único que hace es tocar los cojones. Parece que Min está rehaciendo su vida con alguien, y eso está genial, ojalá le salga bien.

Cierro todo y al salir a la calle me paro dudando si me acerco a la Cafoteca o no. En realidad, no sé lo que me voy a encontrar y quizá si espacio el tiempo sea mejor. No lo sé. Porque lo de anoche fue... lacónico, si se le puede llamar de alguna manera. Ella no dijo ni una palabra tampoco durante la película, y a mí ni se me ocurrió interrumpir. Por cierto, tenerla al lado me gustó. Me gusta su olor, no es un perfume potente, es agradable y cómodo, si es que se puede decir

eso de un olor, es como casa, café y dulce, como si te invitara a correr hacia ella porque sabes que vas a estar a salvo y caliente... Caliente de calor, claro.

«Caliente de todo, gilipollas».

Me pongo nervioso con ese pensamiento que, automáticamente, genera otros de otra índole por haber usado esa palabra y decido que me voy a casa. Estoy seguro de que se me ha puesto mirada de depredador y así no voy a ningún sitio.

Quizá esta tarde me pase, más tranquilo.

¿Qué yo?

Esa mañana me desperté y me sentí una mierda. Es tontería poner buena cara cuando te has dormido llorando.

La suerte de cita con Martín hizo que mi mente entrara en barrena. Eché tanto de menos a Varo, otra vez, que me dolía el alma. Por mucho que tratara de estar bien cada día, afrontar que los últimos doce años se habían caído por la borda me dañaba, y mucho.

Me sentía culpable del fracaso de mi matrimonio, yo había dejado de ser quien era y por eso todo se había ido perdiendo.

«¿Lo había sido alguna vez?».

Pensar en ser otra persona para que Martín quisiera estar conmigo, me llevó a darme cuenta de que ser otra con Varo acabó convirtiéndose en algo muy sencillo, pero que supuso el fracaso. Era cómodo dejarse llevar y que él decidiera todo, pero me llevó a perderme y en aquel momento que pensaba que estaba encontrándome, sentí que volvía a desdibujarme.

Entonces entendí el peso que suponía remar yo sola. No sabía muy bien quién era, aunque montar el negocio del café y los libros hubiera rascado la coraza que tapaba a esa Ané que disfrutaba de la soledad, de la lectura, de un buen café o de una escapada al cine muy de vez en cuando y sola.

Sí, había un regocijo en esos fines de semana en los que Varo no estaba en casa. Me sentía tan libre que la culpabilidad a su vuelta me abrumaba y no hablaba en absoluto de lo que había estado haciendo, como si tuviera un amante. Supongo que era otra clase de infidelidad. Los últimos años era yo quien me negaba a ir a cursos para ponerme al día con las tecnologías, las redes sociales, la publicidad que necesitaría nuestro negocio, y acababa cediendo mi plaza a Aída.

Aída. Hacía más de un mes que no sabía nada de ella. Era nuestra compañera. Siempre fuimos tres, desde que Álvaro y yo empezamos a estudiar ADE en Madrid. Nos conocimos en la Complutense y desde entonces no nos habíamos separado. Álvaro y yo llevábamos un año saliendo, el último del Instituto, y decidimos irnos juntos a seguir estudiando la carrera.

Cuando nos separamos y me fui de Madrid, tras dejar todo atado, la gestoría y el piso incluido, Aída tardó un par de semanas en llamarme, su excusa fue que se había quedado tan en *shock* que no sabía ni qué decirme. Las llamadas fueron distanciándose, ella por trabajo, yo por desidia y luego por el proyecto de la Cafoteca. Según ella no me pegaba nada montarla, me aconsejó con fervor sobre lo de trabajar en una gestoría, y aunque mi padre también pensaba lo mismo, incluso ya tenía un lugar en un gabinete de un amigo suyo, no quise seguir por ahí. Aquella recomendación de Aída me dio una pista sobre lo poco que de verdad me conocía.

Desoí todos los consejos. Tenía un sueño soterrado en lo más profundo de mi alma que me provocaba un sosiego y una felicidad que necesitaba para poder pasar página, y como ya no tenía que contar con nadie más que conmigo misma, podía intentar cumplirlo.

El caso es que aquella noche me acordé también de ella y todavía me puse peor. Sentía que toda esa vida que había ido creando alrededor de Varo se había esfumado con la separación. Había perdido todo, hasta a la gente, aunque tampoco me conocieran de verdad.

Quizá ni siquiera vivía la realidad de lo que deseaba me hacía ser ese yo que buscaba.

Quizá me había convertido para siempre en alguien manejable, y no iba a saber hacerlo de otra forma cuando llegara el momento de compartir mi vida con otra persona.

Dormí poco, muy poco. Supe en cuanto abrí la cafetería que iba a ser la primera clienta. Encendí la estufa que estaba en mitad de la sala. Me gusta el olor que la leña da a mi sitio de sueños, aunque también accioné la calefacción. Me hice un café doble, con leche, al que le eché un poco de todo. El azúcar iba a ayudarme junto con la cafeína. Me senté en una butaca orejera de terciopelo color lila, era de estilo noruego y la había encontrado de chorra por internet en una plataforma de esas de venta de segunda mano. Era preciosa y me costó cincuenta euros. Saqué de la estantería uno de los libros de mis últimos pedidos a Amazon: *Diarios para Carol*. Pensé en llevármelo a casa para seguir leyéndolo cuando ojeé las primeras páginas, pero decidí que era mejor cogerlo despacito para degustarlo con ganas. Era un cuento con tintes navideños y magia, y dadas las fechas que se acercaban, aunque faltaban más de dos meses, a mí me prestaba un montón. Me sumergí en la historia dando sorbos al café y ni siquiera me di cuenta de que Pilar había llegado ya.

—Por un momento he pensado que eras una clienta y estaba flipando porque no te veía en la cocina.

—¿Se ha roto el carillón?

—No, ha sonado como siempre. ¿Es que no has dormido mucho y estás empanadilla? —me lo dijo con ese retintín que guardan las intenciones pecaminosas.

—Pues es posible, porque no he pegado ojo. —Me levanté y dejé el libro en la estantería que le correspondía: romántica fantástica.

—No me jo... fastidies que te lo has cepillado.

Me volví hacia Pilar abriendo los ojos todo lo que era posible.

—¿Pero a ti se te va la olla?

—¿Entonces, no? O es que te has escandalizado por decirte a las claras que has estado zumbando con el *Dreamink*.

—Madre mía... Pilar... —Pasé por su lado llevándome las manos abiertas a la cara, pero sin posarlas del todo. Me metí tras la barra y fui directa a la cocina.

—Ané... —Vino detrás de mí—. ¿Ha pasado algo?

Me puse el delantal y comencé con la rutina de la repostería que hacíamos allí.

—Pero ¿qué ha pasado? —Me cogió del brazo e hizo que me volviera para mirarla de frente.

Estaba claro que ella no tenía por qué saber nada, es más: ella nunca supo nada. Y aquella revelación me sentó como un jarro de agua fría. No me refería a lo que me había pasado con Martín y la tarde de cine, hablaba de mí y de los años que habíamos estado separadas, de las mentiras que le había contado al llegar sobre mi separación con Álvaro y de tantas cosas que se había perdido de mi vida y yo de la suya.

—No ha pasado nada y nada va a pasar. Somos de mundos distintos y no estoy dispuesta a cambiar de nuevo por gustar a alguien —lo solté de sopetón, sin pensar mucho.

Me di la vuelta para seguir con lo que tenía que hacer, pero le di la mecha para que ella me diera su parecer.

—Es que no tienes que cambiar por nadie. Ya estuvo mal que lo hicieras por el imbécil ese...

—No lo insultes. —Me volví como una fiera.

Todavía era pronto para hacer leña del árbol caído, ser consciente de lo metido que lo tenía bajo la piel y de las esperanzas que albergaba, pero que me negaba a admitir para no venirme abajo, me sorprendió un poco.

—Ané. No sabes lo emocionada que estoy de recuperarte, de tenerte entre nosotros. Y los papás están igual, pero tampoco sabes el miedo que tenemos a que vuelvas a irte —lo dijo con la cara neutra, pero los ojos brillantes, como si fuera a echarse a llorar.

—He montado un negocio aquí, no voy a irme —dije como si fuera una respuesta sin discusión.

—Me alegro de que el negocio sea capaz de anclarte a nosotros —murmuró con un tono demasiado serio para ser Pilar, y se fue a dejar su abrigo y bolso.

En seguida, empezó a escucharse el carillón de la entrada y en ese sentido fue una mañana fructífera.

Martín no apareció en todo el día, y el ambiente entre mi hermana y yo estuvo enrarecido.

Después de cenar con mis padres y que ellos dejaran por imposible mantener una conversación conmigo, me metí en mi habitación, la misma habitación de una chica de dieciocho años que solo vino de vez en cuando en su época universitaria, y muy del ciento al viento después. De hecho, las pocas veces que Álvaro y yo veníamos a Soria nos quedábamos en casa de sus padres, y los últimos tres años, en un apartamento que heredó de su abuela.

Como los recuerdos de mis acciones ignorando con deliberación a mi familia amenazaban por sepultarme, decidí llamar a Aída. No sé qué luz se me encendió para hacerlo, supongo que la de la nostalgia y la vida fácil de antes.

No me cogió. A los diez minutos recibí un mensaje suyo diciéndome que le era imposible hablar en ese momento, que me llamaría... un día de estos. Uno que no llegó.

Entonces llamé a Marta, necesitaba explotar, y lo más razonable era que lo hiciera con Pilar, pero estaba evitándola a toda costa poniendo a gente por delante.

Marta tampoco me cogió, pero no me mandó mensaje. Me devolvió la llamada y me pilló en medio de un arrebató de lealtad a mi sangre, estaba a punto de llegar a casa de mi hermana.

—¿Todo bien? —me preguntó cuando descolgué.

—Sí, claro. No te preocupes, era por hablar un rato.

—Si quieres este sábado nos vemos otra vez.

—Genial, seguimos hablando. Te cuelgo que estoy entrando en casa de Pilar.

—Dales un beso a tus *sobris*.

Entré en el piso y solo se escuchaba el rumor de la tele. Las horas no eran para que un día entre semana estuvieran los peques correteando por ahí, y menos si mi hermana era la que ponía los horarios.

—Buenas noches. —Me asomé al salón, mi cuñado estaba tumbado viendo la tele y mi hermana con su eterna labor de punto.

Estaba claro que me habían visto a través de la cámara del portero.

—¿Cómo por aquí, cuñada? —Diego se levantó y se acercó a mí para besarme en un moflete helado.

—He sido mala —le dije con cara compungida.

—¿Os preparo unas tazas de leche con Nesquik? —preguntó a las dos.

—Pues yo te lo voy a agradecer —le dije frotándome las manos.

—Haz otra para mí —le contestó Pilar, me pareció que un poco seca, y esperé que entre ellos no estuvieran mal las cosas.

Nos dejó en el salón, escuché cómo encendió la televisión de la cocina y avancé despacio mientras me quitaba la bufanda y desabrochaba el abrigo.

Me senté al lado de Pilar y de repente se me hizo un mundo todo lo que tenía que contarle, porque había decidido que iba a abrirme en canal, y aquello iba a ser una debacle.

—Espero que mañana no tengas que madrugar mucho —rompí el silencio.

—Espero que mi jefa me permita abrir la boca bajo el cañete del café —me dijo haciendo que sonriera.

—Que vaya por delante que nunca traté de haceros daño —empecé a bocajarro.

—No quiero juzgarte —me lo dijo con una sinceridad aplastante, sentía su necesidad de que confiara en ella.

—En el fondo lo harás, pero no importa. —Me encogí de hombros—. Creo que ya me habéis juzgado y estoy segura de que algo de razón lleváis.

Diego dejó sobre la mesa la bandeja con las tazas calientes. Con la misma discreción que entró se fue.

—Sigo queriendo a Álvaro —confesé a bocajarro, escuché su respiración—. Tiene cosas maravillosas que quizá vosotros no veis, tampoco lo conocéis mucho.

—Desde luego que no —afirmó con un tono algo duro, como si fuera un reproche—. Apenas hemos tratado con él. Y habéis estado juntos doce años. —Sus ojos no abandonaron los míos ni una décima de segundo.

—Lo sé. —Asentí y entonces cerré los ojos y agaché la cabeza, aguantar la transparencia en su mirada me estaba resultando casi intimidatorio—. Pero al final más que su culpa fue la mía. Supongo que no supe redirigir nuestros encuentros hacia vosotros. Me era muy sencillo dejarme llevar —murmuré la parte final, decirlo en voz alta fue un golpe de realidad. Nunca tiré hacia ellos, hacia mi gente.

La culpabilidad tiene un efecto extraño en el cuerpo, hay un poco de vergüenza, de tristeza, de inseguridad... Es una bola difícil de digerir y supe, en ese momento que la iba a sentir más de lo que creía.

—Ya, y él no te llevaba hacia tu familia —increpó.

Dolió, como una bofetada, porque de repente fui consciente de que aquella culpa que trataba de quitarle, en realidad, en parte sí que era suya. El dolor dejó paso a una carga más ligera.

—Me he dado cuenta de que cambié todo mi mundo para que él no me dejara, ¿sabes? —admití, la miré a los ojos y ella cogió mis manos entre las suyas—. Ahora a cada paso que he dado apoyada por vosotros soy consciente de que lo que hacía con él no me motivaba como hacía creer.

Así era, y mis palabras calaron en mi cerebro. Me sacaron de la zona de confort que había creado con Varo y me trajeron a otra que sin darme cuenta había construido sola.

—Pero aun así sigues queriéndolo. Lo noto, todos lo notamos. —apretó mis manos y asentí, negarlo era absurdo—. No podemos decir nada sobre él porque tú saltas o para defenderlo o para tapar lo que hacía, lo que te hacía... lo que nos hacía, Ané. —Comenzaron a brillarle los ojos—. Porque a mí Álvaro me robó a mi hermana y a los papás les robó una hija, con consentimiento, pero así lo hemos sentido.

—A ti te he visto bastante —dije queriendo remediar algo que no había por donde darle la vuelta.

—Y gracias —soltó dolida—. Porque si llegas a pasar de tus sobrinos aun viniendo a Soria algún fin de semana, creo que... —Tragó saliva, y dejó de mirarme para negar varias veces. La vi devastada por una pena que quise quitar de un plumazo. Creo que, en ese momento, a través de los ojos de mi hermana, fue cuando vi cómo me había comportado—. Era durísimo verte estar con los

niños como si tuvieras un tiempo limitado. Parecía un bis a bis. —Se retiró las lágrimas con fuerza y siguió hablando mirando un punto inconcluso de la mesa—. Y todavía lo era más contarle a mamá que habías estado, que se te veía bien, sana, feliz... Pero yo sabía que en el fondo tu esencia estaba apagándose. —Me miró con una sonrisa triste—. Te preguntaba por la feria del libro, por ejemplo, y no tenías tiempo. Y eso por decirte algo. Porque cuando Diego propuso que fuéramos a Madrid a ver el musical del Rey León con Ari y tú dijiste que te iba a ser imposible sacar media tarde para estar con nosotros...

Las lágrimas no le dejaron seguir. Encontrarme con la crudeza de mi hermana nunca ha sido plato de buen gusto. No siempre me quedaba callada, porque no siempre llevaba toda la razón que ella creía, pero en aquel momento... No pude rebatirle nada. Yo había sido esa mujer que antepone cualquier plan de mi pareja, aunque no supiera si iba a tenerlos, como en ese caso en concreto.

Lo recuerdo porque en el fondo quería ir con Ariadna a ver el musical, incluso todas las veces que pasé delante del teatro pensé en traérmela a Madrid un fin de semana y, además de hacer miles de planes, llevarla. Nunca lo hice. Sabía que Varo no se sentía muy a gusto con niños. Y el caso es que habíamos hablado de tenerlos, a largo plazo, porque tenía claro que solo iba a aguantar a los suyos.

Volví a tener una revelación dolorosa, y vaya que si dolió. En lo más profundo de mi ser supe que, aun viéndome a través de los ojos de mi hermana, si en esos momentos él me hubiera pedido volver lo habría hecho, porque echaba tanto de menos las facilidades a su lado y su calor que por momentos se me venía encima mi castillo de sueños. Como ese día, que había sido un horror y que añoré ser la Mona de Varo, como él me llamaba, y no Ané la de la Cafoteca. Mi nueva zona de confort todavía era demasiado endeble.

Me abracé a Pilar, le pedí perdón, lo hice por ser yo la que permitió cada cambio sin luchar, cada situación haciendo que perdiera el contacto con mi gente por hacerlo más sencillo; y no porque él se hubiera negado en rotundo a que hiciéramos lo que yo proponía, pero sí sentía que no hacerlo facilitaba nuestra relación. Además, tenía la convicción de que Álvaro me quería, de eso no me cabía ninguna duda.

—Podemos recuperar el tiempo perdido, Ané. Creo que la Cafoteca ha escupido de ti a esa chica sumisa que había dilapidado tu personalidad. —Me apretó y aspiré su olor a los peques, a casa, a ella. Me gustaba estar allí, pero cuando analicé su último comentario me tensé. No las tenía todas conmigo, aunque quería creerla y asentí con la cabeza mientras la apretaba un poco más.

Me soltó y me pidió que le contara mi cita con Martín mientras cogía su tazón y me pasaba el mío. Creo que se dio cuenta de que había hecho el cupo de soportar verdades a la cara. Todavía quedaban algunas más, pero pensé que era mejor dejar que aquello lo hiciéramos por fascículos. Pensamiento cobarde y equivocado, por cierto.

—No hablamos nada. —Me encogí de hombros y di un trago largo al caliente y chocolateado líquido—. Y la película fue... demasiado impactante para mí.

—Es un culturita, pero tiene pinta de ser majo, quizá un poco callado —soltó en plan analítico.

—¿Sabes que culturita es despectivo? —le dije y su cara me dijo que no tenía ni idea.

—Culto, lo dejamos en culto. Que dios me libre de llamar al *Dreamink* algo despectivo — fingió escándalo y me reí, es única aligerando ambientes.

—Me da la sensación de que para poder encajar con él voy a tener que ponerme a su altura

—reanudé la conversación con el pensamiento más claro de mi horrible día

—Si alguien te pide que te pongas a su altura no merece la pena —dijo ofendida, tanto que dejó la taza en la mesa y me miró de frente.

—No es que me lo pida, es que lo siento. ¿De qué hablaríamos? —pregunté al aire.

De nuevo noté cómo una sensación conocida se adueñaba de una parte de mí, quizá no fuera difícil hacerlo.

—¿Tú crees que yo debería haber hecho la carrera de medicina para poder estar con Diego? ¿O que me tengo que ver la serie House completa para poder criticarla juntos con lo mal que me cae ese tío? —Estrechó la mirada y ladeo la cabeza, esperando mi respuesta.

Me hizo reír, odiaba las series de médicos y a esa en concreto, que Diego había visto por el placer de sacar peros, le tenía paquete por el protagonista.

—No te hace falta —contesté con obviedad, vaya chorrada.

—Pues claro que no. Y a él no le importa. Y, ojo, que a mí tampoco me importa que a él no le gusten las pelis chorras de Navidad ni hacer punto o ganchillo. Y no me supone un obstáculo que él adore los deportes de automovilismo o el baloncesto. —Paró de hablar y volvió a sujetarme las manos—. Ané, sé que después de todo este tiempo es complicado que lo entiendas, pero no tienes que sentir las mismas pasiones por las mismas cosas del tío con el que estás.

Me quedé callada y pensé en qué pasiones tenía yo que fueran diferentes a las de Varo. Y cuando las enumeré en mi cabeza fui consciente de que no se las ocultaba, pero nunca hablábamos de ellas.

—Mi pasión por los libros es mía, Pi. —Reconozco que se lo dije queriendo rebatirle todo lo que estaba insinuando, por luchar una posición ante ella que las dos sabíamos de sobra que no tenía.

—Y da la sensación de que la llevaras a escondidas —dulcificó su tono, pero era una verdad soltada con látigo.

Tuve que cerrar los ojos, era absurdo seguir por ahí, no obstante, hablé:

—Los libros estaban en casa, no escondía nada.

—No quiero discutir. —Se encogió de hombros y sonrió—. Solo quiero que seas tú sin tener que ponerte a ningún nivel, y si por ello hay alguien que no quiera estar contigo, que le den morcillas.

Je veux

Tras darle algunas vueltas a la huida de Ané la noche de la película creo que resulté un poco presuntuoso. Invitar a ese tipo de cine y esperar que guste, no siempre sale bien.

Es sábado y Elisa y yo hemos decidido desayunar en el cafébiblioteca, sé que le va a gustar y quiero que empiece a pasarse por allí con sus amigas del club de lectura. Ese negocio tiene que mantenerse en pie y para ello hay que mostrarlo.

Cuando entramos y suena el carillón mi abuela se maravilla.

—Oh... huele a leña, a café, a libros y a dulce.

La gente ocupa las mesas y sillones. Menos mal que hay varias libres y una de ellas está justo al lado de la estufa y la ventana.

—Ve hacia allí y te pido el desayuno.

—Nada de dulce, Marti —me dice advirtiéndome y echando un vistazo de reojo y con cierta melancolía a la vitrina de la repostería.

No he mirado hacia la barra hasta que me dirijo a ella para hacer el pedido. Intuyo su presencia antes de reparar en ella. No puedo evitar sonreír.

—Buenos días —me saluda y en su gesto me parece ver duda, como si no supiera cómo actuar.

«No va a ser difícil, verás».

—Y tan buenos —le contesto como las personas mayores que adoran hablar del tiempo—. Hace sol y es sábado.

—Y mucho frío —lo dice con una pequeña carcajada, me ha pillado el chiste.

—Pero aquí se está fenomenal. —Froto mis manos, aunque no están frías.

—Eso espero, que estéis a gusto.

Sus ojos me hipnotizan, y me quedo mirándolos más de lo políticamente correcto. No puedo dejar de imaginarlos más cerca, incluso tanto que se le cerrarían.

«¿Desde cuándo tengo tantas ganas de besarla?», el pensamiento me impacta, y el despertar de mi entrepierna me hace sentir expuesto, demasiado evidente.

Aparta la mirada, azorada; y soy consciente de que debo de rebajar la intensidad. Estoy comiéndomela con los ojos.

Carraspeo y me mira dudando.

—Quiero dos desayunos; uno con un café solo descafeinado, una tostada y algo salado para ponerle y otro con café de ese nuevo de la montaña azul, y un pedazo de bizcocho de zanahoria —lo suelto del tirón, y la voz me sale algo ronca.

—¿Aceite y tomate está bien?

—Perfecto.

Empieza a moverse preparando el pedido y yo decido que, si quiero que volvamos a tener otro encuentro, tengo que hablar del cine y de lo incómoda que pareció a la salida.

Quiero que esto avance.

—Quizá fui un poco pretencioso invitándote a ver esa película. No es cine que le guste a todo el mundo.

Me mira por encima de su hombro y esconde una sonrisa.

—A mí no me gustó. Quizá el cine de autor no sea lo mío, quizá el cine de ese club no sea para mí.

Me alucina su sinceridad, que no trate de agradarme por ser cordial. Me recorre un hormigueo por la piel que augura algo bueno. No recuerdo que me haya pasado con ninguna chica, sí con situaciones, como cuando descubro algo que va a encantarle a mi abuela, o que va a suponer un reto profesional para mí, pero es la primera vez que me pasa con una mujer.

«¿Eres un reto para mí, Ané?».

—No todas son así, no te creas, se pueden seleccionar. La próxima vez, si quieres, miramos si hay alguna que te apetezca más, y nos esperamos a ese miércoles en concreto. —Quiero que acepte y volver a quedar, vernos fuera de aquí.

Deja los cafés haciéndose y me mira con demasiada cautela.

—¿Y si no me apetece ir a ese cine?

Parpadeo, entre confuso y sorprendido. No es una negativa a estar de nuevo juntos, es solo al cine.

—Pues nos vamos a ver otra peli en el cine normal. —Levanta las cejas—. O podemos ir a cenar a algún sitio. O ir a ver las ruinas de Numancia —suelto de carrerilla—, si tienes coche, claro —lo digo frunciendo el ceño, creo que es la primera vez que echo en falta un coche, y el carné, por supuesto.

—Bueno, como la próxima... propuesta me toca hacerla a mí, yo pienso el destino.

Deja todo en la barra y me mira con las mejillas sonrosadas. Da la sensación de no estar nerviosa, pero sí parece estar marcando una especie de ritmo, como si se estuviera sujetando a sí misma, tranquilizándose de alguna manera interior y esa contención fuera un signo en sí mismo de que en realidad está un poco alterada. Me parece curiosa su reacción, me gusta.

Creo que de esta chica me gusta todo, para qué voy a negarlo.

—¿Tiene que ser miércoles también o puede ser otro día? —duda.

Entonces desvía sus ojos hacia mi derecha, y escucho una voz justo detrás.

—Martí, ¿qué pasa con ese...? Oh... perdón —se disculpa mi abuela al ver que no es que esté entretenido con el periódico como me ha pasado otras veces.

—El desayuno ya está —informo con una sonrisa inevitable y sin dejar de mirar a Ané, que vuelve a fijar sus ojos en los míos.

Le guiño un ojo cómplice y las presento.

—Este lugar es maravilloso —alaba Elisa con una sonrisa tras el saludo—. Me parece increíble el gusto y el mimo con el que está decorado. ¿Tienes algún club de lectura?

Levanto las cejas, ha tardado mucho menos de lo que esperaba en plantearlo.

—Me parece un lugar ideal —mi abuela sigue hablando, aunque Ané no ha contestado, porque la mira expectante, como si estuviera deseando saber qué más tiene que decir al respecto—. Mis amigas y yo tenemos uno, somos seis y nos solemos reunir cada mes en una casa, pero si no te importa que lo hagamos en tu maravillosa cafetería, creo que, como el próximo jueves me toca a mí, voy a hacerla aquí. Les va a encantar.

—¿Por qué me iba a importar, Elisa? —Ané se arranca y no puede evitar la emoción en su voz—. Me parece una idea muy buena. De hecho, crear un club de lectura es algo que me encantaría, pero todavía tengo que estudiarlo. Lo de comprar una cantidad de ejemplares para que dispongan de ellos es algo que no veo factible.

—Pero tú puedes ofrecerles el sitio de reunión y la merienda o el desayuno. Se puede pagar

una cuota anual asequible y que ellos se consigan los libros.

—¡Vaya! —Ané me mira emocionada—. Creo que voy a apuntar esas ideas.

—Y si el libro que están leyendo tiene película puedes encargarte tú de conseguirla y el día que veas que hay menos gente, hacer un visionado de esa peli con la gente del club —lo digo según se me ocurre, llevado por la emoción de sus palabras.

La chica, sorprendida, abre los ojos en mi dirección.

—Si mi nieto no vincula todo al cine o a la música es como si no existiera.

Provoca una carcajada en Ané que me gusta, me gusta mucho.

—Venga, vamos a desayunar que se enfría. Encantada, Ané. Te garantizo que volveremos, vaya que sí. Este sitio es maravilloso. —La sonrisa que le regala Elisa es entrañable.

A mi abuela le ha caído bien, y eso indica que Ané es de fiar. Elisa Andrés se equivoca muy pocas veces con la gente.

—Me alegro, porque creo que hablar con usted me va a ayudar a dar forma a muchas ideas —dice con un asentimiento, como si estuviera muy convencida de ello.

—Estaré encantada de ayudarte.

La mano de mi abuela se posa en la barra y sujeta, de forma delicada, la de Ané; la aprieta y la suelta, tras una mirada de complicidad.

Se despide y va hacia la mesa con el plato de tostadas, yo cojo los cafés y veo como mi camarera favorita, y esto lo digo ya con conocimiento de causa, sale de la barra para coger el plato con el bizcocho y llevarlo a nuestra mesa.

—No te preocupes —le digo.

—No lo hago —me contesta, sigue sonriendo, sus ojos también lo hacen.

Necesito pintarlos con ese gesto que la ilumina por completo. Creo que me había cortado para no darle alas a esa certeza de lo que me atrae Ané, pero llegados a este punto me parece una gilipollez. Los voy a dibujar.

—Piensa en dónde quieres llevarme el próximo día, que no tiene por qué ser miércoles. Supongo que me merezco un lugar al mismo nivel que la peli. Aunque espero que no me lleses a una sesión de depilación o algo similar.

Ella se ríe y a mí, además de calentarme, y no solo en el sentido más guarro, me tranquiliza.

—No fue para tanto, no estuvo tan mal. —Quiere quitarle importancia, y se le nota. Qué curioso que ya empiece a ver gestos que la delatan.

—La revancha es toda tuya. —No voy a entrar en una discusión sobre lo que pienso de ese «No fue para tanto», porque sé que para ella lo fue.

Se retira de la mesa con una sonrisa mucho menos comedida que las que me ha lanzado al principio.

—¿Por qué me has traído aquí, Marti? —Mi abuela hace que deje de mirar el caminar de Ané hacia la barra. Lleva unos pantalones de cintura muy alta, muy anchos y le hacen unas piernas eternas.

—Sabía que te iba a gustar —digo un poco ido.

—Quizá ese no sea el único motivo. —Se ríe y comienza a echar el tomate a la tostada.

Terminamos el desayuno y veo a Minerva entrar con Unax, que en cuanto me ve corre hacia mí. Tras un abrazo se suelta y besa a Elisa.

—¡Yaya Eli! —saluda.

Min se sienta con nosotros. La beso en la mejilla y mi abuela aprieta su mano con cariño.

—¿Me has pedido galletas? —pregunta el pequeño.

Su madre asiente.

—No sabes lo que te agradezco que te quedes con él. —Mi compañera y amiga desprende gratitud.

—Venga, Min, te mereces unas horas para ti.

—Son dos días.

—Son 24 horas —le digo riendo.

—Y mañana comeremos los tres en mi casa —añade mi abuela.

—De verdad, Elisa, sois divinos. Tengo mucha suerte de teneros.

Me levanto a la barra para ir cogiendo lo que ha pedido Minerva. Ané está demasiado ocupada atendiendo.

Mientras me acerco a la mesa veo cómo mi abuela mira a Unax y a Minerva. Le da mucha rabia que esa chica esté pasando el trago tan malo con el padre del niño.

Todavía tengo muy presente aquella vez que Elisa y yo terminamos discutiendo porque vio, una mañana, salir a Minerva de mi casa y tuvo la necesidad de decirme que si estaba acostándome con ella debía de pensar en el niño. Y que quizá no fuera mala idea que me quedara a su lado si estaba gozando de su carne. Fue bastante impresionante aquella bronca. Sobre todo, porque no me dejó hablar y estaba tan confundida que me costó mucho más que la comida del domingo para darle la versión real de los hechos.

Siempre he pensado que ojalá Minerva y yo pudiéramos ser pareja. No será porque no nos hayamos probado; no hay nada de química entre nosotros. El amor es fraternal, adoro a su hijo como si fuera mi sobrino, o supongo que ese es el sentimiento que se siente hacia los hijos de tus hermanos. Pero, aunque nosotros empezamos teniendo un par de encontronazos sexuales y así nos conocimos, nos dimos cuenta de que solo había sido eso, unos escarceos divertidos. En seguida el ambiente entre los dos se volvió amistoso, y cuando al tiempo se quedó embarazada de un chico que desde lejos se veía que no iba a encargarse de nada que no fuera tocar los cojones, no me separé de su lado. En cuanto necesité a alguien para llevarme el estudio en los pormenores de la pequeña empresa, no lo dudé y la contraté, tiene una disposición encomiable y es muy trabajadora.

—Es verdad que le gusta mucho venir aquí —escucho a Minerva antes de sentarme.

—¿Por qué será? —Se ríe mi abuela.

—Porque es un lugar muy agradable —les digo sabiendo que ya estaban haciendo puzles con mi vida.

—Y porque tiene unos ojos alucinantes —remata Min haciendo que mi abuela suelte una carcajada sincera.

—¿Quién tiene ojos alucinantes, mamá? —pregunta Unax.

—Esta cafetería —le contesto recriminando con miradas soslayadas a las dos mujeres que me rodean—. ¿Has visto que ventanas más alucinantes tiene?

Unax mira a su madre arrugando la nariz, como si yo no dijera más que tonterías.

Por el hilo musical se escucha a Zaz.

Observo a Ané, es como un puto imán. Creo que, sin ella ser muy consciente, sigue el pegadizo ritmo de *Je veux* con pequeños movimientos de su cuerpo. Desvíó mi vista antes de que vuelva a ser el objetivo de las mofas de mis compañeras de mesa.

Montaña rusa

Aquella mañana estaba como en una montaña rusa. De emociones, me refiero, no mareada ni nada. Físicamente estaba bien, pero anímicamente..., eso ya era otra historia.

El cariño que mi hermana me mostró durante los días siguientes a la charla removi6 muchos sentimientos. Era demasiado consciente del abandono que había sufrido mi familia, pero, lo que era increíble, fue que con cada golpe de amor contra la Ané que había abandonado a su familia, venía un rebote que no llegaba a entender muy bien. Deseaba que Varo volviera a mí y me pidiera reanudar nuestra relación, y lo deseaba para decir que sí, y alzarme, aunque me costara, como esa Ané que estaba descubriendo. Quería mostrársela. Porque empecé a convencerme de que si no me hubiera ocultado, él no se habría desencantado de mí.

Y tan pronto como experimentaba ese subidón respecto a mi relación que podría ser salvada, aparecía el *Dreamink* y mi mundo se desmoronaba.

Esa mañana de sábado entró Martín con su porte, su altura, su abrigo de paño con las solapas subidas y rodeando su cuello una bufanda de colores verdosos oscuros, unos vaqueros claros rotos y unas botas negras, que no se había abrochado del todo. Le pegaba un montón ir vestido así, ese estilo grunge y cómodo, pero a la vez estudiado. Como si hubiera convertido la dejadez en una moda.

Me provocó un calor, que no sabría describir, cuando miró con adoración a la menuda mujer que lo acompañaba. No tenía ojos para nadie más, no saludó ni siquiera al entrar, solo le habló a ella y le indicó dónde sentarse. Entonces me pilló haciendo el análisis de mi vida ante su presencia, por fin, después de un encuentro fracasado, y varios días sin aparecer. No sabía ni qué decirle, o si tenía que decirle algo. Porque sí, que durante los dos días anteriores no hubiera venido había supuesto una pequeña crisis interna que Pilar se encargó de boicotear.

No había sucedido nada grave, él me había invitado al cine y punto, que no me hubiera gustado la peli era mi problema, no el suyo que al parecer la disfrutó un montón, y no debía suponer una debacle que tambaleara mis pequeños avances hacia el conocimiento de la Ané de verdad.

El caso es que lo hizo fácil; me hizo quedar como una pava, lo reconozco, pero cada vez que abría la boca me lo ponía muy sencillo, como si me diera la puntada y yo solo tuviera que seguirle con el hilo. No supe muy bien cómo, pero lo que iba a ser algo puntual e irrepetible, dejó de serlo. Me vi buscando un plan alternativo al cine de autor para compartirlo con él. Por no hablar de la entrañable abuela de ese chico. Esa mañana mi otra vida paralela, esa que había resurgido sin un Álvaro a mi lado, estaba llena de luz.

Apunté maravillada, palabra que la abuela de Martín conjugaba como un verbo propio, los consejos que me dieron para crear, en un futuro cercano, un club de lectura propio de la Cafoteca. Y disfruté de cada canción que pusieron en la radio esa mañana. Desde que abrimos decidimos que hasta que creáramos una *playlist* que fuera con la personalidad de la cafetería, pondríamos Radio3. Le iba mucho más al ambiente que cualquier otra de música comercial. Esa mañana conocí a una chica francesa a través de las ondas, y la quise para mi hilo musical. Bendito Shazam.

Pilar vendría a la hora de cerrar, comeríamos con los peques y Diego a base de un pica pica que prepararíamos en la pequeña cocina y después tocaba siesta antes de abrir a las cinco. El día pintaba bien.

Pero los días raros son así por algo.

La chica que entró como un vendaval, con un pequeño de cabellos rubios de su mano, hizo que bajara de la cúspide de un solo movimiento, o de un solo beso, más bien. Un beso a Martín tras un enorme abrazo del niño que entró antes que ella.

Podría haber pensado de forma racional, pero no lo hice, y bloqueé todo para centrarme en mi Cafoteca que era para lo que yo me levantaba con energía cada mañana, no para pensar en si Martín tenía un hijo con una chica cuya personalidad traspasaba sus formas. Porque sí, era una chica que vestía con un estilo propio, y de cuya espalda debía de salir un tatuaje que le llegaba al cuello, algo que le vi yo y todo el que quisiera mirar, en cuanto se quitó la bufanda de colores cremas, rosados, brillantes... Hasta sus gafas de pasta rojas tenían personalidad, para qué engañarnos.

El caso es que mi mañana seguía cambiando de emociones según variaba la luz que entraba a través de los cristales, o según entraba gente por la puerta.

Martín y su tropa se fueron, él intentó hablar conmigo, pero me vino de perlas que su abuela se empeñara en invitar y que de repente un grupo de seis personas entrara buscando el abrigo que ofrecía la estufa.

«Hablamos el lunes», dijo.

Yo solo asentí, y creo que mi mirada fue similar a la que las vacas le dedican al tren cuando pasa.

Llegó la hora de comer y mi familia entró haciendo sonar el carillón, encabezada por mis dos sobrinos y sus ganas de verme en forma de gritos.

—¡Tíaaaaaaaaaa! —Ari se me abrazó y Rigel se enganchó a mi pierna como un pequeño mono.

Repartí besos y abrazos, mi cuñado me miró subiendo cejas... «Oh, oh», me alarmé y él asintió, y entonces le tocó el turno a mi hermana que en cuanto la dejaron entró en la barra.

—Tenemos que hablar.

—Frase apocalíptica donde las haya.

—Supongo que te la dijo Varo, ¿verdad? —Cuanta bilis tenía esa frase.

Y supe en ese momento, avisada por la sensación de haberme tragado un ladrillo, que mi madre había hablado con Pilar.

Maldita manía de ocultar cosas.

Entramos en la cocina, apenas quedaban un par de mesas por irse y, como ya habían pagado, no teníamos que estar pendiente.

Pilar se cruzó de brazos. No dijo nada. Una pena que no tuviera su bolsa con agujas y lana para poder ponerse a hacer labor e ignorarme. O mejor no, quizá lo podría haber usado como arma y no tenía ganas de sangre. Un horror, no sabía ni como empezar y me coloqué frente a ella en la misma posición.

—¿Y bien? —preguntó con determinación.

—Empieza tú, para saber con la información que cuentas —solicité con cautela.

—Y así medir la que no quieres contar, ¿no? —Entrecerró los ojos.

—Jolín, Pi —dije agobiada. Empezaba a odiar estas situaciones con ella, me frustraban.

—Pi, po, pu... ¡Ané! —Estaba enfadada.

Ufff, aquello no pintaba bien, y era normal. No sé cómo habría reaccionado yo en su misma situación.

—Fue Álvaro quien rompió la relación —confesé cerrando los ojos, pero los abrí cuando no escuché nada de su parte.

Silencio, Pilar siguió un rato sin decir nada, no parpadeaba siquiera. Su mirada fue diluyéndose de la rabia al dolor y de esta a la tristeza, y todo en cuestión de segundos. Y me ahogué un poquito, lo de generar ese dolor en mi gente me ponía mal, y es que a pesar de lo dura que parecía siempre Pilar, nada más lejos de la realidad. Mi hermana es demasiado sincera en sus emociones.

—Lo siento, no me sentía preparada para defenderlo de algo así ante vosotros —dije excusándome. Quise acercarme a ella a cogerle las manos como hacía conmigo para reconfortarme, pero no pude, no supe. Mis muestras de cariño y apoyo estaban en periodo de pruebas, supongo.

—Madre mía, Anémona... — Se llevó las manos a la cara, y cuando me miró, se le salían los ojos —. ¡Madre mía! ¿Defenderlo de qué? Si te ha dejado él y hay que ponerlo a pingar, aunque sea a escondidas, se le pone y punto. Pero... ¿por qué hacerte responsable tú de algo que no eres? —Me miró a los ojos, directamente, sin medias tintas, buscando una respuesta que no creo que encontrara ahí porque no la tenía.

—Ay, no lo sé. —Y era verdad, en ese momento tampoco sabía por qué lo había ocultado—. Supongo que no me apetecía que hicierais leña del árbol caído.

Sí, esa era una razón importante. Duele mucho escuchar cómo atacan a alguien a quien sigues queriendo, y duele más descubrirte defendiéndolo de gente a la que quieres también mucho, es una guerra que no me apetecía librar.

—¿Pero tú crees que íbamos a empezar a insultarle delante de ti, como realmente queremos hacerlo, sea o no responsable de la decisión? —El tono de obviedad era muy claro, pero la información de sus palabras me decía que el juicio sobre Varo iba a caer sí o sí.

—¿Ves? —Respondí volviendo mis manos y enseñándole las palmas, asentí, para que se diera cuenta de que ya lo había hecho.

—Sí, he decidido dejar el filtro en casa —contestó enfadada—. Tú te tomas la libertad de mentirme a la cara y yo me tomo la mía de quitar el pie del freno. —Su cara dejó de ser de reproche para convertirse en una de pena que amenazó con partirme el alma —. Si no confías en nosotros, si no te dejas caer en nuestros brazos cuando lo necesitas, siendo leal a ti misma, ¿qué nos queda? Seguimos robando pellizcos de alguien que no quiere mostrarse tal y como es. ¡Somos nosotros, Ané, por el amor de Dios! No vamos a juzgarte y a hacerte papilla, ¿no lo entiendes?

—Ahora un poco más —susurré, porque si algo me había quedado claro era el dolor que sentía ella al seguir viéndose desplazada de mi vida.

—¿Necesitas que te lo digamos? —Me miró fijamente, se quedó estática.

—Necesito ir cogiendo perspectiva. —Tragué las palabras y según lo hacía asumí que debía empezar a confiar más en ellos, y dejar de forzar estas situaciones.

—Pues pilla esta perspectiva: cero mentiras —advirtió como una institutriz.

Se acercó a mí con el ímpetu de una folclórica, me abrazó fuerte... Y se echó a llorar.

Me quedé un poco paralizada. Reconozco que estaba tan acojonada por haberla defraudado que solamente ver que ya estaba volviendo el caudal al río hizo que me sosegara. No esperaba que reaccionara así.

—Me da la sensación de que no vamos a recuperarte, de que él ha robado esa esencia tuya y

no vamos a volver a tenerte con nosotros. No a la Ané que eras —confesó con voz ahogada.

Entonces entendí su miedo. Bueno, yo también lo sentía, porque había una parte de mí que seguía muy interesada en que esa separación entre Varo y yo se deshiciera para poder volver a estar juntos. Y aunque había cierta determinación en no perder a mi familia en el proceso, porque ya había visto lo que había pasado aquellos años atrás, sabía que iba a ser una lucha complicada.

I put spell on you

Cuatro días sin ver a Ané. No le había dado muchas vueltas, solo me había pasado a tomar el café de media mañana y fueron rápidos, pero ella no estaba tras la barra. Ninguno de esos días. Hoy, que he venido más tarde, por fin la veo a través del cristal de la puerta antes de entrar.

El sonido del carillón me recibe y un segundo después me encuentro con sus ojos, podría decir que me persiguen, o más bien que soy yo quien lo hace, tengo un par de bocetos de ellos en la mesa del estudio, y creo que, si tuviera que dibujar algo al azar y sin pensar, mis manos los trazarían de nuevo.

Su cara de sorpresa me dice que no esperaba verme, quizá no ha sido casualidad no encontrarnos, quizá haber cambiado la hora de pasarme por aquí ha descuadrado algún plan para no encontrarse conmigo. Admito que pensarlo me toca los cojones, pero no suelo ser de los que insiste, si se ha echado otra cuenta y no quiere quedar conmigo no seré yo quien lo ponga difícil.

Me noto molesto.

«Igual que ha venido, se irá», el pensamiento es tan falso que me jode, para qué engañarme.

—Una caña y un bocadillo pequeño de sardina con queso —le pido y cojo el periódico.

—Buenas casi tardes —me saluda y entonces me doy cuenta de que me he tragado mis modales.

«Mmm, Martín, a veces no ocultas tan bien como crees tus sentimientos».

—Hola. — Sonrío, pero decido que no voy a decir nada. Esperaré a que ella hable.

Me sirve y aparto el periódico, observo que hay una mesa libre en la ventana, cojo mi almuerzo tardío y antes de abandonar la barra me habla:

—¿Te apetece cenar el sábado?

Me muerdo el labio inferior antes de mirarla, apoyo la caña y la miro.

Siento que mi humor mejora.

—Supongo que sí... —Eleva las cejas—. Suelo ser de costumbres y ceno todas las noches —bromeo, o más bien toco las pelotas, porque quizá quede algo de malestar dentro de mí.

—Perfecto —me dice asintiendo despacio. Entra un cliente y se acerca a la barra pidiendo sin saludar, Ané lo mira y luego me mira a mí—. Pues cena y que te aproveche.

Parpadeo varias veces. Menudo listo soy. Voy a dejarme de gilipolleces ahora mismo. Espero a que sirva al cliente, llevo mi caña y mi bocadín a la mesa y dispuesto a pagar y a redimirme, vuelvo a la barra.

—¿Me cobras? —llamo su atención.

Se da la vuelta sin mirarme. Se acerca y cuando la tengo frente a mí, hablo:

—Perdona. Estaré encantado de cenar contigo el sábado. Dime hora y sitio y allí nos veremos.

Entonces sí, me regala su mirada y el color de sus mejillas. Hay una belleza sincera en ella que me deja un poco tonto.

—En el Kiosko, a las diez.

—Se suele llenar bastante.

—He reservado.

Me sorprende, y me muerdo la lengua para preguntarle con quién iba a cenar si le llego a decir que no. No voy a tentar a la suerte, que ya me la he jugado demasiado.

¿Es normal que esa nube negativa se haya evaporado así de rápido?

«Estoy jodido».

Mientras atravieso la Alameda, el parque en el que se encuentra el restaurante donde he quedado con Ané, la veo caminar delante de mí. Es pronto, faltan unos treinta minutos para que llegue la hora, pero veo que ella también es puntual.

Me siento un acosador, repasando desde atrás su forma de caminar y cómo mira a su alrededor. Es de noche y el parque presenta un entorno bucólico. Las luces amarillean los árboles de hoja caduca y los paseos están cargados de las que el otoño ha desprendido estos días. Al fondo el árbol de la música, con sus farolillos, nos marca la meta, porque a un lado se oculta un poco el restaurante donde cenaremos.

Sube los tres escalones hacia el bar y allí, al entrar, veo que se encuentra con Marta, la chica del tatuaje, la misma que se lio con Rafa, aunque él no me diga nada. Decido que me voy a quedar fuera, en la ventana, además localizo a dos amigos que están allí pasando frío, lo que nos gusta beber de pie y al relente nocturno en esta ciudad. Los saludo y me bebo una copa del vino que están tomando y que, casualmente, es el que ellos elaboran en su bodega.

No puedo evitar, mientras hablo de todo y de nada, mirar hacia dentro, donde Ané charla animada con Marta. Está de frente a mí, sentada en la barra, y dudo mucho que no me haya visto. Jugamos hasta las diez a que no nos damos cuenta de la presencia del otro, y cuando llega la hora veo cómo se levanta. Espero a que pase por mi lado para ir juntos, y una sensación agradable y llena de expectativas me recorre el cuerpo de arriba abajo.

—Hola —me saluda incluso antes de que me dé la vuelta—. ¿Vamos?

Me despido de mis amigos, que me levantan las cejas varias veces de forma insinuante, y caminamos juntos hasta la entrada del restaurante. Es agradable entrar al calor, hago un movimiento de estremecimiento controlado y froto las manos.

—Cuando te he visto fuera he pensado que estabas loco. No entenderé nunca la costumbre de las ventanas.

—Lo sé, —digo quitándome el abrigo—. Las temperaturas bajo cero nos paralizan el pensamiento o algo, ¿verdad? Probablemente el lugar donde más frío hace y donde más practicamos el *cañeteo* en la calle en pleno invierno.

Nos sentamos uno frente al otro, al lado de una de las ventanas. Nos miramos en silencio, ella coge la carta y la lee.

—¿Vas a tomar vino? —pregunto, dudando si vamos a ser capaces de mantener una conversación.

—Sí, pero elige tú.

Decido por los dos cuando me dice que le gustan todos.

—¿Compartimos platos y así cenamos más variado? —indago.

—Ah... —se sorprende—. Como quieras.

—No, como quieras tú. —No sé si su reacción ha sido buena, si de verdad quiere o no, y lo que menos me apetece es que se sienta obligada.

—Bueno... por mí genial. —Siento que está sopesando la posibilidad, y me asombra bastante que con algo tan sencillo como pedir en un restaurante ella se quede... ¿bloqueada?—. Estoy viendo varias cosas que me gustaría probar, además tengo hambre. —Y entonces sí, le sale una

sonrisa genuina, ya no hay bloqueo, ya hay decisión.

Nos toman nota de los platos que pedimos y nos sirven el vino tinto, el mismo que he tomado con mis amigos.

Lo prueba y espero veredicto.

—Está bueno —dice nada más tragar.

—No te fiabas de mí —afirmo interrogante.

—Sí, sí. Si a mí mientras no rasquen mucho. —Se toca la garganta.

—Entonces lo de ir al cine va a ser difícil, ¿no? —pregunto tras un largo minuto en silencio para romper el hielo.

—No es eso. —Una risa sincera y como de alivio adereza sus tres palabras.

—Entonces eliminamos solo el de la UNED.

—¿Sabes?, he mirado el folleto con las pelis y he visto que echan *Animales Nocturnos*.

—Vaya, el diseñador.

—No... ¿el actor de *Salvajes* es también diseñador? —Frunce el ceño con interés y extrañeza.

No es la primera vez que veo ese gesto en ella. Me da que pensar, creo que la espío demasiado cuando estoy en la cafetería.

—¿El actor? Me refiero al director.

—Ah... Vale. —Se ríe y se sonroja—. Como ves tengo muy poca idea de ese tipo de cine.

—No es que sea un tipo de cine. Son películas que es difícil que lleguen a las salas de aquí.

—Vale, pues esa quiero ir a verla —me dice—. ¿Me acompañarás?

—Te invitaré. —Bebo un trago de vino—. Y luego te volveré a invitar a cenar, para comentar la peli.

—Mmm...—Se golpea los labios con el dedo índice—. Una invitación doble. Tendré que llevarte a las ruinas de Numancia —me dice y hace que los dos rompamos a reír.

Nos traen el primer plato, un tataki de atún.

—¿En serio no tienes coche?

—No tengo carné.

—Vaya, es curioso, yo pensaba que aquí en Soria prácticamente todos nos apuntábamos a la autoescuela como locos. No conozco a nadie del instituto que tras cumplir los dieciocho no se lo haya sacado.

—Mi abuela me pagaba todo por entonces. No podía permitirme meterle un extra de ese tipo, y la verdad, tampoco he necesitado coche hasta ahora. Que también te digo, tengo una bicicleta que me lleva a todos los sitios. —Me río, se ríe, pero antes he captado cierta mirada... ¿tierna?

—¿Incluso a las ruinas de Numancia? —dice y no puede evitar reírse.

—Podría probar —contesto elevando las cejas.

Cuando dejamos de reír habla:

—Bueno, te ahorraste los nervios de las prácticas y el examen.

—Eso parece.

—No te preocupes, no te voy a hacer que cojas la bici, dado el caso, te llevaría yo.

Seguimos cenando y la charla con ella es bastante amena, con bromas ligeras y miradas disimuladas a mis tatuajes que se convierten en sonrojos cuando se siente descubierta.

En el postre me quito el jersey, el vino y la comida me han dado calor. Me quedo en manga corta y sé que muchos de mis tatus quedan expuestos, creo que voy a sonrojarla bastante. De repente fija su vista en la parte interna de mi antebrazo, y aunque la miro directamente, ella no

parece darse cuenta.

—Verás... —empieza a hablar y se para—. No sé si... —Niega varias veces y me mira a los ojos. Se acalora, tiene los ojos chispeantes, con ese brillo que da el alcohol.

—Adelante, —la animo—, pregunta por el pedazo de piel que quieras.

—Vale... —susurra con alivio y ríe despreocupada—, pensaba que era un poco indiscreto hacerlo, pero... Ese tatuaje... —Señala el primero, el que me hizo Félix cuando tenía dieciséis años, apenas unos meses antes de venirme a vivir a Soria con mi abuela, aunque yo no lo supiera.

—*Fight for your dreams* —digo mirando las letras sin leerlo—. Es curioso, el inglés por aquel entonces se me daba fatal, pero me parecía muy guay tatuármelo en esa lengua, sonaba de otra manera, como un mantra con clase.

—En español no suena nada mal —me dice.

—Félix, el amigo que me lo tatuó, intentó hacerme cambiar de parecer, es un poco contrario a los lemas en otros idiomas. —Me río acordándome de cómo se le aprieta la mandíbula cuando le viene gente con una parrafada en letras chinas—. «Por lo menos tatúatelo en francés, que esa lengua la controlas», me decía. Pero no pasé por el aro.

—¿Y para ti es eso, un mantra?

—Sí, lo fue y lo seguirá siendo. Si no soñamos y luchamos por alcanzarlos terminaremos con nuestra esperanza, ¿no crees? No he dejado de soñar nunca, supongo que ha sido mi salvación.

Me alucina bastante sentirme tan a gusto como para hablar abiertamente de la gente que forma parte de mi vida, soy más de escuchar.

—Sí... —dice sin sacar la vista de mi brazo—. Tuve un sueño... —sus palabras son pronunciadas con cierto fervor que me transmite algo extraño, atrayente. Como si fuera a dejarme entrar en una parte de su vida que no le permite a todo el mundo, y eso abraza y ratifica de forma inmediata la sensación que acabo de tener con ella—. Creo que... —Y sale del trance, ríe en bajo y con sus manos se aprieta las mejillas—. Voy al baño a refrescarme.

Asiento y veo cómo se levanta. No me había fijado, pero lo que parecía ser un jersey de lana rojo es en realidad un vestido corto, y lo que parecían ser unos pantalones negros, son unas botas por encima de las rodillas. No sé si es el vino, o que llevo un rato atontado con sus ojos, pero ver esa franja entre el vestido y las botas me calienta aún más. Admito, sin ninguna vergüenza, que tengo unas ganas casi enfermizas de que me pida que le suba el vestido y me la cuelgue de las caderas.

Estoy poniéndome duro.

Cuando vuelve me he bebido el agua de la botella, dos vasos para ser exactos, y verla de nuevo aparecer ha tirado por tierra lo que el agua había enfriado. Solo espero tener la cordura suficiente para poder tener una conversación.

Se sienta, viene la camarera y nos pregunta si hemos elegido postre. Le pedimos un minuto y nos reímos.

—¿Compartimos? —me dice—. Si quieres, por seguir la misma tónica de la cena.

—Por supuesto —contesto ciego de ganas de compartir lo que sea con ella.

«Joder, Martín. Para».

Pedimos, y para desviar mi atención, y que mi mirada no se convierta en la de un depredador, me centro en otros temas.

—¿Cómo te dio por montar un cafébiblioteca aquí?

—Es largo de contar.

—Tenemos dos postres por delante y una copa, si tú quieres. —Me recuesto en la silla.

—He vivido en Madrid hasta hace unos meses. Trabajaba en una gestoría, pero al venir aquí decidí que quería empezar de cero. Adoro el café, y me apasiona leer, aunque reconozco que no siempre he leído cuanto me hubiera gustado. Sabía que montar este negocio aquí tiene sus riesgos, pero si no lo intentaba, si seguía con lo de siempre, sentía que no iba a volar como me pedían mis sueños. ¿Sabes que soñar que vuelas significa libertad? —Asiento, sin dejar de mirar sus manos moviéndose sobre la mesa, acariciando el mantel, formando una arruga; entonces me enfoco en sus ojos que miran todo el restaurante para detenerse en los míos y seguir contándome—. Yo lo interpreto más como las ganas de alcanzar aquello que no te has permitido tocar, abrirte a todo. Y desde que llegué aquí, que fue cuando comencé a soñar otra vez, no he dejado de volar. No podía meterme de nuevo en la oficina y hacer el papeleo de otros soñadores.

Termina así. Se da cuenta de algo, se sonroja un montón, y coge la botella de agua que ahora está vacía.

—Perdona, he acabado con el agua.

Nos sirven en ese momento el postre y pido otra botella de agua fría.

—¿Me harías un tatuaje? —me pregunta de repente.

Su petición prende la mecha en mis venas y el fuego va directo a mi entrepierna. Mantengo el gesto imperturbable, pero no puedo evitar imaginar su piel en mis manos mientras dibujo en ella.

Estoy completamente empalmado, es un hecho.

Me centro en su historia, en sus ganas de volar y hablo:

—Después de tu historia deberías tatuarte algo así como: «Moja tus sueños en café y despiértalos».

Se ríe, mucho. Se acalora. Yo le sigo con las risas y cuando paramos, habla:

—No está mal tu idea.

Inspiro, joder... es una tía increíble.

—Ahora en serio, sabes que te mereces el mío, ¿verdad? —la voz me sale algo ronca y la miro directamente a los ojos, como si hubiéramos conectado a otro nivel.

De repente algo pasa entre nosotros, o quizá sea el vino, pero tengo hasta un efecto túnel con ella, como si estuviéramos solos. No aguanto su mirada de ojos grandes, llenos de un anhelo que me sobrepasa, dirijo la mía a observar las letras de mi antebrazo.

—Lo quiero, pero en español —lo susurra como si fuera un deseo inmediato.

—¿Ahora? —pregunto extrañado. Sin querer me veo entrando en el estudio, encendiendo las luces ante su mirada de incertidumbre, y tatuándole la frase.

Estoy excitado, pero de una forma casi enfermiza.

«Joder... ¿No hay más agua?». Miro a la mesa y es que todavía no la han traído.

—No. —Se echa a reír, se tapa la cara y cuando llega la botella aprovecha para tomarse un vaso entero, yo debería amorrarme a la botella—. Mejor tanteamos un día que podamos los dos.

Suena *I put the spell on you* de Nina, y soy consciente de que hay mucha verdad en la canción y en mi situación actual con Ané.

—Esta semana, antes de que te enfríes —sentencio, con la voz baja y demasiado ronca.

Un lugar para todo

—¡Cuéntamelo todo y dime que llevaba razón! —Pilar no me dejó ni llegar a la barra.

No había nadie en la cafetería, y eso me hizo pensar que los domingos por la mañana, en general, apenas había afluencia. Fue el inicio de la investigación de campo para programar actividades como, por ejemplo, el club de lectura si es que salía adelante. Y si hubiera que ver la peli relacionada con el libro, como dijo Martín, sería un buen momento para hacer la proyección.

—Tú tienes resaca. —Me chascó los dedos delante de la cara; yo reaccioné y me senté en un taburete alto, en la barra, para mirarla directamente.

—Un poco —admití—. Hazme un café con mucho de todo.

—Porque te veo ida, pero no te acostumbres. —Se rio, se pingó sobre la barra y me dio un beso en la mejilla. Empezó a trastear con la cafetera.

—Me va a tatuar —lo solté sin anestesia.

Mi hermana se volvió abriendo mucho la boca.

—¿Dónde?

—Pues no lo sé. —Fruñí el ceño y me di cuenta de que no lo había pensado.

—Cerca del culo, para que te lo toque —la emoción de su voz sonó como la de una adolescente loca.

Cerré los ojos porque me vi enseñando el culo a Martín y la vergüenza me poseyó por completo.

—¡Pi! —grité.

—No es tan mal sitio. Queda muy sexi —dijo calentando la leche y quitándole importancia.

—Quizá en las costillas... —pensé en voz alta.

—Bien, ahí te puede tocar una tetilla. —¿Había hecho con el brazo el movimiento del que marca un tanto? No me lo podía creer.

—Jolín, Pili. En serio. —Me froté la cara y decidí que ya podía quitarme el abrigo, parecía que hablar de los lugares que Martín iba a tocarme mientras me dibujaba en la piel me estaba haciendo combatir el frío de ese domingo ventoso.

—¿Qué te vas a tatuar?

—Una frase —y según lo dije, la vi.

Ya sabía dónde la quería.

Sonreí como una pava porque en mi mente el espejo me devolvía una imagen de tinta en mi piel, pero como los sueños no duelen físicamente, no supe lo que esa parte dolía cuando las agujas dejan esa marca permanente.

—No sé si estás espesa o vas de misteriosa. —Me puso delante el café—. Además de haber concertado una cita en su estudio... ¿me vas a contar cómo fue la cena?

—Es muy majo —lo dije asintiendo, era la primera vez que iba a describirlo.

Cuando la noche anterior llegué a casa, algo ida por el vino de la cena, menos mal que no acepté irme de copas, sentí que había estado muy a gusto, pero mucho.

—Me hizo sentir muy bien. Hablamos de todo un poco, y no sé... creo que quedaremos alguna vez más.

Me encogí de hombros, porque de verdad quería que así fuera.

—Nada de sexo —se cercioró con un tono algo impertinente.

—No quedamos para tenerlo —dije en el mismo tono.

—No se queda para ir a la cama, o sí. —Sopesó—. Pero supongo que puede entrar en la lista de objetivos si tu cita es con un *guapazo* del calibre del *Dreamink*. —Parecía como si con sus ojos y con su expresión, me gritara: «¿acaso no quieres tirártelo?».

Desconecté de ese último pensamiento porque no quería contestarlo y pensé en el mote que empleaba con él. Me hizo mucha gracia que no dejara de llamarlo así, como si fuera un sueño de tinta. No era una mala metáfora, desde luego.

—No sé si él me tendrá en esas listas.

—¿Y tú?

Bebí un sorbo de café y me entró tan bien que cerré los ojos.

—Me atrae, lo sabes. A muchos niveles. Es muy agradable hablar con él, no sé si es su tono de voz, o cómo mira cuando estás contándole algo. Es cómodo. —Hice una pausa, pensé si quería decir aquello delante de Pili. Era mi hermana, tenía que arriesgarme—. Es sexy. —Levanté la mano y frené lo que fuera que iba a decir—. En serio, es caliente en muchos aspectos. No solo es el físico, ¿sabes? Sus manos, cómo coge la copa; sus labios, cómo bebe, cómo mastica. Hasta cómo se aparta el pelo, ese pelo que le hace un poco misterioso, pero en el buen sentido.

—No sé en qué sentido me hablas, Ané, pero a mí me suena a bíblico. Creo que después de tu descripción la siesta de los niños de esta tarde va a ser más tempranera que nunca. —Pilar se abanicó—. Tú a este te lo cepillas, aunque solo sea para contármelo.

—¡Eres lo peor!

Pero al final rompí a reír en carcajadas con ella.

—Si es que te sentaría estupendamente. Ibas a dejar de ser tan *ajustá*, porque un *polvazo* de ese tío tiene que sacarte las tontadas a golpe de cadera.

—¿Diego sabe de este carácter de salida que tienes?

—Y de entrada, a ver si te piensas que con él me hago la tonta del culo.

Entró un cliente y mi hermana me dijo que ella se encargaba.

La miré y en cierto modo la envidié. Nunca había ido de otra cosa que no fuera ella misma. Es impulsiva, cotilla, mandona, pero es para quererla así. Aunque parezca demasiado invasiva lo cierto es que no lo es, porque tiene cariño a raudales para dar.

Aquel día me lo pasé un poco en Babia, hacía tiempo que no bebía, a pesar de que tampoco fue tanto, pero me suele pasar que si bebo luego no duermo mucho, así que más que la resaca, me pasaron factura las pocas horas de sueño.

Me metí en mi habitación temprano, con el pijama puesto y el móvil en la mano. Entré en mis *playlist* de *Spotify* y busqué a Zaz. Me gustaba aquella francesa.

Me tumbé en la cama y sonreí pensando que había sido un fin de semana muy bueno, diferente. Sentía que estaba abriéndome un poco más, no solo a Martín y a las quedadas que estábamos teniendo, sino a mi hermana.

Durante toda la semana anterior me estuvo animando a que hablara con él sobre ir a cenar. Pilar no era tonta, supo que estaba evitándolo cuando el tercer día llegué a la Cafoteca, tras los supuestos papeleos de bancos y administración, justo después de la franja horaria en la que Martín aparecía por allí.

Aguanté estoicamente su charla, y sus frases lapidarias: «Si no quieres quedar con él, no lo

hagas, pero evitarlo es una cobardía absurda que te deja en mala posición». Llevaba razón, y también en que estaba siendo una idiota si gustándome no aprovechaba la oportunidad. Le conté lo del niño y la chica que vino con él la semana anterior.

—¿Y qué más te da? —me dijo—. ¿Tú crees que si estuviera con alguien iba a estar pendiente de si volvéis a quedar o no? ¿Y encima traerla aquí, a todo tu morro?

Sí, entendí que solo fue otra barrera tonta para evitarme los conflictos que estaba teniendo en un amago de ignorar que habíamos quedado para hacer algo juntos.

El teléfono me sobresaltó porque cortó abruptamente la música y la sonrisa tonta que se me había quedado, ya no solo por las razones de Pilar, supongo que pensar en Martín me hacía sentirme bien, diferente a cómo me había estado sintiendo esos meses atrás fuera de todo el proyecto de la Cafoteca.

—Aída —respondí al teléfono, sorprendida.

Su llamada era la última que esperaba.

—Hola, Mona.

Cerré los ojos al escuchar ese nombre. Solo me llamaban así Varo, ella y la gente de Madrid que conocí en esa época junto a ellos. Oírlo hizo que se me tensara el pecho.

—¿Qué tal? —Sentí que me cambió hasta la voz.

—Bien... Vi tu llamada del otro día, pero me fue imposible, y luego se me pasó. ¿Todo bien por allí? ¿Qué tal el bar?

—No va mal. Ya sabes que es poco tiempo para poder echar las campanas al vuelo. ¿Y vosotros?

—¿Nosotros? —subió la voz.

—Sí, en la gestoría, ¿todo bien?

—Ah, claro. —Tomó aire de forma audible—. Un poco más de curro, ya sabes, al final tus cuentas nos las hemos repartido.

—¿No contratasteis a esa chica que os ayudó con las declaraciones?

—No, al final fue algo eventual. Ya sabes.

Sí, ya sabía. Álvaro era así. Supe que, cuando me dio la parte que me correspondía del negocio que habíamos montado los tres juntos, no iba a contratar a nadie más a no ser que se viera con el agua al cuello. Teníamos a dos chicos en prácticas y al final se quedaron con nosotros porque yo insistí mucho, y no iba a pasar por hacer ni un contrato más. Era algo usurero, la verdad, pero esa visión no la tuve de él hasta ese momento en que hablé con Aída.

No nos contamos mucho más, la charla se volvió un poco vacía. Ella no sabía qué decirme del negocio, la escuchaba como aturullada, supuse que para no dañarme con aquello que podría traerme recuerdos, y yo no podía contarle mucho de aquí, porque sabía que no le iba a interesar. Mencioné por encima lo del club de lectura y dijo que eso era para las bibliotecas. Así que decidí que definitivamente no le importaba lo más mínimo lo que tenía en mente para mi «bar».

See —line woman

El tatuaje lo quiere en su columna, que llegue hasta las últimas vértebras cervicales. He hecho varios diseños de letras y tamaños. Aunque no suelo trabajar así, siempre hay una cita previa donde estudiamos todo eso al igual que la zona a trabajar, con ella va a ser diferente.

Es viernes y ya es la hora de ir a por mi ración de café y de Ané. Estoy excitado, negarlo sería muy cínico por mi parte. Me gusta la sensación que estoy teniendo antes de tatuarla; quiero tocar su piel, una en la que dejaré mi impronta para siempre, y con la tinta que plasmará una noche mágica. Soy consciente de que es mucho más para ella, que este tatuaje definirá un propósito, pero que además sea la traducción del mío, me provoca, me hace sentirla unida a mí. Todas las marcas en la epidermis significan algo, y yo estaré en la suya.

Seguir el ritual que llevo imaginando desde que me dijo que hoy sería el día, hace que esté disfrutando de casi cada minuto.

El carillón me hace sonreír, el olor a leña y café me dan la bienvenida, y sus ojos... esos ojos que últimamente siento que me desnudan cuando me miran, me anuncian que es aquí donde quiero estar.

—Hola —me dice y la noto nerviosa.

—Hola. —Me siento en el taburete y el café negro y potente está acto seguido delante de mí.

—Estoy un poco...

—No te preocupes, es normal. —Quiero tranquilizarla en la medida de lo posible, quiero que disfrute también.

—Casi no he dormido —susurra—. Pilar me ha dicho que me dé esta crema.

Miro el tubo de pomada y luego a ella.

—Lo desaconsejo por varias razones. Solo hay un pro frente a muchos contras.

Me sale la vena profesional.

—¿En serio? —Me mira con los ojos muy abiertos.

Esa reacción de inocencia dispara un deseo extraño hacia ella, una necesidad imperante que hasta ahora no había sentido. ¿Protección? Sí, es muy posible que todo ese rollo de marcarla, ese morbo que me genera dibujar en su piel inmaculada, tenga una connotación de hombre cavernario y la protección sea un matiz en todo este proceso de atracción que tengo con ella.

—Puede complicar la entrada de tinta y además no siempre hace el efecto durante el tiempo deseado —suelto a información en un tono neutro.

—Entonces no me la doy —dice con algo de miedo en la voz.

—Mi opinión es que no, pero no te quiero obligar —añado mientras con la mirada trato de tranquilizarla.

—No me la doy —zanja. Se da la vuelta con la crema en la mano y se mete en la cocina.

—Los tatutadores sois un poco sádicos y os va la marcha, ¿no? —Su hermana sale tan rápido, según ha entrado ella, que no me sorprende.

—No tiene mucho sentido hacerte un tatuaje y no sentir que te lo estás haciendo —trato de explicarme, porque quizá ha sonado un poco así—. O al menos es como yo lo veo. Es parte del ritual.

—Por cierto, soy Pilar, su hermana —se presenta y tiende su mano de forma formal, pero con

una sonrisa con cierta picardía.

—Yo Martín —le devuelvo, y nos apretamos la mano. Me resulta curioso cómo al deslizar su mano por la mía roza con sus yemas mi palma y luego se las toca.

—Lo sé, claro que lo sé —dice y me desvía de su gesto—. Ahora como ya hay formalidad entre tú y yo, dejo de llamarte *Dreamink*.

Me hace reír de forma inmediata. Es muy espontánea, algo que ya había intuido.

—No me parece mal que me llames por el nombre de mi estudio. —No es la primera vez que me llaman así, pero que venga de su parte me hace gracia.

—¿Así se llama? —Ané está poniéndose una cazadora como si fuera de peluche gris.

Joder, así dan ganas de abrazarla más, y de quitárselo también.

«Céntrate».

—Menudos dos con los sueños... —Pilar se va hacia la barra donde han entrado dos mujeres.

—No tenía ni idea de que ese fuera el nombre del estudio —me dice Ané en bajo.

Elevo mis cejas y le guiño un ojo. Se sonroja.

Me tomo el café de un trago, quema. Pero quiero tenerla en mi estudio ya, aunque solo sea para dibujar en su piel.

Entramos y Minerva ya está detrás del mostrador.

—Buenos días —nos saluda.

Me acerco y la beso en la mejilla, le pregunto por Unax y me dice que quiere volver a quedarse conmigo.

—Pues ya sabes, sal un poco más, dedícate tiempo. —Le guiño un ojo—. ¿Conoces a Ané?

—De verla en la Cafoteca. Encantada, me chifla lo que has montado. Es lo más divino que hay por aquí, te lo aseguro.

—Gracias —contesta emparapetada en esos nervios y timidez que tiene hoy y que me están volviendo loco.

Nos metemos en mi sala, está todo preparado. Me quito el abrigo y el jersey de lana, me remango la camisa blanca y cojo los guantes. Miro a Ané, que se ha quedado parada en la entrada.

—Puedes quitarte la parte de arriba y dejarte el sujetador puesto, yo te lo desabrocharé —lo digo igual que se lo diría a cualquiera, aunque tengo que reconocer que el efecto de esas palabras para mí no son el mismo de siempre. No hay indiferencia y trabajo.

Se me queda mirando y veo que lo hace a la abertura de mi camisa.

—Tienes el pecho tatuado —me dice asombrada.

—Tengo muchos tatuajes, sí. —Sonrío y me muerdo el labio imaginando cómo sería ir enseñándoselos uno a uno.

«Hostia... Qué malito me acabo de poner».

Trago saliva e inspiro con fuerza, me pongo los guantes de vinilo negros, sin quitarme los anillos, nunca lo hago, y me siento en el taburete al otro lado de la camilla.

Veo, por el rabillo del ojo mientras hago que preparo la tinta, cosa que no es posible porque ya está todo listo, cómo se desprende del abrigo, del jersey y se queda en un discreto sujetador blanco o rosa muy claro, todo encaje. No parece que tenga ni relleno ni nada.

«Enfócate, Marti... ¡enfócate!».

—Voy a salir un momento a por una botella de agua... —digo levantándome, por mi bien—. ¿Quieres algo?

—No, gracias, ya tengo —me lo dice volviendo la cabeza, pero dándome la espalda.

—Ve tumbándote, ponte cómoda.

Cierro la puerta tras de mí. Se nota que la sala está más caldeada que la entrada, debo de ser yo el que está poniendo la habitación a temperatura infierno, y recibo agradecido el contraste.

—¿Estás bien? —me pregunta Minerva con retintín.

La miro y voy a la salita donde hacemos los cafés, allí tenemos una pequeña nevera y microondas. Salgo con una botella de agua fría; Minerva sigue esperando respuesta, esta vez levanta la ceja.

—Esa chica te gusta.

—Min... —lo digo con severidad, queriendo ser profesional, o más bien esperando que ella lo deje pasar y que entienda con mi tono algo así como: «deja de elucubrar».

Escucho una pequeña risita cuando cierro la puerta tras de mí.

Un tema de Pat Metheny empieza a sonar por los altavoces, quiero mecarme en ese jazz y dejarme ir por la piel de Ané, sin pensar en más allá, aunque sé que va a ser inevitable.

La veo tumbada boca abajo, con uno de sus brazos colgando y mirando al otro lado. Es posible que a ella le esté dando un corte de la hostia. Mi obligación es hacerlo fácil.

«Serénate, Marti».

Me siento y le enseño los cuatro diseños que he hecho, ella los mira desde una posición incómoda. Me reprendo, joder, yo también estoy nervioso, he sido un mierda, deberíamos haberlos visto antes de que se quitara la ropa, ahora no le voy a hacer incorporarse, no hasta que no le haya hecho el dibujo.

Elige uno de letras sencillas, sin florituras. Es similar al que haría una máquina de escribir.

—Es como si tuviera que ver con los libros, ¿verdad? —me dice con emoción contenida.

—Esa fue una de las razones por la que hice este diseño. Me alegra que te guste.

Transfiero el dibujo a su piel, le pido que se levante y vaya al espejo, se da la vuelta y, con un espejo mediano en su mano, se mira las letras que no ocupan mucho, unas cinco vértebras.

—Me encanta —susurra turbada—. Y ahora... a sufrir. —Ríe nerviosa y se tumba.

—No voy a desabrocharte. No es necesario.

El zumbido de la máquina no se llega a escuchar por encima de la música, pero en el momento en que llega a los oídos de Ané, esta se tensa.

—Tranquila, ¿vale? —musito con suavidad y pongo mi mano en su espalda de piel cremosa, caliente, con apenas unas pecas aquí y allá—. No te tenses, es muy poco dibujo, va a ser menos de lo que piensas.

—Venga, dale —me dice impaciente.

Empiezo y su primera reacción es contraer los músculos de la espalda.

—Respira, tranquila.

Voy repasando las letras y limpiando con papel secante.

Termino y apago la máquina, tiro el envase de tinta y dejo todo lo demás en la mesa. Limpio el tatuaje, enrojecido en los bordes y no puedo evitar mirar toda su espalda con las letras sobre su piel.

Es sexi.

Joder...

Es tremendo que esté experimentando la primera erección tras hacer un tatuaje.

Inspiro audiblemente.

—¿Está? —pregunta—. ¿No vas a encender otra vez la maquinita?

—Está listo, sí —asiento en voz demasiado baja—. Ven.

Me levanto y voy al espejo, con uno más pequeño en la mano para dárselo. Está sonrojada de la tensión que ha aguantado mientras pasaba por el trance, pero está muy guapa.

«Estoy pillado, joder».

—Es genial... —lo dice en un suspiro de emoción.

Sonrío y miro su reflejo. Entonces me mira a los ojos.

Hace mucho calor.

La lista de reproducción nos está dejando escuchar a Nina Simone por los altavoces. *See-line woman*, es la apropiada canción que está sonando.

No sé cuánto tiempo estamos mirándonos con los espejos como aliados, pero sé que de hoy no pasa, voy a dibujar esos ojos en condiciones, nada de bocetos. Así como están ahora, con una mirada lánguida, brillante, emocionada; como si estuviera adormilada, pero la felicidad iluminara sus ojos.

—Gracias —murmura.

Levanto las cejas, no pierdo la sonrisa. El pelo me cae un poco sobre la cara y casi lo agradezco, porque me está dando algo de corte sentir lo que estoy sintiendo al verla así y que encima me susurre.

—No me apetece vestirme, quiero pasarme un rato mirándolo. —Pero no lo mira, no aparta sus ojos de los míos.

Si supiera que no iba a cagarla me acercaría y la besaría, pero no hemos llegado a ese punto, no nos conocemos tanto como para no liarla a lo grande y que se vaya todo a tomar por culo.

—Pero tienes que tener gente —dice, y el momento se rompe.

Me da el espejo de mano y nerviosa mira a su alrededor.

—Deja que te lo tapo y te digo cómo cuidarlo —la voz me sale tan ronca que me avergüenzo y me vuelvo para que no me vea la cara de gilipollas que tengo. Que la camisa por fuera me cubra estratégicamente la erección es una ventaja.

La veo salir del estudio apoyado en el quicio de la puerta de la sala.

—Creo que es la primera vez que te veo tan colgado, ¿no? —Minerva habla y me saca de un empujón del torrente de emociones que me ha provocado esta sesión con ella.

—¿Viene alguien ahora? —No voy a contestar a eso, ¿es demasiado obvio? Puede ser, pero no voy a confirmar ni desmentir nada.

—Sabes que sí, tienes un piercing en...

—Ya, ya... Es verdad. —Vuelvo a la realidad.

Me meto en la sala y cambio los plásticos y papeles para el siguiente cliente. Pero no me quito a Ané de la cabeza. Ha sido una experiencia que me ha llenado, me ha parecido más un regalo, una conexión, que un trabajo.

Y me ha excitado mucho, joder..., estoy a tope.

La jornada se me hace larga, tengo la impresión de que nunca había mirado tanto el reloj, y es una gilipollez porque no voy a ir a verla. Ni siquiera he quedado con ella. Por no tener no tengo ni su teléfono para mandarle un mensaje. Algo que está mal y tengo que ponerle remedio.

Cuando Minerva se va y me quedo cerrando decido que voy a pasarme, a ver cómo está y de paso le pido el teléfono para que si surge cualquier duda pueda contactar conmigo. Bueno, voy a darle el mío, para no resultar tan invasivo.

Me descojono, porque es patético las excusas que me pongo para no sincerarme y admitir que tener su teléfono me hace sentir que estamos acercándonos más.

Comienzo a bajar la verja con una sonrisa de idiota en la cara.

—Hijo... —una voz que quiere llamar a la puerta del recuerdo hace que me dé la vuelta extrañado.

Entonces me topo de frente con una mujer muy delgada, con los pómulos marcados y las mejillas hundidas. Me viene a la cabeza mi abuela diciendo que estaba enferma y Félix hablándome de la kunda que estaba tratando de pillar cerca del barrio. No sé por qué me impacta verla así, pero lo hace.

—¡María! —escucho a mi abuela que viene andando bastante deprisa a unos metros de nosotros.

—Estás guapísimo —dice mi madre con la voz casi rota. Se acerca a mí con la mano en alto y hago mi primer movimiento de rechazo.

La tristeza se apodera de mí, no soy capaz de encontrar ese sentimiento que me lleve hasta el tacto de mi madre. La rabia empieza a fluir de una forma que hacía mucho tiempo que no lo hacía. Solo puedo pensar en que ha venido a por más dinero para conseguir su mierda, y la imagen del anillo de mi abuelo se me clava en el cerebro.

—No me toques, y no nos jodas —suelto entre dientes.

Un repunte de odio y ganas de golpear algo, empujado por un amor que esperé y no recibí de su parte, brota de lo más profundo.

—¿Por qué no me has esperado? —le recrimina mi abuela en cuanto se pone a su altura.

Ella mira a su madre y veo el desprecio en el gesto, entonces me encabrono más, me doy la vuelta y me llevo la mano a la boca, aprieto y sobo mi barba con ahínco, lo hago para no gritar. Aprieto tanto los dientes que siento que me va a estallar la mandíbula.

—Solo quería verte —me dice tratando de dulcificar la voz, de hecho, parece que se fuera a echar a llorar.

Me vuelvo y veo que hasta la mirada le ha cambiado.

—Pues ya estoy visto. Vuelve a Madrid, ni se te ocurra quedarte en casa de la abuela —suelto con saña.

«Oh... joder. Quiero que se vaya. No lo soporto».

Respiro hondo antes de que todo esto me destruya de dentro a fuera.

—Marti —advierde Elisa mirándome sorprendida—. María, hija. Por supuesto que puedes quedarte.

—No, no va a quedarse para robarte lo poco que tienes y empeñarlo por cuatro céntimos porque tiene que pagarse sus mierdas —mi voz sale fría, helada, impersonal—. A saber quién está pagándole los billetes para venir aquí. —Me vuelvo y la miro—. A saber quién está sacando más de ti que lo que cuesta el puto billete de autobús.

Estoy empezando a sentir el descontrol, sé que mi abuela la va a acoger en casa y eso me está poniendo frenético. Miro a Elisa rogando en silencio que no ceda con ella otra vez.

—Quizá si tú... —dice haciendo que vuelva mi mirada airada hacia ella.

—¿Yo, qué? —Me retiro medio paso hacia atrás, acercándome más a mi abuela y alejándome de ella.

—Me rompí el culo limpiando para mantenerte cuando vivías conmigo —recrimina de repente con un tono cargado de desprecio. Su cara se desfigura y se llena de un odio visceral que me oprime el pecho, tanto que la siguiente bocanada de aire me cuesta bastante.

—¿Quieres que te pague una deuda que contraje contigo por ser tu hijo y responsabilidad? —Estrecho los ojos. Presiono hacia abajo una emoción que no quiero que salga, es la tristeza y la

decepción empujada por la ira y la frustración. «¿Qué he hecho yo para que merezca ni una pizca de tu amor de madre?», y según la siento se va, porque ella espera, sin cambiar su cara, y no dice nada. Mi abuela vuelve a repetir su nombre, advirtiéndola, asustada de lo que está viendo. Menos mal que no hay nadie por la calle, hace ya demasiado frío para que a las ocho de la tarde haya paseantes.

—De acuerdo, yo te doy la pasta si me prometes no volver —suelto con hastío.

—Claro... ¿de cuánto estamos hablando? —Su voz cobra un cuerpo que me hace repelerla, estamos tan lejos el uno del otro.

Joder... cierro los ojos y me sale una pequeña carcajada cínica que me amarga en el paladar. Ha sonado tan fría.

—Dímelo tú. —La rabia se mezcla con el desprecio y la tristeza de un niño que hace tiempo había olvidado.

—Mil euros, dame mil euros y no os molesto más. —Se muestra tajante, sin dudar, como si su objetivo fuera ese por encima de todo.

—¡Hija! —Mi abuela se tapa la boca.

—De acuerdo. —Alzo la mano para que Elisa no intervenga más, odio sentir el daño que le está haciendo—. Te los doy y te vas. No duermes con nosotros.

La mujer frente a mí, a la que no puedo llamar madre, asiente sin fijar la vista en ningún lado, como si hubiera entrado en una especie de trance. La sonrisa que aparece en su cara asusta. Hubiera preferido no recordarla así, porque la imagen de ella de hace dos años no era esta. Cuando entró al centro, convencida de desintoxicarse, me acarició la mejilla, tal y como ha querido hacerlo hace unos minutos, y esa vez me dejé, depositando en la humanidad que veía en ella y el dolor de su adicción, todas mis esperanzas de recuperarla.

Entro al estudio y cojo seiscientos euros de la caja fuerte, salgo, dejo todo cerrado y agarro a mi abuela de la mano.

—¿Dónde vais? —pregunta María desesperada, aterrorizada, como si pensara que le voy a timar.

—Hay un cajero aquí abajo. No te preocupes, voy a dártelo todo.

Caminamos y ella nos sigue.

—Martín, no lo hagas. Volverá. Y a saber lo que hace con tantísimo dinero —mi abuela me suplica.

—Abuela, seguro que lo debe todo —le digo más calmado, pero con un peso horrendo que se ha agarrado a mi alma y me cuesta arrastrar.

Un sobre color manila

Llegué a la cafetería y mi hermana casi me desnuda allí mismo para verlo. No sabía lo que me iba a tatuar, tampoco dónde, y se puso como loca. Me reí cuando me metió en la cocina y me pidió que se lo enseñara de forma inmediata.

—Tenemos que salir a atender —le dije provocando que hiciera un mohín.

Y era verdad, justo en ese momento llegaba la gente para el almuerzo, no podíamos pasar de ellos y ella lo sabía. Además, ese tiempo era necesario para mí, para procesar lo que fuera aquello que acababa de vivir en esa habitación con Martín.

Cerraba los ojos y veía su cara a través de los espejos. Sus ojos en los míos, su barba que dejaba su boca libre, no sabía qué era lo que me había pasado allí dentro, pero quise besarlo, quise sentirme deseada por él. Me pareció tan erótico el momento que hasta me avergoncé cuando salí de la neblina sensual que mi cerebro me había hecho sentir.

Que me tocara fue una sobrecarga sensorial. Nadie, excepto Álvaro, y hacía mucho que no pasaba, me había tocado la espalda... así. Si la noche del sábado sus manos y los movimientos suaves que hacía mientras hablaba y gesticulaba, me volvieron loca, sentir las yemas de sus dedos recorrer la piel sobre mis vértebras con esa delicadeza fue... creo que me tensó más que sentir las agujas atravesándola para dejar su impronta.

Me excité. Lo asumí en aquel momento sin darle mucha más importancia, pero debía ser sincera.

Estuve frenética todo el día. Suspiraba sin sentido y me sentía pletórica. Me encantaba lo que llevaba escrito y cómo lo llevaba escrito. Y en un determinado momento sentí que sería muy fácil dejarme llevar por las sensaciones que estar al lado de Martín me producían. Me atraía de una forma un poco salvaje. De nuevo recordar sus ojos me provocaba una aceleración en la sangre. Tuve que pararme y respirar varias veces a lo largo de la jornada.

De todas formas, enseguida me quité la idea de que fuera algo que estábamos viviendo ambos. Di por hecho que eso era lo que pasaba siempre tras un tatuaje y más si el tío que te lo hacía estaba tan bueno. Había que sumarle, además, que parecía tener un trato varios puntos más allá de lo puramente agradable conmigo. Éramos como una especie de amigos.

Fueron segundos de tensión sexual que me llevé conmigo. Deseé durante el resto del día verlo entrar, como cuando era una chavala de diecisiete años y veía a Álvaro de lejos, en el instituto. Estaba experimentando un enamoramiento adolescente, pero había un contrapeso en mi alma que no me permitía dejarlo volar. Supongo que es lo que te da la vida, los años y la experiencia. Ya no te lanzas a tumba abierta porque arrastras cosas que, en lugar de llevar a tus espaldas, te gustaría sostener en tus manos para poder deshacerte de ellas, y esas mismas te cargan haciendo que tus pasos no sean tan ligeros.

Varo era eso para mí. Lo arrastraba porque él había decidido que no quería ser nadie en mi vida, y me hubiera gustado volver a tenerlo en mis brazos, volver a esa vida que controlaba para bien o para mal. Pero sería diferente, esta vez le mostraría a la nueva Ané, la que tomaba decisiones, la que las llevaba a cabo, ¿podría hacerlo a su lado? Quizá le gustara tanto que no me dejaría marchar. Por ello no podía lanzarme a esa sensación que me provocaba Martín, porque

quería recuperar mi vida. Ahora reconozco que había algo que se había aligerado, solo el hecho de permitirme sentir todo aquello hacia el chico que me había tatuado era una señal, aunque en ese momento no quisiera verlo.

El artífice de mi tatuaje no vino en todo el día y lo eché de menos, hasta sentí que me enfadaba un poco porque pensaba que iba a interesarse por cómo me encontraba. Ya, ni que fuera una enferma a la que acaba de operar, pero un «¿qué tal lo llevas?», me habría gustado.

Marta vino a última hora, a la hora de cierre.

—Está muy chulo, —hizo referencia al tatuaje, que me pidió que se lo enseñara antes de salir de la cafetería—. No te pegaba nada que te hicieras uno, también te lo digo.

Eché la persiana y bajamos la calle hacia la plaza Herradores.

—Fue algo que me vino de repente, mientras le contaba por qué había abierto la Cafoteca —aclaré, porque así había sido.

—Claro, si es que al final como él vendrá aquí a tomar el café, os vais a hacer colegas de negocio —parecía que lo había pensado en voz alta, como si quisiera entender cómo habíamos llegado a esa conversación y me di cuenta de que no sabía nada.

—No, si fue cenando el sábado pasado —aclaré, y antes de que dijera nada, supe que mi hermetismo empezaba a ser algo que debía de corregir.

Marta se paró y estrechó la mirada.

—Espera, espera, espera... ¿La cena del sábado pasado era con él?

La vi confusa. Debía acostumbrarme a que cuando se tienen amigas de verdad hay que ser un poco más abierta contando las novedades de tu vida. Iba a ser complicado, ya estaba intentándolo con Pilar, verla todos los días lo hacía más fácil. Pero a Marta la iba a ver de vez en cuando, como hacen las amigas.

—Vamos, que te lo cuento —tiré de ella.

—Si es que yo ya vi que Martín te miraba bien aquella noche en el Queru.

Si algo me gustaba de Marta es que no se obcecaba con que no se lo hubiera contado, me hacía sentirme mejor, y por ello recuperar nuestra amistad fue algo muy sencillo a pesar del tiempo que habíamos pasado lejos.

—No digas tonterías, tú esa noche solo veías al tal Rafa, con el que por cierto estuvimos en el cine ese que hacen en el Palacio de la Audiencia los miércoles.

—Ah, ¿también te has apuntado con Martín al cine de la UNED?

—No.

—Ané —dijo en un tono airado—, no nos entendemos tú y yo.

Me eché a reír.

—Dame tiempo, estoy recuperando mi vida.

Inspiré y fui consciente de lo que acababa de pronunciar en voz alta.

«Mí vida».

No había sentido nunca que lo que estaba viviendo no fuera mío, pero estar aquí haciendo todo por mí misma, con gente que no venía de la mano de Álvaro... sí, no estaba mal formulada la premisa, aunque rascara en ciertas zonas de mi mente que escocieran.

—Ané, que no me tienes que contar todo. Que tampoco quiero presionarte, a ver si voy a ser aquí una cotilla de la vida. Solo quiero que sepas que soy tu amiga, que quiero volver a recuperar lo que tuvimos. —La súplica en sus ojos me recordó a la de mi hermana.

—Lo sé, y yo también quiero. —Inspiré, aquello era una verdad aplastante, solo quería poder llevarla a cabo—. Por eso voy a contarte lo que ha pasado con Martín.

—¿Te lo has tirado? —Elevó la voz un montón y me avergoncé en el acto.

—¡Pero bueno! ¿Solo pensáis en sexo? —Alcé las manos escandalizada.

—No, joder. Yo que sé. Has dicho «lo que ha pasado», y yo...

—Y tú piensas en cama —dije señalando lo indiscutible.

—O en pared, o en ascensor... ¡yo que sé!

Me reí, era genial compartir estos momentos con alguien, y me di cuenta de que con Marta era fácil, reír y dejarte llevar. Compararlo con las salidas en Madrid con mis supuestos amigos íntimos fue algo tan inconsciente como impactante, no eran así. ¿En quién me había convertido?

—Para. —Enseñándole la palma de mi mano traté de frenarla—. Me invitó al cine ese, fue raro porque a mí la peli no me emocionó, de hecho, me incomodó un poco. Luego lo invité yo a cenar, aunque pagamos a medias —dije dándome cuenta del detalle—, y allí, mientras hablábamos le dije que me tatuara.

—Vale, estáis en proceso de inspección.

—Conociéndonos. —Me pareció más acertado, su palabra iba más por lo sexual, o eso me pareció a mí.

—Eso.

Antes de entrar en la plaza atestada de gente tomando cañas y vinos, Marta se paró y me cogió del brazo.

—A que tiene unas manos... grrrr. —Su cara expresó mucho más que el ronroneo.

La miré, pensando si volver a escandalizarme por los pensamientos pecaminosos que estaba teniendo en voz alta, pero me di cuenta de que éramos amigas y que no había que fingir decoro. Además, tampoco estábamos en secundaria y que supiera que Martín me atraía no era malo, no iba a chivárselo a medio instituto porque ya éramos mayorcitas.

—Sí —asentí y miré al frente—. Ha sido una sesión de tatuaje en la que mi mente me ha jugado malas pasadas.

—Has pensado en ese sexo por el que te has escandalizado hace unos minutos, ¿verdad? —Subió y bajó las cejas de forma exageradamente sugerente.

—Un poco —admití, y se echó a reír.

—Y ahora cuéntame lo de Rafa.

Entonces le hablé de los escasos minutos que compartí con él a la salida del cine.

—¿Y ya? —Estaba decepcionada, no sé qué esperaba.

—Pero ¿a ti te sigue gustando? —Fruncí el ceño, no sabía qué sentía por él, si la exasperaba o le atraía.

—Me pone, tía, me pone. Pero me jode. No me lo puedo quitar de la cabeza —lo dijo de carrerilla, y puso los ojos en blanco.

—Ya...

Cenamos y dimos mil vueltas al tema Rafa. Con lo de Martín la corté en seguida porque tampoco quería ir más allá ni crearme expectativas, la verdad es que tampoco sabía cuáles crearme. Era raro, lo sé, pero me entendía muy poco por aquél entonces. Y tras tomarnos unas cañas en el Queru, donde no vimos ni a Martín ni a su amigo Rafa, nos fuimos cada una a su casa.

Entré despacio, no había ningún sonido que delatara que mis padres siguieran despiertos. Me di cuenta, al verme en esa situación como hacía por lo menos diez años, que mi retroceso al instituto estaba siendo más real de lo que parecía. Y no solo porque no supiera gestionar lo que fuera que me estuviera pasando con Martín, o porque no supiera abrirme abiertamente a mis amigas con el tema. Estaba viviendo con mis padres y durmiendo en la misma habitación donde se

fraguó mi adolescencia. Sabía que debía dar el paso adelante de alquilarme un piso. Podía hacerlo, tenía muchos ahorros y además el dinero que Varo me dio al largarme de Madrid sin hacer ruido, términos que utilizó él. Pero... sí, estaban esas ganas de que de alguna manera todo se revirtiera, volviera a su cauce. Yo a Madrid y mi vida a ser la que era. Estaba claro que había dado un paso de gigante con la Cafoteca, que era mucho más gordo que alquilar un piso, y que fue una forma de reafirmar mi poderío para sacar adelante lo que me propusiera, ahora bien, irme a vivir sola...

Decidí, caminando por el largo pasillo desde la entrada hasta mi habitación, que ya lo pensaría en cualquier momento que no fuera ese.

Me fui quitando el abrigo y al dejar las llaves de casa encima de mi escritorio de estudiante, vi que había un sobre color manila a mi nombre, y certificado.

No me gustó. Demasiado oficial.

Me quité la ropa y me puse el pijama sin mirarlo. Fui al baño a asearme y cuando volví a la habitación parecía que el dichoso sobre, cuyo tamaño denotaba que dentro cabían folios sin doblar, me estaba gritando.

No iba a poder dormir si no lo abría, aunque un palpito me decía que una vez abierto tampoco iba a poder hacerlo, así que lo hice y me encontré con los papeles del divorcio.

Fríos, sin ninguna nota de Álvaro. El papeleo era todo del abogado e indicaba que aquello iba a ser amistoso.

Only you

Es mi cumpleaños.

Me levanto de la cama y miro a mi alrededor. Estoy en la habitación en la que me forjé a golpes de realidad, pero siempre resguardado por los brazos amorosos de mi abuela. Nada que ver con las frías habitaciones del piso de Madrid.

Llevo todo el fin de semana con Elisa. El viernes me quedé en su casa para cerciorarme de que mi madre no se quedaba a dormir. No iba a permitirlo después de la escena de esa tarde. Podría decir que me es indiferente lo que hizo con su vida a partir del momento en el que se llevó el dinero de mi mano. Lo cogió con tanta ansiedad que ni siquiera se despidió de nosotros. Podría engañarme y decírmelo en silencio, pero no es así, solo finjo que entiendo perfectamente que no es ella, y lo hago por Elisa. Ser testigo del dolor que le provoca a mi abuela hace que mi odio hacia María crezca, y es un odio que nace de la ausencia de amor, del rencor que se ha ido creando con cada aparición suya en nuestras vidas.

Nunca me sentí querido, y soy muy consciente de que me vio más como un escollo en su vida que como una bendición, o lo que quiera que sea un hijo para alguien que lo desea. Ella se quedó embarazada mientras mis abuelos le pagaban los estudios en Madrid y el chico con el que estaba la dejó tirada. No abortó por cobardía, y se presentó en Soria en un avanzado estado de gestación tras meses sin venir a verlos escondiéndose entre exámenes que no estaba haciendo.

A pesar de que sentía que no siempre era de su agrado, y solo en contadas ocasiones me sentía arropado por ella, sé que lo que presencié la tarde del viernes está muy lejos de su realidad. La dependencia de la mierda que se está metiendo habla por ella, y ante eso no hay nadie. Aun así, mis sentimientos por ella son complicados. Y quizá pueda resultar una mala persona por pensar esto, pero a veces me gustaría que acabara.

Mi abuela ha estado muy callada estos días. No me ha recriminado lo que hice ni la amenaza hacia mi madre, pero tampoco me ha dicho que estuviera de acuerdo con mi acción.

Es domingo y es mi cumpleaños. Y este es mi presente.

Dos golpes en la puerta hacen que levante la cara, estoy boca abajo, con la cabeza fuera de la cama y mirando al suelo. Como duermo en calzoncillos me tapo con las mantas que están resbalándose de la cama.

Mi abuela abre un poco, lo justo para dejar pasar sus palabras y nada más:

—Buenos días, Martín. ¿Se puede?

—Claro que sí —contesto y sonrío, sé lo que viene a continuación, aunque haga algunos años de la última vez.

Un bizcocho de chocolate con una vela encendida atraviesa la puerta antes de que mi abuela entre.

—Cumpleaños feliz... —me la canta entera.

Se sienta mi lado y no me queda otra que apretar mucho los dientes y sonreír agradecido por tenerla conmigo. De hecho, el deseo que pido al soplar la vela, como es tradición, es su compañía durante muchos años más.

No lloro.

No me lo permito y no es por falta de ganas, pero si lo hago ella va a romper en sollozos y no

quiero que se ponga triste, o por lo menos más de lo que está por dentro.

—Quizá lo mejor sería ir a la Cafoteca esa de tu amiga y tomarnos un café en condiciones — su voz está apagada, y su forma de coger aire, como si le costara hinchar el pecho, me rompe.

Me alucinan y enternecen a la vez sus intentos por agradarme, por distraerme, como si siguiera siendo el chaval al que tiene que proteger, cuando ahora soy yo el que no quiere que ella sufra.

—Lo que de verdad me apetece es tomármelo contigo en la cocina mientras me como la mitad de este bizcocho y me cuentas tu última lectura con el club. Además, me gustaría valorar las pelis que podemos ir a ver juntos. —La abrazo, es menuda, cada vez ocupa menos entre mis brazos, y ella suelta una pequeña carcajada. Huele a lilas, siempre huele así.

—Vale, pero luego me das el gusto y para la merienda me llevas —insiste.

—¿Te llevo? —pregunto fingiendo extrañeza, quiero seguir tirando de esa carcajada que me ha reconfortado el corazón.

—Pues claro, soy tu vieja abuela a la que le has sumado un año más.

—¡Pero si el que cumple años soy yo! —digo elevando los brazos con histrionismo, y lo hago porque quiero seguir escuchando su risa, pero sé que eso no va a ser así.

—Lo sé, Martín. Lo sé.

Desvía la mirada y veo una lágrima correr por su mejilla arrugada.

«Me cago en mi madre», no puedo evitarlo y lo hago con todo el sentimiento haciendo casi rechinar mis dientes.

—Abuela... —llamo su atención y no esconde sus ojos.

—Qué mala suerte que haya sido justo ahora todo lo de tu madre. Con tu cumpleaños tan cerca...

—No te preocupes. Para mí lo importante es que tú estés bien y conmigo —se lo digo, pero en realidad sé que para ella son palabras vacías. Es su hija y siempre lo será, a pesar de lo que haga. Y es mi madre, aunque esa palabra me haga daño.

—Quizá si se quedara conmigo, Martín. Si pudiéramos conseguir que viviera aquí... — Vuelve a aguas pasadas, a esfuerzos en vano, a momentos en los que nuestra vida giraba tanto alrededor de la esperanza vacía de que mi madre se recuperaría, que sentir que ha retrocedido a ese punto de partida me vuelve un poco loco.

Seguir su anhelo imposible acabaría con ella, y no puedo permitir que me la quite.

—No haríamos nada. Ella necesita un centro de desintoxicación y su consentimiento, no sirve de nada que lo intentemos y se fugue como siempre, no sirve de nada porque ella ahora no quiere curarse. La última fue hace dos años, y ahora... Está mucho peor, abuela, no tiene nada que ver con las otras veces. —Esas en las que su contacto con nosotros era mayor, su enganche no era tan brutal y puso bastante de su parte. Incluso la última vez fue ella quien lo pidió, pero dio igual, se largó de forma que no supimos de ella durante tres meses, y cuando apareció, aunque yo no la vi, fue tan destructiva con Elisa que mis ganas de ayudarla murieron para siempre. Las de mi abuela no, pero no voy a permitir que la destroce, esta vez no—. No sé si según está hay alguna posibilidad.

Siento que lo tengo muy asumido, y en mi interior hay una certeza que me hace ser alguien mezquino, por ello tengo que controlar mucho para que no se me note con mi abuela cuando hablo de María y su final, porque sé que cuando eso pase, la va a hacer polvo.

En la cocina nos tomamos los cafés y desayunamos. Trato de distraerla, pero el ambiente se ha enturbiado. Da igual que después nos pongamos a cocinar juntos y le ayude a preparar un

cocido con todos los apaños, como lo llama ella. A mi abuela le cuesta salir de ese lugar en el que mi madre la ha metido, y encima yo he apagado la vela de su esperanza.

Nina Simone suena, como cada domingo después de comer, en el salón. La calefacción está a tope y hemos conseguido que la casa se caldee de verdad. La obra de las ventanas de este verano ha merecido la pena.

Mi abuela apenas ha dicho nada, y no se ha terminado de fumar el cigarro. No quiero que siga en ese estado. Por momentos como este siento más que justificado el odio hacia la que me cuesta llamar madre.

—El sábado pasado fui a cenar con la chica de la Cafoteca —anuncio sin más, captando toda la atención de Elisa. Es una celestina de corazón, no se va a resistir con esto.

—Ya sabía yo... —dice y se acerca al cenicero donde tiene el cigarro para llevárselo a los labios mientras me hace el gesto para que le dé fuego—. Cuenta, hijo, que no todos los días hay noticias de este tipo por aquí.

—Es muy maja —mi tono de voz es normal, creo que no estoy dejando entrever nada.

—Y muy guapa. —Me mira alzando las cejas, dándole valor a su palabra y con cierta incredulidad hacia mí, como si le pareciera imposible que no lo hubiera notado.

—También. —Me río.

—Y te mira bien —añade asintiendo.

—¿Sí? —Esta parte ya me interesa mucho más.

—Pues claro que sí, y no me digas que no lo sabes. ¿No tienes ojos en la cara?

Suelto una carcajada que siento cómo desatasca el horrible embudo de mi garganta. Y no, no lo tenía tan claro, pero esto que me está diciendo puede ser, perfectamente, amor de abuela.

—Me gusta, es un poco difícil hablar con ella, pero creo que es porque le intimido o algo así.

—Esa tinta de más... —me advierte.

—Nunca me has dicho nada —le digo interesado—. ¿Te parece que es demasiada?

—No, Marti, si tú con tu cuerpo puedes hacer lo que te plazca, pero no me negarás que ver tanto dibujo en una piel puede apocar a quien te mira, y más a una chica como ella, que parece comedia en muchos aspectos.

—Tú la has analizado más de la cuenta. —Me lío otro cigarrillo.

—Yo la he mirado un rato porque sé que te gusta. Es maravilloso, Marti. ¿Cómo no voy a preocuparme por lo que le interesa a mi nieto? —La enorme sonrisa de mi abuela me produce ese calor que recuerdo de cuando venía cada viernes en la adolescencia.

—No vaya a ser que me haga algo malo —bromeo y me enciendo el pitillo.

—A ver si te crees que no pueden hacértelo —espeta fingiendo ofensa, aunque sé que guarda mucha verdad detrás de su frase. Ella es mi protectora, como si fuera mi madre.

—No de esa forma que tú crees —lo afirmo. Sé que es complicado que llegue a sentir algo tan fuerte por alguien que pueda volverme vulnerable. Solo amo así a mi abuela, que sé que no me va a fallar nunca.

—A ti te falta experiencia en muchos campos, Martín. No seas tan gallito.

Vuelvo a reírme y esta vez me tiro sobre el respaldo del sofá; mi abuela sonrío de verdad. Me gusta mucho verla así.

No he podido decir que no a la merienda en la Cafoteca. Además, qué hostias, no quería negarme. Hablar con mi abuela de Ané me ha provocado esas ganas de verla que dejé tiradas la tarde noche

del viernes en la puerta del estudio.

Entramos y me la encuentro de frente. Yo no sé si de verdad ella siente la conexión, pero que sus ojos se enlacen con los míos nada más atravesar la puerta me impacta.

Only you, de Jack Savoretti, suena de fondo, este tío me gusta con esa melodía amable que desprenden sus canciones.

—Buenas tardes —saluda y sonrío hasta con los ojos. Esos claros que me vuelven loco.

—Buenas tardes, Ané —le dice mi abuela acercándose a la barra—. Hoy nos vas a poner un café de los buenos, no descafeinado, que es el cumpleaños de mi nieto y no me importa no dormir. Los días maravillosos hay que celebrarlos por todo lo alto.

—A ver si vamos a tener que salir de fiesta —le digo—, mira que es domingo y no hay mucho jaleo por aquí.

Ané se ríe y me mira.

—Felicidades, Martín. —Su sonrisa es alucinante.

«¿Se ha sonrojado? Joder, es preciosa».

—Gracias —sonrío—. A mí me vas a poner uno de esos con canela y chocolate, que quiero experimentar.

—De acuerdo. ¿Os los llevo a la mesa?

—Sí —contesto.

—No —dice mi abuela—. No, hijo, nos quedamos aquí en la barra.

Y dicho esto se sienta en uno de los taburetes.

Si no la conociera...

Tomo asiento mientras ella va preparando los cafés de espaldas a nosotros. Veo las letras del tatuaje asomar bajo su nuca. Mentiría como un cabrón si no dijera que me calienta a muchos niveles, hasta me froto las manos en los vaqueros para paliar las ganas de tocarla.

Miro a mi alrededor para distraerme, o por lo menos intentarlo. Hay gente en el local. Varios leen libros y otros, en grupo, solo disfrutan del lugar, del calor y de una conversación. Me encuentro con la mirada de mi abuela y me siento como si me hubiera pillado con ocho años comiendo galletas antes de cenar, o algo así.

Desvío mi objetivo, algo incómodo, y decido ir por el lado profesional.

—¿Qué tal el tatu? —le pregunto aprovechando que nos deja el pedido frente a nosotros.

—Bien, está bien. No me pica ni nada. Estoy haciendo lo que me dijiste.

—Me alegro. Olvidé pedirte el teléfono para preguntarte estos días.

Me contengo para no rogarle que me enseñe la frase entera, y reconozco que no solo necesito cerciorarme de su estado, eso también, pero me fío de ella. Es más bien porque el recuerdo de su piel me vuelve loco, y soy un jodido avaricioso, no tengo suficiente con lo que ya he visto.

El caso es que este fin de semana no he tenido tiempo de pensar en ella, ha sido demasiado amargo, pero tenerla delante ha hecho que las ganas de volver a tocarla resurjan con fuerza.

—Te lo doy, si quieres. Aunque, bueno... no creo que ya haya problema.

—Prefiero tenerlo —digo y ella parpadea varias veces, está nerviosa—. No solo por el tatuaje.

Se queda callada, mirándome. Está como un poco pasmada. Y ahora que me doy cuenta tiene ojeras que el maquillaje no le ha tapado bien. Frunzo el ceño.

—Solo si quieres —digo retrocediendo sobre mis palabras—. O mejor te doy el mío.

Nos quedamos callados, ella sigue mirándome, pero parece que no me viera.

—Me gustaría volver a quedar algún día fuera de aquí, si te apetece. —Decido ser claro.

—Sí, sí... —dice de repente, como si saliera del trance—. Que yo también te lo doy, perdona. Es que estoy un poco cansada y no coordino.

—Las noches de los sábados pasan factura.

Me mira, pero no me contesta. Se da la vuelta y entra en la cocina.

Siento la mano de mi abuela en la rodilla y eso hace que sea consciente de que la tengo al lado. ¿Tanto me obnubila Ané que he sido capaz de meterle ficha delante de Elisa? Estoy jodido.

La miro y me hace un gesto de aprobación.

Mi barista sale con su móvil en la mano.

—Dime tu número, te llamo para que se te grave el mío. —No me mira directamente a los ojos.

La noto muy extraña, o quizá sea yo el que lo está.

Le doy el número y acto seguido siento la vibración en mi bolsillo. Lo saco y guardo su teléfono.

—Creo que necesito que llegue mañana y empezar la rutina —murmuro mientras guardo el móvil.

—Pues yo no lo tengo muy claro, hemos decidido que va a ser nuestro día de asueto y no sé si me apetece pasarlo en casa —comenta distraída—. Me parece que vendré igual a recolocar estanterías y ordenar libros.

—Puedes venirte conmigo —digo sin darme cuenta de lo que estoy haciendo.

—¿A tatuar? —Parpadea extrañada.

—A Madrid.

La cara de pánico que pone me hace fruncir el ceño. Pero se le pasa de manera inmediata, echa un vistazo a su alrededor y ladea la cabeza cuando me mira de nuevo.

—¿Te vas de tiendas o algo? —pregunta dudosa y me hace sonreír.

—Me voy a trabajar. Una vez al mes, más o menos, ayudo a Félix, un amigo que tiene un estudio, con los rostros.

—¿Vas a tatuar en la cara? —se extraña.

—No, a tatuar rostros en otras partes del cuerpo. —Me encojo de hombros—. Aunque si tiene que ser en la cara, pues se tatúa en la cara.

—¿Pero eso no está prohibido o algo? —pregunta curiosa, sin censura.

Me sale una carcajada suave, bajo mi respiración.

—No, no lo está —le aseguro—. Te puedes venir y darte una vuelta por la capi, si eso va a servir para que te distraigas en tu día libre.

Se lo propongo de una manera muy inocente, y todo eso es en apariencia. La realidad es otra. Me apetece que nos vayamos juntos así, sin darle muchas vueltas, y pasar tiempo con ella, hablar un poco más, tenerla cerca y que ella también me tenga a mí. No me puedo permitir pensar en nada más carnal, aunque mi cuerpo estando a su lado me lo pida a gritos. Me gustaría poder tocarla sin parecer un puto acosador, pero para eso todavía no tengo permiso.

Me paro a pensar por un momento en las palabras de mi abuela, ¿Ané podría hacerme daño en ese sentido que ella me decía? Me olvido del pensamiento y la miro.

—¿Vas en autobús? —pregunta con el índice apoyado en los labios.

—Claro.

—Iremos en mi coche. —Me sorprende su actitud, que de repente ha cambiado de dudosa a determinante—. ¿A qué hora y dónde te recojo?

Escucho la risa de mi abuela y ambos la miramos sorprendidos, como si no llevara todo el

rato a nuestro lado.

Madrid

¿Por qué acepté? No lo tengo muy claro. Pero ya me iba dando cuenta de que con Martín solo reaccionaba, sin filtro alguno.

Primero me asusté. ¿Madrid? ¿Ir a la boca del lobo? Pero luego pensé... Madrid, enorme capital europea de más de tres millones de habitantes. La idea se volvió más atractiva en mi mente cuando la comparé con pasar el día sin hacer nada por aquí, con mis padres preguntando por el sobre que me había llegado. No, no les había dicho nada porque la costumbre de no contarle todo no se pasa de un día para otro.

Paré con mi coche, un Mini Cooper de color blanco, en el borde de la acera ancha frente a la tienda Adolfo Domínguez U, al lado del portal donde vivía Martín. No busqué la forma de aparcar, ni siquiera frente a los juzgados donde en ese momento había sitio, porque él estaba esperando en la puerta, con unos pantalones claros y un abrigo corto color verde militar con capucha de pelo. Fumaba un cigarro de liar que tiró en cuanto me vio.

Eran las siete y media de la mañana y todavía estaba oscuro.

Abrió la puerta y me saludó. Notó el calor y decidió quitarse el abrigo para quedarse con un jersey de lana, no muy grueso, de color azul índigo o algo similar. No es que yo estuviera muy puesta en colores, pero Aída lo estaba y, aunque resultaba bastante pesada con las diferentes tonalidades, con alguno de esos conocimientos cromáticos debí de quedarme para que no dijera que Martín llevaba un jersey entre azul oscuro y morado. Vaya, que la conclusión final era que estaba muy guapo, que seguía llevando esa barba de varios días pero cuidada, y que su pelo le daba ese toque bohemio que a mí me tenía con el pavo un poco subido.

Dejó el abrigo detrás, junto al mío y mi bolso, y se puso el cinturón.

—Podría acostumbrarme al servicio puerta a puerta. —Se rio y frotó sus manos contra los vaqueros claros, dejando a la vista los dos anillos que lleva en el anular y corazón, uno de una piedra hexagonal y plana negra y el otro grueso y de plata envejecida.

Y luego estaban los tatuajes de su mano, los dos símbolos que tiene en los mismos dedos de los anillos y la golondrina y la rosa del dorso. Más tarde supe que los de la mano izquierda se los había hecho él.

Nos pusimos en marcha y rompí el silencio.

—¿Vas siempre los lunes?

—A no ser que sean festivos, tratamos de que sea así, sí. —Tenía la voz todavía tomada por el sueño, me hizo gracia.

—No te garantizo un servicio mensual, pero de vez en cuando, si esta salida resulta interesante... —Lo sopesé porque no me parecía un mal plan. Él me acompañaría en el viaje de ida y vuelta y yo le proporcionaba el transporte.

—¿Qué vas a hacer por la capi? —Ahogó un bostezo con la mano y apretó los ojos con fuerza —. ¿Tienes plan?

—Me subiré al centro, a dar un paseo, de tiendas... No sé, hace más de medio año que no voy. —Me hizo daño. Ese dato del tiempo me arañó el corazón, pero era algo que debía de hacer.

Era una zona segura un lunes por la mañana. La gestoría de Varo estaba en los alrededores de

la Castellana y por allí iba a ser imposible que se acercara, además de que rehuía del centro como si fuera el diablo. Mucho tendría que haber cambiado. ¿Puedo confesar, sin parecer una idiota, que a pesar de saber todo eso, en el fondo tenía cierta esperanza de tropezármelo?

—A comer voy a invitarte a un japo —me dice toqueteando la pantalla central para poner música—. Por mi cumpleaños.

—Interesante. —No supe qué contestar. Y ahora sé la razón, pero en ese momento no entendí que se podía coincidir en gustos con alguien sin tener que adaptarme a ellos, aunque en otros fuéramos opuestos.

Nos quedamos callados y Ed Sheeran cantó llenando el silencio del interior del coche.

—Interesante —repitió el. Y no sé si lo dijo por mi respuesta absurda, que sin duda lo fue, o por la elección de música que tenía en mi mp3.

Tras varias canciones habló.

—¿No vas a visitar a nadie? Después de tantos años en Madrid... —Me tensé, y creo que fue visible porque él no terminó la frase—. Joder... —Se frotó la cara con fuerza—. No soy de mañanas, me cuesta madrugar. —Fue entre una confesión y algo que se dijo a sí mismo, reprendiéndose—. Anoche tardé mucho en dormir. Siento estar tan poco afortunado con la conversación —lo dijo con hastío, pero no contra mí.

—Hay café en la parte de atrás. Me he tomado la molestia de traerlo en vasos para llevar, pero es de casa de mis padres, no esperes el Blue Mountain.

Sabía que le encantaba ese café desde que lo probó.

—¿En serio? —Abrió los ojos como platos—. ¡Qué bueno!

Se volvió y cogió los dos vasos. Dio un sorbo a uno de ellos sin mirar lo que había dentro, se fió de mi elección, y menos mal que los dos eran iguales. También sabía, como buena conocedora del cliente más sexi de mi Cafoteca, que tomar de vez en cuando un café con leche con azúcar, chocolate y canela le gustaba.

—Eres una diosa, Ané —su voz ronca y de auténtico placer me impactaron directamente en el estómago. La sensación de gusto anidó ahí un ratito, supongo que por ello dije lo que dije después:

—Vaya, para no ser de mañanas no se te da mal agradar a una chica a estas horas.

Noté que me miraba y sentí que se tragaba una carcajada. Ví de reojo cómo daba otro sorbo y su sonrisa contenida seguía ahí, iluminada ahora por las primeras luces del alba.

Martín era atractivo de una forma visceral.

Analicé mi comentario y me di cuenta de que podría malinterpretarse.

—Que no estoy hablando de sexo matutino —aclaré arrepintiéndome en el mismo momento.

No sé qué me pasó, era como si hubiera respondido a Marta.

Se rió con fuerza.

—Noooo, no puede ser. —Volvió a reírse—. Acabo de socavar esa barrera que parecía infranqueable en ti. —Trató de recomponerse.

—No sé ni por qué lo he dicho. —Intenté eliminar ese foco dirigido a mi metedura de pata. No lo conocía lo suficiente para saber si iba a dejarlo estar.

—Podría hacerte pasar un mal rato. Lo sé. Pero voy a esperar a que hables de esto por tu propia iniciativa.

—¿Quieres que hable del sexo por las mañanas contigo?

—Puedes hacerlo —dijo quitándole importancia, como si ya no le hiciera gracia, y dio otro sorbo al café—. ¿Te gusta el sexo por las mañanas? —preguntó mirando al frente.

El calor me llenó la cara, todavía de forma más potente que lo que acababa de experimentar.

Y tras un silencio lleno de música bastante prolongado con el que conseguí serenarme, pensé en su pregunta. Hacía tanto que no practicaba sexo que ya no sabía cuando me gustaba más.

—Supongo que sí.

—¿Supones?

—¡No sé!

—A mí me gusta, porque no tiene nada que ver que no sea de madrugar. Despertarte a medias y comenzar con besos, con roces, casi sin abrir los ojos, ...—el ronroneo que dejó escapar de su garganta y la voz que a mí me pareció que se volvía más profunda y rugosa, me pusieron cardiaca ... hasta llegar a ese punto donde da igual el sueño que tengas. Cuando te excitas tanto que vuelas.

Me apreté contra el asiento del coche, porque no pude evitar sentir cierto tirón desde mi entrepierna. Si escucharle hablar de sexo era así... Tuve que obligarme a mirar hacia delante, hacia la carretera, para no perderme en las imágenes que mi cerebro quería proyectar.

Pasamos mucho rato en silencio. Dejábamos Medinaceli a nuestra derecha cuando él volvió a hablar.

—¿Qué tal va la Cafoteca? ¿Ya tenéis cifras sobre las que hacer conjeturas?

—Mmmm... —Hice inventario rápido de lo que hablé con Pilar hacía unos días—. Sí, y la verdad es que ha ido mejor de lo que esperábamos. No queremos darle mucha importancia porque sabemos que es la novedad, y de los próximos meses depende de si nos consolidamos como un lugar al que ir de verdad o solo han probado.

—Tenéis clientes fieles.

—Sí, eso es cierto, y traen gente que luego vemos que vienen por su cuenta. El boca a boca no está funcionando nada mal. Estamos planteándonos algo de publicidad en la radio.

—No está mal. Creo que para el café es un buen medio, mejor que el periódico.

Asentí con la cabeza, pensaba lo mismo.

—Mi abuela dice que es el mejor sitio de Soria. —Llenó el coche con una carcajada que retumbó en mi pecho—. Está enganchada, y sus amigas opinan lo mismo.

Sonreí hinchada como un pavo, frase que usaba Pilar a menudo. El grupo que formaban la abuela de Martín y sus amigas era muy agradable. Se les escuchaba reír, compartían opiniones de libros que había por las estanterías y ya se habían lanzado con alguno de los que no conocían para leer.

—Tu abuela es para comérsela.

—No te voy a decir que no, es mi chica —dijo con orgullo y ternura, y me enternecí de tal manera que, porque estaba sentada, si no me habría tenido que sujetar un poco. Martín profesaba un cariño real hacia su abuela, que derretía glaciares—. Supongo que cuando creces con una madre que apenas aprecia tu presencia el amor que ofrece una abuela de forma incondicional la hace merecedora de esa posición.

Me quedé un poco paralizada al escuchar su confesión, y sobre todo por el hecho de que la hiciera como si me estuviera hablando de cualquier otra cosa. Ya lo había sentido, pero cada vez que compartía tiempo con Martín me daba cuenta de que no solo te hacía sentirte cómoda a su alrededor, si no que él mismo también lo hacía, parecía que había pocas cosas que le importunasen.

Continuamos el viaje hablando de banalidades. Me contó que hizo el bachillerato en la Escuela de Artes, por ello es probable que para mí pasara desapercibido por completo. Además de que, para qué ocultarlo, por aquellos años fijarme en toda esa gente alternativa de bellas artes

y derivados no me motivaba. Yo ya estaba enamorada platónicamente de Álvaro, no tenía ojos para nadie más. Quizá fuera muy superficial y el físico imperaba por aquel entonces, pero así fue mi adolescencia y no tengo que decir mucho más al respecto.

Dejé el coche en un *parking* cerca de la Puerta de Toledo y lo acompañé hasta el estudio de tatuajes donde iba a pasar el día. De allí subí por el barrio de la Latina hasta la plaza Mayor. Me arrepentí varias veces de haberme puesto tacones, pero mi conjunto lo requería. Llevaba la ropa que, ahora soy consciente, me habría puesto para salir con Varo al bar donde quedábamos con sus amigos cualquier viernes por la tarde. Unos zapatos de tacón color burdeos, unos pantalones pitillo azules y una camisa, todo ello tapado con un perfecto de cuero burdeos y una bufanda pañuelo de lana que combinaba los colores que ya llevaba con unas rayas amarillas y blancas. El bolso negro grande, pero de mano, coronaba el modelito. Ahora reconozco que me lo puse con un propósito que en ese momento trataba de ocultarme hasta a mí misma.

Paré a comprar un *cupcake* en una pastelería preciosa llamada «Arándano», donde me atendieron unas chicas muy simpáticas, y justo me lo terminé al llegar a una cafetería donde entré a tomarme un café caliente, porque el del coche ya estaba por lo menos en los pies. Deambulé por las calles despacio, la decoración navideña ya empezaba a llenar escaparates, no sentía la necesidad de llevar el trepidante ritmo que palpitaba entre los viandantes. Llegué hasta Ópera y de allí hasta el Palacio Real. Disfruté de Madrid y en un momento dado mi móvil vibró en mi bolso.

—¿Te ha absorbido el consumismo? —Martín preguntó al otro lado.

—Ni mucho menos. Estoy en plan paseo cultural, será que se me ha pegado de ti al compartir espacio en el coche —devolví la broma.

Se rio con ganas, y me lo imaginé. Sentí calor al visualizarlo y me preocupé durante un segundo, solo uno, porque en seguida habló.

—¿Comemos?

Quedamos en un japonés en el que aparecí después que él. Allí estaban Félix y Luz, los chicos del estudio y a los que me presentó nada más llegar. Él es enorme, con barba castaña clara al igual que su pelo, también largo, más que Martín, y con una piel morena completamente llena de tatuajes, lo de su complexión fuerte me impactó tanto como la tinta. Si con ese jersey de lana marcaba esos brazos, no me lo quería imaginar en bañador. Luz es pura magia, con el pelo rojizo y rizado me recordaba a Mérida, la princesa escocesa de la peli *Brave*. Durante mis primeros meses en casa de mis padres vi mucho cine con mi sobri, tengo que reconocerlo.

Luz estaba colada por Félix, y así lo demostró en cada gesto sin ser empalagosa; él se hacía el duro, pero se lo veía pillado. Sus ojos profundos y grises, con un halo oscuro alrededor del iris, se enfocaban de forma intensa y en descuidos, que ni siquiera él parecía controlar, en la chica. Su mirada se volvía magnética, como si solo con ello pudiera atraparla. Me pregunté si ella sabía que él estaba tan pillado, porque daba la sensación de que ese tipo se emparapetaba tras toda esa tinta que le hacía parecer inaccesible.

Fue agradable, se interesaron por mí y solo hablé del negocio, no mencioné que hasta hacía poco vivía en Madrid y Martín tampoco dijo nada.

La tarde la pasé de paseo por la Puerta del Sol y el mercado de Navidad de la Plaza Mayor, compré dos figuritas navideñas para mis sobrinos y bajé al estudio a esperar a Martín. Me había dicho que no tenía mucho trabajo por lo tanto acabaría pronto. A mí tampoco me apetecía seguir deambulando por las calles de la capital. Me pasó algo extraño, eché de menos a Varo, pero no al que conocía, sino a uno que recreó mi mente, con su físico, pero más tolerante y... ¿romántico? Me imaginé paseando con él por la plaza Mayor, pisando el Kilómetro Cero y sintiendo la

distancia hasta casa, caminando unidos por el brazo, apretados el uno contra el otro solo por el placer de hacerlo. Pero me di cuenta de que ese no habría sido Varo. Eso me llevó a adelantar mi vuelta al estudio. Me dio más frío del que de verdad hacía, y es que ese hielo que parecía querer cubrir mi piel lo sentía desde el pecho.

De camino a Soria, y tras manipular varias veces la música, Martín decidió romper el silencio.

—¿Está todo bien? ¿Ha pasado algo?

—No —dije poniendo el gesto oportuno para convencerlo.

Eché un rápido vistazo y vi su cara iluminada por el cuadro de mandos. Se mordía el labio inferior. No lo sabía, pero luego averigüé que eso no solo lo hacía cuando estaba concentrado, también lo usaba para morder las palabras que querían salir de su boca, y las ganas. Con ello se mordía las ganas.

Pasaron unos minutos y, sin dejar de mirar la carretera, empecé a hablar:

—Cuando llegué a la universidad ya estaba con Varo. Los últimos años en el instituto todo giró a su alrededor y al de conseguir nota para poder irme a estudiar al mismo lugar donde él iba a hacerlo. Los dos queríamos hacer lo mismo, ADE, y queríamos hacerlo lejos de casa. Bueno... eso lo decidí cuando llevábamos unos meses juntos, mi idea era no irme, pero ya sabes... —No me volví, no quise mirarlo. Retomé mi historia que parecía necesitar salir de mí, entera y sin filtros—. El segundo año nos fuimos a vivir juntos, para mis padres siempre camuflado con la historia de compartir piso de estudiantes, él era uno más.

—¿Y erais los únicos?

—No, Aída, una chica que conocimos en primero, se vino con nosotros. Era mucho más creíble. —Sonreí acordándome de las pequeñas mentirijillas que conté en casa—. Terminamos la carrera y Álvaro y yo decidimos montar una gestoría para ir creciendo, poco a poco ya sabes, con el tema de la gestión de empresas para implantar las ISO y todos esos rollos. Aída se vino a trabajar con nosotros. Fue entonces cuando Varo y yo decidimos irnos a vivir solos, necesitábamos intimidad y nos compramos un piso.

—A lo grande —dijo por lo bajo.

—Sí, a lo grande. Con Varo no se hace nada a medias —recordé con dolor los papeles sin firmar en el sobre manila de mi habitación—. El año pasado nos casamos.

Tragué saliva y me mordí los labios por dentro, queriendo cerrar la boca del todo. Era la primera vez, desde que me había ido de Madrid, que hablaba de aquello en voz alta, y dolió.

Los recuerdos de ese día acudieron en tropel a mi mente. Decidimos, o bueno, decidió él, por el tema de las ventajas fiscales, ir a firmar al juzgado la mañana de un lunes en febrero, solos con Aída y un amigo de Álvaro. Tras hacerlo cogimos el coche y nos largamos a la sierra. No fue gran cosa, aunque podíamos permitirnos ir a donde quisiéramos, pero Álvaro lo prefirió así. Estuvimos en una posada preciosa, con una cama con dosel, salón y cocina a los que no les faltaba nada de encanto. Nada más llegar tuvimos sexo. No me gustaba acordarme de eso, fue algo mecánico, como por cumplir, y todas mis expectativas al respecto se hundieron. No sé qué esperaba, supongo que recuperar algo que ya había desaparecido hacía demasiado tiempo. Estuvimos paseando por la zona durante dos días y después, aunque habíamos pensado ir para cuatro, Varo decidió que era mejor marcharnos a casa porque al fin y al cabo la sierra estaba lo suficientemente cerca como para venir en otro momento a visitarla.

Fingí que aquello me parecía bien y nos fuimos, no dije nada, como hacía siempre. Al día siguiente fuimos a trabajar y la vida siguió su curso.

Salí de mis recuerdos y sonreí con desgana bajo mi respiración.

—Un año después, en marzo de este año, vino una noche a casa tras quedarse trabajando hasta tarde, y se sentó a mi lado en el sofá. Estaba leyendo. Recuperé la lectura compulsiva durante ese último año. —Torcí el morro, recordar ese momento era de lo más desagradable, pero decidí que tenía que sacarlo de dentro como fuera, ya había abierto la espita de mi pasado reciente y quería quedarme un poco más vacía, o probar si contarle a alguien que no me conocía por aquel entonces, me iba a servir para ello—. Me dijo que había dejado de ser la que era. Que apenas me cuidaba, que no salía con él a ningún lado, que me pasaba las horas libres en casa con libros en la mano y que él había perdido por el camino lo que sentía por mí. Bueno ...—cabeceé un poco y puse una mueca—..., más o menos fue así. Quizá recibí más críticas que esas, más específicas, más bien, pero más o menos es lo mismo. Decidió que lo mejor era separarnos. Se lo puse fácil, fingí, como hacía con prácticamente todo, que aquello me iba bien. Me pagó la mitad del piso y la mitad de la empresa, y así me vine a Soria.

El silencio lo llenó Zaz con *Je veux*.

Escuchamos la canción hasta el final, yo había buscado la letra en internet y sabía lo que decía, en su momento pensé que si escarbaba en mi interior podría hacerla mía, porque en el fondo, y a pesar de años sepultándolo, yo era un poco así. Tras terminar la música, él habló:

—Y volviste para ser tú.

Lo miré una décima de segundo, sin entender mucho lo que me quería decir, y vi su sonrisa, su cabeza ladeada, y sentí una especie de orgullo al darme cuenta de lo que había hecho desde que decidí abrir el café.

—Bueno... me costó. Pero supongo que sí. Por eso no quise seguir con la gestoría, por eso quise dedicarme a algo que de verdad me gustaba y probar. Con el dinero que me dio, puedo permitirme incluso fallar con este negocio.

—Pero no lo harás. Has puesto toda tu alma y se nota, la gente lo siente en cada rincón de la Cafoteca.

Casi me hizo llorar. Hinchó mi ego que, a pesar de ciertas cicatrices que dolían, se expandió por mi cuerpo y lo sentí como un burbujeo en mi pecho.

Seguimos un rato más en silencio.

—No sabía que te gustara Zaz —dijo de repente, algo que agradecí muchísimo para que mi cabeza dejase de pensar en lo poco sincera que había sido con mis padres y lo fácil que había sido con Martín.

Recuerdo fruncir el ceño, no sabía a lo que se refería.

—La chica que está cantando —me aclaró.

—Lo descubrí una tarde en el café, me encanta.

—A mi abuela le gusta muchísimo, aunque nada se antepone a Edith Piaf en francés y ni mucho menos a su negra.

Era reconfortante escucharlo hablar de su abuela. Destilaba amor y en ese momento, en la oscuridad de la noche, sentí que quizá con él sí que podría haber paseado por las calles de Madrid como imaginé hacerlo con Varo.

You're gonna make me lonesome when you go

Conocer de primera mano la historia de Ané me dejó un poco trastornado. Lo que de verdad me hubiera gustado decirle en el coche, tras contármela, fue que el tío parecía ser un gilipollas y que, sin lugar a dudas, ella había ganado. No sé si era consciente de que esa relación no era sana. Decir la palabra fingir y acompañarla con «como prácticamente con todo», implicaba que aquello en lo que llevaban años no era bueno. Los reproches del tío fueron la guinda.

Me dejó en mi casa y la invité a subir, pero me dijo que tenía ganas de llegar a la suya, ducharse, ponerse el pijama y ver la tele junto a su padre. La entendí, ahí había mucho más que el mero hecho de ponerse cómoda, ahí estaba la necesidad de cariño tras haberse quedado un poco más vacía. Porque cada vez que verbalizamos nuestra historia sacando los trapos sucios y exponiéndonos, después necesitamos calor.

Me habría gustado ser yo quien se lo diera, pero no estábamos ni siquiera cerca de poder hacerlo. Que me hubiera confesado sus miserias ya era demasiado.

Apago el despertador a las ocho y media y lo hago con ese enfado que me caracteriza por las mañanas. Miro la hora y me cago en la puta varias veces. «¿Para qué hostias he puesto yo...?». Entonces me acuerdo de que anoche recibí un mensaje de Ané en el que me invitaba a desayunar en la Cafoteca.

Llego y toco en el cristal de la puerta, porque al empujar no se abre. Hace frío y llevo un abrigo de paño con el cuello levantado, además estoy sumergido en una enorme bufanda, pero aun así siento cómo el hielo me agujonea.

Ané abre la puerta y no parece la misma de ayer. No solo por la ropa que lleva, que hoy es cómoda y parece calentita, también su cara, su sonrisa, entre tímida y agradecida, me dan la bienvenida.

Huele a cerilla, a humo de leña, a café y a tostadas. Me gusta el olor de la tinta cuando entro en mi local, pero este de ahora mismo podría convertirse en mi favorito porque para mí esto es Ané.

—Buenos días, he preparado todo en la mesa cerca de la estufa. Un día sin encender y la Cafoteca se convierte en el hogar de Papá Noel.

Froto las manos con fuerza. Paso a su lado y me inclino para llegar a su mejilla y besarla.

—Buenos días. —No me detengo a pensar en el gesto, ni en por qué lo he hecho, solo me ha salido y podría haberla abrazado, fuerte, como hago con mi abuela—. ¿Sabes que podría cambiar mi cama por desayunar así todos los días? —digo mirando como la Cafoteca se despierta delante de mí.

Las pequeñas lámparas de algunas mesas están encendidas, y las luces que alumbran las estanterías, todo ello, junto con el refulgir del fuego que se ve a través del cristal de la estufa central, y teniendo en cuenta que el día es más que gris, crea un ambiente cálido, como de abrazo.

—Vamos, siéntate antes de que se enfríe.

Me doy la vuelta y me la encuentro en el sofá de una plaza color mostaza removiendo su café.

Me quito el abrigo y me quedo con el jersey de lana, hasta que se temple el lugar no está para mucho más. Tomo asiento a su lado, en otro sillón de dos plazas en colores azules, y observo el

desayuno que ha desplegado ante mí. Me suele bastar con un café, pero no me veo rechazando todo esto. Observo que hay un tazón del que sobresale un bizcocho de chocolate y ella me explica que lo acaba de hacer al microondas y que está pensando en meterlo en la carta, veo cómo se sirve una parte con una cuchara y acto seguido derrama por encima chocolate fundido.

Solo verla comer hace que me entre hambre.

—Está rico, si tu veredicto es positivo, y Pilar no se vuelve loca por haber metido otra cosa más, lo añadiremos.

Me río, y con una cuchara lo pruebo de su plato. Está bueno, todavía caliente y esponjoso, con pepitas de chocolate derretidas en su interior y con ese chocolate cremoso por encima. Gimo en el mismo momento que lo aplasto contra mi paladar.

Carraspea y abro los ojos.

—Eso es un sí. Está claro —susurra algo sonrojada; yo solo asiento.

Voy probando de todo lo que me ha puesto y en una amigable charla continuamos desayunando y entrando en calor.

En un momento dado me pregunta por Félix y Luz, aunque dice que no quiere curiosear.

—Félix ha sufrido mucho —le digo.

—De ahí la máscara. —La miro estrechando los ojos y ella levanta las cejas, es muy observadora—. Os lleváis muy bien.

—Creo que, junto a mi abuela, es mi salvador.

Deja la taza de café en el aire, no se la lleva a la boca, asombrada por mi confesión. Hasta yo me sorprendo de lo fácil que me resulta hablar con ella.

—Para mi madre tenerme no fue lo mejor que le pasó en la vida. Ocultó su embarazo hasta que mis abuelos la descubrieron. Por lo tanto, fue un fracaso, para ella y para todos, en realidad —se lo cuento de esa forma que no duele, como si hablara de otra persona. Creo que debería hacerme mirar mi incontinencia verbal con Ané, ni siquiera Rafa sabe la historia de mi madre.

—No creo que tú lo seas —señala sin apartar sus enormes ojos de mí, como si con la ausencia de parpadeos corroborase sus palabras.

Me gusta. Sí, me refiero a más allá de lo que me despierta físicamente. Estar cerca de ella me produce sosiego, comodidad, puede que sea por eso que empiezo a hablar sin filtro:

—Desde luego que no. Hasta los dieciséis años estuve con ella, tratando de sacar mis estudios adelante como pude. A los trece estuve muy a punto de torcerme, pero entonces conocí a Félix que tiene seis años más que yo y me convenció para que pasara tiempo con él en el estudio. Por aquél entonces acababa de llegar al barrio y empezaba con esto de los tatus. Me hizo entender que, aunque mi madre no estuviera en casa, mis abuelos se dejaban los cuernos por mantenerme a flote. —No me quita la vista de encima, de vez en cuando bebe de su taza, y esa atención hace que me sumerja en la historia en primera persona—. En las visitas a Soria, posteriores a que mi amigo me acogiera bajo su ala, entendí lo que me querían. El cabrón de Félix me mandaba deberes que a mí me parecían absurdos, como «cuenta los abrazos que te da», «cuando te mire y te sonrío devuélvele lo mismo, sé agradecido», decía. Al fin y al cabo, si yo comía entre semana era gracias a sus tapers congelados y al dinero que nos daba, aunque ese llegaba para menos porque mi madre se lo gastaba todo en la noche.

Hago un parón, termino mi café y la observo; no dice nada, solo espera, me mira y me sonrío, como si me diera las gracias por confiar en ella, como si de repente se sintiera parte de mi situación. Me enternece, porque eso es así, en el momento en que alguien te cuenta su vida tienes algo que ver con ella, esa información te hace entender cómo es una persona, y supongo que yo se

lo estaba mostrando, tal y como ella hizo ayer en el coche.

Reanudo con mis conclusiones y decisiones, también quiero que las conozca, de repente quiero que lo sepa todo.

—Con el tiempo me he dado cuenta de que en ese momento empecé a sentir lo que me querían, y las sensaciones que despertaban en mí eran muy diferentes a lo que vivía día a día con mi madre, a la que apenas veía en casa. Entonces decidí que no iba a mandar a la mierda lo que mis abuelos sentían por mí, porque no tenerlo era una muy mala sensación. Me pasaba la semana deseando que llegara el viernes que me tocaba venir. Cuando murió mi abuelo y Elisa quedó destrozada, a pesar de que no quería mostrármelo, me erigí como su protector con quince años. Desde entonces luché por venirme a su lado hasta que lo conseguí y fui saliendo adelante. Gracias a ella.

Me callo, se escucha el crepitar de fuego.

Me mira tan atenta que pienso que en cualquier momento va a saltar sobre mí. No me importaría si su reacción no fuera compasión, o no solo eso. No me gusta generar piedad, no le he contado mi historia por eso. Quizá necesite mostrarme sin trabas, porque mi subconsciente me avisa de que no solo la quiero para echar un polvo, eso es un hecho.

—Como dice mi madre: «Todas las familias cuecen habas». —Asiento y me río. Me encanta su salida, pero sé que no se va a quedar ahí y sus palabras lo confirman—. Qué doloroso tener que luchar por encontrar el amor que mereces solo por el hecho de nacer —concluye; y no puedo quitarle razón.

Que no me compadezca hace que todavía me guste más.

Nos callamos, nos miramos y comemos parte del desayuno en un cómodo silencio que no necesitamos llenar con nada más. Me pregunto si está pensando en mi historia o si le está dando vueltas a algo diferente; ella rompe el silencio:

—Ayer, cuando llegué a casa, les conté a mis padres que he recibido un sobre con los papeles de divorcio. —Observa a través de la ventana, su tono es neutro, sin emoción. No veo sus ojos, acto seguido le da un trago a su café y cuando me mira se encoge de hombros—. Un sobre color manila. Qué típico, ¿verdad? —Deja la taza en la mesa y suspira—. No los he firmado, y no sé cuándo lo haré.

Los días que siguieron a aquel desayuno sentí que entre nosotros había cambiado todo. Cada mañana, excepto cuando ella debía de hacer algo fuera de allí, quedábamos en la Cafoteca antes de que esta abriera sus puertas al público, y aquella hora se convirtió en una burbuja suspendida en el tiempo y espacio que hacía que el día fuera mucho mejor.

Sí, no me estoy inventando nada. Me costó madrugar, pero lejos de dedicarle exabruptos al despertador, en cuanto era consciente de por qué iba a hacerlo mi talante cambiaba por completo. Estaba irreconocible.

Llevo tres desayunos sin ella y parece que me falta algo. El domingo lo pasé con mi abuela y ayer, lunes, estuve en Madrid porque Félix me dijo que con las navidades tan cerca «ya había muchas pieles esperando mi magia», palabras literales.

La he echado de menos como un loco, pero no puedo admitírmelo en serio, y por ello me acerco a la Cafoteca sobre las doce y media de la mañana en un alarde estúpido de hacerme el duro, de demostrarme algo que le comenté a Félix. No estaba tan pillado como él me dijo, que quisiera estrechar lazos más allá de echar un polvo, no implica que quisiera enamorarme, Ané me

gustaba, quería conocerla porque era una tía que me agradaba.

Pilar está en la barra y hay gente desperdigada por las mesas, Ané se encuentra agachada frente una estantería con una caja de libros a su lado. Me siento en un taburete alto y la voz de su hermana hace que la mire.

—Se ha vuelto un poco loca con *esos* libros —me aclara como si necesitara saber qué hace ahí.

—Es la sección de fantasía que quiere poner, ¿no?

No dejo de mirarla, no puedo. Veo su perfil atento a cada libro que coge en sus manos, su pelo negro queriendo salirse de su oreja y sus dedos colocándolo de nuevo en su sitio.

—Veo que no te pierdes una. A pesar de que hace tres días que no os veis. —No se me escapa el tono. Me encanta Pilar dándome información, que ella lo sepa significa que Ané habla de mí.

—Y yo veo que tú llevas la cuenta —le digo con una sonrisa torcida.

Quiero pensar que es porque Ané me ha echado de menos tanto como yo a ella y lo ha mencionado, o incluso porque ha estado irascible, como me he sentido yo cada mañana. Pero en lugar de darle alas a esos pensamientos le pido un café y hago que su mirada cargada de intenciones se aleje de mí.

Me coloca el brebaje caliente delante y Ané todavía no se ha levantado del suelo.

—Esta noche le hacemos una fiesta sorpresa —me susurra Pilar y la miro con interés—. Necesito tu ayuda.

—Cuenta conmigo, pero aclárame por qué se merece una fiesta sorpresa.

—Ya... —Echa un vistazo a su hermana y la mirada que le dedica quiere estar llena de asqueo, pero es tan fingida que la luz de sus ojos al mirarla la echa por tierra—. Ané no se la merece, pero hoy hace veintinueve años y es el primer cumple que vamos a celebrar juntos desde que se fue a los dieciocho. Es más por nosotros que por ella. —Me guiña un ojo.

—Y yo tengo que... —dejo la frase abierta, esperando.

—Te la tienes que llevar.

—Así, sin más —le digo como si fuera tan sencillo.

—A ver alguna peli de esas en la Audiencia, Martín —dice haciendo que me carcajee y entonces Ané habla:

—No te había visto. —Se pone a mi lado—. ¿Qué ha dicho esta loca para que te rías tanto?

Pilar, sin decir nada, se va. Es la reina de la discreción y a mí me entra todavía más la risa.

—¡Pilar! —le susurra Ané con energía y frunciendo el ceño.

—Que te cuente él —contesta su hermana y se mete en la cocina.

Mis cejas suben y no se me ocurre nada. La tengo cerca, muy cerca, y sus ojos se anclan a los míos. Está esperando una respuesta, pero yo me imagino que la atraigo por la cintura y que la meto entre mis piernas para besarla. Así, sin muchas más excusas y dejándome de hostias.

—Me gustaría enseñarte algo esta tarde en mi estudio —suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

Doy un sorbo al café, para dejar de mirarla porque si sigo por ahí voy a calcinarla.

Me acuerdo de las palabras de Félix, y de su insinuación nada velada de lo muy pillado que estoy por la morenita de los ojazos, y me doy cuenta de lo absurdo que soné defendiendo mi postura de «No es para tanto».

Espero su respuesta mientras mi cabeza va a tres mil revoluciones por segundo pensando en qué cojones voy a enseñarle.

—Me toca cerrar esta noche, no sé si puedo escaquearme.

—Puedes, claro que puedes. Ya me quedo yo al frente del negocio. Pero esta me la cobro. — Pilar está tan cerca de nosotros que hasta me asusto, y según viene, se va.

—Ya ves... —Ané se encoge de hombros y veo cierto rubor en sus mejillas—, parece ser que sí que puedo.

—Pásate a las ...—miro a Pilar mientras Ané bordea la barra y se mete detrás de ella, veo los dedos de mi compinche—... siete ...—sube la mano con rapidez—... ¿ocho?

El pulgar de Pilar me confirma que es correcto.

—Vale —me contesta, pero hay duda en su voz.

No he sonado nada seguro, aunque la sonrisa de satisfacción de Pilar, a espaldas de su hermana, me confirma lo contrario. Me tomo el café y alegando que tengo mucho curro, me voy de allí.

«¿Qué hostias voy a mostrarle?».

La puerta de mi estudio se abre y aparece Ané a la hora acordada. Ahora sé que tengo que distraerla durante por lo menos una hora, he abordado a Pilar al mediodía. Entra mirando todo como si fuera la primera vez, y sé que está nerviosa.

—Me tienes intrigada —me dice cuando levanto la vista del ordenador.

Sonrío a modo de saludo.

—No es para tanto, igual te parece una chorrada, pero quería enseñártelo.

Me levanto y la llevo al interior de mi sala, donde le hice el tatuaje, y le digo que se siente. Cuando lo hace no puedo evitar mirarla mientras pasa sus manos de dedos largos por la camilla, como si recordara el momento en que ella era la piel a tatuar.

—He pensado en tatuarme algo y me gustaría saber tu opinión —susurro a su lado.

—No sabía que la necesitaras. No es que sea alguien objetivo para estas cosas. —Se muerde el labio inferior—. ¿Dónde quieres hacértelo? ¿Lo vas a hacer tú mismo?

—No, se lo pediré a Félix. —Lo he pensado todo sobre la marcha, pero creo que la conversación que genere el dibujo nos mantendrá ocupados.

Saco el boceto de un trébol de cuatro hojas creado con nudos celtas, en perspectiva y algo ajado por el tiempo, como si estuviera tallado en piedra.

—¡Vaya! —exclama asombrada—. ¡Es enorme!

Sí, me he pasado, pero tenía que impactar.

Me quedo en silencio, dándole tiempo a que diga algo más. Lo coge y pasa sus dedos por encima.

—Parece que sobresaliera.

—Es un boceto.

—Eres increíble. Parece un trébol.

—Lo es. —Me siento a su lado doblando la rodilla y mirándola, cuando se vuelve para decirme algo estamos demasiado cerca y aguanta la respiración.

Yo suelto una bocanada de aire despacio y al volver a introducirlo su olor entra en mí con mucha fuerza.

—¿Por qué un trébol? —pregunta en un susurro.

—Supongo que necesito suerte —contesto en el mismo tono, y siento que mis palabras son demasiado reales, voy a tener que tatuármelo de verdad.

Traga saliva y vuelve a mirar el dibujo.

—Es alucinante.

—Lo quiero en mi abdomen, a la izquierda del ombligo. —Y joder, vaya que si lo quiero, así como quiero que su mano se pose ahí. Tengo una imperiosa necesidad de que me toque.

—¿No tienes nada tatuado ahí?

No contesto, solo levanto mi camiseta para que ella misma vea el espacio de piel limpia de esa zona. Hace calor, es imposible no sentirlo, ella se remueve incómoda y toca el papel resiguiendo las líneas para echar miradas intermitentes a la parte que le muestro.

«Joder... tócame», me siento tan sediento de su tacto, que suelto la camiseta y me llevo la mano a la boca, como si pudiera paliar las ganas o callármelas, porque parece que van a salir a gritos.

—Va a ser alucinante —dice parpadeando de prisa, retirando la vista de mi regazo.

—¿Lo crees? —la voz me sale ronca y carraspeo.

Me mira a los ojos y mi cuerpo se echa hacia delante. No sé si está preparada, no sé si voy a liarla de tal forma que se va a ir de aquí y sorprenda a toda su familia poniendo globos o lo que sea que quieren hacer en la Cafoteca, pero no puedo más.

No se mueve, mira mi boca y sus ojos brillan, se aferra al papel y veo cómo lo arruga.

—Lo sien...

No le doy tiempo a las disculpas. Me inclino más y mis labios rozan los suyos, se envara, pero no se retira. No cerramos los ojos y ella se apoya en mí para acto seguido abrir ligeramente su boca y atrapar despacio la mía. Dejamos que entre los dos comience un baile que siento que he deseado desde que la vi por primera vez.

Su mano libre agarra mi camiseta y hace que me acerque todavía más. Mis brazos van hacia ella, se cuelan bajo su abrigo y mis dedos, ansiosos, se abrazan a su cintura, extendiéndose y queriendo abarcar todo lo que les sea posible.

El beso es lento, mi lengua sale despacio a lamer sus suaves y rojizos labios que me saben a ella y que me permiten entrar cuando siento la suya rozarme. Inspiro y en un movimiento la aprieto contra mí. Ladeamos la cabeza, el movimiento nos permite profundizar, sus manos están en mi cuello, en mi nuca, entre mi pelo. Quiero tumbarla y seguir con todo esto que hemos empezado allí mismo, sobre la camilla. Siento que ella se levanta, pero no deja de besarme, gime un poco y dispara el vello de toda mi piel, hasta mi entrepierna, que ya estaba muy al día y muy preparada para algo más. De repente la siento hasta dolorosa contra la cremallera. Ané, de pie, está apoyada contra mí y eso hace que estemos a la misma altura. Mis manos se cuelan bajo su jersey y alcanzan su piel, caliente; su espalda, marcada por cada vértebra y costilla...

Inspira y, de repente, se separa de mí. Solo un poco, pero paro, no persigo su boca como estoy tentado de hacer. Ha cerrado sus ojos con fuerza, su frente está apoyada en la mía y las respiraciones de ambos son erráticas.

Por el hilo musical suena *You're gonna make me lonesome when you go*, la versión de Madeleine Peyroux.

—¿Estás bien? —pregunto en un susurro cuando, tras varios segundos, para mí demasiados, no hace ningún movimiento.

Ella asiente, no abre los ojos.

Debería preguntarle si quiere que me aparte, que rompamos lo que acabamos de empezar, pero no me atrevo porque soy un cobarde y no quiero que me diga que no. Y un egoísta también. Tenerla así es mejor que no tenerla, aunque no me deje seguir besando su boca y acariciarla. Mis manos han bajado a su cintura y se encuentran sobre la tela de sus pantalones, en zona segura, aunque reclaman su porción de piel.

Mueve despacio sus dedos sobre mi cuello y enreda las yemas en el nacimiento del pelo de mi nuca, tengo que cerrar los ojos y moverme contra ellos, además de apretar mi pierna doblada para que mi erección no busque zona de contacto ajena.

—Martín... —susurra.

Abro los ojos y ella hace lo mismo, mirándome a través de las rendijas que forman los suyos, los aprieta y entonces los abre del todo. Se separa.

Joder... qué duro.

—Dime, Ané —le pido, porque es el momento de afrontar lo que tenga que venir.

—No sé si esto nos lleva a ningún sitio, yo...

—Esto no es ningún billete de avión —le digo con una sonrisa, empujando todos mis sentimientos y pensamientos de hace unos segundos, fuera de aquí—. Esto es un beso, uno que los dos hemos querido darnos.

Una sonrisa tímida y algo avergonzada asoma en su boca mientras me mira.

—¿Y qué cambia? —pregunta sentándose a mi lado, pero no tan cerca.

—Si no queremos no tiene por qué cambiar nada... o sí. —Ese «o sí», rebota en mi cerebro como si fuera un deseo que busca una estrella fugaz, pero la siento tan insegura que tengo que tragármelo.

—No estoy segura de que quiera que las cosas cambien —susurra, y a mí me parece un grito del impacto que supone en mis ganas.

—Pues no lo harán —me cuesta decirlo, pero sé que sueno convincente, la miro a los ojos, creo que para creérmelo yo por encima de todo.

Me llamo mentiroso, porque lo que está claro es que una vez he probado sus besos el cambio para mí está servido. No ansío algo que no conozco, pero a partir de ahora anhelaré su sabor, ese que se me ha quedado en la lengua y que cada vez que la tenga cerca resurgirá.

—Es que ahora mismo no sé lo que quiero. Estoy en medio de un proceso complicado, lo sabes —se justifica, como si no fuera suficiente decir que no quiere que pase nada más.

No sé qué pensar, sentirla falsamente mía unos segundos me han nublado.

—No te preocupes. Ha sido un buen beso que nos apetecía darnos. —Me encojo de hombros y dejo de sentir la comodidad estando a su lado, pero la reprimo, era algo que podía pasar y me la he jugado—. Es tu cumpleaños, es el único día que podemos permitirnos hacer algo que se salga de lo establecido y lo tratamos como si fuera territorio «Las Vegas».

—¿Las Vegas?

—Ya sabes, lo que ocurre en tu cumpleaños se queda en tu cumpleaños. —Guiño un ojo «menuda sarta de gilipolleces, joder», me reprendo mentalmente. Miro la hora, todavía quedan más de treinta minutos para que podamos volver a la Cafoteca—. ¿Me dejas que te invite a una caña?

Me mira y no sé discernir en su gesto si está alucinada con mi chorrada o molesta por el beso.

—¿No debería hacerlo yo? —pregunta, después de unos segundos demasiado largos.

—No seas cutre, tú me tienes que invitar a cenar o algo así, eres la cumpleañera.

Mira hacia el techo y su sonrisa se ensancha, la posible incomodidad se ha borrado de su semblante y se levanta, se abrocha el abrigo y cuando se da cuenta de que el dibujo está en el suelo lo coge.

—Es una pasada —me recalca dándomelo.

—Es una posibilidad. —Lo cojo y la miro reprimiendo las ganas de arrasar con todas esas barreras que ha construido en su interior, porque ella querrá que las cosas no cambien, pero su

beso no me ha demostrado lo mismo.

Un beso y una fecha

Nos tomamos unas cañas en la plaza Herradores. A pesar de que le dije que fuéramos a la Cafoteca, y así ya podía liberar a Pilar para irse a casa, él insistió en hacerlo allí. Dijo que en mi lugar de trabajo no hacía la diferencia y eso no era ocio.

Mi interior temblaba, y lo hacía de tal manera que cuando bajábamos por la calle Alberca él se acercó y pasó un brazo por mis hombros, atrayéndome hacia su cuerpo.

—Hoy hace muchísimo frío —soltó justificando su movimiento y para que no me sintiera intimidada, supongo.

No le contesté nada. No me incomodó su gesto, al revés, sentí unos nervios de los buenos y un valor del que viene de dentro, que me gustaron bastante. Tampoco me incomodó el beso que nos dimos.

«¡Qué beso!», ¿Alguna vez me habían besado así? No podía ser tan cruel con Varo, pero quizá tantos años habían sepultado esos besos que supongo que en algún momento habíamos tenido.

Martín sabía a él, a limpio, a tabaco de liar, a café, incluso a tinta, porque él huele así y sabe igual. Sus labios gruesos fueron amables y desesperantes porque parecía que, a pesar de tenerlos pegados a los míos no tenía suficiente de ellos. Su lengua... ¡su lengua! Madre mía, si Pilar me escuchara... Sus toques, sus pequeños mordiscos, sus manos en mi piel. Tras el tatuaje sabía que esos dedos sabían acariciar, ¡lo sabía!

Tuve que dejar de recordarlo, parecía hasta de mal gusto hacerlo cuando lo tenía al lado, pegado a mí.

A pesar del frío, ese que no sentía, quise quitarme el abrigo o por lo menos desabotonarlo y dejar que me calmara el calor que venía desde mi vientre, mi pecho...

Y entonces allí, en silencio, con solo el sonido de nuestras pisadas por el suelo adoquinado, me pregunté por qué le había dicho que no quería que cambiara nada.

Me respondí en el acto, no quería que eso pasara porque había una parte de mí, la misma que no podía firmar los malditos papeles, que me decía que las cosas podían volver a ser tan cómodas como antes con Varo.

Mi cabeza era un lío tremendo. Le daba vueltas a la situación ficticia de que Varo volviera conmigo, como si los papeles sin firmar no confirmaran las posibilidades nulas de que eso pasara. Y aquello, a lo que sin querer me aferraba, me estaba anulando para sentir o disfrutar de verdad, para dejarme llevar por cosas o personas como Martín. Hasta ese momento estaba segura de que si volvía con Álvaro podría enamorarlo de nuevo porque había cambiado, era una mujer que tomaba decisiones propias y en la dirección correcta y eso haría que Varo volviera a ser el de antes conmigo. Me gustaba pensar así de mí, aunque fuera mentira.

Ese pensamiento se diluyó entre las sensaciones residuales que el beso de Martín había dejado en mí.

Lo miré. No me soltaba y su vista hacia el fondo de la calle no varió.

Era un chico que me aceleraba por dentro, con el que nuestras conversaciones de todo me hacían reír, pensar, dialogar a veces con más moderación que otras. Sí, era alguien con quien me sentía bien, o más que bien. Y que me atraía físicamente, pero es que es imposible que una vez conoces el interior de ese embalaje lleno de tinta tan atractivo, no entre de lleno en ti.

Hizo el rato ameno, con su charla habitual, demostrando que de verdad el beso no había cambiado nada, y las dos cañas que me tomé con él aligeraron mis respuestas.

Cuando subimos la cuesta hacia la Cafoteca, ya de vuelta, me di cuenta de un pequeño detalle.

—¿Cómo sabes que es mi cumpleaños?

Tardó un segundo en hablar. Parpadeó varias veces, pero no me miró, siguió con su vista hacia delante.

—Tu hermana lo mencionó la semana pasada —dijo como si no le diera importancia.

—Pues para saberlo no me has felicitado en todo el día. Ni siquiera un guasap —intenté ponerle tono de broma, para cortar esa sensación fría entre los dos.

Me miró y subió las cejas, se pasó la mano por la barba y a tres pasos antes de la puerta del café, paramos, dio un paso atrás; yo estaba tan expectante que me quedé como un pasmarote. Me cogió la mano y me atrajo hacia él.

Me puse cardíaca, el corazón quiso romperme una costilla, me acercó tanto que supe que el beso era inminente. Lo peor de todo era que iba a destrozar mi argumento y tirar por tierra mi palabra en su estudio porque quería que volviera a pasar. Quise volver a besarlo, sentir su boca y sus manos.

—Es cierto —susurró justo antes de que mis ojos traidores se cerraran. Sentí el color acudir a mis mejillas, pero supe que el frío ya tenía su posición allí y no se iba notar mucho—, solo te he besado y no ha habido un «Felicidades».

Esperé en silencio, porque no sabía ni qué decir ni qué hacer sin ponerme en evidencia.

—Felicidades, Anémona —soltó rozándome la nariz.

Abrí los ojos, me sonreía. Antes de soltarme besó mi mejilla donde dejó un cosquilleo que tuve ganas de parar con mis dedos, pero no lo hice.

—Gracias —traté de sonar muy digna, e hice una reverencia siguiendo un poco la broma del espectáculo que había montado, y queriendo despejarme porque no me sentía dueña de mi cuerpo ni de mis reacciones. Me había llamado Anémona, y parecía demasiado serio en su boca.

—Y ahora que está todo dicho, te dejo en tu café. —Hizo un ademán con la mano para darme paso.

—¿No entras?

—He quedado con Rafa —dijo sin mirarme.

—¿Desayunamos mañana? —pregunté un poco decepcionada porque se fuera.

Me había hecho ilusiones absurdas con que se quedara hasta que yo cerrara, y tratara de saltarse la barrera del beso que, en aquel momento y más que nunca, me parecía del todo irracional con las ganas que tenía de volver a besarlo.

—Pero eso no cuenta como invitación de cumpleaños —me advirtió metiendo las manos en su abrigo y encogiéndose un poco.

—Si no hubieras quedado te invitaba después de cerrar, que mi cumple es hoy —informé decepcionada. No me apetecía que se fuera, aunque quizá era lo mejor porque me daba la sensación de que si se quedaba iba a acabar perdiendo el norte con él.

—La invitación no prescribe —señaló con obviedad.

Me reí y asentí varias veces.

—Mañana desayuno y después de ver *Animales Nocturnos*, te invito a cenar. —Hice el plan sobre la marcha, como si no pudiera perder la oportunidad.

—Hecho.

Se acercó y me dio otro beso en la mejilla, esta vez rápido y frío, como sus labios y su nariz

en aquella noche de diciembre. Si no hubiera tenido esa fea costumbre de reprimir mis deseos, aquella noche habría sido memorable, más de lo que lo fue, claro.

Entré en la Cafoteca y no pude escuchar el carillón de la puerta porque mi familia y mi amiga Marta me gritaron un «¡Sorpresa!», ensordecedor.

Repartí besos y abrazos y mi madre, en el suyo, me hizo llorar cuando me dijo que hacía tanto que no me había felicitado así que no se acordaba de la sensación. Cuántas cosas había dejado de lado estando con Varo, pero porque yo no quise hacerlo, no antepuse nada mío o no le di importancia. Mi último cumpleaños a su lado lo pasé sola porque Álvaro se fue con Aída a una convención a Bilbao.

Pilar me miró extrañada.

—¿Y Martín?

—Había quedado, supongo que al no invitarlo ha hecho planes.

—Pero si ha sido gracias a él, que te ha tenido este rato fuera, que hemos podido preparar el sarao. —Abrió los brazos de forma teatral señalando la pancarta y los montaditos en las mesas.

Me encogí de hombros. Supe que el beso sí había cambiado las cosas porque si no nos lo hubiéramos dado él estaría aquí, pero todos necesitamos nuestro tiempo. Por primera vez me pregunté qué le había llevado a él a acercarse y besarme, porque yo sabía mis motivos, pero ¿y los suyos? ¿Cuáles habían sido sus pretensiones con ese beso?

Tragué saliva e inspiré pensando de nuevo en él.

—¿Qué te pasa? —Pilar me miró con la nariz arrugada, como si algo oliera mal.

—Nada —contesté y agaché la cabeza para encontrarme a Rigel alzando los brazos.

—Me lo vas a contar, ¿no? —insiste.

—No sé a qué te refieres.

—¿Qué ha hecho para despistarte durante esta hora?

Me quedé mirando a mi hermana con los ojos muy abiertos, me dio la sensación de que nos había visto porque yo no podía ser tan obvia.

—Ané, tenía que distraerte para que montáramos la sorpresa —me habló como si me faltara un hervor.

Y caí en que lo que quería saber era la coartada que había usado.

—Me ha enseñado un tatuaje.

—Hija, ponme una tónica —mi madre nos interrumpió e hizo que Pilar, frunciendo el ceño, se metiera a la barra para servir a mi madre.

—¿Se ha desnudado? —susurró con un gesto lascivo.

Aluciné, «esta mujer no está bien de la cabeza».

—Pero ¿¡qué dices!/? —Miré hacia los lados, no había nadie escuchándonos.

—Si así fuera, tendría razón de ser la cara de pava que traes, ver semejante obra de arte en pelotas tiene que quitar hasta la sangre del hígado.

—¿Del hígado, cariño? Queda mejor del bazo. —Mi cuñado entró en la conversación, se acercó para traerle una copa de vino a Pilar, y lo miré con asombro y horror. Era testigo impasible del intercambio de estupideces que estaba teniendo con mi hermana.

Pilar sirvió la tónica a mi madre, que gracias al cielo estaba hablando de algo con mi sobrina y mi padre.

—De donde sea. ¿Te ha enseñado su cuerpo? —volvió a insistir.

—Contesta como si yo no estuviera, casi es como secreto profesional —dijo su marido.

—¡No! —grité y los miré a ambos, estaban para encerrar.

—Anda, tómate un vino y que te temple un poco, a ver si así también se te suelta la lengua, que eres más *ajustá*, hermana...

Nos marchamos de a Cafoteca todos juntos y al llegar a la Cruz Roja, lugar donde el camino entre casa de mis padres y de mi hermana se bifurcaba, Pilar dijo que tenía que acompañarla a ultimar unos pedidos. Mi madre me miró mal.

—¿Y vas a volver sola de noche? —preguntó.

—Por favor, mamá —salté de inmediato—. Te pasas, en serio. ¡Que he cumplido veintinueve años!

—Creo que mamá va descontando tus años en lugar de sumarlos —dijo Pilar riéndose.

—Tú a callar —respondió mi madre.

—En cuanto termine vuelvo a casa, no te preocupes. —Le di un beso en la mejilla y me alejé con mi hermana y mi cuñado, ambos cargaban con los niños, porque se habían dormido.

En cuanto entramos en casa ellos se pusieron con la rutina nocturna y, como si fueran una máquina bien engrasada, los acostaron sin hacer ni un solo ruido. Besos de buenas noches, luces nocturnas encendidas y, unos minutos después, mi hermana entró al salón con dos tazas de leche caliente a tope de Nesquik.

—No hay ningún pedido que hacer —le dije y sonreí detrás de mi taza, con la que estaba calentándome las manos.

—No, no lo hay, pero sí hay ciertos papeles importantes... —dejó sus palabras en el aire—. Hay mucha plancha, hermanita.

Aunque me hacía gracia que usara siempre esa frase para dar a entender que teníamos mucho que hablar, no pude reírme como otras veces.

—Eso... —Una piedra gigante se metió en mi estómago y parecía no querer dejar espacio a nada más.

—Eso, Ané.

Necesité excusar mi secreto, que ya no lo era tanto, y empecé a balbucear:

—Llegaron hace unos días...

—Ni siquiera me preocupa que no me lo hayas dicho. Estaba claro que ...—supe, por la cara de asco que puso, que estaba tragándose algún exabrupto dirigido a mi ex... Varo iba a pedirte el divorcio.

—Estaba claro —repetí alucinada por todo, su talante y su afirmación.

—Mamá me ha dicho que siguen ahí. ¿Por qué?

—Porque no los he firmado.

En aquel momento no esperaba tener que enfrentarme a Pilar con ese pequeño gran bache de mi vida, y supongo que por eso contestaba sin pensar. Parecía que mi hermana se había erigido como mi conciencia más ácida y empezaba a darme miedo quedar con ella a solas.

—¿Y a qué esperas?

—No lo sé. Y sí, es fácil que tú lo veas como algo sencillo, pero yo estoy hablando de terminar definitivamente con más de diez años de mi vida. Créeme, Pi, duele, y duele mucho.

Dejé la taza en la mesa y parpadeé deprisa, no quería llorar ni derrumbarme por aquello delante de mi hermana, porque ya lo había hecho demasiadas veces, acompañando ese llanto de preguntas sin respuestas, en la soledad de mi habitación.

—Es una putada, Ané, de verdad que entiendo que lo es, pero alargarlo no lo va a hacer menos real.

—Cuando pasen las navidades se los mandaré firmados, pero hasta entonces me gustaría seguir viviendo como si no existieran. ¿Crees que sería posible?

Era la primera vez que le ponía fecha, improvisé con ella. Escucharme hizo que sintiera cómo esa parte de mi vida se iba a cerrar y no dolió tanto. Supongo que fue darle su sitio y poder olvidarme del dichoso sobre lo que me dio tranquilidad, supongo que tener tan presente la boca de Martín sobre la mía me daba algún poder que no sabía que tenía.

—Lo es, si estás decidida a hacerlo así, lo es.

La miré y sonreí. Pilar siempre afrontaba todo con entereza, aunque luego se derrumbara, pero no era de postergar las cosas. Las tiritas me las quitaba del tirón desde que éramos bien pequeñas.

—Y... ¿Qué has hecho con el *Dreamink* toda esa hora por ahí?

Sabía que ese cambio de tema trataba de relajar el ambiente. Si ella supiera...

Inspiré con fuerza.

El beso, su sabor, su cercanía, su calor, todo el torrente que me provocó Martín hacía unas horas apareció en mi cuerpo como si una nube salida de la nada me hubiera llovido encima. Cogí la taza de leche caliente de nuevo y me resguardé tras ella.

Mi hermana parpadeaba esperando, en la penumbra que la pequeña luz indirecta del salón provocaba.

—Me está empezando a mosquear tanto mutismo con esa maldita hora. —Se la veía un poco desesperada.

—Quieres saberlo todo, Pi, y a veces no se puede.

—¡Te lo has cepillado! —susurró con una energía que pensé que habría movido hasta las figuritas de las estanterías.

—Pero a ti se te va la cabeza. De verdad, pídele a Diego que te medique porque no riges — salté ya preocupada por la fijación que tenía con que me acostara con él.

—Es que no me cuentas nada. ¡Jolín, Ané! —dijo con un tono de lastima.

—No me lo he cepillado. Hemos estado viendo uno de los tatuajes que se quiere hacer en su abdomen, te lo he dicho.

—Ya, pero es que no me puedo creer que según os miráis no os saltéis encima. Todas las mañanas desayuno y mensajitos por aquí y por allá, y no sois capaces de comeros un poco la boca.

Me llevé la taza a la mía, porque parecía que los labios me picaban queriendo de nuevo sentir los de Martín, y bebí el brebaje chocolateado que Pilar y yo tomábamos desde bien pequeñas antes de dormir.

—Tú me estás ocultando algo, ¿verdad?

—No —contesté. Decidí en aquel momento que no podía decírselo si no quería sufrir su insistencia posterior. Si ya estaba dando la matraca sin saber nada, con solo un dato como era el beso podría convertirse en jueza y condenarme.

Más tarde me daría cuenta de que aquello de ocultarle cosas a mi hermana, que en realidad era mi mejor amiga, se había convertido en una costumbre tan arraigada en los últimos años que decía muchas cosas sobre mí misma.

Baby love

Llevo varios días dándole largas a Ané para ir a desayunar con ella. Sí, vimos la peli de *Animales Nocturnos* y cenamos, pero tras pasar esas horas con ella, charlando como si nada y deseando cada puto minuto que se lanzara sobre mí y me arrancara la ropa o... que me diera un beso por lo menos, me di cuenta de que estar con ella como si no pasara nada no iba a ser tan fácil.

Mis últimas excusas pasan por mi estado de salud. Estoy acatarrado y es verdad que me cuesta más levantarme de la cama, pero reconozco que el despertador suena a la hora a la que debería levantarme y no me apetece estar todo ese rato a solas con ella. No sé muy bien qué es, quizá es que no me guste sufrir y sé que tenerla tan cerca y no poder llevármela a la boca, como la última vez en mi estudio, me va a martirizar durante el resto de la hora del desayuno.

En su cumpleaños traté de quitarle hierro, de hacerle ver que no importaba, pero la realidad es muy distinta. Volver a hablar con ella como si no hubiera pasado nada me hizo darme cuenta de que para mí ya había cambiado todo. No tenía muy claro que pudiera ser solo su amigo, que pudiera seguir en el mismo punto justo antes de que su boca y la mía colisionaran en aquel fogonazo intenso que, cada vez que me acuerdo, me calienta tanto que creo que mi cama ha sido testigo de alguna que otra polución nocturna, como si fuera un prepúber.

Es viernes y, a pesar de todo lo que he pensado estos días, decido que tengo que dejar de ocultarme, no sé si lo hago porque me encuentro mejor o porque la madurez me ha dado un toque de atención. Supongo que se ha encontrado con mi espíritu de los quince reactivado y se ha enfadado, o quizá necesito verla como sea y luego ya me martirizo en mi casa a solas. Con esto también hablo de pelármela.

«Oh, joder, soy un puto adolescente».

Entro en la Cafoteca y me encuentro con ella de frente. No sonrío, su mirada es pura cautela.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días, Martín. ¿Qué tal te encuentras? —Hace referencia a mi resfriado.

—Mejor, vengo a por brebaje curativo. —Sonrío ligeramente.

Está preciosa. Su pelo negro y brillante enmarca esa cara de labios rojizos y ojos claros tan expresivos... Volvería a comérmela y me siento el lobo feroz del cuento.

—¿Y tú?

—Yo como siempre... —Se encoge de hombros—. Supongo.

Se pone a trajinar con mi café y lo deja delante de mí, con una galleta. Escucho *Baby Love* de las Supremes y me sonrío.

—¿Sabéis qué he pensado? —Pilar sale de la cocina y habla en un tono tan alto que hace que ese ambiente lleno de niebla entre Ané y yo se disipe—. Voy a colgar muérdago en alguna parte del café. —Señala el techo alborotando las manos—. O igual meto unas ramas que lo cubran todo, en plan bosque.

Su hermana la mira como si le hubiera salido otra cabeza; yo no puedo hacer otra cosa que sonreír, porque es evidente que está hablando de nosotros. La intención de sus palabras y las miradas a ambos la delatan.

—Se pone en las puertas y tiene algo que ver con la protección o algo así —dice Ané, y sé que ella también lo ha pillado, pero quiere desviar el tema.

—¡Qué protección ni qué niño muerto! ¡Besos! —Eleva las manos como si fuera obvio—. A ver si a este y a ti se os pasa la tontada de los últimos días, que lo que yo creo que necesitáis es un magreo en plan adolescentes.

—¡Cállate, Pilar! —le reprende Ané y me mira acto seguido con las mejillas tan coloreadas que su piel pálida casi ha desaparecido de su cara.

Yo no puedo más que carcajearme y ese golpe verbal de Pilar hace que a mí se me quite la tontería. Inspiro con profundidad.

—¿Tienes muérdago ahí? —pregunto a Pilar lanzándome a la piscina.

—Sí, me ha traído una rama un parroquiano, pero es demasiado pequeña para que se vea —se queja con un puchero.

—¿Me la dejas?

—¿La vas a poner en tu estudio? —La hermana de Ané frunce el ceño, como si no me la quisiera dar.

—No, solo quiero verla.

Entra en la cocina ante la atenta mirada de su hermana, que pone cara de no entender nada, y acto seguido me la deja al lado del café. Se me queda mirando mientras retrocede hacia la puerta de la cocina. Se queda bajo el dintel un par de segundos y vuelve a entrar negando para sí misma.

—¿Me cobras? —pregunto a Ané, y esta asiente, descolocada, no sé si por la sorpresa de verme o por no entender lo que está pasando.

Cuando va a coger el billete de mi lado, me inclino sobre la barra, coloco rápidamente la rama sobre nosotros y me acerco a su cara. Dejo un beso resuelto y casto en su boca, nada que ver con el del día de su cumpleaños; y ella se queda paralizada.

—Un beso no cambia nada, y tengo que pedirte perdón por haber sido yo el que no ha cumplido con las expectativas tras ese beso «Las Vegas».

Ané parpadea varias veces, colorada y paralizada.

—¡Ostras! —escucho a Pilar detrás de nosotros. Cuando la miro por encima del hombro de Ané veo cómo da palmadas en sordina.

—Mañana podemos desayunar juntos —le propongo—. Si quieres.

Ella asiente, parpadea despacio. Debe de estar procesando lo que acaba de ocurrir porque todavía está parada con el billete en la mano. Me gusta ver cómo su mano va a sus labios, casi de forma inconsciente, y cuando reacciona la quita, porque se siente pillada. Sonrío, la sensación de que Ané no quiere que todo siga igual, como me dijo en mi estudio cuando nos besamos, vuelve a agarrarse a mis tripas, pero no seré yo quien dé un paso más. Decido hacer lo que tenía pensado, pero solo porque ahora es mejor darle un poco de tiempo. Echo mi café en el termo y me llevo la galleta.

—Hablamos. —Le guiño un ojo y me voy, la cara de Pilar es un poema.

Lástima de muérdago, Pilar

Ese beso bajo la rama de muérdago me dejó descolocada. No lo esperaba.

La noche que fuimos a ver *Animales Nocturnos* fue... rara. Sentí que entre nosotros el beso de su estudio lo había cambiado todo. Él parecía querer decirme muchas cosas con los ojos, que ocultaba en cuanto podía, y yo... Yo no sabía lo que me pasaba. O más bien no me lo quería reconocer.

Martín estuvo mordiendo su labio inferior sin parar, aquello ya me debía de haber dado muchas pistas.

Rememoré el beso más veces de las que puedo confesar, porque si lo hiciera quedaría como una enferma obsesiva, y dejar de desayunar con él de buenas a primeras, con lo especiales que se habían vuelto esos momentos para empezar el día, me hizo daño. Era absurdo, porque fui yo la que pedí que no cambiaran las cosas, y no podía dejar de pensar en todo lo que ya lo habían hecho para mí, pero... ¿quién me entiende?

Por aquél entonces tenía unos papeles de divorcio por firmar, encima de mi escritorio de adolescente, que palpitaban cual corazón delator. Aquello no decía nada bueno de mí. Igual que lo de seguir viviendo con mis padres y ocupando la habitación de cuando tenía dieciocho. Era algo que tenía que cortar, porque no era positivo en aquella vida en la que tomaba mis propias decisiones. Resolví en aquel momento que buscaría un piso de alquiler. Quizá porque era un terreno poco peligroso por el que moverme. El peligro vendría cuando lo tuviera que comunicar, y puede ser que la distracción que supondría hacerlo me haría olvidarme del latido del sobre manila.

Pilar se puso a mi lado mientras Martín abandonaba el café.

—¿Un beso no va a cambiar nada? —preguntó con retintín.

«Pillada. Gracias, Martín».

Fue el único pensamiento coherente que tuve. Su beso se quedó en mis labios, haciéndome cosquillas y depositando ahí las ganas de más, de mucho más. Me sentí atolondrada cuando me devolvió su sonrisa tranquila, quería quitarle importancia al beso; y yo, por el contrario, con ese nuevo contacto avivé unas llamas que pensaba que eran una fantasía.

—¿Qué parte de somos hermanas y amigas, y eso de ocultarnos cosas no mola nada, no has entendido? —preguntó con seriedad.

Salí de mi sopor con esa patada en el culo, figurada, que me dio Pilar. La miré preocupada porque en ese momento no sabía cuánto más iba a aguantar mis *mentirijillas*.

—Nos besamos en su estudio el día de mi cumpleaños —solté de carrerilla y me di la vuelta hacia la cafetera.

Como no tenía nada que hacer, empecé a mover las manos tocando tazas aquí y allá, entró alguien y pidió un café, lo agradecí en silencio. No hizo falta decirle a Pilar que me ocupaba yo, de todas formas, se puso a mi lado.

—¿Y cómo besan esos morritos? —preguntó en mi oído—. Y yo pensando en forrar de muérdago la Cafoteca, si ya os besáis solitos y sin ayuda —lo susurró, pero a mí me dio vergüenza porque para mis oídos y mis colores hablaba demasiado alto.

—Pi... ¿En serio? —No me podía creer que fuera directamente a eso, pensaba que me iba a

montar una escena por no habérselo dicho.

—Anda, no. Pues claro que en serio. ¿No me lo vas a contar? Sirve el café y entra a la cocina —me dijo como si fuera mi jefa.

Lo hice, pero no porque me sintiera obligada, necesitaba hablarlo con alguien, con ella, y recordar ese beso en voz alta no me parecía mala idea, sobre todo con el recuerdo, de hacía unos minutos, de sus labios de nuevo sobre los míos.

Supe que quería volver a besarlo, y si aquello no me daba una pista de que no estaba tan confusa como me quería hacer creer a mí misma, estaba clara la ceguera que tenía por aquél entonces.

Se lo conté, ella gritó en sordina con las manos en la cara y dio palmaditas sin que se escucharan.

—¿Por eso habéis estado tan...? —Parpadeó y miró hacia el techo, como si no supiera qué decir.

—No hemos estado, Pi. Llevamos desde entonces sin desayunar juntos —le contesté mostrando la obviedad.

—Sí, gilipollas es la palabra que buscaba —terminó, no parecía que me hubiera escuchado, y me miró con la cabeza inclinada, retándome a que la contradijera.

—Dices muchas palabrotas —la reprendí, me salí por la tangente, porque seamos realistas, no podía rebatirle que nuestro comportamiento había sido de eso mismo que había dicho—. Tienes dos niños, cuando se les escapan a ellos no podrás decirles nada —continué por otros derroteros.

—Delante de mis peques no suelto ni una —soltó con petulancia.

—Déjame ponerlo en duda —añadí con retintín.

—Al lío —de repente bajó la voz como si estuviera tramando algo—. ¿Lo vas a traer a casa en Navidad? —Movié las cejas con emoción.

—Pero a ti te falta un hervor —dije horrorizada.

—Bueno, en Nochevieja o algo. —Sus manos se movieron en círculos con las palmas abiertas, invitándome a elegir otras opciones.

—De verdad, Pilar... —Salí de la cocina y la dejé indignada, como si fuera una aberración no hacer lo que decía.

A veces flipaba mucho con mi hermana.

Las navidades llegaron y los adornos en la Cafoteca quedaron estupendos. Me encantaba decorar y las estanterías se llenaron de detalles en colores rojos y verdes, incluso pusimos acebo que uno de los clientes habituales nos trajo de su jardín. Esas ramas fueron atadas altas, porque Pilar se volvió loca diciendo que los frutos del acebo eran súper tóxicos y que si a un niño se le ocurría comerlos íbamos a ser responsables de un asesinato. A intensa le ganan pocas personas, no podemos engañarnos.

Dos días antes de Nochebuena decidí contarle lo que estaba tramando, porque si se enteraba de que no había sido la primera, con la de horas que pasábamos juntas, me iba a volver a caer charla, y había decidido no forzar más situaciones de ese tipo con ella.

—¿Qué te parece? —Le dejé el móvil para que mirara.

Parpadeó varias veces pasando con los dedos las fotos y me miró.

—Por fin has decidido emanciparte, ¿no? Me tenías preocupada, pensaba que estabas haciendo una regresión a los trece y recuperando tu habitación con los posters de Back Street

Boys —lo soltó con un asentimiento de aprobación y pose de señorita Rottenmeier.

—Te pasas —murmuré indignada—. Solo tenía uno de Nick Carter dentro del armario, por lo tanto, no se veía —zanjé el tema—. ¿Te gusta? —pregunté conteniendo la emoción.

—Me parece muy chulo —asintió con ilusión y volviendo a mirar las fotos—. Es un ático, ¿no?

—¿Lo has deducido por el techo? —pregunté con sarcasmo. Estar con ella activaba ciertas dotes bromistas que no conocía.

—Qué tonta eres, Anémona. —Y se rio, volvió a mirarlo—. Es divino. Pequeñito, coqueto... ¡Y en la plaza Mayor! Tienes más clase que un instituto. ¿Lo saben los papás? —Su ceja izquierda se levantó, inquisidora.

—No, eres la primera. Voy a dar la señal ya, y en cuanto pasen Reyes me mudo —quise desviar el tema, pero sabía que mi hermana no lo iba a dejar pasar, mis padres, o más bien mi madre, era un escollo importante en este asunto.

—Encima amueblado. —Asintió varias veces con aprobación—. Muy buena elección. —Vi cómo agrandaba una de las fotos con los dedos para ver el salón con más detalle—. Ya verás tu madre, otra vez el síndrome del nido vacío.

Su comentario rescató ese miedo de enfrentarme a mamá gallina, pero ver su reacción con mi futura casa hizo que me sintiera feliz. No sabía por qué, pero me daba algo de miedo hacer público que estaba mirando piso, y cuando encontré ese ático, con su cocina enana, el minibaño y la habitación minúscula, pero con el salón comedor inmenso abuhardillado y precioso, decidí que o atrapaba la ocasión o se me escaparía por miedica.

Tenía el visto bueno de mi hermana, pero como ella me recordó, esta parte era la fácil.

La cara de Pilar, mientras pasaba a otra foto, cambió por una de sorpresa, para luego pasar a una mueca desagradable.

—*Varito* te acaba de escribir para felicitarte las fiestas. Va a estar por Soria por si quieres quedar con él —lo soltó, al principio con retintín y según hablaba le cambió la voz a una más seria.

La miré sin entender nada. El corazón se me desbocó y sentí que el latido apresurado hacía que me temblara hasta la lana del jersey. Me tendió el móvil y lo cogí, abrí el chat activo y vi que, efectivamente, *Varito* me había escrito eso mismo que Pilar me estaba diciendo. Parpadeé varias veces.

—¿Seguís en contacto? —me preguntó cautelosa.

—No... qué va —susurré.

La cena de Navidad, en casa de mis padres con mis sobrinos, fue divertida. No hacemos Papá Noel porque somos de Reyes, así que ellos no esperaban regalos. No dije nada sobre el piso y mi hermana me taladró con su mirada hasta que le pedí tiempo, no quería hacer de la cena un circo. No di la noticia en la comida de Navidad ni en la última noche del año... tampoco el uno de enero, porque, además, tenía la regla y estaba bastante hecha polvo para debatir con mi madre las razones por las que quería dejar de vivir con ellos, que era la cuestión que ella querría discutir, estaba convencida. ¿Los días intermedios a esas fechas importantes? No tuve mucho tiempo para pensarlo con todo el trabajo que tuvimos en la Cafoteca y lo que me distraían los desayunos con Martín, y lo agradecí. Eso hizo que no tuviera tiempo ni de pensar ni de contestar el segundo mensaje de Álvaro pidiendo que nos viéramos a tomar un champán por el Año Nuevo. Solo lo felicité, nada más.

Había tomado la decisión de firmar los papeles después de Navidad. Era algo que, aunque estuviera almacenado en un cajón cerrado, no podía ignorar, pero sí postergar. Mentiría si dijera que en el momento que recibí los dos mensajes no se tambalearon mis ganas de verlo, y tampoco puedo negar que la Ané que hacía lo que Varo pedía quisiera salir por patas a buscarlo de nuevo. Esa chica seguía en mí, y tenía ganas de dejarse caer un poquito en la comodidad que mi, todavía, marido me proporcionaba, en vez de luchar continuamente por mi sitio. Pero, si volvía a eso, también regresaría a un lugar en el que mi familia no tenía mucha presencia, y estar con ellos me gustaba, los había echado de menos y no quería perderlos. Y he de decir que también sentía un repunte de orgullo al negarme a su proposición, y de sorpresa. Me preguntaba si el beso de Martín tenía algo que ver, pero lo descarté. Nuestra relación se normalizó y con ello me refiero a no besarnos, así que la chica que se había despertado ante la perspectiva de una pasión adolescente se había escondido, aunque no del todo, y había dejado que la que vivía a la sombra de Varo asomara la nariz cuando este mostraba su patita. Pero parecía ser que no con la suficiente intensidad como para correr a sus brazos y comprobar si existía la posibilidad de que se anularan esos papeles de divorcio.

Gracias a todo ello pude ignorar ese murmullo que me recordaba la propuesta que guardaba mi móvil en el chat con él.

Para ser nuestras primeras navidades en la Cafoteca, no podíamos quejarnos, hacíamos pleno cada día.

Martín falló al desayuno los dos miércoles de esas semanas. Como los lunes eran festivos tuvo que viajar a Madrid al estudio de Félix, y aunque me pidió que lo acompañara, el café estaba hasta arriba y no podía dejar a mi hermana sola. No era por falta de ganas, no. Y he de decir que me arrepentí de no insistirle a Pilar en lo del muérdago. Cuando le conté lo del beso la intención de cubrir el techo de esas ramas que obligan a darse besos se le pasó, y en los desayunos con Martín deseaba que la tradición de las pelis nos obligara a besarnos de nuevo.

Era una sensación extraña llegar a casa, ver el sobre color manila asomar por encima de la estantería más alta de mi habitación y darme cuenta de que no había pensado en Varo durante todo el día.

Estaba bien.

And I'm leaving

Mañana es el día de Reyes, y aunque estoy en el estudio con Minerva y Unax, los dos sabemos que hoy solo estamos aquí por pasar el rato.

El pequeño se pone a dibujar en la mesa baja sin apenas hacer ruido. Solo saca la lengua cuando se concentra para hacerlo perfecto. Es un niño increíble, aunque en el colegio sea un rebelde, aparentemente, sin causa.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —me pregunta Minerva apagando el ordenador.

—Pues nada especial. Las fiestas para mi abuela están acabadas. Mañana quizá vaya con ella a comer, pero nada del otro mundo, ya sabes, lo normal.

—Puedes venir con nosotros a ver la cabalgata, a cenar vamos a casa de mi hermana y no te puedo invitar, pero si quieres echar una caña después, nos vamos contigo. —Se encoge de hombros y me mira dejándome decidir, sin presión.

Sé que quienes conocen mi vida quieren que en estas fechas no me sienta solo, pero no saben que mi abuela tapa esos agujeros emocionales con creces.

—Vale, os acompaño a verla, pero la caña de después no sé, se pone todo tan a tope que no es de mis días favoritos para andar por ahí —admito con una sonrisa, agradecido.

Un mensaje hace que mi móvil vibre:

Ané

¿Qué vas a hacer esta noche?

Sonrío, todo el mundo se vuelve loco con las fiestas, y con cada noche o día señalado. He comido y cenado con mi abuela muchos de estos días, da igual que sea Nochevieja o Navidad o el día de los Santos Inocentes. Vamos, que los pasamos juntos más que cualquier otra semana del año, pero tampoco le damos mucha importancia. Yo ni siquiera salí en Nochevieja más que a tomar unas cañas antes de la cena. Ané me ha preguntado todos estos días, aunque no me ha ofrecido quedar ninguno de ellos.

Desde que le di el beso bajo el muérdago nuestra relación volvió a ser la que era, o quizá sea mejor admitir que mejoró, ganamos en confianza, aunque el tema besos es tabú. A mi pesar no se ha vuelto a repetir, pero veo en ella un impulso que trata de reprimir en muchas situaciones y no seré yo quien lo dinamite. Si quiere seguir por ese camino que lo haga por su cuenta, fue ella la que quiso que nada cambiara y, tras darme cuenta de mi error, concluí que la decisión de que sucediera o no quedara en sus manos. Hay más familiaridad entre nosotros, más cercanía, creo que incluso nos tocamos más, y también tengo que admitir que, de momento, estar así con Ané me hace no querer estar abierto a otras chicas. Puede parecer absurdo, pero no me apetece. En Nochevieja una amiga de Rafa se pasó mucho rato tratando de llamar mi atención, y quizá en otro momento habría terminado saliendo después de las uvas y enrollándome con ella. Era una chica interesante, pero no me apetecía.

Vuelvo al mensaje de Ané y le contesto:

Nada en especial.

¿Tú?

Ané

Currar hasta las diez y media... once...
Ya sabes, hasta cierre.
Mi hermana se va a casa de sus suegros a cenar,
y no voy a fastidiarles la Noche de Reyes.

Esto es para que te eche una mano,
¿verdad?

Cuando contesto me echo a reír, sé que no es así, pero seguro que se ha vuelto loca pensando en que es lo que ha parecido.

Ané

¡Para nada!
Era para invitarte a cenar si no tenías planes.
Pero veo que crees que soy una aprovechada,
así que, espero que te traigan muchas cosas los
Reyes, y que pases una buena noche.

¡Espera!
Que no, que era broma.
Bueno, tampoco tanta broma.
No tengo problemas en echarte una mano.
Esta noche vais a estar a tope
y tú sola no vas a dar abasto.
Si luego me lo compensas con una cena,
yo encantado.

Tarda unos treinta segundos en contestar, y no dejo de mirar el móvil. Quiero que diga que sí.

Ané

Pues no voy a desestimar tu ayuda,
pero que quede claro que los tiros no iban por ahí.

Queda muy claro.

Ané

Te espero aquí, pásate cuando quieras.

En cuanto termine la cabalgata
en los Pajaritos,
me subo raudo a ponerme el mandil.
Espero que me des de alta en la Seguridad Social,
o te mandaré una inspección.

Lo lleno de emoticonos riendo y tras su mensaje con el que confirma que lo va a hacer, quedamos para esta noche.

—Pues esa cara parece que anuncia planes —Min habla y me doy cuenta que sigue en el estudio.

Joder... pierdo el norte cuando hablo con Ané.

—Sí, voy a trabajar en la Cafoteca —digo como si no tuviera importancia.

Minerva sonrío enseñándome todos sus dientes, incluso mueve las cejas.

—He dicho que voy a currar de camarero con Ané, no de *gigoló* —lo digo con tonito, pero reconozco que un cosquilleo se acomoda en mi estómago.

—Bueno... ya veremos. —Me echa una de esas miradas soslayadas suyas, como si tuviera una bola de cristal.

Me carcajeo.

Qué curioso que los planes que me acaban de salir hagan que mi día haya mejorado bastante, y eso que ya sé lo que se trabaja en Reyes.

Cuando entro en la Cafoteca, Ané está detrás de la barra y ya hay bastante gente. Me mira y resopla, tiene cara de agobio. Me quito el abrigo y llego hasta ella.

—Déjalo todo en el almacén de los libros, hay un armario para la ropa —me dice tras saludarme con alivio.

Asiento, hago lo que me dice y salgo enseguida para empezar a currar con ella.

—Hay un delantal para ti detrás de la puerta.

—Qué considerada, con uniforme y todo. —Le sonrío con picardía, a ver si se destensa un poco.

—Vas a estar hecho un pincel, ya verás. —Me guiña un ojo mientras pone unas cañas.

Está estresada y creo que es la primera vez que la veo así, por eso es posible que haya olvidado el filtro cuando me ha mirado de arriba abajo. Solo llevo una camisa blanca que me he arremangado delante de ella, pero parece que le ha gustado cómo queda con mis pantalones vaqueros rotos y mis eternas botas.

Nos ponemos manos a la obra y al final resulta que estamos tan bien sincronizados como si no fuera la primera vez que trabajamos juntos. Ella es metódica y eficiente, algo que lo hace todo mucho más fácil, en cuanto la observo aprendo por dónde meter mano en la barra sin estorbar.

El servicio que damos está salpicado de miradas cómplices, y de roces que hacen que se me erice la piel. No sé si los suyos son intencionados, los míos garantizo que sí lo son, pero los disfrazo, porque si estuviera trabajando con otra persona los evitaría. En un momento dado ella se pone detrás de mí, estoy inclinado sobre una de las cámaras, y su mano se posa en mi cintura mientras atiende un detalle de la comanda que va a servir, y a mí se me instalan, en la base de mi espalda, unas ganas tremendas de rozarla mucho más. Necesito meterme con los refrescos para enfriarme.

Conforme pasan las horas el café empieza a vaciarse. Tan solo quedan dos grupos y uno de ellos ya está recogiendo los abrigos y diciéndoles a los niños que tienen que irse a cenar para dormir pronto. Son cuatro parejas y hay seis críos desde los dos a los siete años más o menos, menuda pandilla de terremotos. No han parado de subirse a los sillones, pero los padres han estado atentos, de hecho, los libros que han cogido están intactos de nuevo en las estanterías, lo que no puedo asegurar es que sean las correspondientes.

—¿Quieres trabajar aquí? —la voz de Ané hace que la mire.

Me he recogido el pelo en un moño mal hecho para que no se me vaya a la cara y un mechón se me ha escapado, Ané lo coge y lo pone detrás de mi oreja.

Joder, si fuéramos algo más la metería en la cocina para darle un beso largo y húmedo. Me recompongo.

—Muchos años detrás de una barra —contesto con un carraspeo para que se lleve mi ronquera.

—Mi hermana me puso en antecedentes mucho antes de saber cómo te llamabas. —Se ríe, se le achinan los ojos, está mucho más relajada y es una gozada verla así.

—Pilar es un caso —añado negando y contagiándome de su sonrisa.

—Lo es.

El segundo grupo se acerca y pagan la última ronda. Y en menos de tres minutos el café se queda vacío.

Ané echa un vistazo y pone los brazos en jarras.

—Si nos ponemos los dos, en media hora lo tenemos recogido —le digo sopesando el trabajo de limpieza del local.

—¿Tú crees? Mi intención era cenar aquí, a puerta cerrada, pero tampoco quiero que nos pongamos a las mil.

—¿Sí? —Me sorprende, nunca hubiera dicho que esos fueran los planes de esta noche.

—Reservar la noche de Reyes en cualquier lugar es una especie de suicidio —me informa; asiento porque es una realidad.

—Podemos ir a mi casa —sugiero.

Se muerde el labio, pensativa, y me mira a los ojos.

—Lo tengo todo preparado, ¿qué me dices de esa media hora recogiendo como el Correcaminos? —propone.

Asiento, cualquier plan con ella me parece perfecto.

Nos lleva cuarenta minutos poner el café en orden, ella se ocupa de volver a colocar las estanterías en sus sitios correctos y de disponer una mesa frente a la chimenea y detrás de una estantería. Allí pone un mantel y los cubiertos, y tras calentar en la cocina varios platos, saca una cena digna de la Noche de Reyes.

Cenamos mientras charlamos de todo un poco, sus sobrinos se llevan el protagonismo y me sumo a sus anécdotas contando algunas de Unax, Rigel y el hijo de Minerva se llevarían fenomenal, aunque serían unos elementos de cuidado.

—¿Qué tal se ha tomado tu madre lo de irte a vivir sola? —le pregunto mientras cojo la última empanadilla de manzana, queso y pavo, que está deliciosa.

Hace un ruido intermitente, de negación, mientras mastica.

—¿No se lo has dicho?

Niega con los ojos muy abiertos.

—¿Tu hermana tampoco ha confesado? —Vuelve a negar—. No me puedo creer que se haya aguantado.

Tengo que aguantar la risa, porque no sé si es un tema peliagudo por la cara que me está poniendo. No ha sonreído ni una sola vez y sus ojos parecen haberse abierto demasiado, con cierto miedo, no lo tengo muy claro.

—Lo hace por mí —contesta después de tragar.

—Pero si mañana es el último día de Navidad. —Digo con obviedad, es la fecha que tenía en

mente.

—Lo sé —suspira—. ¿Podemos dejar el tema? No quiero que se embarre la cena.

Asiento. Es increíble que no se atreva a contárselo, este dato la hace una madre terrible.

Termino la botella de vino y ella va a por otra, todavía nos queda cena y el tinto baja deprisa.

De postre saca un pequeño roscón.

—¡Qué bueno, solo nata! Es mi favorito —digo mirando el dulce.

—Has sonado igual que mi sobrina con el *favorito* —remarca la última palabra y se ríe.

—Sí, me convierto en un crío con esto, no lo puedo negar.

Cojo un poco de nata y me la llevo a la boca, los ojos de Ané siguen mis movimientos y es inevitable sentir que ahí se está fraguando deseo. No es cuestión de seguir ignorándolo, llevamos toda la noche tocándonos con alguna excusa.

Ella carraspea y salgo de mi letargo sensual. Me relamo.

—¿Nos sentamos en el suelo a tomarlo? —pregunta con una chispa en la mirada que hace que esté más bonita todavía.

—¿Frente a la chimenea? ¿En plan película de Navidad? —Me encanta mantenerle la mirada cuando le pregunto algo, ver el ligero cambio en ella al entender lo que digo me parece la hostia, es como si pudiera leerla, y le acaba de dar un poco de vergüenza lo que ha propuesto.

—Sí, ¿te parece una chorrada? —Me da la sensación de que se acobarda un poco, confirmando mis sospechas.

—Para nada, creo que es un cliché cojonudo para marcar en mi lista de *topicazos* navideños. —Guiño un ojo, para que sienta que, aunque bromeo, no me parece una chorrada, como ella ha dicho.

Abre la boca como si se sintiera ofendida y me tira un cojín. Me carcajeo y una vez que lo cojo lo dejo en el suelo, frente a la estufa y la animo con la mano a que haga los honores cortando el roscón.

—Si me toca el haba lo pago, ¿verdad? —le digo mientras miro cómo lo hace.

—Creo que ya no hay habas en estos chismes. ¿Sabes que un año metieron un boli como sorpresa y no había forma de cortarlo? —Abro los ojos como platos—. Imagínate la tajada de pastel que se llevó mi hermana, que era a la que le correspondía. Tenía veintiún años y las especulaciones sobre lo que podría ser la sorpresa se fueron de madre; con mis primos todo se iba de madre —dice con melancolía—. Es una pena que ahora celebremos las fiestas cada uno en su casa, me perdí demasiadas —termina el relato y se encoge de hombros.

Cuando tiene los pedazos partidos me levanto, cojo otro cojín y después de poner las copas de vino en el suelo, junto con la botella del que queda menos de la mitad, me siento. Ella me da un plato y se acomoda a mi lado. Miramos el fuego y comenzamos a comer, en silencio.

Me lo termino y la observo comerse el suyo.

Es altamente adictiva. Podría estar mirándola horas, y eso que me sé sus rasgos de memoria, los dibujos que tengo de ella lo corroboran.

Me mira y deja su plato vacío en el suelo, se chupa los dedos.

—Ni haba ni regalito, lo mismo esto es un timo de roscó —dice y se nota que es para cortar el ambiente espeso que se ha creado entre los dos.

Cojo la copa y la termino, ella hace lo mismo y, mientras nos vuelve a servir para acabar la botella, me habla.

—Tienes... —Se señala el mentón y me llevo la mano a la cara, está claro que los restos del dulce andan por ahí.

Niega y se acerca a quitármelo, es un poco de nata que veo en su dedo y que acto seguido mete en su boca.

—¿No es otro cliché besarse delante de la chimenea tras hacer eso que acabas de hacer? —pregunto sin filtro, con el tinto corriendo raudo por mis venas.

Sus ojos se abren un poco más, brillan de repente tanto como las llamas, las mejillas sonrojadas por el vino y por el fuego directo sobre su piel se avivan, y se encoge de hombros en un gesto tan inocente que tengo que sujetarme las ganas, y morderme el labio para no lanzarme hacia ella y besarla hasta que su espalda toque el suelo y mi cuerpo la cubra por completo.

Bebe de su copa sin mirarme y yo inspiro, me la he jugado, pero no importa, es la Noche de Reyes, se puede pedir un deseo y que no se cumpla.

«Vamos, Martín, no seas moñas. La has jodido, pero bien», me lo digo mirando el fuego, un poco tocado.

Siento la mano de Ané en mi cara y me la encuentro arrodillada frente a mí; se acerca despacio, me mira a los ojos, a los labios, y yo vuelvo a morderme el mío, pero esta vez es para esperarla y con una sensación en la piel tan brutal que parece que me ha tocado el gordo de la lotería de Navidad.

Me besa, sus labios rojos se posan sobre los míos y son tan blanditos y dulces como los recordaba. Se separa y rozo mi nariz con la suya, no hago ningún otro movimiento; su otra mano se mete bajo mi pelo, para tocarme la nuca, y mis manos se anclan en su cintura, con los dedos estirados para poder abarcarla todo lo posible.

Vuelve a besarme y esta vez su lengua me abre la boca y la mía sale a recibirla despacio, rozándola. Entonces pasa, un gemido brota de su pecho, se deja caer sobre mí y el beso se descontrola. Se acomoda a horcajadas, mis manos se meten bajo su ropa y toco su piel, palpando cada milímetro y gozando del puto calor que desprende. Me estoy abrasando. Sus dientes tiran de mi labio inferior y lo muerden con un poquito de fuerza, suelto un pequeño quejido y ella se separa.

—Lo siento —susurra.

Me acojono, si esto va a hacer que pare de besarme voy a darme de hostias contra la pared.

—No lo hagas, me encanta —le suelto tratando de que no salga del estado en el que está.

Se acerca a mi boca con una sonrisa un poco tímida y yo se la devuelvo a toda potencia.

«No te cohíbas, Ané... no lo hagas conmigo».

Nos dejamos llevar por los besos, sus manos en mi cuello, en mi nuca, sus dedos arrastrándose por mi cuero cabelludo haciendo que toda mi piel se erice... Es increíble.

De repente se separa y sujeta la parte baja de su jersey, con una risa argentina que me baña de tal manera que no sé ni dónde estoy. Cuando se saca la prenda y aparece su pelo alborotado por la electricidad electrostática de la lana, se muerde el labio con ganas, pero alza la vista y parpadea saliendo de la ensoñación que estamos creando, lo veo en el momento, agarra el jersey y se lo vuelve a poner.

—¿Qué estamos haciendo? —el susurro tiene tanta energía como un grito.

«Mierda, mierda, mierda...».

Me mira y se sonríe, entre avergonzada e incrédula.

—¿El qué? —pregunto y ya no sé si es que estoy haciéndome el tonto por inercia o es que no entiendo a lo que se refiere, puede que ambas cosas.

—¡Nos puede ver todo el mundo! —murmura con emoción, como si también nos pudieran oír. Y entonces lo comprendo, habla de las cristalerías. Aunque estemos entre estanterías, en el

suelo y algo camuflados por sillones y mesas, si a alguien le da por mirar detenidamente y a nosotros nos da por echar el puto polvo del siglo, nos ven.

Un escalofrío me recorre entero, mi erección no ha bajado ni una sola medida en este parón.

—¿Vamos a mi casa? —sugiero de forma espontánea, sin plantearme que esto pueda acabar aquí.

—Sí, creo que es el momento de que me la enseñes —dice levantándose.

—¿Mi casa? —pregunto socarrón, me lo ha puesto tan fácil que no hace falta que me haga notar lo ridículo que soy, yo mismo pongo los ojos en blanco mientras se ríe y se levanta de mi regazo.

Dejo de sentir la presión ardiente de su entrepierna contra la mía y tengo que hacer una respiración profunda, duele.

A través del hilo musical suena *And I'm leaving*, de Leslie Clio, y me sonrío. Me parece apropiada porque Ané se está dejando llevar y eso hace de esta noche una gran noche.

Día de Reyes

Salí de su casa sin saber muy bien cómo me sentía. Era el primer hombre después de Álvaro, el segundo de mi existencia porque nunca había estado con otro, y la primera sensación al poner un pie en la calle fue de deslealtad, no a Varo, pero sí a toda mi vida con él.

¿Por qué si lo estaba deseando? Supongo que, en aquel momento, fue un poco todo; la sensación de resaca, el tener que ponerme la ropa del día anterior y abandonar a la francesa la casa del tío al que me había... iba a decir cepillado, como si fuera Pilar, pero no, no lo sentía así.

Desde el momento en que salimos del café, dejándolo todo apagado y cerrado, sin prisas, sin hablar, pero con la sensación entre nosotros de que debíamos contener las ganas, sabía que estar con Martín de forma íntima no iba a ser follar sin más.

Hicimos el recorrido el uno al lado del otro, y cuando nos faltaba la mitad del camino, su mano se entrelazó con la mía. Me sobresalté al sentirla.

—Voy a tocar todo tu cuerpo, Ané, que ahora te agarre de la mano no es nada raro.

Me sonrojé por sus palabras y se me estremeció la piel por la anticipación. Quería llegar, y al final acabamos corriendo, no sabía si era por el vino, que nos restaba vergüenza o por las ganas que nos sumaban velocidad, era posible que fueran ambas.

Subimos las escaleras hasta el primer piso y abrió la puerta, me dejó pasar primero, en su casa no había decoración navideña y me dio un poco de pena. En el centro de su salón-comedor-pasillo, porque era un todo en uno, miré a mi alrededor y reconocí que me parecía un lugar muy suyo. Escuché cómo saltaba el termostato de la calefacción.

Me abrazó por detrás y comenzó a deshacerse de mi abrigo, mi bufanda y mi gorro de lana. Me besó debajo de la nuca y me estremecí, no era por la sensación de frío de su casa, eran sus labios, esos gorditos y deliciosos que había estado besando a placer hacía un rato.

—Tienes el cuello más bonito que he visto en la vida. Me moría por besarlo —lo susurró con esa voz ronca que parecía un ronroneo.

Me derretí y lo hice en forma de gemido placentero. Hacía mucho que no era el objetivo de esas palabras, de los labios vagando por mi piel por el mero hecho de disfrutarla, y me hundí en la extraordinaria sensación de lo que es sentirse tan deseada.

Me di la vuelta y lo besé, con mis dedos entre su pelo, degustando su deliciosa saliva que mezclada con la mía me provocaron excitación. Desabroché su abrigo con calma, con tanta como la suya metiendo sus manos bajo mi jersey de lana.

Nos miramos a los ojos y algo pasó que necesitamos acelerar todo. Su ropa fue cayendo al suelo con el ruido sordo que produce la avidez de querer ser tocado. Solo mis pantalones y los suyos quedaban sobre nuestros cuerpos. Acariciaba mi espalda, mi abdomen, se atrevió a tocar mis pechos, a jugar con mis pezones. Me apreté contra él y sentí su erección. Su boca me regaló un jadeo y se separó de mí, me miró con los ojos más negros que nunca y, sujetando mis muslos, me cargó encima. Entrelacé mis pies en su culo y, sin dejar de tocarme ni besarme, me llevó a su habitación.

Me dejó despacio sobre la cama, que no estaba hecha y tenía el edredón enrollado a los pies, quitó mis pantalones y arrastró con ellos las braguitas. No se lo impedí, quería tenerlo sobre mí otra vez, quería besarlo, que no se terminara nunca aquella sensación ni su tacto en mi piel. No

supe si el vino había tenido que ver, pero me sentí tan plena en cada segundo a su lado que recordarlo después me volvía a transportar a aquel momento con solo cerrar los ojos.

Él se deshizo de su ropa y desnudos por completo se puso sobre mí, mientras nos tapaba a ambos con el edredón.

Nos besamos, sentimos nuestras pieles, mis piernas se abrieron para acogerlo a él y nos frotamos, despacio, presionando. Su mano llegó a mi vértice, que ya estaba húmedo, y lo acarició con tanta devoción como si conociera cada punto de mi sistema nervioso, y sin apenas darme tiempo, me provocó un orgasmo que me sobrevino por sorpresa.

Mientras recobraba la respiración besó mis pechos, mordisqueó mis pezones y pensé que volvería a correrme si seguía por ese camino de perdición. ¿Qué me estaba haciendo?

Se arrodilló y del cajón de su mesilla sacó un preservativo, se lo puso y se tumbó sobre mí. Se rozó varias veces, me besó mientras acariciaba mi cara.

—Eres increíble, Ané —me dijo.

Yo no podía decirle nada, estaba ahogada en placer. Sentía que, si seguía tocándome, rozándose y besándome me volvería a perder en el éxtasis.

Abrí mis piernas para darle a entender que lo quería dentro de mí, y él, con una de esas sonrisas canallas, no esperó más; se ayudó de su mano y entró despacio, gozando de su intrusión mientras me dilataba y me colmaba de una forma que no había sentido nunca.

No es que tuviera mucha experiencia sexual, con Álvaro cuando nos desvirgamos y nos soltamos probamos muchas cosas. Era divertido, aunque a veces frustrante, pero hacía mucho tiempo que no nos tomábamos con tiempo nuestros momentos en la cama, eran más por cubrir expediente, y el último año ni eso.

Alcanzó el orgasmo y yo lo seguí de cerca.

Nos quedamos desmadejados el uno sobre el otro, y cuando recuperamos el aliento él se dedicó a acariciarme mientras me colocaba de tal manera que mi espalda tocara su pecho.

—Nunca me hubiera imaginado que los Reyes fueran tan magos... —su voz en mi oído me hizo sonreír—. Han acertado de pleno con mi regalo —tenía la voz ronca, me transmitió paz, como un ronroneo que mece el alma.

Solté una risita y me besó en el cuello, me respiró.

Pero no me llevo Morfeo a sus brazos, me llevó Eros, y me volví hacia él para empezar de nuevo con eso de agasajarnos los cuerpos. Quería más de él, y de forma silenciosa se lo pedí. Necesité reseguir las líneas de sus tatuajes con mis manos, con mi lengua, y no me corté en hacerlo.

La luz de la mañana asomaba por la puerta desde los enormes ventanales del pasillo cuando debí de quedarme dormida.

Y no soñé, porque supongo que ya había tenido mi sueño de tinta antes de dormir .

Caminaba por la calle mientras los copos de nieve seguían cayendo, la nevada era monumental para lo que esperábamos. Inspiré con profundidad y me preparé para irme, aunque lo que menos me apetecía era volver a casa de mis padres. Deseé haber podido largarme a mi nuevo ático, debería haberlo dicho ya en casa para ahora poder quedarme allí a pasar... lo que fuera que tenía que pasar el día después a la Noche de Reyes que acababa de tener. Y es que, a ver cómo le explicaba a mi madre mi noche fuera. Esto era como volver a la universidad.

Saqué el teléfono dispuesta a llamar a Pilar, era temprano, pero estaba convencida de que mis sobrinos ya estaban levantados y desarrollando regalos.

Vi seis llamadas perdidas, cinco de mi madre, y un mensaje de mi hermana en el que decía que a ella también la había llamado y mensajado preguntando por mí. Me ponía que había optado por mandarle un mensaje para cubrirme, convencida de que me estaba cepillando al *Dreamink*, palabras textuales.

Que hubiera acertado no era casualidad, siempre pensaba lo mismo cada vez que estaba con Martín. Pero era de agradecer que me hubiera dado coartada.

Cerré los ojos y me di una colleja mental, debía haber avisado en casa.

—Pilar —hablé en cuanto me descolgó.

—Mira... ¡En un sinvivir me tenías!

Cerré los ojos con fuerza y con vergüenza.

—Perdona. El caso es que... con tu mensaje has dado en el clavo —corté su bronca, la veía venir, y con razón, y desvié su atención de todo lo que me iba a decir.

—¡No me j... —bajó de forma abrupta el taco, supe que estaba con sus hijos alrededor—... jodas! —susurró con energía.

—Voy para allí. Gracias por cubrirme.

—¡Sí, sí, sí!

Colgué el teléfono mientras ella seguía con sus emocionados síes.

Entré en su casa y me miró a los ojos con una sonrisa enorme en la boca, yo no dije nada y me abrazó apretándome demasiado fuerte.

—Así se hacen las cosas, hermanita —me felicitó.

—No estoy muy segura de que de verdad esto esté bien —lo dije porque no sabía cómo me sentía en aquellos momentos.

—¿Foll..., lo hace mal? —rectificó en un susurro.

—No es eso, Pilar —contesté lanzándole una mirada reprobatoria. Y es que, si tenía que ser sincera, Martín *lo hacía* mejor que bien.

Mi cuñado asomó la cabeza por la puerta del salón.

—Estás guapa, Ané. —Me guiñó un ojo y volvió para dentro cerrando la puerta y dándonos privacidad.

—¿Se lo has contado? ¡Si no te ha podido dar tiempo! —me quejé, no había secretos entre ellos, sobre todo los que concernían a mi intimidad.

—Ha sido un comentario de nada. —Quiso quitarle importancia y me hizo gestos para que entrara con ella a la cocina.

Como no me movía del sitio, meditando sobre lo que mi cuñado tenía que estar pensando de mí y avergonzándome por ello, mi hermana me cogió del brazo y me metió ella misma.

—¿Cómo fue? —preguntó con la emoción de una adolescente.

Hizo un café cremoso con cacao y yo le conté la cena, casi paso por paso, hasta que llegamos a su cama.

—¡¡¡Tía!!! —Ariadna vino como una exhalación con una muñeca en las manos, se subió a mi regazo y me plantó el pelo rubio del juguete en la cara—. ¡¡Me la han traído!! —gritó; supe que tenía un alto porcentaje de resaca en mi cuerpo esa mañana, el vino, por mucho que se quemara, dejaba residuos dolorosos. Cerré los ojos ante su gritito—. ¡Es mi favorita! —Recordé a Martín hablando del roscón. Me sonrojé.

—Pero qué suerte —contesté más bajito que ella, y besé su moflete—, eso es que te has portado genial este año.

—Sí. —Miró a su madre y asintió con cierta petulancia infantil. Sus ojos destilaban emoción —. Mi hermano no ha sido tan bueno, ya sabes... —Miró de reojo a Rigel, que entraba de la mano de su padre gritando:

—¡Una, una!

—¿Una qué? —Miré a Pilar.

—La luna, hija, la luna, que desde que la descubrió está algo obsesionado.

Ari no se bajó de mi regazo y mucho menos cuando vio que su hermano venía disparado a subirse encima de mí.

La comida en casa de mis padres, a pesar del ánimo festivo, pasó entre miradas de desconfianza mientras los pequeños seguían en la mesa. En el momento en que se fueron a la antigua habitación de mi hermana a jugar, mi madre carraspeó:

—¿Por qué no avisaste de que te quedabas en casa de Pilar? —Nos miró a las dos; no fui capaz de desviar la vista de sus ojos para ver la cara que estaba poniendo la aludida. Mentalmente me llevé la mano a los ojos, mi madre y su master de interrogatorios en la Gestapo—. No sé yo si fiarme de esa información de los mensajes, tu hermana tiene cara de culpable.

¿Cómo era posible que supiera la cara que tenía si me estaba mirando a mí?

Entonces sí, eché un vistazo a Pi.

—Mamá, que ya es mayorcita, no creo que tenga que estar dando cuenta de donde va a pasar la noche y mucho menos cuando es la de Reyes —según lo dijo se levantó para empezar a recoger la mesa.

Tragué saliva, las imágenes de cómo llegamos Martín y yo a su casa se agolparon en mi cabeza, las escenas de su cuerpo sobre el mío hicieron que me acalorase de repente. Vaya... no sabía ni cómo disimularlo.

—Y a ti, Anémona, se te está poniendo cara de culpable también —me acusó mi progenitora.

«Si tú supieras de qué se me está poniendo la cara».

—Susana... —advirtió mi padre en tono muy bajo.

—Javier, la niña vive con nosotros, tendrá que darnos alguna explicación. Digo yo.

—Se quedó hasta tarde y me mandó un mensaje, yo estaba despierta porque tu nieta estuvo en plan «quiero ver a los Reyes entrar en casa». Entonces le dije que se viniera. —Pilar aprovechó su entrada en el salón para hablar con aplomo.

—Me dejé las llaves de casa. —Rematé la coartada.

Tres pares de ojos, dos de mis progenitores y los de mi hermana, me miraron fijamente.

—¿En serio? —preguntó mi madre.

—De verdad, no quería despertaros y probé con Pilar —dije queriendo aparentar normalidad, lo había hecho durante doce años, debía de salirme bien.

—Bueno —mi madre lo dijo por lo *bajini*, y parece que se quedó conforme.

Me sentí orgullosa y, sonriente, me corté otro pedazo de roscón, estaba famélica. Hacía mucho, muchísimo, que no me pasaba una noche entera teniendo sexo como si fuera a terminarse el mundo.

Mi hermana se sentó a mi lado, me dio una patada por debajo de la mesa y cogió otro pedazo de roscón. Mi ánimo bajó de nuevo. Sabía lo que me estaba pidiendo, y estaba claro que no podía postergarlo más, total ya había sido la protagonista de la comida, tampoco iba a pasar nada por seguir siendo el centro de atención.

—Me he alquilado un ático —solté la bomba.

—¿Para qué? —preguntó mi madre.

La miré asombrada. No supe qué contestar.

—Susana —volvió a hablar mi padre con un tono de obviedad.

Mi cuñado se sirvió un pedazo de roscón, y se sentó con el platito en el sofá, cogió el mando y me pareció escucharle un: «Se avecina tormenta...».

—¿Para la cafetería? —preguntó de nuevo mi madre, pero se lo preguntaba a mi padre, quien elevó las cejas hasta el nacimiento de su pelo—. Porque no sé para qué quiere un ático la niña, ¿has decidido ponerte de gestora y dejar el café? —se dirigió a mí y aquello me pareció de las cosas más surrealistas del día, y eso que me había despertado rodeada de unos brazos llenos de tinta. Mi madre estaba haciéndose la tonta o... ¿la sarcástica?

Parpadeé varias veces, mi hermana resopló y mi padre se levantó con el plato en la mano, siguiendo a mi cuñado.

—Me parece bien, hija —me dijo antes de retirarse.

Mi madre se alejó de la mesa en un salto de silla que nos hizo mirarla. Como si su marido también la hubiera ofendido.

—Mamá, no voy a seguir viviendo en la habitación de cuando tenía dieciocho años —le dije como si fuera una niña pequeña, no sé si yo o ella, la verdad.

—Si quieres puedes cambiar los muebles, te lo dije hace un tiempo —contestó molesta.

Sí, me lo dijo, y fue otra de las razones que me hicieron ponerme a buscar piso.

—Hay que empezar a asumir que ya no somos polluelos, mamá —remató mi hermana para el horror de mi madre.

Martín

Felices Reyes. ¿Vuelves y me curas las ganas de ti?

No podía dejar de mirar el mensaje que me había llegado hacía media hora por lo menos. No me había despedido de Martín, ni una nota ni un mensaje.

Tumbada en mi cama de noventa, esa que me acogió durante toda mi adolescencia, me di cuenta de que no podía dormir. Mi intención de siesta tardía era absurda, así que me levanté, me vestí y al salir de mi cuarto mi madre me interceptó.

—¿Te vas? —Frunció el ceño.

Ví a mi padre pararse en el pasillo mientras salía de su habitación y meterse en el salón haciéndose el loco, ojalá hubiera podido hacerlo yo.

—He quedado —mentí, sujetando con fuerza las asas de la bolsa de papel que llevaba en la mano.

—¿Vas a venir a cenar?

—Pues... No lo sé, no cuentas conmigo en un principio.

Verme en esa situación me hacía querer irme al ático.

—¿Y a dormir? ¿O te vas a ir a casa de Pilar otra vez? —el retintín de sus palabras me informó de lo poco creíble que había resultado nuestra pequeña obra de teatro en la comida.

—Sí, mamá... Vengo a dormir. —Me encogí de hombros y cerré los ojos con obviedad—. Mañana los niños ya tienen cole, yo tengo que abrir el café, Diego trabaja...

—Ya, ya, si eso ya lo sé. Cuídate, Anémona. —Y me besó en la mejilla, dejándome

descolocada y haciéndome sentir tan culpable que estuve a un segundo de agarrarla del brazo, meterla en mi habitación y contarle lo que de verdad estaba sucediendo en mi vida.

«Pero ¿qué estaba sucediendo en mi vida?».

Pues nada, que había cogido las riendas de la parte profesional y el cafébiblioteca iba viento en popa, y por otro lado, en la parte emocional, había decidido irme a la cama con un tío tatuado hasta las cejas y con el pelo más largo que yo, que me había vuelto tan loca que ya no sabía si lo que habíamos vivido era un sueño erótico o no.

Todo controlado.

La puerta del portal se abrió sin que nadie preguntara a través del telefonillo, lo que me hizo pensar que lo mismo estaba esperando a alguien. Cuando llegué a la puerta del piso, tras subir las antiguas escaleras de madera con baldosas geométricas que te transportaban a los años de Maricastaña, Martín abrió la puerta y se apoyó en el quicio, con los brazos cruzados, descalzo, con unos pantalones de franela oscuros y una chaqueta de lana gorda, roja jaspeada, que dejaba ver parte del inmenso tatuaje que llevaba en el pecho.

Qué calor me dió acordarme del momento en el que lamí ese dibujo.

Me quedé parada en el penúltimo escalón, con un pie en el siguiente. Reconozco que la sensación que nació en la base de mi espalda y subió por todo el tronco hasta hacer que se me acelerara el corazón, me impresionó. Supuse que era porque después de saber lo que era capaz de hacerme en la cama las cosas habían cambiado, supuse mal, esa sensación no era la primera vez que la tenía y no sería la última, no con él.

—Felices Reyes —le dije. Acompañé mi felicitación con una sonrisa, que esperaba que él entendiera como una disculpa por mi huida.

—Pensaba que tendría que esperar al desayuno de mañana para verte.

Me franqueó la entrada y pasé, con un movimiento rápido, al interior de su casa.

Caminé despacio, escuchando como cerraba sin apenas hacer ruido.

—No me parecía cortés no acudir a tu llamada de auxilio —dije sobre mi hombro en un arranque de valentía acicateado por los instintos primarios que había despertado su visión en mí —. Voy a descalzarme o te pondré perdida la casa.

—Quítate lo que te parezca, y ponte cómoda —soltó con una sonrisa lobuna en la boca.

Un calor repentino se disparó por toda mi piel.

Qué vendrá

Me he arriesgado, pero necesitaba comprobar cómo reaccionaba, y aquí la tengo, en mi casa de nuevo. Soy consciente de que me ha comido con los ojos según subía por las escaleras, así que estoy gratamente sorprendido por el primer impacto después de que se haya ido sin una despedida.

Ha sido una noche para no olvidar. Ni siquiera tengo con qué compararla para tildarla de la mejor, nunca había estado con una chica en este plan. No me quedo en sus camas, y no vienen a la mía. No porque sea un picaflor con esa filosofía de vida, las situaciones han surgido sin más. Y aunque se fuera sin despedirse, se quedó dormida abrazada a mí. Me gustó mucho, muchísimo. Quizá esa sensación fue la que me obligó a mandar el mensaje.

Deja en el baño las botas. Cierro la puerta y me voy hacia el sofá, me hubiera gustado un beso de bienvenida, no voy a engañarme. Lo quería todo una vez que ha tocado el timbre, pero dejaré que las cosas sigan su curso.

—Vaya nevada —dice una vez está de pie en el salón.

Observa la estancia, mientras la música jazz sale por los altavoces a un volumen muy bajo, mira las luces indirectas y cálidas, la lámpara de lectura cuya luz cae sobre mi regazo. Me hace gracia cómo busca el libro con sus ojos y lo localiza sobre el sofá, abierto boca abajo por la página que estaba leyendo. Lo retiro para que se siente a mi lado, a ver si pilla la indirecta.

—Sí, menos mal que vivo cerca de casa de mi abuela —digo hablando del tiempo.

Según fue la noche con Ané no pensaba ir a comer con ella. Había esperado otra mañana de Reyes diferente, pero cuando me he despertado y ella no estaba he sentido un frío que no quería combatir solo y en el que tampoco quería reparar demasiado.

—Esto lo dejaron sus majestades para ti —dice y se sienta a mi lado ofreciéndome una bolsa de papel de estraza—. Soy un desastre. Ni siquiera le he puesto un lazo para que se vea que es un regalo.

Le cuesta mirarme a los ojos, de repente los nervios están muy presentes en cada movimiento, y parece que esa actitud inicial con tendencia a la broma ha cambiado, se ha retraído y no es, para nada, la Ané que conozco.

Por un momento me planteo besarla sin más, pero no quiero resultar invasivo. Valoro preguntarle incluso por el mensaje directamente, ya que lo ha mencionado nada más llegar, pero creo que será mejor abrir el regalo y después hablar de nuestra situación.

—He debido de ser muy bueno. —Lo cojo y la miro sonriendo, me muerdo el labio, necesito besarla.

—Me topé con él en Amazon mientras hacía un pedido y... pensé en ti. Por nada en especial, que no sé si te gusta, pero...

—Seguro que me encanta —la corto y aprieto los labios para no reírme.

Abro la bolsa para sacarla de su miseria, porque se ha puesto a gesticular y todo de los nervios.

Me quedo sorprendido al ver un libro de Ricardo Cavoto, el ilustrador.

—Pero ¡esto es buenísimo! —exclamo verdaderamente agradecido.

La abrazo con el libro en la mano y, aunque al principio se tensa, al segundo se relaja y pasa sus manos alrededor de mi cintura.

—Has acertado de pleno —le digo sin soltarnos y huelo su pelo, dejo un beso que ella no siente sobre él y nos separamos.

«Estoy tan jodido...».

—Me alegro un montón —suelta con una sonrisa sincera y los ojos brillantes.

Lo abro y comienzo a hojearlo, se titula *100 películas sin las que no podría vivir*, y no solo hay ilustraciones, tiene pequeñas historias escritas como si fueran de su puño y letra, con tachones incluidos, que hacen que el libro sea mucho más interesante.

Miro a Ané, está expectante. Sonríó mucho, con este regalo me demuestra que me conoce más de lo que pensaba.

Me levanto y cojo la bolsa de Discos el Rincón.

—Yo tampoco lo he envuelto —me disculpo con ella.

Abre la bolsa y saca el CD de Zaz, es el último, y caen al suelo las dos entradas a uno de sus conciertos.

—¡Zaz! ¡Gracias!

No se ha dado cuenta y mientras mira el disco con la sonrisa pintada en su cara recojo los tickets y los dejo encima de la mesa. Sus ojos siguen el movimiento de mi mano y veo cómo los abre tanto que parecen el doble de grandes.

—Eso es...

Se las doy y las coge como si fueran papel milenario que necesitara ser tocado con guantes.

—Pero esto no puedo...

—Sí, sí puedes —corto cualquier excusa para rechazarlas—. Asegúrate de que ese día no tienes que trabajar y de estar en Madrid en el lugar indicado.

Se queda en silencio y me mira, sus ojos brillan mucho, no sé si va a echarse a llorar. Me abraza y su olor vuelve a entrar en mí.

Cuando deshace el abrazo me susurra un gracias muy cerca de mi boca, trago saliva y muerdo despacio mi labio inferior, no puedo dejar de mirar los suyos.

—Esta, entonces, es para ti —susurra y me da una de las entradas. Corta de raíz el conato de beso de mi imaginación.

—¿No quieres ir con Pilar?

—No le gusta. —Se ríe de alguna broma secreta, aunque no es ningún misterio que a Pilar hay cierta música que no le hace gracia, a saber lo que ha dicho de Zaz cada vez que Ané la pone en la lista de reproducción.

Acepto la entrada y me gusta saber que a ese concierto y en esa noche en Madrid estaremos juntos. No debo hacerme ilusiones, ella no ha movido ficha todavía.

—¿Ponemos el disco a ver qué tal suena? —pregunta en un murmullo.

Parpadeo y salgo de mis divagaciones.

Asiento, cojo el cigarro apagado del cenicero y me lo enciendo, debo de serenarme un poco, esto tiene pinta de ir despacio. Pero admito que me está costando aguantar las ganas. Pongo el CD y comienza a sonar, le doy un poco más de volumen que a lo que tenía puesto y comienza a sonar el disco.

—Me encanta, Martín —dice cuando me siento a su lado.

—¿Vas a quedarte a dormir? —le pregunto a bocajarro, no sé si es para que me responda a ello o por entrar directamente en el tema que debemos hablar.

Me considero un tío paciente, excepto con esto.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—No —contesta en un susurro que casi no escucho por la música, y le doy un punto menos al mando para bajar el volumen.

Me tenso, me decepciono. No sé qué clase de esperanzas tenía después de lo de ayer, pero una negativa tan directa... reconozco que no la he visto venir.

—Le he dicho a mi madre que iba a dormir a casa, ya sabes —dice.

«No, no sé», pero asiento con la cabeza y le doy una calada al pitillo, suelto el humo hacia un lado y lo estrujo en el cenicero. Le doy un sorbo a la infusión de *roiboos* que ya está fría.

—Me encantaría... —La miro extrañado—. Quedarme.

Respondo a su sonrisa cautelosa con una inclinación de cabeza.

«Quizá no está todo perdido, Marti», me digo, y el corazón me palpita un poco más deprisa.

—¿Eso quiere decir que puedo besarte cuando quiera? —Vuelvo a lanzarme al vacío una vez más. Con esta chica no tengo medida.

Suelta una carcajada, musical, cantarina, que me contagia y hace que se me hinche el pecho.

—¿Quieres seguir besándome? —me pregunta sonrojada.

Es increíble.

—Si mi mensaje no te ha dado una pista... —Me acerco a ella y abrazo su cuello con mis dedos, despacio, las yemas alcanzan su nuca y ella está quieta, esperando, con la sonrisa desvaneciéndose al mismo ritmo que siento su respiración más acelerada.

La beso, ella me acompaña, y llevados por la inercia se sube sobre mi regazo. Sin duda le gusta tenerme así y no seré yo quien se queje de esta posición que beneficia a mis manos para ahuecarle el jersey, la camiseta y arrastrar mis manos por su espalda.

Llevo un pantalón de franela y ella unas mallas negras, la siento casi como si estuviera desnuda, su calor me abrasa y despierta mi virilidad de una forma automática.

Me acaricia la barba, la nuca, entrelaza los dedos con mi pelo, sin dejar de besarme; me mordisquea, mucho más desatada que anoche. Hay otra osadía, otras ganas. Y sin esperarlo se despega de mí y se quita el jersey llevándose la camiseta y exponiendo sus pechos.

Me quedo sin respiración un segundo.

No lleva sujetador.

—Estaba en pijama, en la cama ya —se justifica.

—No tengo queja —digo y le doy un lametón a su pezón.

Se estremece y se pone a desatarme la chaqueta. Facilito sus movimientos y me la saco por la cabeza. Me mira a los ojos, luego al pecho y comienza a trazar con sus dedos el barco que cubre mi abdomen.

—Anoche no me dio mucho tiempo a agasajar a este —susurra.

—Anoche nos debíamos a la pasión del Ribera de Duero —bromeo en un tono ronco, mientras siento mi excitación crecer a cada pase de sus yemas por las líneas oscuras.

—¿Sí? ¿Crees que fue el vino? —me mira directamente, con las pupilas dilatadas.

—No. Solo ayudó, pero no lo hago responsable en absoluto.

La canción cambia y el ritmo hace que Ané le preste atención. Me da un beso suave, dejándome sediento de su saliva.

—Me encanta Zaz —dice despacio.

—Se pronuncia *sas*. —Me río cuando sube las cejas asombrada por la corrección. No sé por qué lo he hecho, muchas veces también lo pronuncio mal.

Me acerco a sus pechos y la beso entre ellos, ocultándome porque me acaba de dar vergüenza.

—¿Sabes francés?

Saco la cabeza de mi escondite y asiento. No dejo de acariciar su espalda, no puedo, sentir como se eriza su piel me vuelve loco.

—Un poco... A mi abuela le encanta la música francesa y he traducido las letras con ella desde que era pequeño, con diccionario y gramática —apunto; y ella suelta una carcajada.

—¿Y qué dice esta canción?

Me quedo escuchándola un poco, aunque reconozco que tenerla semidesnuda, sobre mi erección hace que me cueste bastante pillar la letra.

Se estremece con mi tacto, y la reacción de su vello la siento en mis yemas.

—Es en español a cachos —susurra entrecortada, cuando suena el estribillo.

Asiento, me concentro y hablo:

—*En las arenas movedizas de un pasado que se derrumba, me aferro a los que amo, cuidando cada segundo. Las horas se cuidarán solas.*

Se queda pensativa para luego mirarme de frente, acercarse y rozar mi nariz. Inspiro y cierro los ojos, ella huele tan dulce y comestible, huele a mi café favorito, sin duda. Sus labios me besan y disfruto de ellos. Se aprieta contra mí y quiero explotar ya en su interior, pero sé que va a tener que irse y es mejor disfrutarla despacio, no se va a quedar a un segundo asalto.

Nos rozamos y nos acaloramos tanto que no me queda más remedio que tomar las riendas, porque la quiero desnuda ya. La tumbo en el sofá y quito sus pantalones, me echo sobre ella, beso su boca, su cuello, su pecho, lamo con lascivia sus pezones robando gemidos de su aliento y bajo por su vientre hasta toparme con su sexo.

Rozo despacio con mi lengua, saboreándola, mientras alterno mis dedos para presionar en su clítoris de vez en cuando. Uso un poco los dientes y deja escapar un grito de placer que hace a mi polla palpar. Voy a correrme contra el sofá solo de comérmela.

Juego con ella, la penetro con los dedos y presiono moviendo mi lengua en ese punto que noto que pierde el raciocinio.

Estalla, siento el flujo en mis labios y no dejo de lamerla. Cuando el último espasmo la recorre de arriba abajo y retira con su mano mi cara de su sexo, me pongo sobre ella, lamiéndome los labios. Me besa me mordisquea, me tiene al límite.

Respira audiblemente y sonrío.

—Ufff —susurra.

Su sonrisa de abandono se torna de repente de ligera vergüenza.

Me abrazo a ella y beso su boca, sus mejillas, para terminar por hundirme en su cuello.

—No te avergüences, me vuelve loco tu sabor.

Un sonido ahogado hace que me ría y acabo contagiándola.

De repente se escucha la melodía de su móvil. Ella lo deja pasar, la miro y le quita importancia con la mano. Me empieza besar y el ruidito termina. De nuevo vuelve a sonar. Me aparto de ella.

—Quizá sea urgente... —dice; me retiro de su cuerpo.

Mis pantalones de franela son una tienda de campaña.

Se pone el jersey y la camiseta todo junto y busca las bragas, pero están enredadas con las mallas. Empieza a ponerse nerviosa y va directamente al baño, allí ha dejado su abrigo. Sale con el móvil en la mano y el ceño fruncido.

Deshago el enredo entre sus bragas y las mallas y con ellas en la mano me levanto y se las

doy, las coge sin mirarme y descuelga.

Me quedo congelado al escucharla:

—¿Álvaro?... ¿¡Qué!?... ¡Sí!... Sí... De acuerdo. Voy inmediatamente.

Mona

Reaccioné y parecía que había vuelto un año atrás.

Álvaro tuvo un accidente a pocos kilómetros de Soria, en la carretera de Madrid y... ni siquiera me planteé por qué seguía siendo su persona de contacto.

Me vestí en casa de Martín como un autómata, le informé de que debía ir al hospital y, aunque insistió en acompañarme, le dije que no era necesario. Me subí andando con la nevada que estaba cayendo y lo intransitables que estaban las calles. Parecía que me diera todo igual, como si nada pudiera interponerse ni en mi camino ni en la decisión casi inconsciente que tomé. Solo quería llegar y verlo, pero verlo bien porque si no lo estaba, yo...

Apresuré el paso y dejé de pensar.

Entré por urgencias directamente, no sabía dónde ir y tampoco me había enterado de si la persona que se puso en contacto conmigo me había dado alguna directriz.

Me mandaron a la sala de espera de quirófanos. Estaban interviniéndolo y era lo único que podía decirme.

Se me pasaron mil cosas por la cabeza y me arrepentí muchísimo de no haberme puesto en contacto con él para tomar esa copa de champán. Aunque solo hubiera sido por los años juntos debería haberla aceptado, comportarme de una forma más civilizada. Entre tanto pensamiento me enfadé con Álvaro, podría haber insistido más, podría haberme llamado y que no solo se hubiera quedado en un frío mensaje de texto. Me salieron lágrimas de impotencia, las aparté de mis mejillas y traté de serenarme.

Cuando tomaban las decisiones por ti todo era más fácil, si salían las cosas mal vivía sin culpa, sin emociones, eso también. Y fue ese sentimiento el que se me clavó, certero, en lo más hondo del corazón, ¿y si buscándome había perdido la esencia altruista?

No pude avisar a nadie. No tenía los teléfonos de su familia en mi móvil. Hubo un tiempo en el que formaban parte de mi lista de contactos, hasta que la madre de Álvaro se encontró con la mía y echó sapos y culebras sobre lo poco que era yo para su hijo. Durante mi espera inicial en el hospital me quedé bloqueada, no puedo decir otra cosa. Estaba paralizada y, aunque hoy en día no lo entiendo, en aquel momento me pareció hasta mal haber estado con Martín en su casa, teniendo un orgasmo, mientras Varo se había jugado la vida en la carretera.

Me sentía sucia y desleal.

—¿Familiares de Álvaro Jodra?

Me levanté y hablé por inercia:

—Soy su... mujer.

Decirlo en voz alta me provocó otro bloqueo superior, porque me di cuenta de que por eso estaba allí, todavía estábamos casados y entonces entendí que él no me había quitado del inicio de su lista de contactos con las dos *A* por delante de mi nombre, y yo no solo había quitado aquello de mi teléfono, sino que habían desaparecido todos los contactos que tenían que ver con él.

La traición a los años juntos me aplastó con fuerza y me tuve que esforzar por enfocarme en lo que el médico me decía.

—Ha sufrido un accidente de tráfico —empezó a informarme; lo miré con terror—. Ha tenido

alguna contusión y ha perdido la consciencia, pero no hay daños craneales y está fuera de peligro. El motivo para operarlo de urgencia ha sido la fractura de tibia y peroné de la pierna izquierda. Hemos practicado una osteosíntesis y el pronóstico, con la edad que tiene su marido, es bastante favorable. Enseguida le informarán sobre la subida a planta.

Asentí y di las gracias. Respiré tranquila y pensé en que allí deberían de estar otras personas con las que se encontrara cuando abriera los ojos. Se me ocurrió llamar a mi madre, seguro que ella guardaba el teléfono de su consuegra, aunque solo fuera para emergencias. Pero cuando abrí la agenda vi el de Aída. No me lo pensé, ella podría ponerme en contacto con Mariví, la madre de Álvaro, sin asustar a mis padres.

—¿Mona? —la voz de mi antigua compañera y amiga transmitía sorpresa absoluta, y tampoco era para tanto, habíamos hablado alguna que otra vez.

—Aída, escucha... —me tembló la voz—. Estoy en el hospital, Varo ha tenido un accidente...

El grito al otro lado de la línea no me dejó continuar y me aparté el teléfono de la oreja. Cuando intenté hablar de nuevo con ella, lloraba desconsolada.

—Escúchame, Aída —exhorté, sintiendo de repente que tomaba las riendas de mi propia sangre, esas que hasta ese momento parecía no tener.

—Perdón... —balbuceó y trató de contener el llanto.

—Varo está bien —solté con seguridad—, solo tiene una pierna fracturada y ya lo han operado. Está fuera de peligro. Pero necesito que me des el teléfono de su madre para que venga al hospital, no se me ha ocurrido otra forma de ponerme en contacto con ella.

—¿Cuántos hospitales hay en Soria?

Me quedé callada sin entender lo que me estaba diciendo. No sé qué conexiones neuronales hice, pero contesté:

—La madre de Varo va a saber dónde venir, no te preocupes, mándame el teléfono por guasap ahora mismo, por favor.

No me lo envió, y empecé a ponerme nerviosa, tanto que estuve por llamar a mi casa y pedirselo a mi madre. No entendía qué le costaba adjuntar el teléfono en el chat.

Mientras esperaba, una enfermera me pidió que la acompañara y cuando lo hice me encontré con Álvaro en una cama, dormido y con la pierna inmovilizada. Las lágrimas se escaparon de mis ojos, me acerqué a él y acaricié su cara salpicada de pequeñas heridas curadas con yodo. Dormía, el gesto era tranquilo, parecía tan desvalido, tan joven, que me recordó a ese Álvaro del instituto que empezaba a causar furor entre las chicas, pero que todavía no dominaba su cuerpo.

El recuerdo me hizo sonreír entre el llanto provocado por el miedo y la sorpresa, nunca me había imaginado que, de volver a verlo, sería en aquellas condiciones.

Subimos en un ascensor y me quedé a los pies de la cama. Entramos en la habitación y la enfermera me dijo que ya había despertado, y que por ello ya lo subían a planta, pero que con los calmantes y los relajantes había vuelto a dormirse.

Me senté en la silla frente a él. Quedarme en el sillón a su lado me pareció demasiado... ¿íntimo? El teléfono vibró en mi mano y al mirar vi que, por fin, Aída había hecho lo que le había pedido.

Marqué el número y esperé. Me di cuenta de que eran pasadas las doce de la noche, había tardado una barbaridad en mandarme el contacto, y supe que aquella llamada iba a ser horrible la pintara como la pintase.

—¿Dígame? —la voz somnolienta del padre de Álvaro me recibió al otro lado y lo agradecí, porque con él sí que me llevaba bastante bien.

Era el que mejor me hacía sentir entre la familia Jodra, cuando estábamos en Soria, en su casa.

—Daniel —dije tratando de serenar la voz—. Soy Anémona, estoy en el hospital con Álvaro.

—¿Mona? —pude escuchar la confusión más allá de mi apelativo.

—Está fuera de peligro. Está ya en una habitación. —Me sorprendí yo misma de lo tranquila que soné, supongo que fue un tono más impersonal, de distancia, con los que ya no formaban parte de mi familia.

—¿Qué ha pasado?

—Ha tenido un accidente y se ha fracturado la pierna, pero está bien —repetí para que aquello calara por encima de todo lo demás.

—Mariví... —Escuché cómo despertaba a su mujer—. Vamos para allá, ¿el número de la habitación?

Se lo dije y me colgó. No pude evitar sentirme fuera de lugar, sola y esperando una afrenta que sabía que se iba a dar, además de un montón de preguntas que no iba a saber contestar. De repente empezó a colarse en mí empezó un sentimiento de añoranza, necesitaba a mi lado a alguien, y ese alguien era Martín.

Me sorprendió. La necesidad de estar entre sus brazos, como si fuera algo que me perteneciera, me hizo darme cuenta de que lo que sentía por él era algo más profundo de lo que pensaba. No es que no quisiera que mi hermana me acompañara, o mis padres, a los que no quería alararlos, es que necesitaba sentirme arropada por Martín porque con él me sentía yo y no esa *Mona* fuera de lugar que estaba sentada en una silla fría de hospital.

En un cuarto de hora los padres de Álvaro aparecieron en la habitación. Daniel me saludó, con el agradecimiento en la cara, y Mariví me miró con desdén y lágrimas en los ojos. Esa mujer quería mucho a su hijo, eso no lo voy a negar, pero que, incluso en esas circunstancias, el odio hacia mí estuviera tan presente, me impactó bastante.

—Os dejo solos, yo ya me voy a casa —murmuré antes de volverme hacia la puerta.

—Gracias por avisarnos —me dijo Daniel.

—Pero ¿por qué te han avisado a ti? —preguntó Mariví con asco. Sí, no me lo esperaba, pero su sentimiento era un hecho.

—No lo sé —susurré.

—Mariví... —trató de sosegarla su marido, y la cogió por el brazo porque parecía que venía hacia a mí.

Se dio la vuelta hacia la cama de su hijo y Daniel me miró con la disculpa en sus ojos.

—Mona... —la voz quebrada de Varo me llegó justo cuando atravesaba el umbral y no quise darme la vuelta. Aceleré el paso y, antes de llegar a las escaleras, que pensaba bajar por no esperar a un ascensor, me interceptó Daniel.

—Es Varo —dijo cogiendo mi brazo de la misma manera que había hecho con su mujer—, quiere verte. Te ha escuchado y... —Se encogió de hombros.

Ese hombre parecía entender tan poco como yo lo que pintaba aquella noche en el hospital, pero por lo menos no era hiriente conmigo.

No sabía qué decir, no sabía qué hacer y creo que lo vio en mí de forma tan clara que fue él quien habló primero.

—Ve, se ha puesto muy nervioso y Mariví no está ayudando mucho. Yo creo que mi hijo no ha dejado de quererte nunca.

«No ha dejado de quererte nunca».

Aquellas palabras hicieron que me sintiera como un corcho a la deriva y no supe por qué. Debería haberle dicho que el sobre manila de mi habitación confirmaba todo lo contrario, pero a él no le tocaba enfrentar esas palabras, él no tenía nada que ver con los actos de su hijo.

Parpadeé y pensé que no era el momento de darle vueltas a esas palabras. Su mano dejó de agarrarme y su palma se abrió para invitarme a acompañarlo, en silencio, sin más. Sabía que también me daba la oportunidad de irme, no me estaba forzando a tomar la decisión, pero dentro de mí también había algo que me impulsaba a volver a la habitación. Quizá para ver a Varo despierto y sacar de mi cabeza su imagen desvalida de minutos atrás, quizá para saber de primera mano si lo que su padre me había dicho era verdad, porque, si nunca me había dejado de querer, quizá yo no había hecho las cosas tan mal. En realidad, no sé qué me impulsó a seguirlo, puede que solo fuera la simpatía que sentía por ese hombre, y las ganas de no decepcionarlo, y no lo que tenía que ver con Álvaro.

Mi mente era un galimatías imposible de desentramar.

Entré en la habitación, anulé de mi visión a Mariví, que no se apartaba de la cama, y me centré en Álvaro, cuyo semblante cambió al verme. Trató de sonreír, pero una mueca de dolor le hizo volver al gesto neutro. No obstante, sus ojos brillaban, esos ojos color miel me miraron con una chispa que hacía mucho que no veía, y no me refiero a todo el tiempo que llevábamos separados, me refiero a por lo menos más de dos años atrás antes de que me fuera de su lado.

—Estás... estás aquí —su voz era ronca.

Asentí y me acerqué, posé mi mano sobre la suya que descansaba por fuera de las sábanas y escuché cómo la madre de Varo aguantaba la respiración.

—Os dejamos a solas —dijo su padre.

—No... —susurró su mujer con fuerza.

No seguí escuchándolos, solo me centré en quien todavía era mi marido, que volvió la mano y sujetó la mía.

—Está aquí porque la llamaron a ella —la voz histérica de Mariví desentonó en el silencio de la habitación, incluso de la planta—. Álvaro, ¿pero no ibas a pedirle el divorcio? —casi gritó en un arranque de desesperación, supongo que por hacerme desaparecer de la habitación.

Cerré los ojos, aquello me dolió como si fuera una noticia nueva. No los volví a escuchar e intuí que Daniel se había llevado a esa mujer que no entendía muy bien por qué me odiaba tanto. La presión en mi mano me hizo volver a mirarlo.

Álvaro siempre ha sido guapo, incluso en aquel momento, con la cara marcada por pequeñas heridas manchadas de amarillo, seguía manteniendo ese gesto apuesto, esos hoyuelos que se adivinan en sus mejillas y esos ojos con esa forma risueña enmarcados por las pestañas espesas y castañas, como su pelo, que, aunque era rubio, se fue oscureciendo hasta hacerle un castaño claro que le favorecía muchísimo.

En aquel momento me asombró pensar que aquel chico había sido mío, que nos habíamos regalado los mejores momentos de nuestras vidas, que habíamos unido nuestros destinos para hacerlos uno.

—Es verdad... no he sido capaz de quitarte de mis contactos de urgencia —su voz cortó mis pensamientos en cascada.

—Y sigues sin llevar el móvil bloqueado —sonreí, y me salió sola porque era algo que siempre habíamos hablado. ¿De qué servía tener el «contacto doble A» si no se podía desbloquear?

—Ya me jode darme la razón —tras sus palabras le dio la tos.

Le acerqué un vaso de agua que tenía en la mesa.

—Solo sorbos pequeños —dije, acordándome de las pautas que la enfermera me había dado en el caso de que despertara.

—Estás muy guapa con ese pelo —me halagó y me sonrojé. ¿Cuánto hacía que no era objetivo de sus adulaciones?—. Pensé que nos veríamos estos días. —Supe que esperaba una respuesta por mi parte.

Cogí el vaso para devolverlo a la mesa.

—Lo siento, no... —me callé, decirle que no quería verlo me pareció demasiado duro dadas las circunstancias.

Apretó mi mano, tratando de reconfortarme, supongo, pero no lo entendí. Sonrió, los hoyuelos aparecieron y volvió a poner cara de molestia.

—Debo de tener la cara hecha polvo —dijo para sí; yo asentí con la cabeza y una mueca de resignación.

—Pero sigues siendo guapo, no te preocupes —contesté y volvió a intentar sonreír. Varo no tenía remedio.

Me vino el recuerdo del dolor al sentir cómo me dijo que ya no me quería y cómo pensé que sus sonrisas no iban a volver a ser jamás para mí, que en realidad hacía mucho que habían dejado de serlo.

—Pensé que después de ir a buscarte a tu Cafoteca, nos veríamos.

Parpadeé, fruncí el ceño y lo miré desconfiando de lo que me acababa de decir. Retiré mi mano de entre la suya.

—¿Estuviste allí? —estreché la mirada, con duda. No podía ser posible.

—Sí, al día siguiente de mandarte el mensaje. Quizá no fue la mejor forma de contactar contigo, después de haberte mandado los papeles de...

—Ya —corté, porque no quería ni que los mencionara. No era el momento.

Repasé lo que acababa de decir. Había estado en la cafetería y yo no lo sabía.

—Por cierto, vaya trabajo más bien ejecutado, Mona. Tienes un lugar muy... tuyo. —Trató de subir las cejas, ese gesto tan propio de él cuando admiraba algo, pero intentar hacerlo le causó molestias.

—Ya... ya sé que no eres muy partidario de mis *pajaradas* —respondí con cierto rencor, porque me salió de algún sitio cerrado que no sabía que existía, y en aquel instante recordé a Varo reírse de mí cuando vimos una cafetería similar en el centro de Pamplona en un viaje de hacía mil años por lo menos.

—Perdona... —dijo, y vi cómo cerraba los ojos—. No siempre he entendido tus cosas. La cafetería está muy bien.

Asentí. Me pareció increíble escuchar aquello. Me pregunté si quizá debería haber hablado más con él de mis pasiones. Lo descarté en seguida, recuerdos al azar me hicieron darme cuenta de que Álvaro quizá también había cambiado durante el año separados.

—Estuviste con Pilar —no pregunté, afirmé.

—Sí, le pregunté por ti. Pero tu hermana no me tiene mucha estima, ya sabes. —Esta vez se cuidó de no sonreír, pero sé que se quedó con las ganas. Conocía tanto su forma de hablar que no me hacía falta ver el gesto que lo acompañaba.

Sí, ya sabía lo que Pi pensaba de él, y conocía perfectamente los motivos, pero no tenía derecho a guardarse esa información. No dije nada, solo sentí una rabia terrible hacia mi hermana por ocultármelo.

Su mano buscó la mía de nuevo y cuando la tocó lo miré, estaba perdida en muchos pensamientos.

—Estás con alguien, ¿verdad?

Lo miré de hito en hito.

—No.

Fue una respuesta automática.

«¿Estoy?», me lo pregunté confusa. La noche que había pasado con Martín, que había sido la anterior y parecía que habían pasado semanas, me vino a la mente. No, no estaba con nadie, había empezado a permitirme sentir que sí, había decidido, cuando fui a su casa, hacía unas horas, que iba a escribir mi camino cada día viviendo lo que de verdad me apetecía, pero...

—Quiero que volvamos a estar juntos —Varo empezó a hablar sacándome de mi burbuja con Martín de golpe—. No me has devuelto los papeles firmados y, si no lo has hecho...

Inspiré de repente y de forma audible, supe que había cortado su explicación. Lo miré a los ojos, esos ojos verdes que me habían mirado con devoción hacía demasiado tiempo y que ahora parecían haber recobrado ese brillo.

La piel de los brazos se me erizó, no esperaba que me dijera aquello. Busqué en mí esa esperanza, ahora demasiado lejana, de que los papeles de divorcio dejaran de ser válidos, y no la encontré. Pero porque aquello pertenecía a un Álvaro que no se parecía al que tenía delante. Sentí que este, el que estaba postrado en la cama, el que me había dicho que le gustaba mi cafetería, parecía diferente.

Mi teléfono empezó a vibrar y lo saqué del bolsillo del abrigo.

Mi madre me estaba llamando, y me di cuenta de que era más tarde de lo que pensaba.

All of the stars

No sé nada de Ané. No me mandó ningún mensaje, le dije que lo hiciera cuando estuviera ya en casa y eso quizá significaba que todavía no ha llegado..

Por fuera, como siempre, puedo demostrar que soy impasible a cualquier cosa que pase a mi alrededor. Por dentro es otra historia. Saber que se ha ido a ver a su ex al hospital porque ha sufrido un accidente, me quema, lleva ardiéndome por dentro desde que escuché cerrarse la puerta tras su marcha. Por una parte, pienso que quizá el tipo está tan grave que no ha tenido tiempo de decirme nada y sigue allí, o quizá ha sucedido lo peor de estos casos, pero no, eso no es lo que bulle en mi interior como un café echado a perder por el hervor continuo.

Por mucho que aparte el pensamiento, a lo único a lo que puedo darle vueltas es a que ella se ha quedado con él por algo más, que se ha olvidado de mí porque, al fin y al cabo, solo fui una Noche de Reyes y aquel tipo había sido su vida.

Antes de seguir fustigándome en casa decido abrir el estudio, aunque no es un día para tener trabajo, y había acordado con Minerva no hacerlo, pero esto me da la excusa perfecta para acercarme a por café esta mañana. Hoy no ha habido desayuno con ella en su lugar de sueños ni su charla agradable que me calentaba por dentro y hacía de mi día algo único.

Entro y suena el carillón que antes despertaba una sensación de anticipación brutal, y hoy se me clava en el pecho. Tras la barra está Pilar; su gesto es serio, me acerco, la saludo y una sonrisa sincera se transforma en lastimera en décimas de segundo.

Miro el ordenador y en seguida sé que la lista de reproducción no es de Ané. *All of the stars*, de Ed Sheeran, es lo que suena ahora mismo.

—Buenos días, Martín. ¿Café solo?

—Sí. Buenos días.

Miro alrededor, pero ella no está.

—No va a venir —me dice su hermana.

Me duele, porque la ausencia de sus mensajes en mi móvil me golpea y me indica que no estoy en ningún plano de su vida. Me jode, odio profundamente sentirme ignorado de esta manera. Al margen de la gravedad que esté padeciendo, su ex o lo que sea ahora mismo para ella, y sintiéndome un egoísta, no puedo evitarlo.

No sé cómo preguntarlo, no quiero quedar de entrometido, y no sé si Pilar sabe todo.

Me pone el café.

—Ha subido al hospital —me lo susurra apoyándose con los codos en la barra—. El gilipollas de su ex está fuera de peligro. Pero no tengo ni idea de lo que está pasando por su cabeza porque no me habla.

Se vuelve tras un encogimiento de hombros y entra en la pequeña cocina.

Me tomo el café de un trago, sin azúcar.

No es ni mucho menos tan amargo como saber que, a pesar de que lo de su ex no reviste gravedad, no ha tenido tiempo de mandarme un mensaje, aunque fuera para decirme que pasa de mí. Y ver a Pilar afectada hace que me plantee si es que Ané está volviendo a ser esa chica sin personalidad en la que se convierte estando con ese gilipollas.

Me despido de ella y esta me hace un gesto con la mano. Según salgo entra un grupo de chicas

cargadas de bolsas de compras y con ganas de calor, este sitio está triunfando. La nieve todavía está presente en las calles, a los lados para despejar la calzada y mal apartada de las aceras y zonas transitables.

Entro en mi estudio y enciendo la calefacción. No quiero irme a casa, no quiero sentarme en el sofá donde hace apenas unas horas compartimos pieles, alientos y nos dedicamos gemidos de entrega. Miro el cd de Zaz, que lo he traído para dárselo y me lo he dejado olvidado, supongo que por las ganas de llegar a la Cafoteca, y me acuerdo de la canción que le gustó y de lo rápido que parece haber perdido el significado para ella.

Por una parte quiero no acelerarme, quiero darle tiempo a que venga a mí, porque quizá me explique que tenía algo que hablar con él y quería resolverlo.

«Bah... ¿a quién coño quiero engañar?, eso no es así».

Me siento en la mesa de diseño y revuelvo los papeles despacio hasta que sus ojos salen en uno de los bocetos. Es uno de los primeros dibujos que hice de ellos, sin haberlos explorado a placer. Tengo otros, y deben de estar desperdigados por cualquier lado, porque los he hecho siempre en papeles sueltos.

Me quedo mirando un punto en blanco de la pared y los ojos de su deseo de ayer por la noche se me presentan, sacudiéndome las putas ganas que tengo de volver a entrar en ella.

Sin pensar comienzo a dibujar los trazos de esa mirada lánguida y encendida, esa que se quedará siempre grabada en mi retina y, desde ahora, plasmada en un papel.

Llego a la plaza de la Tarta y barajo la posibilidad de ir a ver a mi abuela. No sé si quiero irme a casa a arrastrar mi mierda. Sé que ella va a notar que me pasa algo y no tengo muy claro si voy a poder hacer el esfuerzo de ocultárselo. Justo cuando decido dar un paso en dirección a mi casa, veo la silueta a lo lejos de una persona que hace que el corazón me bombee tan fuerte que sienta el pulso en la sien.

Ané está bajando, con sus botas de agua altas, engullida por su plumífero hasta las rodillas y por un gorro de lana blanco. Va tratando de no pisar en un mal lugar y resbalar. Ha empezado a helar y la calle, con la nieve derretida, se ha convertido en una pista de hielo.

La espero, no lo dudo ni un solo segundo. Necesito ver su cara, su reacción al verme. Quiero no resultarle incómodo, pero no sé si lo voy a conseguir porque estoy buscando respuestas que ella no me ha dado, ignorándome del todo.

Llega hasta mi posición y echa un vistazo, pero me rodea como si fuera un mero obstáculo en una pista de esquí. Ni siquiera se ha dado cuenta de que soy yo.

—Ané —la llamo sin apenas alzar la voz, y se para, pero no se da la vuelta, solo levanta la cabeza.

Me acerco con una terrible sensación de que soy a la última persona a la que quiere ver. Y me jode, porque hay algo dentro de mí que no es capaz de dejarla marchar, algo que sé que es muy capaz de ponerse a suplicar para que me dé la oportunidad de demostrarle lo grandes que podemos llegar a ser juntos.

Me pongo frente a ella y sus ojos parpadean varias veces enormes, preciosos, pero cansados. Esos ojos que no he dejado de mirar en el estudio durante todo el día y que las sensaciones que me han transmitido no son, ni mucho menos, la confusión que me enseñan ahora.

—Martín —susurra.

Mira alrededor, sé que le está pareciendo increíble que la calle esté vacía, y que se haya encontrado conmigo. Son casualidades, o quizá no, porque en silencio la he estado llamando a

gritos durante todo el jodido día.

—¿Todo bien? —pregunto y no puedo evitarlo, como un imbécil que soy frente a ella, la sonrisa me sale sola.

Por verla, por tenerla delante a un brazo de distancia, porque sus ojos me vuelven a mirar y, aunque su boca está oculta tras una bufanda de lana, sé que también me ha sonreído. Y joder... vuelvo a verla.

—Lo siento —susurra como si de repente se diera cuenta de lo al margen que me ha tenido.

Inspiro con fuerza, meto mis manos en los bolsillos, para que no se escapen a tocarla, y miro alrededor. Está bien, me ha pedido perdón y ahí van muchas cosas.

—¿Quieres tomar un té caliente, un café descafeinado... o algo en casa? Hace mucho frío —pregunto apretándome con al abrigo.

—Voy a mi casa —me dice, y mis ganas se deslizan hacia la alcantarilla que está a dos pasos de nosotros—. ¿Te vienes tú? Me he dejado la calefacción a tope y tengo miedo de que estalle o algo.

Abro los ojos sorprendido, no estoy entendiendo nada.

—¿A casa de tus padres? —pregunto, sé que carece de lógica.

—No, estoy en el ático.

Mi gesto de sorpresa la hace reír.

—Así te lo enseño, solo tendrás que dar una vuelta sobre ti mismo sin parpadear y lo verás, pero está bonito —su tono ha subido un poco, y también hay cierta ilusión.

Asiento sin dudarle.

—Seguro que la vuelta hay que darla despacio. —Le guiño un ojo y aunque me gustaría haberle dado un beso en la boca, y sentir el frío de la punta de su roja nariz sobre la mía, me pongo a su lado, le ofrezco el brazo, para evitar resbalones, y comenzamos a bajar hacia la plaza Mayor, en silencio, con el sonido inconfundible de la nieve sin pisar bajo nuestros pies cuando la encontramos, para evitar el hielo de las zonas centrales.

Abre la puerta y lo que nos recibe es una ola de calor brutal.

—Buah... ¡qué descontrol con el termostato! —exclama agobiada.

Paso quitándome el abrigo y desenroscándome la bufanda, pero me quedo en el pequeño recibidor, tras ella, que trastea para regular la temperatura.

Se da la vuelta y estamos muy cerca.

—Quítate las botas y las dejas en el baño —me pide en un susurro, con una mirada cautelosa, de sus preciosos ojos, que no entiendo.

«¿De qué tienes miedo, Ané?».

—¿Las botas solo? —le digo ahuecándome el jersey. Me mira a la vez que se sienta en unos escalones de madera estrechos, al lado de la puerta del baño—. Hace un calor de pelotas, aquí sobran hasta los calcetines —aclaro mi punto, no estaba, para nada, hablando de tener sexo en este momento.

Escucho una carcajada floja y baja la mirada. Si no hiciera calor hubiera visto su sonrojo, y me muero porque me lo muestre.

No debería crearme expectativas, nada me indica que no hayamos venido para aclarar lo que tenemos y dejarme al margen de una vida que haya decidido retomar.

—Tú verás lo que quieres quitarte, eres libre para hacerlo. —Se encoge de hombros, pero la sonrisa no se va de su cara.

«¿Estás jugando, Ané? Dime que sí, dime que quieres entrar en esa dinámica para romper el

hielo y volver a mis brazos», por un momento, por cómo me mira, creo que lo he dicho en alto, pero no, porque se levanta sin decir nada.

Si no hubiera ninguna brecha entre nosotros, si lo de anoche hubiera terminado de otra manera, aquello habría desembocado en desnudarnos el uno al otro sin dejarnos casi ni hablar, pero no, no estamos en esa página.

Cuelga el abrigo en una percha y hago lo mismo, pero también me quito el jersey de lana y me quedo en camiseta de manga corta.

—¡Hay por lo menos veinticuatro grados! —exclamo, sigo justificándome. Joder, qué inseguro me siento.

—Veintiséis y medio —me corrige y se mete en la cocina que es minúscula. La pared es de cristal y está frente al baño, en el mismo recibidor.

Me quedo en medio del salón comedor que es enorme, abuhardillado, con claraboyas y decorado con un gusto exquisito, cómodo, acogedor; el sofá *chaise longue* de color blanco, una estantería de obra al fondo, el suelo de madera rojiza, una mesa de comedor para ocho comensales...

—No sé si ofrecerte algo caliente es lo oportuno —me dice y me doy la vuelta para mirarla.

Está asomada a un lateral de la cocina, donde hay una pequeña barra con dos taburetes altos. Que todas las paredes de la cocina sean de cristal hacen que vea que lleva mallas negras, como las de la noche pasada, y una enorme chaqueta de lana gris, que se quita dejando a la vista una camiseta blanca de manga larga.

Caliente... Tengo que contenerme para no abalanzarme sobre ella como un jodido puma.

—¿Una cerveza? —pregunto deseando poder bebérmela de trago, como me apetece hacer con ella.

—No tengo, no he comprado —se disculpa con un pequeño puchero.

«Joder, ¿Qué hostias te pasa, Martí?», me reprendo, porque me estoy poniendo malo solo de verla así.

—Pero ¿cuándo te has instalado? —pregunto sin entender apenas lo que está pasando.

Parece que hubieran pasado dos semanas desde Reyes.

Pasa por delante de mí con una botella de agua fría y dos vasos, se sienta en el sofá y los sirve. Me hace el gesto para que me ponga a su lado. Lo hago y aunque debería de dejar más espacio entre nosotros, no puedo, no quiero.

—Esta mañana —dice con convicción—. Me he levantado y me he traído la maleta, sábanas y he hecho una compra. Ha sido rápido, tampoco tengo tantas cosas, y el piso parece un apartamento de playa, viene con todo.

Asiento y miro alrededor, entonces veo que encima del baño, justo donde desembocan las pequeñas escaleras de madera, hay un biombo, como unos cuadros antiguos, que hacen de pared.

—Sí, ahí está la cama, y digo cama porque no se puede llamar dormitorio —informa mirando en la misma dirección que yo.

—Me gusta, parece cómodo, y es cálido.

—Sobre todo cálido. —Se ríe y bebo agua, ella hace lo mismo. No sé cuánto tiempo vamos a estar evitando el tema, pero me doy cuenta de que me da igual. Estar con ella ha barrido toda la basura de sentimientos que he tenido durante el día.

—Sé que debería haberte llamado, pero ha sido bastante caótico todo —su tono es de disculpa. Se vuelve hacia mí, pero no me mira.

—Tu ex está... ¿bien? —Vuelvo a beber agua, sé por Pilar que sí, pero creo que ha sido más

la necesidad de recalcar lo de ex.

Asiente y veo que se muerde el labio.

—Quiere que volvamos a estar juntos —suelta.

Me mira, coge el vaso de agua y da un trago. Lo deja en la mesa y se recuesta en el respaldo.

Me deja casi sin respiración. Las sensaciones que se han apoderado de mí desde que hemos entrado salen de mi cuerpo y me dejan vacío. Su tono ha sido neutro, no sé qué pensar, o no quiero pensarlo.

—¿Y tú quieres? —la voz me sale a duras penas, y me siento un mierda por mostrar mi vulnerabilidad. Carraspeo y vuelvo a beber agua. Me coloco de lado, sobre uno de los enormes cojines y con una postura que trata de mostrar que su respuesta no es tan importante para mí, aunque lo sea, joder...

—No lo sé. —Mira al suelo y luego se vuelve para clavar sus enormes y preciosos ojos en los míos.

No aparto la mirada, no sé qué busca en ella, pero si yo formo parte de la respuesta quiero que lo vea, que estoy aquí, y que no he dejado de pensarla en todo el jodido día, y la noche. Puede que lo más inteligente sea decírselo, pero no lo hago, porque así somos los seres humanos, preferimos vivir en la inopia que hacerlo en la certeza, no vaya a ser que esa nos muestre tal y como somos.

Nos quedamos en silencio, pasan muchos segundos, demasiados, y ella no dice nada.

Me acuerdo de algo. Me levanto y voy hacia la puerta.

—¿Te vas?

Joder... soy un capullo porque he escuchado el pánico contenido en esa pregunta y sonrío. Me paro y niego con la cabeza, porque no, no me voy, llego hasta mi abrigo y cojo el CD de Zaz.

—Te lo dejaste. —Lo mira cuando lo pongo sobre la mesa. Mi intención era dárselo para que recordara la canción que tanto le gustó, con esas ganas de reescribir su camino, de no volverse a perder en él—. Te lo he llevado esta mañana a la Cafoteca, pero no estabas.

—Y Pilar... ¿Te ha dicho algo? —Me mira con alarma en sus ojos.

—No, solo que no ibas a ir en todo el día —miento.

—Estoy tan enfadada con ella, Martín —dice de repente—. Estoy cansada de que la gente elija por mí, ¿sabes?

La ira late entre la incomprensión de sus ojos.

—Tienes una hermana impulsiva —justifico su comportamiento. Intuyo, de alguna manera, que Pilar hay veces que piensa poco antes de obrar, y en realidad esa es su magia, como diría Félix, para bien y para mal.

—Lo es, pero esta vez se ha pasado. —Aprieta la mandíbula.

No sé lo que ha ocurrido, pero sea lo que sea, Pilar no hace nada para dañarla, quizá protegerla, no me cabe duda de que eso podría ser, pero para fastidiarla, no. No es esa clase de persona.

—Tú mandas en ti, Ané. Eso no te lo puede quitar nadie, aunque alrededor surjan otras opiniones.

Sea lo que sea que esté pensando, quiero que le quede claro que me refiero a lo que le ha pedido su ex y no a lo que Pilar haya podido hacer.

—Debo de hacer lo que quiera, lo que decida... Sé que he pasado años supeditada a las decisiones de otra persona, pero hubo un tiempo que hacía lo que quería porque quería. Y ahora estoy de nuevo en ese momento, recuperando esa posición, ¿sabes? —Me mira con determinación.

—Claro que sí —admito.

«Yo quiero estar en esas decisiones que tomes», pienso y me muerdo el labio inferior con fuerza.

La intensidad de sus ojos me hace aguantar la respiración. Le brillan por el ímpetu que ha puesto a su disertación. Primero me observa con mucha atención, luego baja a mis labios y su boca se abre para dejar salir su aliento. Me caliento de inmediato, quizá lo que estamos hablando es importante, quizá sea necesario que ponga sus ideas en orden para saber lo que ella y yo pintamos en esa posición que dice querer recuperar, pero en este momento, yo solo siento la pulsión de mi sexo contra el vaquero, y las imágenes de ella teniendo un orgasmo en el sofá de mi casa inundan mi mente.

Joder, si casi puedo escucharla gemir. Trago saliva y cierro los ojos. Si me abalanzo sobre ella puede que joda lo que tenemos.

Un movimiento, un sonido y su olor inunda mis fosas nasales, ese olor dulce. Ella siempre olerá a café y a dulces, aunque esté fuera de la Cafoteca. Abro los ojos y la tengo a milímetros de mi cara.

No quiero que nos perdamos en palabras y por ello sujeto con mi mano su cuello, largo, estilizado, blanco y cálido y despliego mis dedos por detrás de su oreja, entre su pelo, escuchando su respiración algo acelerada, y la beso. Me recibe con ganas. Con tantas que me olvido del jodido día que he pasado por su ausencia de noticias.

Tatuará mi alma

Estrené el ático con él, y mi cama con su cuerpo, con nuestro sexo, con ese intercambio de caricias y placer que con Martín era el cielo. No me explicaba cómo era posible que conociera cada parte de mí como lo hacía con solo dos noches juntos.

O quizá fuera porque con él siempre me ha dado la sensación de que toca, espera, escucha y anota mentalmente. Supo desde el primer momento cómo sacarme un suspiro, cómo provocarme una carcajada y cómo matarme de placer. Me tocaba con todo. Sus yemas, las palmas de sus manos, sus labios, incluso su cara al completo. Cada parte suya que tenía contacto con la mía era un estímulo a muchos niveles.

Me desperté y fui consciente en seguida de nuestras piernas enredadas y mi cara sobre su pecho entintado. Me alucinaba cada trazo sobre su piel y, como si no tuviera control sobre mí, comencé a dibujar con las yemas de mis dedos las líneas de la enorme águila de su pecho.

Su respiración cambió, y también sentí un aumento de tamaño entre sus piernas que me hizo sonreír.

—Buenos días. —Besó mi cabeza y ronroneó; no paré de tocarlo.

—Es tan temprano que ni siquiera es de día —susurré y besé su pecho.

Sus ruiditos para despertarse provocaron un incendio en mí y me coloqué un poco más encima de él, de tal manera que mi vientre presionaba su erección y mi vértice friccionaba contra su pierna. Me sentía como en celo, insaciable, ¿cuánto hacía que no me pasaba esto? Me refería a sentirme así y poder llevarlo a cabo, poder dar rienda suelta a las ganas, sin mirar la hora o la agenda.

—No me importa dónde esté el sol —dijo con los ojos cerrados y dejando que sus manos comenzaran a arrastrarse por mi cuerpo encendiendo cada célula y convirtiéndome en un árbol de Navidad.

Elevó las caderas y gemí, no solo porque acababa de tocarme justo en ese punto, que también, sino porque la presión de su excitación me produjo una seria reacción ante la anticipación de lo que sabía que se me venía encima. Clavé mis rodillas en el colchón y me lancé sobre mis manos, para irme directamente a su boca. Me besó mientras sus dedos sujetaban mi nuca y su otra mano acariciaba mi espalda, mi culo, mis piernas y trataban de acercarse a mi sexo, tentándolo sin ninguna barrera. De forma perezosa y sin dejar de tocarnos, me tumbó de lado. Volvió a apretarse contra mí, a enredar las piernas y a dejarme sentir el calor de su abdomen en el mío y su respiración en mi oído mientras besaba mi cuello.

—¿Recuerdas cuando dije que podría demostrarte que, a pesar de no ser madrugador, era de los que tienen sexo por la mañana?

No sé ni cómo pude escuchar esa pregunta entre tanto jadeo por mi parte y fricción entre los dos, pero lo hice y me eché a reír, como él.

—¿Así fue? —susurré.

—Creo que sí —rió suavemente y mordió despacio mi mentón—. O solo pensé en demostrártelo alguna vez.

—Puede ser, y puede que yo también pensara que, indudablemente, podrías enseñármelo y

salir airoso —le dije separándome un poco de él y a milímetros de su boca.

Lamí su labio de forma lasciva, y rocé mi sexo húmedo con su pierna doblada entre las mías. Me sentía desatada.

—Oh... joder, eres...

Apartó el pelo de mi cara, rozó su nariz con la mía mientras se mordía el labio y se colocó de tal forma que apretó su miembro contra mi sexo, el roce entre ambos era pura dinamita. Soltó una leve carcajada ronca y me besó.

—Eres acojonante —murmuró contra mi boca, tragándose el jadeo provocado por el placer de su verga apretándose contra mi clítoris, y antes de que me riera invadió mi boca con una posesión absoluta, jugó con su lengua buscando la mía y mordió despacio mis labios. Besaba de una forma tan abrasadora que me hacía estremecer.

Acarició mis pechos y apretó mis pezones, se los llevó a la boca, pero no me dejó que cayera de espaldas en la cama, se fue separando un poco para tumbarme boca abajo del todo y comenzó a besar, lamer y morder la piel de mi espalda.

—Que tengas mi tinta en tu piel me pone... —soltó frotando su barba, sus labios y su nariz justo sobre las vértebras donde estaba el tatuaje.

Solté un gemido y noté cómo descendía por mi columna hasta llegar a mi culo, al que agasajó de una forma gloriosa con su boca y su lengua, mientras con sus dedos abrió mi sexo y lo acarició terriblemente despacio. Estaba derretida ante sus caricias, y antes de que me diera cuenta me agarró por las caderas y me elevó, dejándome a cuatro patas.

—Quiero estar tan dentro de ti... Ané... necesito tatuarte el alma —soltó con la voz ronca y baja, casi áspera.

Sus palabras me abrazaron como un manto con el que guarecerse de todo y de todos, creando un lugar del que no quería salir jamás. Fue un deseo que hizo que el calor, las ganas y algo que se quería formar dentro, muy dentro, tanto que quizá llegara hasta el alma que él quería tatuar, creciera más.

Comenzó a pasear su pene por mi abertura, de una forma tan lenta que pensaba que mantenerme sostenida en aquel nivel de placer me haría perder la cordura sin que él cumpliera su promesa.

—Entra... —pedí, presa de la excitación y sin reconocerme.

Dejó de tocarme, y pensé que me faltaba el aire al no sentirlo, pero vi que, con rapidez, toda la que se puede tener en aquel momento, se estaba poniendo un condón de la caja que estaba en el suelo. Y pensar que me había escandalizado con mi hermana por regalarme de estraperlo una caja de condones el día de mi cumpleaños...

Lo tuve detrás de mí enseguida, volvió a excitarme de la misma manera subiendo la intensidad de sus pasadas, entrando en mí de vez en cuando y haciendo que ambos nos quedáramos sin respiración cada vez que lo hacía.

—Tenerte así es una jodida locura, ¿lo sabes?

Se ensartó en mí por completo en el siguiente movimiento y el placer reverberó por todo mi interior haciendo que de mi garganta saliera un grito ahogado de goce absoluto.

Se pegó a mi espalda, lamíó las letras de mi columna y se volvió a erguir, sujetando con sus manos mis caderas para comenzar con una serie de estocadas que cada vez me llevaban más allá. De repente paró y besó el centro de mi espalda.

—Déjate caer... —dijo con la respiración acelerada.

Lo hice, me tumbé en el colchón y él me siguió sin salirse de mí interior, colocándose entre

mis piernas, y sentí su peso sobre mi espalda.

—No puedo más contigo, voy a partirte en dos... —lo murmuró en mi oído, apretando los dientes.

Me excité más, si es que aquello era posible, y gemí.

Lo sentí salir despacio y entrar con ímpetu.

—Por favor... —rogué—. Hazlo.

—Joder...

Comenzó a embestirme y coló una mano entre el colchón y mi sexo. Encontró mi vértice, y lo presionó de forma intermitente a la vez que sus acometidas me llenaban.

—Ané... —jadeó como si no aguantara más.

—Me voy, Martín... —ahogué justo antes de estallar y sentirlo en mi interior palpitar mientras él hacía lo mismo.

Sin duda estaba tatuándome el alma.

Entré en la *Cafoteca* con una sonrisa de oreja a oreja. Me había despedido de Martín en la puerta de su casa, porque lo acompañé hasta allí como si no pudiera separarme mucho tiempo de él. Quería cambiarse de ropa y abría el estudio más tarde. Nos besamos mucho para ser solo un hasta luego.

Visto desde fuera era tan obvio que estaba completamente pillada por él que no entiendo como no era capaz de verlo, pero lo atribuí a nuestras noches de pasión, a lo que une el buen sexo en general y a la confianza que habíamos fraguado no solo compartiendo fluidos, sino desayunando y bromeando, con cada acto cotidiano que supone una ducha, un «me pasas la pasta de dientes», o un beso espontáneo cuando sin querer te acercas con otro objetivo distinto.

Pilar había abierto y me miró con cautela. Mi sonrisa se borró de forma inmediata, todavía había demasiada plancha por aquí, como decía ella. Entré en el almacén y me quité el abrigo, sacudí las botas un poco más en los cartones que habíamos puesto para evitar el agua del deshielo, quedaba mucha nieve por todas partes. Sentí la vibración del móvil y, sin que nadie me viera, lo saqué del bolso con la sonrisa tonta en la boca esperando algo de Martín.

Pero no, el mensaje era de Varo.

«Ya me llevan a Madrid, gracias por tus visitas, Mona. Espero que nos veamos pronto. Piénsatelo, no firmes nada, por favor. Hablamos».

Me quedé mirando el mensaje, sin sonrisa y sin nada ya.

La tarde anterior, tras mi mudanza exprés, la pasé en el hospital con él, entre conversaciones cortas y visitas de familiares que me miraban raro. Y no me extrañaba, no pintaba mucho allí cuando se suponía que estábamos separados. Me pregunté si alguno más, además de su madre, sabía que me había mandado los papeles de divorcio.

Varo me pidió que estuviera con él y, cuando se quedaba solo, hablábamos o más bien hablaba él. Me quiso explicar por activa y por pasiva que se había equivocado, que no había dejado de quererme. Que verme allí a su lado todavía lo ratificaba más y que se arrepentía de haberme mandado los papeles. Me llegó a decir que no necesitaba que volviéramos a lo de antes, yo podría seguir con mi bar aquí y vernos los fines de semana o cuando libráramos.

«Bar». Aquel apelativo a mi *Cafoteca* me dolió. Aída también lo había llamado así, y aunque el de ella me molestó, con Varo fue más allá. Arañó los sentimientos que podía seguir albergando hacia él creando una ligera fisura de la que goteaba, muy despacio, una posible esperanza.

No sé si era porque tenía demasiado reciente la noche con Martín, apenas habían pasado

horas, o que mis principios se habían visto renovados de alguna manera durante los dos últimos meses, pero no le dije que sí en ningún momento. Tampoco le dije que no.

Le respondí con un escueto mensaje en el que deseaba su recuperación, y la frase hecha: «seguimos en contacto».

Sabía que él iba a insistir, lo noté en cada palabra pronunciada en el hospital. Incluso se enfrentó a su madre y la echó de la habitación cuando las miradas que me lanzaba ya se habían convertido en dardos venenosos más duros que cualquier cosa que me pudiera decir.

Guardé el teléfono y, preparada para atender mi Cafoteca, fui hacia la cocina.

—Buenos días —me saludó mi hermana—. Traes buena cara —dijo sorprendida.

La saludé y aguanté la sonrisa. Estaba enfadada con ella, no podía permitir que el buen hacer de Martín sobre mi cuerpo trastocara mi determinación.

—He pasado la noche con Martín —solté para no decir nada más y ser lo más cortante posible con ella. Sabía cuál iba a ser su reacción.

Escuché su jadeo y pude imaginarme su cara, su boca tapada, sus ojos alucinados. No me reí, me aguanté, porque fue una forma de hacerle ver que tomaba mis propias decisiones y que no me hacía falta su pastoreo para mantenerme lejos del lobo.

Esa mañana había gente, ya estaban los estudiantes y la vida se recuperaba de la Navidad, así que fue fácil evitar a mi hermana, hasta la hora de comer.

Cuando estábamos recogiendo para cerrar hasta la tarde, Pilar se me acercó y me habló con un tono conciliador.

—¿Quieres comer en casa? Diego ha hecho pimientos rellenos —ese tono de voz que transformaba su sugerencia en una súplica, convertía la invitación en una pipa de la paz en toda la regla.

—No sé si quiero comer contigo —dije, era la verdad absoluta.

Si lo pensaba bien, que no me hubiera dicho que Álvaro se había pasado a buscarme, no era tan grave, pero cuando me enteré me sentí un títere en otras manos. Ya era mayorcita para gestionar la información y actuar en consecuencia.

—Fue un impulso, y me arrepiento. Hasta Diego está molesto desde que pasó. Necesito que me perdones, Ané —empezó en bajo, con arrepentimiento, pero poco a poco subió a tonos de desesperación.

—Las mentiras tienen las patas muy cortas —advertí.

—Y que me lo recuerdes tú... —soltó sin pensar y con retintín.

Lo vi en su cara, se arrepintió en el mismo momento.

—Jolín, Pi —dije como si comenzara una pataleta—. Que yo te he ocultado cosas que solo me atañen a mí, pero tú me has mentido con algo que me concierne, con algo que tengo que decidir yo. ¿No pensaste que se pondría en contacto conmigo de alguna otra manera?

—Como le comenté, por encima, que te estabas cepillando a otro y eras feliz, esperaba que desistiera —contestó con obviedad y se cruzó de brazos.

Abrí la boca todo lo que me daba de sí.

—¿Eso le dijiste? —No salía de mi asombro.

—¿No estabas enfadada por eso? —Me miró asustada y aguantó la respiración.

—No me lo puedo creer, Pilar. Estaba molesta porque no me habías dicho que había venido. No pensaba que... —Me tapé la cara y no pude evitar reírme, porque lo de mi hermana no era normal. La cosa es que no era mentira, o no en aquel momento, pero es que lo de esta mujer era demasiado.

—Solo acordarme de lo que le dijo Mariví a mamá... Si es que me pongo mala de pensarlo, Ané. —Su energía renació, ya no había nada suave en sus palabras—. Esa gente no te aprecia, y él el primero.

—No digas eso. —La miré con cautela—. Varo me ha querido mucho, y quizá...

—Quizá nada, que tú estás con el *Dreamink*, Ané.

Cerré los ojos y volví a reírme, esta vez abiertamente, haciendo que ella dejara escapar la risa también.

—Jolín, Pilar... Tú no *eres bien* —solté esa frase que ella decía a menudo, y fue el pistoletazo de salida para que empezara a reírse de tal manera que le salían lágrimas de los ojos.

—Si es que no es mentira, te has pasado estos días dándole a la bandurria —consiguió hablar entre risas, y volvimos a estallar en carcajadas.

Tanto nos estábamos riendo que no escuchamos ni el carillón ni al causante de mis agujetas, porque llevaba una paliza en mi cuerpo que ni una maratón. Lo vi en medio del café. Nos observaba y sonreía como si entendiera el motivo de nuestras risas descontroladas, y quise acercarme a besarlo con todas las ganas que lo había hecho esa mañana al despedirnos.

—Así da gusto entrar aquí —dijo.

Pilar se volvió asustada y soltó sin filtro:

—¡Ay la hostia! Si estás aquí.

Me puse colorada hasta la médula y la miré con la incomprensión y el reproche en mi cara. Era capaz de decirle cualquier burrada después de saber que habíamos pasado las dos últimas noches juntos. No lo dudé ni un segundo y me dirigí a ella, tratando de que no siguiera hablando:

—Si cuando yo te digo que te falta un hervor... —Incliné la cabeza y subí las cejas, pidiéndole medida.

—¿Todo bien? —preguntó él sin entender nada.

—Sí —le contesté, y cuando fijó sus ojos en los míos me dio vergüenza.

Supongo que fue la toma de contacto con la realidad, en casa solo éramos los dos, en la calle, con mi hermana delante, ¿cómo íbamos a ser?

—Hemos hecho las paces, pero supongo que es porque Diego ha hecho pimientos —soltó Pilar de carrerilla—. ¿Te apuntas a comer con nosotros? Mi marido no entiende de medidas más que para pautar las dosis de los medicamentos.

Sonreía tanto que me contagié. Mi hermana lo quería todo para mí y estaba claro que no iba a dejarlo escapar.

Martín subió las cejas, me preguntaba de forma muda cuál era mi opinión, me pedía permiso, supongo. No puedo explicar lo que sentí; formar parte de algo en donde se tenía en cuenta mi opinión me hizo crecer, sentirme libre y yo misma. Tragué con dificultad, incluso quise llorar de gratitud hacia él, que parecía no darle importancia al gesto.

—Son unos pimientos que no te puedes perder, a no ser que tuvieras otros planes —le dije. Dejé claro que yo tenía esos planes y que era más que bienvenido.

Se mordió el labio; en un acto reflejo se me hizo la boca agua; y para rematar sus ojos cambiaron a otros depredadores y calientes como el infierno. Estuve a punto de rechazar la invitación de mi hermana en pro de la concupiscencia, pero me limité a encogerme de hombros y esperar su respuesta.

Me apetecía que estuviera con nosotros en una comida ahora que ya éramos... algo.

—Por mí perfecto —dijo sin apartar su vista de la mía.

—Vais a derretir la nieve de las calles antes de que caiga otra helada, de verdad... —Pilar se

metió en el almacén, rezongando algo que no escuché, y se puso el abrigo—. Os espero en casa, y podéis marcharos después de comer que hoy habrá siesta para todos —concluyó sin dejar dudas de que aquello era una orden, pero se le escapó una sonrisa, y supe que estaba feliz por mí. Salió de la Cafoteca y los dos nos echamos a reír. Las siestas de mi hermana empezaban a ser *vox populi*

I want you

Hubiera ido directamente a la Cafoteca, pero tenía la obligación de abrir un negocio.

La noche ha sido cojonuda, no hay muchas más palabras que definan lo que es estar pegado a ella, darle placer y recibirlo; y ese despertar ha sido la hostia. Tengo la sensación de que no es solo sexo, pero me lo voy a callar porque ni yo me quiero asustar ni quiero que ella, con la situación que maneja, salga disparada en otra dirección.

No puedo negarlo, lo que me dijo de que su ex le había pedido volver es algo que, en mi mente, está añadido a una lista de pendientes, pero tampoco habló nada más al respecto, ni lo que le contestó ni lo que quiere. Supongo que, si ha pasado la noche conmigo, se ha despedido así de mí y las intenciones, tras esta mañana, son volver a vernos, no hay mucho que averiguar.

Entro en la Cafoteca y las veo reírse a mandíbula batiente, sin complejos; desternilladas y con lágrimas en los ojos. Joder, me hace feliz verla así, su actitud tiene un efecto directo en mí y sonrío como si estuviera viendo la cosa más bonita.

Quizá sea eso, Ané es mi cosa más bonita.

«Frena, Marti, frena, que no sabes ni lo que dices». Sí, si lo sé, mentirme a mí no me va, pero mejor voy a dejarlo estar que la velocidad de esta situación es la que es y no soy de forzar.

Encontrarme con la invitación a casa de su hermana me ha pillado por sorpresa, no era lo que tenía en mente, porque lo que se dice comer no era mi prioridad. Le iba a proponer pillar unos bocadillos y comernos el uno al otro, en mi casa, en la suya, en la cafetería detrás de la barra. Quizá soy un poco adicto a ella.

—Por mí perfecto —digo sin dejar de mirarla, con las ganas de besarla, de lamerla y de hacerla gemir recorriéndole el cuerpo como si fuera una mecha prendida.

Me mira y su lengua lame sus labios.

«Joder, me estoy empalmando».

—Vais a derretir la nieve de las calles antes de que caiga otra helada, de verdad. Os espero en casa, y podéis marcharos después de comer que hoy habrá siesta para todos.

Pilar se va de la Cafoteca y Ané toca con sus dedos largos y finos un taburete, parada, sin hacer nada, pero sin dejar de mirarme.

—¿De verdad quieres ir? No te sientas obligado —la duda en su voz y su mirada, de repente, baja, me hace fruncir el ceño, extrañado.

—¿A ti te apetece que vaya? —pregunto, porque quizá no se ha atrevido a echar para atrás a su hermana.

—A mí me encantaría —dice sonriendo y arrugando hasta las comisuras de los ojos.

Me acerco, no necesito más señales para volver al mismo punto donde lo hemos dejado en la puerta de mi casa. Sujeto sus caderas despacio, sin dejar de mirar sus ojos, su boca, su cuello... sí, su cuello. Solo desciendo un poco para que mis labios lo rocen; me da acceso y suspira al sentir mi lengua lamer solo un punto bajo su oreja, se le eriza la piel y yo estoy completamente empalmado.

—Joder, hueles... —susurro contra ella y se acopla a mi cuerpo como si no nos hubiéramos separado, acariciando mi nuca bajo mi pelo.

Un jadeo ahogado me hace subir a su boca y comenzar a besarla despacio, lamiendo sus labios, jugando con ellos, dejando que ella mordisqueee los míos. Mis manos acarician sus muslos y la sujeto de repente, subiéndola contra mí y sentándola en uno de los taburetes.

—Voy a ser sincero —digo a milímetros de ella, cuando siento cómo se aprieta contra mi polla. Cesó el movimiento y trato de reunir una cordura que ahora mismo no tengo—. Mi intención para este mediodía no era comer pimientos.

Suelta una carcajada cantarina y echa la cabeza hacia atrás.

—No te rías. —Pero yo también lo hago. La densidad lujuriosa que nos rodeaba se ha disipado un poco.

—Desde luego que a mí también me apetece...

—¿Te apetece... qué? —la animo a que siga, parece que se corta un poco.

—Comerte. —Y se sonroja más allá de lo que ya estaba.

«Hostia...».

Por una décima de segundo me la he imaginado hablándome sucio, y la sangre ha dejado de llegarme al cerebro.

—Pero hemos quedado —la voz me sale un poco estrangulada—. No obstante, es imperante que nos echemos siesta —añado como si fuera un médico recetando cualquier fármaco vital, veo que duda—. Pilar también va a dormirla —lo apunto como una obviedad.

Entonces sí, la carcajada es monumental.

—Por favor, las siestas de Pilar. —Pone los ojos en blanco.

Beso sus labios, de forma más o menos casta, ella me sujeta por la nuca y la castidad se va a tomar por culo, pero me vuelvo a separar.

—No me parece correcto ni sano salir de aquí con una erección monumental.

Mira mi paquete y abre los ojos en una mueca muy graciosa.

Llegamos a casa de Pilar y los sobrinos de Ané se tiran a sus brazos, esta los acoge y los llena de besos. Mientras la niña habla con su tía sin parar, contándole lo que han hecho a la vuelta del cole, el pequeño se me queda mirando y me agacho hasta quedar a su altura.

—Hola —saludo.

No aparta su mirada y fija sus pequeños ojos en mi nariz, tuerce su cabeza y su pequeña mano toca mi argolla.

—Si no lo paras te la arrancará, y no tengo seguro para cubrir todas esas cosas, ¿no Ané? —pregunta Pilar en la puerta de la cocina.

Me echo a reír.

—Vamos niños, a lavar los dientes —apremia su madre.

—Pero tengo que contarle a la tía unas cosas importantes —apunta Ari.

—Pues le escribes una carta —contesta con una soltura que me deja pasmado, ni que tuviera un guion.

—¿Y a dónde te la envió? —A la niña le cambia la cara a una de entrañable ilusión, mientras se lo pregunta a Ané. Estaba convencido de que iba enfadarse por cortarles el rollo, pero no, le parece una idea fantástica.

—Ven, te voy a poner mi dirección y cuando la reciba te mandaré otra —le contesta su tía y la acompaña a su habitación.

—¡Genial!

Me quedo en el pasillo mientras Pilar se lleva al pequeño al baño.

—Ponte cómodo, *Dreamink* —me dice mientras lava los dientes al pequeño—. Quién me iba a decir a mí cuando te veía en el Queru que te iba a tener en mi casa sin saber qué hacer.

Su carcajada hace que me descojone. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero. No obstante, no sé cuál es el siguiente paso a dar.

—Pero ese es tu novio, ¿tía? —escucho a la pequeña hablar con Ané y me encuentro agudizando el oído para entender lo que le contesta, pero o no le dice nada o no soy capaz de escucharla—. Álvaro no estaba nunca, me gusta más este. ¿Has visto que lleva un pendiente en la nariz? Mamá me ha dicho que cuando sea mayor me podré poner pendientes en las orejas y donde quiera. En la nariz, como lo lleva él, me gusta.

—Háblalo con ella —la voz de Ané esconde ganas de reír, se lo noto desde aquí.

—No hace falta, cuando sea mayor me va a dejar —asegura la pequeña.

Aguanto la risa, no me cabe duda de que lo que ha dicho la niña es exactamente lo que le dice su madre, lo que quizá Pilar no sabe es que ella se lo puede tomar de forma tan literal.

Ané sale de la habitación y se fija en mi posición, parpadea varias veces y veo un ligero sonrojo, eleva las cejas y cierra la puerta, ella se lo ha pedido para poder escribirle la carta.

—Pasa al salón, Diego tardará un rato en llegar —me dice y me señala el acceso, por donde asoman dos peluches tirados en el suelo.

Entra detrás de mí mientras se quita el abrigo, y nos sentamos en el sillón rojo retirando un álbum de cromos de Ari.

—Tengo vino, ¿os apetece? —Pilar entra en el salón con una botella abierta—, la he descorchado hace un rato, para que se oxigene, que Diego me echa cada bronca si no lo hago... —Pone los ojos en blanco.

Yo asiento y miro de reojo la botella que ha dejado en la mesa mientras saca las copas de la cristalera del armario.

—Este vino me suena. —Ané me mira y se ríe.

Joder, me encanta cuando se sonroja.

—Este vino le gusta mucho a mi padre y nos regaló botellas a las dos en Nochebuena —aclara mi chica.

«Mi chica».

«¿Y si mi abuela llevaba razón? ¿Y si es cierto que van a poder hacerme daño como ella piensa?», después de ese pensamiento me doy cuenta de que Ané está muy cerca de poder hacérmelo, el día de ayer lo corrobora.

—A nosotros solo nos queda esta, la otra nos la bebimos dos noches antes de Reyes, está buenísima —apunta Pilar echando vino en las copas.

—Desde luego —admito recordando el camino por el que nos llevó a Ané a y a mí ese Ribera de Duero.

Cogemos las copas y brindamos.

—Por más comidas así, todos juntos. —Pilar eleva la copa con una sonrisa enorme en la cara.

Se escucha la puerta de la calle.

—No seréis tan malas como para estar brindando sin mí —dice el hombre que entra en casa y que debe de ser, sin lugar a dudas, el marido de Pilar.

Accede al salón mientras se desabrocha la cazadora de color camel y nos mira, sus ojos, al

hacer contacto con los míos, se abren un poco más por la sorpresa.

—Mira, Diego, él es Martín. —Pilar se acerca a él y lo besa en la boca.

Viene hasta mí, me levanto y me saluda estrechándome la mano. Es un tío atractivo con una sonrisa sincera que le llega a los ojos.

—¿Te han tentado con los pimientos rellenos? —pregunta sin quitar su vista de la mía, nada de repaso a mis pelos, a mis manos tatuadas, ni siquiera a mi nariz donde hay un detalle del que escuchará hablar de la boca de su hija más pronto que tarde, me temo.

—Algo así.

Se ríe y mira a Ané, que se levanta con su copa en la mano.

—Te veo bien, cuñada —le guiña un ojo—. Me pongo cómodo y comemos.

La comida fue divertida, con Pilar me pregunto si hay algo que no lo sea. Incluso cuando su madre llamó por teléfono y pareció enfadarse porque Ané estaba comiendo con ellos, le quitó hierro al asunto diciéndole, delante de todos, que prometía sacarle los gases cuando terminara de comer.

Se han echado a suertes abrir la Cafoteca, y mi chica ha salido ganando, lo que nos da un margen de dos horas de siesta a cambio de que Ané cierre.

Bajamos caminando uno al lado del otro hasta la plaza Mayor, no hemos acordado ir a ningún sitio, pero nuestros pasos, mientras hablamos de Diego y Pilar, nos llevan hasta la puerta de su casa. Abre el portal y entramos en el ascensor, que parece que nos estuviera esperando. No puedo contenerme más. La abordo agarrando su cintura y coloco mi otra mano entre su nuca y su cuello; se le escapa un jadeo y un grito de sorpresa, pero me permite besarla y me lo devuelve con intenciones claras. No la he tocado ni una sola vez durante la comida, pero no ha sido por falta de ganas, sino por respetar esa línea que ha establecido ella entre los dos donde no me ha rozado casi ni por equivocación.

Entramos en su ático y nos quitamos los abrigos a tirones. Vuelve a hacer demasiado calor allí.

—La calefacción... —se queja—. No soy capaz de controlarla.

Se da la vuelta entre mis brazos mientras cierro la puerta con mi pie y se acerca al termostato, no dejo de besar su cuello y acariciar sus pechos por encima del sujetador con mis manos bajo su jersey. Se ríe, porque no es capaz de acertar con los botones.

—Martín... —me dice entre risas, y le permito, durante cinco segundos que cuento en mi mente y se me hacen eternos, alterar los grados de esa casa.

Una vez pasan vuelvo a la carga y no llegamos a echar esa siesta en su cama. El sofá nos parece un gran sitio y nuestra pasión nos tira sobre la alfombra de pelo blanco. El calor de la casa hace que, una vez que terminamos, no necesitemos ni una manta para echarnos por encima.

—Necesito agua —digo como si pronunciando ese deseo en voz alta fuera a llegar a mí.

Ané hace el movimiento para despegarse de mi piel y se lo impido.

—Déjame que traiga una botella.

—No es necesario, puedo morir deshidratado si te tengo encima, no me parece un problema.

Se echa a reír y se deshace de mi abrazo, si supiera que en esas palabras hay una intención mucho más allá de la broma...

Me vuelve a la mente, mientras veo cómo se aleja, la canción *I want you* de Savage Garden que he estado tarareando toda la mañana desde que Min la ha colado en una lista de reproducción, porque ha descubierto a este grupo y está como loca con él. Aunque a mí me lleva a mi adolescencia temprana.

Inspiro y sonrío bajo mi respiración y al echar un vistazo veo el sobre manila asomar por la parte alta del mueble de obra que cubre la pared frontal del salón. Recuerdo que Ané lo mencionó, son los papeles de divorcio, y todavía están ahí.

«¿Por qué hostias me jode verlos?».

«Porque ella puede hacerte daño, Marti».

Nos dimos espacio, para echarnos de menos

Nos pasamos todo el mes de enero casi pegados el uno al otro. No miento, excepto las horas de trabajo, y eso que él se pasaba muchas veces por la Cafoteca, nos dedicamos a quemar el tiempo juntos. Incluso los lunes que iba a Madrid ha vuelto de madrugada a dormir a mi lado. Me encanta estar con él; cómo me mira como si no hubiera nadie más, aunque estemos rodeados de gente; su toque en mi cuello como por descuido de vez en cuando; me obsesiona la tinta de su piel y la reacción a mi tacto, cuando hay público me descubro resiguiendo las líneas de sus tatuajes con mis dedos, y si estamos solos mi lengua es la que recorre esos caminos.

Fuimos al cine varias veces, yo acepté sus películas diferentes e intentaba entender las tramas que pocas veces acababan cerradas y me dejaban satisfecha. Y él vio conmigo pelis comerciales y respetó en todo momento mis emociones, las cuales no entendía muy bien por qué, pero cuando afloraban no me cortaba en absoluto.

Con Martín empecé a conocerme más a mí misma, a probar con él cosas nuevas y a dar mi opinión tanto negativa como positiva. Nunca la cuestionó, defendimos nuestras posiciones, y fuera cual fuese el resultado siempre acabábamos como si no hubiéramos estado debatiendo por algo. Me encantaba esa sensación de distensión cuando sin previo acuerdo dejábamos un tema en el que no habíamos llegado a un punto común.

Entendí que llegaría un momento en el que Martín me dejaría por no saber seguirle el ritmo, pero aquello tampoco me importaba, porque decidí que iba a vivir con él esa maravillosa locura que se desataba en mí cuando lo tenía cerca, o cuando no, pero pensaba en él.

—Estás enamoradita perdida —me dijo Marta una mañana que entró a la Cafoteca y estaba tarareando una canción de Alice Wonder. Fue Luz, la chica de Félix, la que me la descubrió.

—Buenos días, Martita —contesté con retintín y terminé el pedido que estaba sirviendo—. ¿Un café?

—Y unas tostadas más un zumo, que necesito cargar pilas.

Miré la hora y luego a Marta, no tenía muy buena cara.

—¿Qué ha pasado? —Fruncí el ceño, era extraño que pidiera más que un café cortado.

—Rafa está en mi casa —soltó sin anestesia.

Abrí los ojos y parpadeé varias veces.

—¿Y tú estás aquí porque...? —No, no lo entendía. Ella estaba pillada por él, aunque tratara de convencerse de lo contrario.

—Porque está en mi cama, dormido y desnudo.

—Vaya... —Asentí sin saber cómo reaccionar y mirando a mi alrededor, demasiada gente para hablar a gusto con ella y desgranar lo que me estaba contando—. Pues no me explico que eso sea una razón para irte de tu cama, más bien me parece una para quedarte.

—Ponme el desayuno, Ané, y después de llenar mi estómago te cuento. Que estoy que muerdo.

Lo hice, porque Marta era una explosión cuando se le contradecía, y el tema de Rafa, que no Rafael, le ponía justo en el filo.

Desayunó en la barra y, mientras terminaba, y yo continuaba sirviendo cafés y desayunos más completos, Martín entró sacudiéndose el agua y echando su pelo para atrás.

Era un hecho, verlo me encendía como una bengala.

Se acercó a la barra y lo esperé con una sonrisa de salida total recordando lo que habíamos hecho esa misma mañana antes de venir a trabajar. Los desayunos en la Cafoteca no se daban tanto como antes, y aquella vez habíamos tomado un café rápido en su casa tras una ducha caliente como el infierno.

—¿Cómo está mi sirenita? —dijo cuando se acercó a mí.

Tuve que reírme, él me siguió con las risas.

Me lo llamó al despedirse de mí en la puerta de su estudio y me burlé de él diciendo que era un hortera. Estuvo de acuerdo, pero me dio un beso húmedo con el que me recordó el porqué del apodo.

Me besó en la boca tras pingarme un poco sobre la barra para poder alcanzar sus labios gruesos.

—Rafa quiere eso —la voz de Marta hizo que ambos la mirásemos.

—Buenos días —saludó Martín al que en aquel momento recuerdo llamarlo mentalmente *mi chico*.

Y no, no lo era porque no habíamos hablado de lo que éramos de verdad el uno para el otro, pero en silencio no sabía llamarlo de otra manera.

No quise hablar con Marta de aquello a lo que se refería porque me puse nerviosa y hacerlo frente a Martín me alteraba. No necesitaba que nuestra situación, fuera lo que fuese, variara. Quizá tras todo el tema de Álvaro y la relación tan cerrada que tuvimos había desarrollado una fobia a asignar una categoría a lo nuestro, o quizá tenía miedo de que se gafara y terminara en cuanto empezáramos a ser algo con nombre.

Atendí a tres personas que venían juntas a la vez que preparaba el café de Martín, y vi cómo él sí que daba conversación a Marta.

Sé que hablaron de lo rayada que ella estaba con Rafa. Marta no puede callárselo cuando es lo que tiene en mente, y Rafa no solo estaba en su mente, también estaba en su cama. Y supe, después de hablar con Martín, que él no le aclaró mucho, no le dio pistas sobre las intenciones reales de Rafa. Otra cosa no, pero el chico tatuado es tan discreto que sus silencios, cuando preguntas, suenan como advertencias en plan: «no sigas por ahí porque soy una tumba». Me gusta esa forma de ser, me gustaba que, aún sabiendo lo que fuera de su amigo respecto a lo que sentía por mi amiga no lo traicionó ni siquiera conmigo. Tampoco es que yo insistiera.

Marta se despidió de mí y me dijo que me llamaría para quedar. Era absurdo seguir esperando un hueco entre cliente y cliente para poder hablar a gusto, esa mañana no estaba siendo una de esas.

—No te dan tregua —Martín habló mientras se preparaba para irse de nuevo a trabajar.

—Serán los exámenes —le contesté. La sala estaba llena de estudiantes, algunos habían hecho grupos de estudio.

—Voy a comer con mi abuela —me informó—. Me ha llamado esta mañana y, aunque no me ha dicho nada, me he sentido un poco culpable. Hace tiempo que no comemos juntos.

Me mordí los labios e inspiré, me sentí responsable de haber separado a su nieto de esas veladas a su lado.

—Claro —me encogí de hombros—. Me acabo de sentir fatal, así que creo que iré a casa de mis padres.

—Quizá no esté mal que hagamos un poco de contacto con la realidad —lo dijo con una sonrisa, pero a pesar de eso me dolió.

Cuando se despidió me quedé durante bastante rato dándole vueltas a si no había hecho lo mismo con mi familia que cuando estaba con Varo.

Pilar vino de la calle y se puso a mi lado en la barra.

—¿Qué tal Rigel? —pregunté por mi sobrino lo primero, había estado malito estos días y me partía el alma.

—Está mejor, la fiebre ya le ha bajado y aguanta el Apiretal siete horas.

Su cara estaba más relajada y me acerqué para darle un abrazo.

—Con mamá está fenomenal —aseguré.

—Sin duda, es posible que mejore a base de chocolate. —Puso los ojos en blanco—. No sabes el arsenal que ha traído de la compra. Le he advertido de que no le dé, pero ya sabes, se va a pasar mi orden por el arco del triunfo.

Me reí, y seguimos atendiendo sin que pudiera quitarme de la cabeza lo que había desencadenado la cita de Martín con su abuela.

—Pi... ¿Crees que me estoy volviendo a aislar? —se lo pregunté mientras atendíamos las dos a la gente en la barra, a la vez que ella ponía una tostada con tomate rallado y aceite de oliva y yo dejaba un zumo de naranja en vaso pequeño.

Me miró extrañada.

—Con Martín, ¿crees que estoy pasando de vosotros? —insistí siendo más específica.

—Para nada. —Hizo un gesto exagerado quitando importancia a mis pensamientos—. Estáis al principio de una relación, lo normal es que no quieras dedicarle tiempo más que a él. Aun así, no estás pasando de nosotros, no te equivoques.

Se acercó y me abrazó para besarme en la sien.

—Nunca voy a volver a dejarte que lo hagas, o por lo menos no sin hacértelo saber, para que obres en consecuencia y con toda la información en tu mano.

Me gustó, me gustó mucho que mi hermana lo estuviera viendo así. Y a pesar de que sabía que debía empezar a entender ese tipo de cosas por mí misma sin la aprobación de alguien externo, aquello me ayudó a sentirme bien, a seguir adelante sin miedo y a disfrutar de cada paso dado. Aunque me guardara alguna cosilla sin importancia, solo para mí.

Y con cosillas sin importancia me refiero a mensajes de guasap a los que no les daba mucha bola. Hacía dos días había recibido uno de Aída, después de más de un mes sin saber de ella, y me sorprendió, pero era tan surrealista que lo dejé pasar.

«¿Estás con Varo?».

Solo eso, ni un saludo, ni cualquier otra pregunta que denotara que se interesaba por mí. Antes de contestar pensé que, en realidad, no sabía a lo que se refería; a si estaba en ese momento con él, algo que era de verdad absurdo porque era un miércoles a las once de la noche mientras me tomaba una taza de leche caliente con Nesquik en casa de Martín; o a si estaba con él como pareja de nuevo, lo que hizo que me acordara de su proposición en el hospital, algo que terminé atribuyendo a los calmantes que le dieron tras intervenirle porque nunca más supe nada de aquello. Contesté con la verdad en las dos situaciones y de la misma manera escueta y taxativa que su pregunta:

«No».

Ella no puso nada más y yo borré su chat.

Y ya estaba, hasta ahí había llegado el contacto entre las dos.

Pero esa tarde, tras comer con mis padres en su casa, dándoles una alegría tremenda, mi móvil vibró con un mensaje que no era de Martín, tampoco de Marta o Pilar...

Era Varo:

«Me gustaría que habláramos.

Voy a Soria dentro de un par de semanas,
y quizá podríamos quedar a tomar un café.

Nos lo debemos».

No me pareció que el mensaje fuera determinante, excepto por esa frase final. Porque no, yo sentía que Álvaro y yo no nos debíamos nada, pero entonces recordé los papeles de divorcio que llevé al ático y dejé en lo alto del mueble del salón.

Se me cortó un poquito la sobremesa, para qué engañarme, hasta mi madre me lo notó en la cara.

—Hija, igual es mejor que te echas un poco antes de volver a la cafetería.

La miré parpadeando mucho y tratando de cambiar la imagen del sobre manila, que resplandecía en mi mente con luces de neón queriendo cegarme, por la de mi madre.

—No es nada, mamá, no te preocupes. Me ha venido la regla y necesito otro Gelocatil — mentí como una bellaca, hacía años que con la píldora no necesitaba de otras pastillas para mejorar mis horribles dismenorreas con las que había sufrido desde que me vino la menstruación a los trece años, pero esa mentira piadosa es muy socorrida con una madre y su olfato de sabueso.

Decidí que debería hacer algo con esos papeles, porque estaba segura de que ese mensaje tenía mucho que ver con ellos.

—¿Y por qué no los firmas y se los mandas? —Marta me lo preguntó sin acritud, por eso la había elegido a ella para contárselo y no a Pilar, que estaba segura de que al día siguiente me pondría en el periódico por semejante aberración.

—No lo sé... La verdad es que ni siquiera me acordaba de ellos hasta que Varo me ha escrito.

Estábamos sentadas en la alfombra mullida del salón, cenando sobre la mesa pequeña una ensalada de aguacate y tomate con *mozzarella* y un plato de ahumados. Martín, con el que había hablado de que quizá echarnos un poco de menos iba a estar bien, iba a quedarse con su abuela esa noche porque había pasado algo con su madre.

Conocer la historia de la madre de Martín me dejó bastante alucinada, y cualquier cosa que tuviera que ver con ella me hacía tener una empatía tremenda hacia ellos dos. Debía de ser horrible vivir aquella situación, y por mucho que él se hiciera el fuerte y pareciera que pasaba olímpicamente de ella y que solo le importaba su abuela, yo no me lo creía, pero no decía nada. Él contaba su historia, desprovisto de sentimientos excepto cuando se trataba de Elisa.

Marta me miró a la espera de otra respuesta y volví al tema de los papeles de divorcio.

—No me mires así, es cierto, no lo he olvidado a conciencia, ahora no. Sí que cuando me vine para aquí los aparté adrede. Pero es que ahora ni acordarme, te lo juro.

—Sí, ya. Pero... ¿Por qué no coges los papeles los firmas y los mandas mañana mismo?

La miré sin decir nada porque no tenía una respuesta a esa pregunta.

Poniéndolo en perspectiva sé que, aunque en aquel momento mis razones internas se tambalearan porque mi relación con Martín anulaba todo, mi cerebro reptiliano todavía no podía cerrar esa historia, y lo tenía como una especie de posible bote de salvación. Sentía una inseguridad que me hacía creer que a la larga era difícil que Martín se quedara conmigo para siempre. Porque con él me estaba comportando tal y como era, sin ponerme trabas a mí misma, sin cortarme en aportar lo que pensaba de cualquier cosa, y sabía que tarde o temprano se cansaría de

mí, pero era mi apuesta en esa relación.

Si Martín se cansaba de estar conmigo que fuera de la verdadera Ané y no de otra inventada entre los dos.

—Supongo que tendré que hacerlo —dije, con todas las dudas en mi mente.

—Supones bien. —Me guiñó un ojo y cogió su cerveza para darle un trago.

—Y cuando quieras, podemos hablar de Rafa —cambié de tema convenientemente.

Team A

He echado de menos a Ané en la cama, y no solo por el sexo, mentiría si dijera que no; pero me he acostumbrado a dormir con ella en su casa o en la mía y hacerlo solo ha supuesto una noche difícil para conciliar el sueño. Sobre todo, con lo que ha pasado.

Me quedé en casa de mi abuela para hacerle compañía, a pesar de que ella insistió en que mi lugar esa noche no era mi habitación de adolescente, pero no haber estado con Elisa me habría vuelto loco. Terminamos yendo al médico porque sufrió un ataque de ansiedad y con ello añadí otra muesca más a mi rencor hacia María. Demasiadas.

Enterarme de los avances de mi abuela con mi madre me puso de muy mal humor. Traté de controlarlo, pero Elisa ya sabía que ocultármelo no me iba a sentar bien.

Hace quince días María se puso en contacto con ella, desesperada, y habló por teléfono con un tío que decía ser su pareja. Entre mi abuela, él y el consentimiento de mi madre, la metieron a un centro de desintoxicación en Alicante. No me considero desconfiado, pero en esta historia mis niveles de suspicacia han aumentado considerablemente.

El caso es que llevaba quince días allí, y la supuesta pareja se estuvo poniendo en contacto con mi abuela para contarle los partes diarios de los que el centro le hacía partícipe. Convencer a mi abuela de aquello era fácil, y qué demonios, supongo que, aún habiéndome informado de ello, yo también habría estado de acuerdo. La esperanza, por mucho que trate de engañarme, es lo último que se pierde, incluso con mi madre.

Cuando mi abuela me llamó sentí que algo pasaba, que no era una llamada al uso, y enterarme de todo me sentó como el putito porque me sentí culpable. No haber estado pendiente de ella por estar viviendo las mieles con Ané era lo que me había hecho perderme algo tan importante en nuestra familia.

Lo peor era que toda esta historia tenía un final que ya habíamos vivido en otras ocasiones. Mi madre ya no estaba en el centro, se había fugado y no sabíamos muy bien cómo. Hablé con el supuesto novio; era un tío rehabilitado al que mi madre le había despertado cierta compasión, y supongo que en algún momento de lucidez supo ver en ella algo más, pero él tampoco sabía sobre su paradero.

No tenía claro si creerlo, a pesar de que mi abuela me contó sobre la predisposición de María y cómo le pidió que, hasta que no llevara un mes dentro y estuviera mejor no me dijera nada. La idea era que Elisa y yo fuéramos a verla una vez pasado el tiempo prudencial para recibir las visitas y sorprenderme.

Todo quedó en nada, como siempre.

Elisa ha dormido toda la noche tranquila, inducida por ese sueño químico que dan los ansiolíticos, y durante estas semanas tendrá que seguir con ellos si no quiere volver al episodio de la tarde de ayer. Se alteró tanto que pensé que no lo contaba, a su tensión le viene muy mal.

Le propuse quedarme con ella un par de días, y me dijo que ni hablar, que yo debía de continuar mi vida.

—Buenos días, Marti —me saluda Min cuando entro en el estudio—. Mis amigos ya han inaugurado las cabañas de la playa.

La miro extrañado, la saludo despacio, y cuando mi cerebro hace la conexión oportuna con la

información que me da, asiento.

—Genial, espero que les vaya muy bien —mi voz sale algo pastosa por la empanada mental que llevo encima.

—Necesitas dos litros de café. No solo tu mente va despacio, tienes tantas ojeras que no te distingo las pestañas —dice preocupada.

—Min, cariño, a exagerada te ganan pocos. —Sonrío, no quiero que se quede intranquila —, pero tienes mucha razón, y voy a ir directo a por él.

—Te acuerdas de que la maquinita del café ya está en el *office*, ¿verdad? —se recochinea.

Me alegro de que sea capaz de bromear.

—Es posible que no solo necesite mi dosis doble de café. —Muevo las cejas con intención. Quiero ver a Ané y hundirme en uno de sus abrazos.

—Pues ya podéis ser rápidos, que en treinta minutos tienes el tatu de Julián.

—Hoy se lo termino. —Hago memoria de su dibujo.

Solo queda darle color a una parte de la perla negra, sí, el barco de Piratas del Caribe que he dibujado en su espalda superior cubriéndola prácticamente por completo.

—Pues vete a la Cafoteca y aprovecha. Por cierto, si nos apetece ir a las cabañas tenemos un descuento muy jugoso, te lo voy a reenviar a tu mail —lo dice y se pone a teclear en el ordenador.

Un aviso de mail me llega casi de forma inmediata.

Estar con Minerva consigue que desconecte de la realidad, ella no sabe nada, y de momento no tiene por qué. Además, no me apetece contarlo y rememorarlo, solo quiero ver a Ané y que sea ella la que me haga olvidarme de todo.

—Gracias, hasta ahora.

Como no me he quitado el abrigo me voy directamente al café de mis sueños.

Pero todo mi gozo en un pozo, Pilar me recibe tras la barra y se ríe en mi cara.

—Sé que no soy tan bonita como mi hermana, *Dreamink*, pero podías ser menos expresivo.

—Buenos días, perdona. —Suelto un suspiro—. Creo que el sueño me ha robado el filtro esta mañana. Dime que vendrá en seguida.

—Vendrá en seguida. —Me mira analizando mi expresión—. Lo siento, no puedo seguir puteándote. No sé cuándo va a venir, a lo largo de la mañana, seguro.

Suelto un bufido y me dejo caer en un taburete. Saco el móvil y le mando un mensaje, necesito saber si la voy a ver esta mañana. Un café solo con un aroma excepcional se materializa delante de mí.

—Va doble, creo que lo necesitas. —Levanta las cejas como si me entendiera, supongo que ha pillado que me pasa algo, y no bueno.

—Gracias, Pilar. ¿Qué tal el pequeño? —Recuerdo que ayer Ané me dijo que estaba enfermo.

—Hoy está mucho mejor, no ha tenido fiebre en toda la noche y si sigue así mañana ya podrá ir a la guardería, pero necesito que esté un día entero sin que le suba porque no me fio nada.

Me tomo el café en dos tragos, degustando su sabor amargo y dejando que el calor entre en mí a ver si es capaz de quitarme la sensación de frío que tengo desde ayer.

—Le he dicho a Ané que la semana de Carnavales podríamos cerrar —suelta de repente, sacándome de mis pensamientos—. Esos cuatro días, me refiero, para tomarnos un descanso. No creo que pase nada y Diego y yo habíamos pensado en irnos al apartamento de la costa de sus padres, pero no sé qué me da dejarla aquí sola, al frente de esto —dice de carrerilla. Ya voy conociendo a Pilar y sé que cuando piensa algo que necesita confirmación no puede aguantarse.

—¿No está de acuerdo? —dudo.

—No ha estado muy receptiva por teléfono cuando se lo he preguntado esta mañana, la verdad.

—¿La has despertado con tu llamada? —Elevo una ceja y no puedo evitar sonreír.

—Creo que sí, pero mi hermana es un ave madrugadora, deberías saberlo —me advierte, como si no la conociera.

—Lo es, desde luego, pero le cuesta un poco hilar pensamientos a esas horas. —Suelto una carcajada acordándome de alguna mañana, pocas, todo hay que reconocerlo, en las que he sido yo el que ha madrugado más y he tratado de hablar con ella—. Vuelve a plantearse, seguro que llegáis a un acuerdo.

—Pero a ti, como tío que conoce el comercio y los bares de aquí, ¿te parece descabellado? —Abre mucho los ojos, para que le responda que no. Es tremenda—. Que para más adelante podemos contratar a alguien que nos ayude, porque creo que esto nos está yendo muy bien, las cosas como son, pero cuatro días cerrado... ¿será para que nos manden a la mierda?

—¿Quién nos va a mandar a ese sitio, Pi? —la voz de mi chica se escucha tras el tintineo del carillón y a mí me sale automáticamente una sonrisa.

Me vuelvo y ella viene hacia a mí. Me da un beso en la boca, primero corto, contenido; pero yo necesito más y la sujeto por la cintura para atraerla y besarla como he necesitado desde ayer.

—Suave, fiera —me dice cuando la pego a mí tanto que parece que me voy a fundir con su cuerpo; sujeta mi cara, acaricia mi barba, baja un poco por mi cuello... cómo me gusta que me haga eso, y me susurra—: ¿Qué tal Elisa?

—Mejor. Ya te contaré —le doy un beso de nuevo y la suelto para que entre en su lugar de trabajo.

—¿De qué hablabais? —pregunta a su hermana que nos ha dado una intimidad que yo agradezco.

Esos segundos sintiéndola me han cargado las pilas, aunque necesite más.

«Necesitas todo, Marti, no solo más».

Mientras Pilar le cuenta sus planes de puente de Carnavales yo siento cómo mi día mejora a pesar del sueño y de la sensación horrible que me provocan los actos o las ausencias de mi madre.

—A Martín no le parece mala idea —termina su relato.

Levanto las manos, tratando de librarme de esa acusación, cuando Ané me mira sin acritud, pero esperando alguna respuesta.

—¡Si no me he pronunciado! —le reprendo y Pilar se ríe.

—Pero no es para tanto, ¿a qué no? —insiste.

—Todos nos merecemos unas vacaciones y cuatro días no son muchos —admito.

—Sí, pero no vamos a cerrar si yo me quedo aquí, me parece absurdo —añade Ané, y lleva razón.

De repente se me ocurre una idea.

—¿Y si no te quedaras?

Ané me mira, su hermana lo hace después con una sonrisa enorme en la cara. Nos deja solos y se dirige a los clientes que acaban de entrar. Mi chica se acerca a mí con el ceño fruncido. Nos separa la barra y me jode.

—¿A qué te refieres? —indaga, me hace gracia verla un poco perdida, tiene una esencia controladora que le falta poco para que aflore, y cuando esta salga va a arder Troya.

—Yo voy a cerrar también —digo haciendo cábalas en ese momento, Min se va a poner muy contenta.

—¿Y quieres que nos encerremos en tu casa o en la mía como si no existiera el mundo? —
Estrecha la mirada, intenta averiguarlo, pero no le voy a dar la satisfacción.

Me echo a reír sonoramente, porque no sería un mal plan.

—No exactamente, aunque es tentador, podría parecerse a eso. —Quiero sorprenderla, y su cara, de asombro absoluto, me dice que así va a ser.

Ojalá sea posible, primero tengo que hablar con mi abuela, y ver cómo va estos días, pero de repente me apetece hacerlo, necesito tenerla de esa manera conmigo.

—Habla, no me dejes en la inopia —me pide con un poquito de ansiedad en su voz. Pocas veces la he visto así, y normalmente es cuando estamos demasiado calientes y tenemos que esperar a llegar a casa—. Es la semana que viene, que, como ves, mi hermana es un estallido de planes a corto plazo.

—Déjame hacer unas gestiones.

—Apura, *Dreamink* —dice Pilar cuando me levanto del taburete—, que me tienes en ascuas hasta a mí.

—Tú lo que quieres saber es si te dan libre esos días, y ya te digo yo que sí. Si Ané no accede a perderse conmigo me vendré a trabajar con ella a la Cafoteca.

—Joder, cuñado. Si es que te tengo que querer, coño. —Me tira un beso sonoro con la mano y me río.

—¡Esa boca, Pilar! —le regaña su hermana.

—Pareces mamá —le devuelve con cara de asco.

—Y tú un estibador —reprende de vuelta.

Me río, los clientes que están siendo servidos por Pilar también, Ané se acerca a mí, me pingo en la barra y nos damos un pico de despedida.

—Me tienes intrigada —susurra.

Le doy otro beso antes de irme.

«Me ha llamado cuñado y Ané ni se ha inmutado».

Glamping y amor

Mientras llegábamos donde Martín me había indicado, le iba contando los avances con el proyecto del Club de Lectura de la Cafoteca.

Ya teníamos a diez personas apuntadas y él esperaba que su abuela también se sumara al grupo. Para distraerse y que no se pasara las horas pensando en lo que pudo haber sido y no fue, y martirizándose con el paradero de su madre, de la que no sabían nada después de una semana. Pero no accedió a venir, dijo que todavía no tenía ánimo para hacerlo, pero que lo haría. De todas formas, las chicas, como ellos las llamaban, que solían hacer lecturas con Elisa, sí que se unieron de inmediato. Me daba pena, porque fue la que me ayudó mucho a perfilar cómo hacerlo y era en parte la promotora. Como todavía faltaban algunas semanas para inaugurar el Club con el primer libro, no perdía la esperanza de que se apuntara, aunque fuera a última hora.

—Vamos a dividir el libro en dos partes para comentarlo. Los socios tendrán un sitio reservado y si toman algo nosotras invitamos a un aperitivo dulce o salado. Creo que Elisa lleva razón con lo de no pagarles la merienda, se nos puede llenar el Club de oportunistas para tomar algo gratis.

Sentía su mirada de vez en cuando y me daba la sensación de que se enorgullecía de mí, quizá era una percepción mía, pero me gustaba.

—Ahora a la derecha, tiene que estar aquí —dijo, cortando mi diatriba.

Puse el intermitente y los nervios que pensaba que tenía controlados volvieron a mi estómago.

—¿Ya? —Miré hacia donde me indicaba y observé un camino de piedras que cortaba el monte lleno de árboles.

El último trayecto hasta allí había sido una carretera sinuosa entre el bosque, y ver de repente una especie de claro con pendiente, donde estaban unas cabañas de madera alzadas sobre vigas, me impactó.

—¡Qué chulada! —chillé emocionada y con las manos sudorosas apretadas al volante.

Eché un vistazo rápido para ver dónde aparcaba y me di cuenta de que no había mucho espacio, pero solo había dos coches, así que lo dejé detrás del último.

Tiré del freno de mano y me volví hacia Martín, que no dejaba de mirarme con una sonrisa expectante y mordiéndose el labio inferior.

Cómo me alteraba ese gesto, en realidad todo él lo hacía. Las expectativas, que en aquel momento superaron a las que había llevado conmigo durante las tres horas de trayecto, también ayudaron a aquellas ganas de abalanzarme sobre él.

Sin saber hacia dónde nos dirigiáramos era consciente de que me iba a encantar compartir tantas horas a su lado sin más distracciones que lo que nosotros quisiéramos.

—Pero, ¿qué es esto? —pregunté sin saber qué más decir.

—A esto creo que se le llama *glamping*, o algo así, no me hagas mucho caso. Es de unos amigos de Minerva que conocí hace tiempo. ¿Vamos?

No podía dejar de sonreír. No era solo la sorpresa, era él queriendo estar conmigo en un lugar así, durante tres días. Recuerdo parpadear mucho, porque las lágrimas querían aflorar, pero no me lo permití. No supe por qué, pero en mi interior se desató una sensación inmensa de desahogo, como si quisiera confesar algo que en aquel momento sentí que no tocaba. Dejarme

llevar estaba bien, hasta cierto punto.

En lugar de permitir que brotara lo que fuera que necesitara mi alma, me lancé hacia él, para besarlo, y lo hice con demasiado ímpetu porque me clavé el cinturón cuando se bloqueó, como si mi propia fuerza hubiera sido un frenazo para mis emociones, curioso. Nos reímos y él, que ya se lo había quitado, se acercó a mi boca, se lamió los labios y los rozó con los míos.

—Querías esto, ¿verdad? —me susurró, activando mis células a todos los niveles.

—Ajá —fui capaz de articular.

—Tendrás que esperar a estar dentro. —Y se alejó de mí, dejándome atascada con el cinturón y riéndose.

Le saqué la lengua y su mirada se oscureció un poco más, me encantaba saber que yo también le afectaba, aunque quizá el nivel no era el mismo.

Antes de salir del coche me lo desabrochó y salió con una pose interesante que rompió enseguida con una carcajada. Me ponía fatal cuando iba en ese plan. Quería, no, necesitaba desnudarlo, quitar mi ropa con la misma rapidez y sentir su piel cálida y entintada sobre la mía.

Aluciné con cada detalle, con el trato de la chica que saludó a Martín de una forma muy familiar, con las vistas sobre una pequeña playa en las que el sol era el protagonista. Sí, era febrero, hacía frío, pero teníamos la suerte de estar viviendo un extraño anticiclón que nos permitía gozar de aquel lugar con la luz iluminando el verdor y la costa de ese lugar mágico.

Nuestra cabaña era preciosa, todas parecían ser iguales, solo tenían cinco, y estaba cuidada al mínimo detalle. Un sofá de color lila en la pared derecha nada más entrar, con una mesa de centro y un mueble con cafetera y nevera. Una cama enorme enfrentada a los ventanales, desde los que se veía la bahía y por donde el sol entraba con ese color tan anaranjado que dan las tardes de invierno. Al subir unos escalones estaba el *jacuzzi* incrustado en el suelo frente a los ventanales con las mismas vistas, alrededor estaba la ducha y un aseo completaba la maravillosa estancia. Hubo algo que me encantó, fue la pequeña buhardilla con dos sillones y una ventana que daba a la parte trasera de la cabaña, y por la que se veía un monte lleno de árboles con un verdor increíble.

Bajé las escaleras que se replegaban en la pared para no estorbar y justo vi a Martín cerrar la puerta mientras se despedía de la chica, se dio la vuelta y me miró. Mi cara debía decirlo todo porque su sonrisa aumentó.

—Pero esto es alucinante —susurré—. No me creo que vayamos a estar aquí tres días.

—En realidad son dos, entre ir, venir, salir a cenar...

Me acerqué y le corté la charla, lo besé con el deseo que me había guardado en el coche y con las ganas que había sumado al ver el lugar. Estaba un poco sobrepasada por el tintineo interior al que no quería dar alas, así que, al verlo ahí, tan sexy, con sus vaqueros rotos, su jersey de lana gruesa azul marino, las manos en los bolsillos y su gesto de canalla mientras hacía cuentas, no me pude resistir.

Sus brazos me alzaron y, sin dejar de besarme, se sentó en el sofá, conmigo encima. Me acarició los muslos con fuerza, sentía que se frenaba, a la vez que yo me deleitaba con su boca, su lengua, sus dientes que a veces tiraban de mis labios, mientras me apretaba contra él sintiendo crecer su excitación.

Me aparté y solté un suspiro de la emoción contenida, me miró y volvió a morderse el labio inferior.

Lo supe en aquel momento, me pareció absurdo seguir negándomelo, ese desahogo atado a mi interior, esa alegría que amenazaba romperme en cualquier momento, me estaba gritando que lo

que yo sentía por Martín no era un enamoramiento tonto, una atracción sin sentido por algo exótico, una apuesta conmigo misma en la que probaba mi capacidad de ser yo misma. No. Aquello me decía que, a ese hombre que me miraba con ojos oscuros, llenos de deseo y de algo más que brillaba en ellos, y que no supe interpretar en su momento, lo amaba. Y entendí que cuando lo perdiera me iba a doler como nada en el mundo.

«¿Tanto como Varo?», me pregunté. «¿Acaso me dolió perder a mi marido? ¿O lo duro fue perder una vida a la que me había acostumbrado con facilidad?».

Quise sacar de un plumazo todo eso de mi mente.

—¿Llenamos el *jacuzzi*? —pregunté tras parpadear con fuerza y queriendo salir de aquel bucle que amenazaba con volverse contra mí.

—Una gran idea —contesto algo... ¿desconcertado?

Me levanté y corrí hacia la bañera enorme para empezar a llenarla, nos habían dicho que lo mejor era dejar correr el agua caliente a tope, que era un depósito y que cuando salía fría se terminaba de atemperar, siempre y cuando no dejáramos que se desbordara, así que me dispuse a ello. Miré hacia atrás y Martín estaba trasteando en su móvil, en seguida la música, esa que siempre lo rodeaba, comenzó a salir de un pequeño altavoz que no me había dado cuenta que estaba en la mesa. Se volvió hacia mí y me miró con un gesto indescifrable en la cara.

Tuve miedo, miedo de todo. Miedo de empezar a perderlo en ese momento por una frase que quería verbalizar y que no nos convenía, miedo de un rechazo que podría hacerme dar de bruces contra el suelo.

No sabía todo lo que había intuido de mi segundo de lucidez amorosa, quizá mi cara, la intensidad de mi mirada, ya le habían dicho mucho, como pasaba en los libros. Puede que su gesto fuera confusión, y quise que aquello se olvidara.

Necesitaba su piel, así que me quité el jersey y me quedé con un sujetador de encaje azul petróleo.

—¿Quieres que te haga un striptease o prefieres desnudarme tú?

Me moví al ritmo de la música, intentando ser sugerente.

La mueca de Martín cambió y la boca se le abrió por la sorpresa.

—¿Lo harías?

Parpadeé, no supe a qué se refería hasta que me di cuenta de la tontada que había propuesto sin querer, sin esperar que fuera una opción.

—¿El qué? —pregunté para estar segura.

—¿Te desnudarías para mí? —preguntó, con la voz ronca. Entrecerró los ojos y se mordió el labio.

No me retaba, no me sentí presionada.

«¿Lo haría?», me lo debatí en serio, repitiendo su cuestión y busqué lo que de verdad me apetecía. ¿Quería jugar así? Con Martín todo surgía de forma natural y lo miré esperando mi propia respuesta.

Entonces sentí cómo una fuerza se desató en mí a la vez que él paseó con lentitud su mirada de devoción y deseo por mi abdomen, mis pechos, mi cuello hasta llegar a mis labios y mis ojos. Aquello me proporcionó las agallas necesarias para sentarme en los escalones que daban acceso al altillo del baño y sacarme las botas camperas, los calcetines de forma apresurada, y levantarme, acto seguido, para desabrocharme el pantalón tras pasar mis manos con la cadencia de la música por mi piel desnuda.

Escuché un jadeo cuando me bajé la cinturilla y entonces me di la vuelta para bajarme los

pantalones mostrando un poco mi culo. Era la primera vez que lo hacía, y aunque estaba poniendo todo el esmero que podía, lo que de verdad me hacía parecer sensual, y creérmelo, eran las ganas en sus ojos a cada movimiento que hacía.

Ver cómo se mordía su labio inferior me hacía sentir venerada.

Bajé mis pantalones y me senté de nuevo para quitarlos despacio. Cuando me quedé solo con la ropa interior y volví a pasar las yemas de mis dedos por mis piernas, se me puso hasta piel de gallina mientras era testigo de cómo su mirada seguía el movimiento. Tragó con fuerza y se mordió de nuevo el labio, bajó la mano hasta su paquete y lo apretó.

—Joder... —soltó en un jadeo.

Ese gesto tuvo un efecto directo en mi ropa interior.

Nunca me había sentido tan atractiva, tan deseada, tan sexi. Necesité presionar una pierna contra la otra. No, lo que para mi cuerpo era imperante era apretarme contra él, pero debía mantener el tipo y terminar el espectáculo, la anticipación estaba creando una energía en la que me estaba encantando mecarme.

No hubo sensación de ridículo, no necesitaba su aprobación, tampoco hubo inseguridad. Era yo la que llevaba toda aquella iniciativa, y quise que fuera él quien no pudiera más.

Me levanté, me di la vuelta y me solté el sujetador, y cuando me volví para encararme a él lo tenía justo detrás, un escalón más abajo que yo.

Me dejó sin aliento, colocó sus manos sobre las mías, que aguantaban por mis pechos la prenda, y suplicó con una voz ronca y baja:

—Déjame a mí.

Quitó las manos y arrastró el sujetador hasta que cayó suelto por mis brazos. Se me aceleró el pulso, la respiración comenzó un ritmo superficial cuando él se acercó a lamer despacio mis pezones. Me arqueé de placer, el latigazo que sintió mi piel amenazó con arrastrarme hasta el suelo.

Deslizó las yemas de sus dedos por mis caderas y me miró a los ojos antes de bajarme las bragas; tragué con dificultad. El calor del vapor, la sensación de estar en sus manos, la mirada incendiaria que prometía algo que nos iba a volver locos a los dos... Sentía que iba a arder de un momento a otro.

Sentirme tan yo mientras estaba a su merced arrasó con mis sentidos. Sonreí mucho y sentí cómo se me erizaba la piel, pero desde dentro, desde esa alma que tenía tatuada por él.

Deslizó la prenda por mis piernas y se irguió de nuevo para besarme los senos, lamer despiadadamente mis pezones y, tras coronarlo con un pequeño mordisco en uno de ellos, ascender hasta mi boca.

Dejó un beso suave en mi jadeante boca entreabierta y volvió a descender por mi mejilla hacia mi oreja.

—Siéntate, por favor —susurró con su boca en mi cuello.

Lo hice, sacó mis bragas, y él se arrodilló entre mis piernas. Besó mi vientre y descendió hasta mi sexo, para besarlo y lamerlo, introduciendo sus dedos en mi interior y frotando esa zona tras mi clítoris de una manera que me puso al límite.

Se irguió de repente, con mi cordura a un paso de despeñarse. Abrí los ojos y me lo encontré relamiéndose.

—¿Me esperas dentro? —me dijo con una sonrisa canalla.

No me salían las palabras y aunque hubiera querido lanzar mil insultos por dejarme así, decidí levantarme, continuar con el juego. Incluso sonreí sin querer, con diversión. Intenté que mis

piernas no temblaran, y apagué el grifo para meterme en el agua y accionar las burbujas.

Traté de respirar con normalidad. Mientras el agua acariciaba mi piel aprecié durante un segundo las vistas del sol haciendo brillar las aguas del Cantábrico, hasta que mi visión periférica captó su figura y ladeé la cabeza para verlo subir los escalones, completamente desnudo, con el águila sobre su pecho, el barco en su abdomen, un tigre en su bíceps izquierdo y un montón de dibujos más que durante aquel mes y medio había reseguído con las yemas de mis dedos y con la punta de mi lengua. Adoraba su piel tintada, y era adicta a los estremecimientos de esta cuando lo tocaba.

Se metió en el agua y se acomodó a mi lado, me sujetó la mejilla, la acarició despacio.

—Me tienes loco.

Me agité por dentro. Esa sensación era increíble y no me permití pensar en nada más que en nosotros y en aquel momento tan lleno de los dos.

Me besó. Mi sabor en su boca, el suyo, las ganas, la excitación de mi cuerpo y el ambiente que habíamos creado provocaron que, en apenas unos minutos de caricias bajo el agua, besos cada vez más calientes y jadeos ante roces en puntos estratégicos, alcanzara el primer orgasmo. Apenas recuperé el resuello, me puse a horcajadas y me penetró, dando comienzo a una cabalgada alucinante que me mandó mucho más lejos de lo que había llegado nunca con él. El *jacuzzi* se desbordó.

Creí morirme de placer.

Terminé de arreglarme y al bajar los escalones que daban al dormitorio me lo encontré sentado en el suelo, con la ventana abierta descongestionando el ambiente húmedo que nuestro baño había creado, y con el pelo recogido en un moño hecho sin mucho miramiento pero que le quedaba sexi como el infierno. No supe en qué pensaba, tampoco pregunté, respetaba sus parcelas de silencio como él hacía con las mías, quizá era una manera de proteger ciertos aspectos de mi vida a los que no me quería enfrentar con él.

Fuimos a cenar a un pequeño restaurante regentado por un argentino en el pueblo de la bahía. Era una pena que anocheciera tan temprano, porque el lugar amenazaba con tener unas vistas al atardecer fantásticas.

Estábamos en un cómodo silencio, con las sonrisas lánguidas tras el acto más sensual y sexual que había tenido en mi vida, y una ducha para poder salir presentables a cenar.

—¿Habías venido alguna vez aquí? —no sé por qué dije aquello; la pregunta salió sola y con un repunte de celos que no entendí, como si con su pasado con otras chicas fuera a sentirme desplazada.

Me quedé absorta con ese pensamiento durante unos segundos, con Álvaro nunca tuve esa sensación, siempre lo sentí seguro en mi vida. Supuse que había sido el acto carnal y los sentimientos descubiertos, los que me habían hecho sentir ese ápice de posesividad.

Dejó la copa de vino en la mesa y me miró con el ceño fruncido.

—Lo acaban de inaugurar, ¿no te lo he dicho al llegar? —Su pregunta era cautelosa. Me hizo sentir peor.

—No... o no lo he procesado, si así ha sido —lo dije con vergüenza, aunque reconozco que la sensación posterior fue de alivio.

Cuánta contradicción en mí, qué inseguridad y menuda estupidez; si quería llevar a sus conquistas a esos lugares de ensueño era cosa suya.

—No he viajado con ninguna chica, nunca —dijo como si estuviera contestando a lo que no le

había preguntado.

—Si lo hicieras estaría bien... —Elevó las cejas, extrañado—. Quiero decir, que si lo hubieras hecho... yo... no...

Inspiré con fuerza y cogí la copa de vino para darle un sorbo.

Su carcajada me hizo mirarlo.

—Eres la primera chica con la que hago todo esto. Y no solo me refiero a venir a un sitio así a pasar unos días, hablo de todo lo demás. Mi casa, tu casa, la continuidad...

Fue como un bálsamo para mí. Me sentí exclusiva, única y aquello acrecentó todavía más la sensación que pedía a gritos salir de mis entrañas. Y para qué no decirlo, me sentí infantil por haber tenido ese momento absurdo de celos.

El camarero llegó con las patas de pulpo con puré cremoso al pimentón y la boca se me hizo agua convenientemente, así podía dejar de decir tonterías y continuar en la zona de confort en la que Martín y yo nos movíamos con naturalidad.

—Creo que quiero otro tatu —le informé, haciendo real el pensamiento que me rondaba desde hacía unas semanas.

Él abrió los ojos con visible ilusión, su boca masticaba el rico pulpo y yo seguí hablando:

—Algo muy sencillo. Una taza de café, pero simple, con unas líneas que la definan y el humo saliendo de ella. ¿Puedes visualizarlo?

Tragó mientras asentía.

—Desde luego que lo visualizo. —Se limpió con la servilleta y me metí el manjar a la boca dejándolo hablar, porque si algo me encantaba de Martín era escucharlo bocetar con su voz.

—Trazos limpios, rápidos. La taza, el plato, el vapor del rico café saliendo de ella... Solo los engrosaría para hacerlos parecer rasgos de pincel. Negro y de este tamaño. —Hizo un círculo rodeando la palma de su mano y asentí seducida por lo que acababa de pintar en mi mente—. ¿Dónde lo quieres?

—¿Dónde me lo harías?

—Debajo de tu pecho izquierdo, hacia el costado —lo dijo sin dudar, como si ya se hubiera imaginado tatuándome en ese lugar—. Lo que tu sientes por el café es una oda del corazón, ese es su lugar.

«Y el tuyo, tu lugar también está ahí», el pensamiento hizo que el calor ascendiera desde mi abdomen hasta mi pecho y cuello, me abaniqué con la mano sin pensar en lo que estaba haciendo y bebí de mi copa, para darme cuenta de que lo que necesitaba era agua fresquita que apagara el fuego interior y no el *txakolí*.

—¿Te pone nerviosa que te tatúe ahí? —preguntó con media sonrisa.

—¡No! —solté azorada.

—¿Entonces?

—Es solo que me ha impactado la rapidez de tu respuesta —mentí, y se suponía que estaba acostumbrada, pero esa vez no me gustó hacerlo, porque con Martín me mostraba tal y como era y de lo que hablábamos lo hacíamos sin ocultar nada o casi nada.

—¿Te gusta el sitio? —inquirió estrechando los ojos.

—Me encanta —respondí sin dudar.

—¿Cuándo?

Abrí los ojos sorprendida, pero supe que tenía respuesta para ello.

—A la vuelta —dije con seguridad.

Estaba ansiosa por volver a tenerlo sobre mi piel de esa manera. Y en esa ocasión poder

dejar que la niebla sensual que nos poseyó cuando me hizo el otro tatuaje nos engullera y nos devorara. Me acaloré de nuevo y bebí otra vez.

—Tú también lo sentiste, ¿verdad? —preguntó con voz ronca, se puso la copa de vino cerca de su boca.

—¿A qué te refieres? —lo pregunté asustada, porque no sabía si estaba hablando de lo mismo que estaba sintiendo yo en aquel viaje o de otra cosa diferente.

—A lo que pasó el día de tu tatuaje.

Solté el aire y asentí, me removí incómoda y el *txangurro* apareció ante nuestros ojos.

—Fue la primera vez que hacer un tatuaje me provocaba una erección —confesó sin un ápice de vergüenza.

—Martín —susurré con energía, y miré al camarero que apenas se había retirado de la mesa, abrí a boca sorprendida y me reí nerviosa—. ¿Me lo dices en serio?

—Y tanto —contestó orgulloso—. Te hubiera comido allí mismo.

—Me alegro de no ser la única que se excitó —confesé en voz baja.

La mirada de Martín se oscureció, se mordió los labios y supe que se calló lo que quisiera decirme, pero que no hablara más que con su gesto lobuno me puso todavía más cardíaca.

Inspiró profundamente y tragó saliva.

—No pido la cuenta porque tenemos hambre y necesitamos energía. Solo te digo que te tatuaré a última hora, no trabajes después, te voy a dejar lista para dormir.

Solté una carcajada y me tapé la boca con la servilleta. Me puso frenética.

Dimos cuenta del *txangurro* mientras hablamos de temas que no nos lanzaran al abismo de la avidez de nuestros cuerpos.

Cuando salíamos del restaurante, mientras él había ido al baño, me di cuenta de que tenía mensajes en el móvil.

El primero que abrí fue el de Aída:

«Perdona que vuelva a insistir, pero ¿estás con Álvaro?».

Estaba en línea y fruncí el ceño, no entendía nada de lo que me preguntaba, lo mismo de la otra vez y sin mucho sentido.

«¿A qué te refieres?».

«A si estáis juntos, saliendo de nuevo».

«No».

Salieron los dos tics azules y se desconectó.

Dreamers

Salgo del restaurante y veo a Ané fruncir el ceño mientras mete su móvil en la pequeña mochila color mostaza. El entrecejo sigue arrugado hasta que se da cuenta de que me acerco a ella, entonces sonrío, pasa el brazo por el asa de su mochila y se arrebujá en el abrigo de paño beige, hunde su cabeza en el pañuelo de lana enorme que cubre su cuello y habla:

—Estoy deseando volver a la cabaña, hace muchísimo frío.

Me pregunto por qué ese frío también lo siento yo, como si llevara a la intemperie tanto rato como ella. La sensación de que hay cosas que no hablamos, porque ella no me quiere incluir en esa parte de su vida, vuelve a hacer mella en mí.

Odio esa sensación, me parece como un aviso lejano de que lo nuestro es pasajero. Y no, no quiero que lo sea.

—Tendrías que haberme esperado dentro, vamos al coche —digo mirando sus ojos, queriendo leer en ellos lo que no me dice.

—¿No quieres fumarte un cigarro? —pregunta extrañada.

—Estás helada, no voy a mantenerte a la intemperie de febrero por un vicio.

Abrazo su cintura y la atraigo a mí, haciendo que su cuerpo se acople al mío mientras caminamos hacia su Mini Cooper. Quiero que su gesto no me raye, trato de no relacionarlo con nada, no pensar más de la cuenta, pero no puedo evitarlo.

Ané no ha vuelto a hablar de los papeles de divorcio, y desde la vez que me comentó que Álvaro le había pedido volver, no hemos hablado del tema. Doy por hecho que la respuesta no fue positiva, no la veo capaz de jugar a dos bandas con esa naturalidad, pero no puedo evitar que el tema me martillee el cráneo de vez en cuando.

Nos subimos al coche, las cabañas están a solo dos kilómetros, pero por el frío hemos preferido no venir andando. En silencio hacemos el recorrido y no puedo dejar de pensar en el tema de su ex. No se lo pregunto, no quiero emborronar nuestro retiro, porque tampoco estoy seguro de lo que me va a contestar. Qué sé yo si está tomándose un tiempo y soy ese impase que necesita. Esta verdad que reprimo en mi mente es la que me hace daño.

Sería una putada, y como esos pensamientos empiezan a joderme de una forma brutal, decido poner música para que llene el coche de algo que no sea mi cerebro machacándose. *Cold Little heart*, de Michael Kiwanuka suena y nos acompaña hasta el aparcamiento.

—¿Estás bien? —me pregunta; y como soy incapaz de alterar esa cara que ahora me muestra una sonrisa, asiento y le sonrío de vuelta.

Que a la salida del restaurante tuviera fruncido el ceño alberga una razón, pero no me la ha contado, así que voy a dejarlo pasar. Caminamos hacia nuestra cabaña y vuelvo a abrazarla porque no quiero sentir ese frío que se ha apoderado de mí.

Entramos, la calefacción ha templado el ambiente y, sin soltarla, comienzo a besar su cuello entre el pañuelo que abriga su cuello. Ella se lo va quitando entre risas y llamándome impaciente, lo que hace que me vuelva todavía más ansioso. De esta forma consigo que sus sonidos ahoguen los gritos de mi mente. Nos besamos, nos desnudamos, nos acariciamos tanto como si pudiéramos pintarnos la piel de amor con las yemas de nuestros dedos. Caemos en la cama desnudos, abrazados por suspiros de placer profundo, que hablan de más cosas que de la mera excitación.

Nos miramos cuando entro en ella, en cada penetración siento que sus ojos perforan mi alma. Esto debería ser eterno, es más, cuando llego al orgasmo y ella me acompaña deshaciéndose entre mis brazos, necesito que esto sea para siempre.

Estoy tumbado boca abajo, esperando a que Ané llegue del baño, trasteando en el móvil para poner música. *Dreamers*, de Jack Savoretti, empieza a sonar por toda la habitación.

Los soñadores siempre miraremos más allá del cielo.

Cuando ella baja los dos escalones desde el altillo del *jacuzzi*, desnuda, me tengo que recordar que está conmigo, que la sensación de pérdida continua que me asalta no es real, que tengo que mirar más allá.

Se tumba en la cama y se acerca a mí, deja un beso en el centro de mi espalda.

—Es maravilloso poder estar así, contigo —dice con la voz tomada por el cansancio.

—Sin duda lo es. Soy un tío genial —sonríó perezoso. Me encanta hacerla reír, provocarle carcajadas que alimentan las mías.

—No en vano he sentido celos cuando te he preguntado por si habías estado aquí antes. — Trata de levantar una ceja, pero le cuesta, estamos agotados.

—¿Te crean dudas mis relaciones anteriores? —inquiero con curiosidad.

Apoya su cara en sus manos, tumbada también boca abajo y me mira de forma directa.

—Contigo dudo de todo. Todavía no entiendo qué haces conmigo.

Me sorprende. Su determinación para hacérmelo saber, su forma de afrontarlo, como si necesitara conocer la respuesta por encima de todo.

—¿Lo dices en serio? Yo lo que no entiendo es cómo hay alguien que no quiera estar contigo —contesto incrédulo, alucinado, y no lo oculto.

La frase que acabo de decir en voz alta hace que me dé cuenta de que su ex no es que ahora no quiera estar con ella. «Joder», me reprendo mentalmente porque ese pensamiento me amarga el momento.

—Ahora en serio. ¿Cuántas parejas formales has tenido? —pregunta.

La siento más tranquila, y la curiosidad en su voz, junto con una pequeña sonrisa, me hace ver que puede que haya entendido parte de lo que siento por ella.

—Ninguna. Bueno, con la chica con la que perdí la virginidad estuve saliendo tres meses. Desde entonces todo ha sido esporádico. —Me pongo de lado, con el codo sobre la cama y mi cabeza apoyada en la mano.

—¿En serio no has tenido ninguna relación más allá de la cama? —Me mira pasmada, parece que no se lo cree.

—Así es. Eso quizá muestre mi tara. Mi abuela piensa que no las sé retener. —Un pensamiento hacia Elisa me araña el corazón. Se ha quedado bien, los días atrás ha ido tranquilizándose, pero me jode tanto su padecimiento...

—No creo que ese sea el problema —dice trayéndome de vuelta a nuestra cama. Trata de ocultar su sonrisa, como si de verdad conociera la razón.

—Yo tampoco. El problema es que no he querido hacerlo con ninguna, excepto contigo —lo susurro mientras mi mano empieza a pasear las yemas de mis dedos por su cremosa piel de la espalda.

Se sonroja, adoro sus sonrojos.

Me tumbo de nuevo porque no puedo soportar que no haya respuesta, ¿qué esperaba?, ¿que ella también me dijera algo que me hiciera sentir único en su vida? Ha compartido doce años con

otro tío, el mes y medio que llevamos es una mierda comparado con eso.

—Me siento halagada —susurra y vuelvo la cara para mirarla—. No sé si sabré estar a la altura —suelta como si nada.

—No hay alturas —le digo, quiero que no note ese mosqueo que se presenta cada vez que duda de sí misma—. Eres tú, y ya está.

Nos quedamos en silencio y cierro los ojos hasta que siento sus dedos acariciar mi costado. Sé que ahí está la rama de almendro, cerca del corazón y oculta por mi brazo cuando estoy de pie.

—¿Te puedo preguntar por este dibujo?

«Me puedes preguntar por todo. ¿Puedo hacer yo lo mismo contigo?». Tan pronto como tengo ese pensamiento lo descarto, no es justo pedírselo porque cada uno tenemos nuestros tiempos. Mi inseguridad es mía, ella no es responsable de mis elucubraciones.

—Son flores de almendro. Representan la primavera, la primera floración. Es mi madre en su mejor momento —lo suelto en un suspiro que quiere dejar salir un dolor que no permito.

La miro y sus ojos están llenos de cautela, como cada vez que María entra en nuestra conversación.

Me doy la vuelta, me coloco de espaldas y mis manos la atraen para que se acomode sobre mi cuerpo. Ella nos tapa con el edredón y su calor me envuelve.

—Lo que más me gustaba cuando era un crío era meterme en la cama, fuera la hora que fuera, cerrar los ojos y soñar despierto. Una de las cosas que recreaba era la posibilidad de vivir un día de la marmota para siempre, como esa peli de Bill Murray, y tenía muy claro cuál sería ese día, uno de primavera. —Paro ahí la explicación de algo que no pensaba que me iba a hacer daño recordar, y decido cambiar a otros derroteros—. Pero no solo soñaba despierto en mi habitación. Llegó un momento en que lo hacía en cualquier lado, Félix me pegaba muchas broncas cada vez que me veía en ese trance, como él lo llamaba. —Acordarme de sus gritos me hace reír—. Soñaba que tenía mi propio estudio de tatuajes, soñaba que vivía en la casa de uno de mis compañeros de clase que, una vez me invitó antes de terminar el curso, tenía piscina. Eran sueños que continuaba en mi cabeza, como si fueran una vida paralela, cada vez que podía permitirme cerrar los ojos.

—¿Por eso decidiste poner DreamInk a tu estudio?

—Sí, cuando lo abrí y me dije: tu puto sueño hecho realidad, el nombre se dibujó solo en mi mente.

—Me gusta... Me gustas —dijo y besó mis labios; mis brazos y manos la ayudaron a cubrir mi cuerpo con el suyo, y volvimos a hacer el amor antes de quedarnos dormidos.

La primera mañana en nuestra cabaña, después de llamar a mi abuela y tras un desayuno copioso, paseamos por la cala y comimos en un restaurante pequeño de uno de los pueblos de la costa, no estaba demasiado masificado, la verdad, y nos fuimos a echar la siesta porque los dos la necesitábamos. La noche anterior habíamos dormido poco y el cansancio no nos dejaba casi ni hablar.

El atardecer lo contemplamos desde el jacuzzi, con velas alrededor y degustando un espumoso rosado. Nos dimos placer, nos reímos, desbordamos la gran bañera y acabamos follando en la ducha como posesos. Haber comprado para hacernos unos bocadillos esa noche y no tener que salir de la cabaña fue un acierto, porque pasar las horas desnudos fue de las cosas más maravillosas que tuvo ese fin de semana. Ané no sintió pudor en ningún momento, e incluso me dejó dibujarle con los dedos el tatuaje que quería bajo su seno izquierdo. Ni qué decir tiene que me puse burrísimo, lo que conllevó a una de las mejores mamadas que me habían hecho en mi

vida.

Me encanta Ané y la forma que tiene de sorprenderme, no solo era su desinhibición con el sexo, o el striptease que me hizo, algo que sin duda consiguió volverme loco. Parece que delante de mí se quite capas que ha llevado puestas durante demasiado tiempo, y verla dejarse llevar me alucina y hace que la atracción y el amor por ella crezca cada vez más.

Ahora ya estamos llegando a Soria, mientras mi mente no para de mandarme recuerdos acojonantes de estos días.

Miro a Ané, que no deja de sonreír.

—No quiero volver —hablo bajando la música del coche.

—Yo tampoco. Deberíamos quedarnos un mes encerrados allí —admite, y quiero que ese deseo se cumpla de inmediato.

—O toda la vida —digo sin pensar, sin filtro.

«Toda la puta vida a su lado».

No me arrepiento nada de mis palabras a pesar de que escucho un jadeo por su parte, el cual no me paro a analizar si es de sorpresa o de miedo.

El resto del viaje, apenas treinta kilómetros más, lo hacemos en silencio.

Nos bajamos del coche al lado de su casa.

—Luego bajo y lo meto en el garaje. —Está cansada, se le nota en la voz—. Quiero subir la maleta, encender la calefacción y volver a mi casa caliente.

Sonrío y asiento.

—¿Te quedas a dormir? —En realidad no es una pregunta, en sus ojos veo que tiene la misma necesidad que yo.

—Estaba deseando que me lo pidieras —contesto y me acerco a ella, para cogerla por su nuca y atraerla hacia mis labios—. Si quieres subo yo primero y la enciendo, mientras vas a aparcar tú.

La beso despacio.

—No es mala idea —susurra y termina con un pico que me sabe a muy poco.

Salimos y, mientras abre el maletero, saco el móvil. Me doy cuenta de que lo llevaba en silencio y veo una llamada de mi abuela.

—Creo que voy a pasar a ver a Elisa un momento —digo activando el sonido.

En vez de llamarla no me cuesta nada ir a ver como está, darle un abrazo y contarle el fin de semana, solo lo bonito que es el paisaje, claro, porque el resto es secreto de sumario.

—Vale, pues vete a verla y ya subo yo a casa, no te preocupes —suelta con prisa.

—De repente parece que quieras perderme de vista. —La cojo de nuevo y la beso dejándola sin poder responder. Sus manos se enredan bajo mi pelo y trepan por mi nuca.

—Va a ser lo mejor, ya sabes, pura lógica. Antes te vas, antes vienes —susurra contra mi boca—. Así voy poniendo la lavadora, que contigo no sé si voy a ser capaz. —Se separa de mí y cierra el maletero.

—¿Quieres decir que soy una mala influencia? —inquiero con guasa levantando una ceja.

—Digo que eres demasiado tentador, Martín —me contesta dedicándome una sonrisa que, aunque cansada, es tan bonita que me dan ganas de morderla. En su lugar muerdo mis labios me pregunto si alguna vez se acabarán.

Se acerca, me coge de la pechera por el abrigo y me da un beso rápido, pero con ímpetu.

—Me voy o no respondo. —Me aparto con los ojos cerrados.

«Joder, cómo me cuesta separarme de ella».

Camino con paso rápido con mi bolsa en la espalda y decidiendo por el camino que la dejaré antes en casa.

No me lleva más de diez minutos llegar a casa de mi abuela. Al abrir la puerta saludo en voz alta, pero solo escucho un lamento en el salón. Cierro de golpe y acudo lo más deprisa que puedo con el corazón golpeándome el pecho con mucha fuerza.

La encuentro en el sofá sentada, echada hacia delante y con la cara entre las manos, sollozando.

—¡Abuela! —Me arrodillo ante ella y trato de verla. Cede a mi voz y me mira—. ¿Estás bien?

Sus ojos están enrojecidos y con muchas más arrugas en su piel de las que recordaba. Está llena de tristeza, tiene una pena infinita en su mirada y las lágrimas mojan su cara despiadadamente.

—Tu madre, Martín...

«Otra vez... no», pienso antes de que ella hable de nuevo.

—Está muerta... —susurra rota—. Mi hija... —solloza de nuevo echándose hacia delante y dejando que la acoja entre mis brazos.

Paralizado.

Un vacío se instala en mi interior y no puedo parpadear hasta que siento cómo me escuecen los ojos, pero no lloro.

Hay algo dentro de mí que me golpea, que me pide paso, pero no se lo doy. Esa emoción que estoy aguantando es tristeza absoluta disfrazada de ira, una furia incontrolable, y sé que, si la dejo escapar, dejaré de ser la persona que mi abuela necesita ahora.

Me siento en el sofá y me la llevo conmigo, a mi costado, envolviendo su menudo cuerpo que ahora más que nunca me parece tan débil.

No pregunto cómo ni dónde y el por qué no está contemplado, era algo que tenía claro que acabaría así, tarde o temprano íbamos a recibir esta noticia.

Tras mucho rato con ella, abrazando su dolor, intento que cuando empiece a oscurecer, tome un caldo que le caliento, pero apenas prueba bocado. Es la primera vez que la veo tan desvalida; la esperanza en ella nunca se había apagado, me doy cuenta de que no contemplaba su muerte en ningún momento y está destrozada a todos los niveles.

—Siempre pensé que la recuperaríamos, Martí —susurra tumbada en la cama, con la voz rota y empañada, después de haberse tomado la pastilla que le permitirá dormir y descansar.

Beso su cabeza y me tumbo ceñido a ella, dándole todo ese calor que ahora le falta, pero por dentro, hasta que cierra los ojos y siento su respiración más sosegada. No he podido decir una sola palabra que apoyara su expectativa, estoy seguro de que ella lo sabe, es consciente de que no pensábamos igual.

Me levanto, abandono la habitación, no sin antes echar un vistazo de nuevo a su cuerpo aovillado bajo las mantas, y me voy. Salgo de la casa con el pecho tan oprimido que parece que las costillas fueran a romperse. Mis extremidades y mi cabeza están abotargadas. Esa rabia que amenaza con acabar conmigo se expande sin piedad ahora que no tengo que demostrar nada ni que proteger a nadie. Bajo las escaleras corriendo y cuando llego a la calle me paro, me froto la cara y noto que la sensación no frena, que me explota algo dentro. Doy varias vueltas sin saber dónde ir, a quién acudir, enfoco mis pasos hacia mi casa, pero estos se desvían y tomo el camino hacia la

casa de Ané.

«Ella, sí».

Avanzo sin saber cómo, deseando encontrarla. No me paro a pensar en las horas que he estado en casa de mi abuela, en que quizá esté preocupada, y llego hasta la calle que da su portal. Giro la esquina y veo a una pareja que están demasiado juntos, y acto seguido, por el rabillo del ojo, percibo cómo se besan. Cuando dirijo mi cuerpo, vapuleado por la pena que amenaza con tragarse la ira, esa que con el paseo se ha ido mitigando, me doy cuenta de que la chica lleva el jersey de Ané, las mallas negras, sus botas...

Es ella...

Ané.

Expulso el aire como si me acabaran de golpear el estómago.

No entiendo mi siguiente movimiento, pero sin saber cómo me encuentro caminando hacia casa de mi abuela de nuevo.

Los ojos se me llenan de lágrimas y las aparto.

Quiero gritar, necesito hacer algo.

Saco el móvil que vibra en mi bolsillo y cuando veo el nombre de Ané no lo dudo, estrello el aparato contra el suelo rompiéndolo en mil pedazos ante la atenta mirada de varios viandantes.

O toda la vida

Lo vi marcharse y me sentí egoísta porque no quería que se fuera. Sus palabras todavía hacían eco en mi cabeza y me proporcionaban un calor del que no quería desprenderme, aunque más adelante, cuando todo acabara, me doliera. Había dicho que quería estar toda la vida conmigo perdido en aquellas cabañas y, al escucharlo, sentí que yo también me la pasaría así. Aunque una mano me estrujó el corazón advirtiéndome de que aislarse con tu pareja de la gente a la que quieres no es la solución para nada.

Aquello me hacía ver que lo nuestro no duraría. Por mucho que hubiéramos disfrutado, que me hubiera hablado así, Martín se cansaría de mí, de mi búsqueda de la Ané real en el mundo lejos de la intimidad de nuestra cabaña. Era una intención que no había escondido y que quizá era mi prioridad por encima de todo, a pesar de que quererlo y ser consciente de que lo hacía tenía un gran peso en mi interior.

Eran las mieles de los inicios, pero la experiencia vivida es un grado y te hace mantener los pies en la tierra. Cuando se diera cuenta de que no seguía sus pasos, dejaría de llamar su atención, dejaría de mirarme como me miraba, con la intensidad que lo había hecho esos días en la cabaña; pero era mi apuesta, e iba a vivirla así, siendo yo y disfrutando de cada momento a su lado.

En el piso encendí la calefacción, que aquello parecía el hogar de Papá Noel, y puse una lavadora, subí a la habitación y me tumbé, rebotando un poco. La sonrisa no se me quitaba de la cara, habían sido unos días maravillosos, los más bonitos que recordaba hasta la fecha, con eso tenía que quedarme y no darle vueltas a algo que solventaría cuando tuviera que pasar.

Saqué el móvil del bolsillo y repasé las fotos. La primera con la que me topé fue la última que hice, de la noche anterior. Eran nuestras piernas en el jacuzzi. No quería hacer una sesión de fotos postcoitales, eso era algo nuestro. La intimidad de nuestros rostros nos pertenecía, pero esta de nuestras piernas enredadas que escondían el deseo que habíamos desatado me gustaba mirarla. Porque era una foto que me hablaba, sin querer escuchaba las risas y las palabras de Martín:

«A mis piernas le gustan las tuyas, no pueden dejar de rozarse», dijo y recordándolo volví a reír. Después de esa foto volvimos a hacer el amor a la luz de las velas y desbordando agua y pasión.

La siguiente foto era él, con los botones de la camisa abiertos en el pecho, apoyado con el culo en la barandilla de la cabaña y fumando. Era mediodía, antes de irnos a comer el día anterior. En la terraza se estaba muy bien, el sol pegaba de pleno y no corría el aire.

«Me haces pensar en verano», le dije cuando salí por la puerta y bajé el móvil. La foto ya se la había hecho.

Con su dedo me llamó en silencio y me abrió los brazos para acogerme entre ellos. Desprendía calor y su abrazo era hogar, uno al que quería pertenecer toda la vida, como había dicho él.

Tumbada en mi cama pegué un grito, dejándome llevar, y cerré los ojos, rememorando cada momento junto a él.

Abrí los ojos y me di cuenta de que me había quedado dormida. Entre el viaje y el fin de semana estaba agotada. Salté de la cama y miré el reloj de mi mesilla, habían pasado más de dos horas y

me acordé de que el coche todavía estaba mal aparcado. Me calcé a la velocidad de la luz y salí disparada con las llaves en la mano. No me multaron y di las gracias en alto, todavía con el corazón latiéndome a mil por la carrera, porque bajé las escaleras en vez de esperar el ascensor, como si ese minuto fuera a marcar la diferencia entre que me sancionaran o no.

Cuando volvía del garaje vi a un chico de espaldas que me era demasiado familiar, se giró y verlo me impactó.

Era Varo.

No llevaba muletas y su sonrisa sacó los hoyitos que hacía tiempo me volvían loca, en ese momento solo despertó el cariño que no dejaría de tener por él, o así lo pensé. Porque además de situaciones que no me gustaron, viví cosas muy bonitas a su lado, pero ya no tenía ese efecto en mí, ese que hizo que me perdiera en su mundo.

Inspiré y aguanté el aire al darme cuenta de la diferencia que había entre la Ané que le mostré a Varo y la que estaba viendo cada día Martín.

—Al final he tenido suerte, estaba pensando en llamar a los dos áticos a ver si estabas —dijo y se acercó para besarme. Le puse la mejilla y dejó un beso de varios segundos, mientras sus manos sujetaban mis brazos para atraerme más a él.

—Ya estás recuperado —contesté una vez me soltó. Su olor a colonia despertó recuerdos que se proyectaron de forma sutil en mi cabeza, me sonreí, pero no añorándolos.

—Tengo mucha fuerza de voluntad, ya lo sabes.

—Lo sé.

Sonreí y me abracé a mí misma, no había bajado con el abrigo y aunque ese jersey de lana era grueso y daba calor, no era suficiente ahora que la sombra de la noche se echaba sobre nosotros.

Lo miré esperando a que dijera algo.

—¿No me vas a invitar a subir?

Tragué saliva y mi cerebro hizo las conexiones oportunas, unas que cuando estábamos juntos parecían no hacer. Nunca me imaginé negándole algo.

—Estoy esperando a alguien —dije sin explicar más, no quería que cuando Martín llegara se topara con Varo poniéndose cómodo en mi sofá.

Elevó las cejas sorprendido.

—No me has enviado los papeles —soltó en un susurro grave—, pensé que significaría algo bueno.

Analiqué su gesto, esperaba una respuesta, y la culpa de que no existiera la tenía yo, en eso sí que no había vuelta de hoja. Me arrepentí tanto de haberlo dejado estar que casi me dieron ganas de subir a por el dichoso sobre color manila y firmarlo allí mismo.

A veces me pregunto por qué no lo hice, supongo que el decoro marca unas pautas y si no lo había hecho durante todo aquel tiempo, mi mente me decía que no podía firmar la ruptura de una vida en menos de un minuto. Ahora pienso que fue un error, esa vida ya estaba rota.

—Yo también lo pensaba o lo esperaba o... no sé —dije dudando.

—Sigo esperando una respuesta a lo que te propuse en el hospital. Quería reponerme, darte un tiempo para que valoraras la situación. Los papeles no llegaban así que supuse que era una señal. Y, como no eres de las que toman la iniciativa, he decidido venir para poder hablarlo y...

—Es que ahora... —le corté, pero él también me interrumpió.

—No pasa nada, podemos quedar en otro momento.

Una idea empezó a crearse en mi cabeza y sin darle mucha forma, pero con ganas de que Varo se fuera, sin que sintiera que lo echaba, lo solté.

—El fin de semana que viene voy a Madrid, a un concierto. Me alojaré en Gran Vía. Podemos quedar en Callao.

Me vi llevando los papeles firmados y entregándoselos. Martín lo entendería, sería un café tranquilo en el que cerraría esa etapa de mi vida definitivamente.

Se acercó mucho, demasiado. Habló en un susurro cerca de mi boca:

—Me parece perfecto. —Acortó la distancia entre nosotros y me volvió a agarrar por los brazos para cerrar su premisa con un beso en la boca.

Tardé en reaccionar, no me lo esperaba. Su aroma entró en mí, pero no removiéndolo nada, como el agua pasada. Parpadeé varias veces y cuando sentí que su boca comenzaba a abrir la mía, me separé.

—No, Varo... yo... —susurré consternada, no quería sus besos, Álvaro ya no formaba parte de mi vida.

—No digas nada —me pidió—. Llámame cuando estés allí y quedamos. Nos merecemos hablarlo tranquilamente.

Se fue, se dio la vuelta con premura como si pudiera evitar todo lo que yo ya no sentía, todo lo que quería decirle, quedándose con una ilusión falsa que tampoco desmentí, porque así era con Varo, siempre había sido así.

Saqué el móvil en el mismo momento en el que me subí al ascensor y llamé a Martín, me dio señal, pero no me cogió. El desasosiego se multiplicó, habían pasado casi tres horas desde que se había ido.

Le mandé un mensaje preguntando si todo estaba bien y ni siquiera fue entregado.

Tendí la ropa de la lavadora y cené sola, mirando el móvil cada poco tiempo y pensando que algo había tenido que pasar para que no me contestara. De repente el teléfono me daba señal de desconectado.

No me planteé ir a buscarlo. Era su tiempo con su abuela y no podía ser tan egoísta, aunque sintiera una punzada intermitente en mi interior que me decía que no era normal que no me avisara de su tardanza o, finalmente, de su no presencia en mi casa.

Esa noche tardé mucho en dormir, y no fue por falta de sueño, la necesidad de descanso la pedía mi cuerpo a gritos, pero la mente... eso era otra cosa.

El beso de Varo y sus intenciones, mi reacción ante ello, mi nula capacidad para decirle a las claras que, aunque no había firmado, lo que él me pedía no era posible, ya no. Volver a sentir a esa Ané tan próxima a mí no me gustaba, y la determinación de llevarle los papeles de divorcio firmados el fin de semana siguiente se volvió tan física que casi me desprendí de esa horrible sensación de perderme otra vez.

Casi, porque el no sentir a Martín a mi lado, como habíamos acordado, y que no hubiera dado señales me hacía sentirme más sola de lo que estaba.

Me dormí de puro agotamiento.

Esa mañana en la Cafoteca Pilar era todo sonrisas. El hermano de Diego había ido a la playa, y su intención era ver a los críos y quedarse durante un día entero con ellos. Ese chico tenía un don con los niños, y eso hizo que mi hermana y mi cuñado pudieran disfrutar de calma y sexo para ellos, como bien me dijo Pilar con la chispa de la felicidad en su mirada.

—Tú no parece que lo hayas pasado muy bien —me dijo en la cocina mientras terminábamos de preparar unos pequeños sándwiches—. Tienes una cara horrible.

—Gracias, hermana —devolví con sarcasmo y con el estómago atezado.

Me había pasado por casa de Martín, no estaba; en casa de su abuela tampoco había nadie y decidí ir a la Cafoteca pasando por delante de su estudio, el cual suponía por las horas que iba a encontrar cerrado, pero había una pequeña esperanza de que no fuera así. Me encontré con una nota que informaba de que hasta el lunes siguiente no iba a estar abierto; me descompuso el cuerpo del todo.

—¿Me lo vas a contar? ¿Tan mal ha ido estar con él estos tres días?

Mi mente voló a las cabañas y la necesidad de habernos quedado allí me traspasó como un rayo, por lo menos así no estaría pasando por esa incertidumbre que me tenía al borde de algo que no era capaz de reconocer, ¿quizá histeria? Sí, era eso, había unas ganas tremendas de gritar y perder los nervios que golpeaban mi piel desde dentro.

—Fue maravilloso, Pi —susurré sin mirarla y sin dejar de montar el pan con su relleno.

—¿Entonces? ¿A qué viene esa cara? Parece que hubierais cortado nada más llegar y vinierais sin dormir. —Se acercó a mí preocupada, lo vi en sus ojos, y dejé de hacer lo que me estaba distrayendo solo un poco de mi realidad.

—No sé lo que ha pasado, pero Martín no ha venido a dormir. Se fue a ver a su abuela y no apareció, no contesta al teléfono y no está en su casa —fue un susurro doloroso. Decirlo en voz alta hizo que todavía fuera más real. Martín había desaparecido y no me había llamado, ni siquiera escrito un mensaje.

—Ve al est...

—Está cerrado —me adelanté—, con un cartel en la puerta. No abrirá hasta el lunes que viene.

—Que raro... —Frunció la nariz y se encogió de hombros, su cara era de estupefacción, y la entendía perfectamente—. ¿Discutisteis?

—No, que va... —parpadeé varias veces. Mi mente recordaba una y otra vez el último minuto con él, los besos, las ganas de que volviera, la anticipación de no despegarnos otra noche más.

—Quizá sea su abuela, quizá estuviera mala y están en el hospital, ¿no lo has pensado? —Casi podía escuchar los engranajes del cerebro de Pilar, su cara era un fiel reflejo de sus pensamientos y trataba de arrojar lógica a lo que estaba contando. Ella sufría conmigo. Me agarró las manos y me las apretó, tratando de reconfortarme.

—Sí, claro que lo he pensado, pero quizá eso me lo podría haber dicho por teléfono, ¿no crees?

Agaché la cabeza y miré nuestras manos, ella asintió, dándome la razón. Las lágrimas empezaron a agolparse en mis ojos. No quería llorar, debía mantenerme fuerte, encontrar una solución.

Porque no solo había pensado en su abuela, también en su madre y los problemas que siempre la rodeaban. Lo que no veía lógico era que no se hubiera puesto en contacto conmigo para decírmelo.

—Te llamará, Ané, estoy segura de que lo hará —me dijo y me cogió desprevenida en un abrazo de los suyos, de esos que huelen a ella y a colonia de mis sobrinos y que me lleva hasta casa.

No lo había hecho hasta aquel momento, supongo que porque no me lo permitía, pero ahí entre sus brazos y su calor, por fin, rompí a llorar en silencio. Las lágrimas salieron y me bañaron en miedo, uno que me gritaba que lo había perdido sin saber por qué, pero que ese momento que tanto temía había llegado. Todo mi cuerpo me lo gritaba, no tenía lógica que no me hubiera informado

de lo que fuera que lo tuviera lejos de mí, no después de ese fin de semana, de esas sensaciones, de esa frase que dijo en el coche.

«O toda la vida».

Comfortably numb

La jodida canción de Pink Floyd, *Comfortably numb*, que he odiado desde que supe de qué iba, no deja de sonar en mi mente. Siempre me hacía pensar en la relación que mi madre tenía con las drogas. Me asquea, me apena... Me está jodiendo la cabeza.

Mi abuela, después de varios días a mi lado, sumida en un silencio doloroso, decidió irse a Soria. No iba a quedarse en su casa, decía que no lo soportaría, y me prometió que se quedaría con una de las chicas. Viajó en el autobús con las cenizas de mi madre. Quedamos en depositarlas en un nicho al lado del abuelo, Elisa lo quiere así, y lo haremos en primavera.

Me parece increíble que justo lo recordara cuando estaba con Ané, en la cabaña, hace una semana. Quizá pasó cuando tuve que dejar de hablar de ella, quizá en esos momentos mi madre estaba perdiendo la vida a la vez que gozaba del mayor subidón de su vida, de su sobredosis, de esa que le dio mano para llevarla a conocer la muerte. La encontraron dos días después de fallecer en un piso abandonado, cerca de una playa de Alicante, rodeada de jeringuillas, de papel de aluminio y de mierda. Trasladamos a Madrid su cuerpo y lo incineramos allí, solo nosotros. Mi abuela y yo. Así lo quiso Elisa y así lo hicimos.

A mi madre le gustaba la primavera. Cada vez que terminaba marzo y en Madrid se volvía todo de colores, con la sensación del invierno dejándonos, mi madre parecía que florecía, mejoraba, incluso notaba que me quería más o que, simplemente, me quería. Quién sabe lo que su corazón enfermo sentía cuando la adicción le poseía. En aquellos momentos vivía el espejismo de tener una madre cercana y amorosa.

Llegaba del colegio y me había comprado algún regalo; una camiseta, una sudadera, a veces un libro... Parecía que las ganas de vivir otra vida que no fuera la que tenía habitualmente resurgían con fuerza, y con los ojos llenos de luz, una que hasta esos días no tenían, me prometía buscar un trabajo nuevo o tratar de hacerlo mejor en el que por casualidad conservaba en ese momento.

Todavía siento ese hormigueo de lo que supongo era felicidad bajo la protección de una madre. Me ponía loco de contento y llamaba a mi abuela anunciándole los cambios. Esa noche cenábamos bien, comida de verdad y los dos juntos; algunos años esa maravillosa y reconfortante sensación se alargaba varios días. Hubo un año que fue poco más de un mes. Ese fue el más duro de todos.

Era viernes, llegué a casa con la emoción de los días previos tras haberme deshecho, no sin reticencia, del miedo que supondría encontrármela mal. Llevábamos semanas siendo felices y sabía que nos quedaba un fin de semana por delante. Quizá iríamos al Retiro como el anterior, llevaríamos la merienda y ella me pediría que le contara lo que había hecho en clase. Yo tenía catorce años y llevaba una semana evitando a dos chicos que me estaban jodiendo la vida, no estaba siendo muy duro porque, cuando volvía a casa, mi madre estaba por y para mí y podía olvidarme de las caras de esos gilipollas durante el resto del día. Ese viernes decidí que se lo contaría, pero cuando llegué a casa y la encontré con las persianas bajadas, sin un ápice de luz primaveral bañando los muebles y con un olor a tabaco y a algo más rancio y pegajoso que impregnaba cada rincón, mi estómago se convirtió en un cubo de cemento seco.

Encendí la luz de la sala y solo me dio tiempo a visualizar una jeringuilla en la mesita del

salón, el resto de enseres se difuminaron cuando la puerta de su habitación se abrió de repente. Todavía recuerdo el reguero de impotencia cayendo sobre mí, de incredulidad, de dolor.

Mi madre salió tambaleándose y dejó la puerta entreabierta, mostrándome la mierda de realidad que escondía mi vida. Vi la pierna desnuda sobre la cama de un tío, se me nublaron los ojos de lágrimas. Fue el último día que lloré por ella, o por mí, no lo tengo muy claro. Recordé que esa mañana había desayunado solo, y no comprobé si ella había dormido en casa. Dejé de hacerlo la segunda semana del cambio, no era necesario porque María siempre estaba conmigo, aunque no se levantara el día que libraba, siempre estaba en casa.

—Martín, vas a tener que irte, come fuera, búscate la vida, hijo —me lo dijo con ese tono dejado e ido, con un cigarro en la mano y con la mirada vacía.

Ese «hijo» me sonó a insulto, no era su forma de llamarme, o no era como recordaba que lo pronunciase.

Es curioso cómo nos aferramos tanto a lo bueno de la vida que cuando lo malo vuelve nos parece desconocido.

Recuerdo preguntarme por qué tenía que estar pasando aquello, sentirme culpable de algo que no era, porque no era responsable de su cambio, pero era demasiado joven para ser consciente de aquello. Repasé todo lo que habíamos hecho la noche anterior por si le había fallado y la había hecho volver a la vida de mierda en la que se había metido de nuevo.

Recuerdo salir con mucha prisa del portal después de un rato largo en las escaleras al lado de la puerta de mi casa, hundiéndome en la miseria. Corrí sin parar, hasta llegar al Retiro, y me quedé mirando el estanque. Dejé de sentir el hambre que atenazaba mi estómago antes de llegar a casa y encontrarme la vida que de verdad tenía, y no ese espejismo que la puta primavera había traído consigo.

Recuerdo odiarla, odiarla por no quererme, odiarla por no dejarme quererla como necesitaba, odiarla como ahora que había muerto y nos había dejado a mi abuela y a mí sin alguien que, en realidad, nunca habíamos tenido, pero que habíamos padecido.

«Sí, abuela, lo haremos en primavera», le dije antes de que ella subiera al autobús.

Me he quedado en Madrid por muchas razones. Elisa no me necesita, me lo ha dicho por activa y por pasiva, porque si ella me lo hubiera pedido me habría pasado mis razones por los cojones y hubiera estado a su lado. Pero no, ella también tiene que sanar un poco estos días, y soy muy consciente de que no soy una compañía excepcional, destilo cierta esencia tóxica hacia el fallecimiento de mi progenitora, y hasta que la enorme herida que se ha abierto no empieza a secarse, aunque sea un poco, estar cerca de ella no ayuda. Los recuerdos que Elisa tiene de mi madre distan mucho de los que yo tengo, y son los que nos separan en este luto.

Estoy en casa de Félix, en la habitación en la que a veces me quedo a dormir cuando el día de trabajo se me echa encima. Los últimos lunes no la he ocupado ni una sola noche porque mi necesidad de Ané me hacía tomar el último autobús, aunque llegara a Soria a horas intempestiva.

«Ané... joder...».

No me he puesto en contacto con ella, y no sé si me siento culpable. Hasta este momento no me lo he planteado siquiera. Fue tal mazazo encontrármela besando a ese tío, que supongo que es su ex o lo que sea, que no, culpabilidad no es lo que siento por no dar señales de vida.

Que esa parte entre nosotros fuera una especie de tabú, me refiero a su situación con el tal Álvaro, es lo que ha hecho que esta bola se convierta en algo demasiado grande de digerir. No puedo tragarlo, lo tengo atascado. Al igual que el puto sobre color manila que sigue en su salón.

No ha enviado los papeles de divorcio con su firma, no es libre porque ella no ha dado el paso que falta para serlo. Así que sí, eso pesa en todo este tema. Que no se haya pronunciado respecto a lo que quería tener o no tener con ese tío, desde que empezamos lo nuestro, ha generado siempre una inseguridad en mí que remató con ese jodido beso.

Ese puto beso que me enseñó que tampoco estaba entre sus prioridades, ese beso que a mí me gritó:

«Búscate la vida, Martín».

Estampé el móvil, quedó irrecuperable, y activé el que tengo desde hace años, el personal, ese que dejé de lado cuando abrí el estudio y empecé a manejarme solo con el que estaba vinculado a mi trabajo. En este teléfono, al que estoy dando vueltas en mi mano en este momento, tengo pocos números con los que siga teniendo contacto, pero los valiosos están. Ané no, y eso tiene poca importancia porque su teléfono me lo sé de memoria, no obstante, no lo he marcado ni una sola vez.

Creo que necesito asentar la rabia que siento por lo de mi madre antes de aclarar el punto con Ané.

«¿Qué punto?».

Sí, soy consciente de que hay una pequeña esperanza en la que la veo a ella preocupada. Y sí, también reconozco que no me importa que lo esté pasando mal. Es jodido, pero esa mínima luz es la que me hace pensar que hay algo entre nosotros, o que puede haberlo. Esto indica que soy una mala persona, pero no puedo evitar pensarlo. Verla en brazos de otro me hizo demasiado daño después de lo que habíamos vivido en aquella cabaña, y si ella está pasándolo mal por mi ausencia, aunque sea un dolor mínimo, me hace sentirnos igualados.

Me sonrío con desdén, porque hay una parte que me llama iluso. Esa es grande y machaca a la anterior.

«Estaba besándose con su ex, hostia», pienso en tono amargo.

Es posible que si ha intentado ponerse en contacto conmigo haya sido para mandarme a la mierda porque quiere retomararlo con él, y este tiempo sin mí le haya venido hasta bien.

Si es que llevaba razón cuando dije que nos deberíamos haber quedado para siempre en nuestra cabaña, si no hubiéramos salido de allí, si hubiéramos reventado nuestros teléfonos aislándonos del mundo, seríamos ajenos a toda la mierda que vino después.

Me levanto de la cama y me acojona lo avestruz que me siento, porque, joder, de verdad que lo hubiera hecho si con ello nos hubiera ahorrado esta situación.

Sí, así de jodido estoy.

Es sábado por la mañana y se supone que esta noche Ané y yo teníamos un concierto. Tengo la entrada en mi cartera, no ha salido de ahí desde la tarde de Reyes. Podría ser una buena oportunidad para verla y aclarar lo que a estas alturas no hay entre nosotros; si es que ella viene. La incertidumbre se me come por dentro, no tengo nada claro que la vida de Ané continúe hacia mi dirección, aunque haya sido un desconsiderado desapareciendo de su vida una semana completa.

«Joder, qué follón tengo».

Unos golpes en la puerta me hacen salir de mi mente.

—¿Piensas quedarte ahí todo el puto día? —el vozarrón de Félix hace que sonría, creo que por primera vez en toda la semana.

Me levanto y abro la puerta. Estoy vestido y aseado; eso le sorprende.

—Buenos días —saludo.

Me ofrece una taza de café.

—Me he levantado agradable —suelta con socarronería, y mi sonrisa se ensancha.

Salgo al pasillo.

—¿Cómo has dormido? —pregunta mientras se dirige a la cocina. Quiere hacer de esto una conversación normal, para que me abra, lo conozco desde hace mucho tiempo y ha sido ese hombro amigo y psicólogo demasiadas veces.

Lo sigo, aferrándome a la taza caliente.

—Mejor —contesto, sentándome y observando sus movimientos mientras se prepara su desayuno.

—¿Vas a llamarla?

No hace falta que diga a quién.

—No.

Un bufido me responde y no lo miro, no quiero hacerlo.

Cierro los ojos con fuerza y me enfrento a lo que de verdad me pasa por la cabeza.

—Que me dejen por teléfono o que me lance un «tenemos que hablar» por este medio no es lo que más me apetece —mi voz no es más que un murmullo.

—Veo que se ha apoderado de ti el lado malo de la situación. —Se sienta conmigo a la mesa y le da un trago largo a su café sin azúcar.

No digo nada. Él me clava su mirada directa, esperando algo, hasta que sube las cejas y sé que va a hablar.

—*Que ser valiente no salga tan caro, que ser cobarde no valga la pena* —cita.

—¿En serio? ¿Me vas a venir con Sabina? ¿Precisamente tú? —Lo miro asqueado, no por él, si no por mí. Aunque hay mucha verdad en esa frase, me jode no ser capaz de asumirla. Seguir haciendo el avestruz es lo que más me presta en estos momentos, y también me jode que venga acusándome de cobarde cuando él... en fin, lo de Félix es otra historia, supongo.

—No es lo mismo, lo sabes. Luz y yo no teníamos lo que Ané y tú sí. Ni siquiera puedo hablar en presente, tío —contesta y con un movimiento de mano me dice que su tema está zanjado.

Si él lo cree así, no seré yo quien ahora le lleve la contraria, pero esta historia va a traer cola con esa actitud de mierda que tiene ante los sentimientos.

—Contemplar que está esperando con ansiedad mi llamada es darme demasiadas alas, y no sé si voy a soportar tanta mierda junta —admito.

—Joder, tío. Me parece un *putadón* lo que te está tocando vivir. Sumarle a lo de María la posibilidad de que vayas a perder también a la mujer de la que estás enamorado es... El karma debería de existir, porque a ti te corresponde tener a la chica a tu lado en estos momentos. —Está enfadado, lo sé, quiere que haga algo, pero él sabe, tanto como yo, que esta vez no está en mi mano que las cosas vayan bien.

Félix siempre me hace gracia en ese aspecto, quizá esa no sea la palabra que busco. Me frustra, más bien, porque él es de los de «Consejos vendo que para mí no tengo», algo que dice mi abuela a menudo.

—Está claro que ni existe el karma ni la vida se equilibra. Te toca lo que te toca y te jodes, Félix.

«Menuda mierda».

Le sostengo la mirada, a mí también me cuesta entenderlo, pero lo estoy viviendo en mis carnes, no me queda otra que ir asumiéndolo.

—Me niego a creerlo —suelta con su vozarrón, enfadado—. No contigo, joder! —Golpea la

mesa.

—Es lo que hay. —Termino mi café y me muerdo el labio inferior con saña.

No quiero decirle que a mí también me parece demasiado cruel vivirlo todo al mismo tiempo. Meterme ahí no creo que sea demasiado positivo en estos momentos. No, no me va lamerme las heridas, pero tampoco sé si me va esto de mantenerme en *Stand By*.

Nos pasamos un rato en silencio.

—¿Y si salimos esta noche? —propone de repente.

Me mira, espera mi respuesta.

No estoy para salir a ningún lado, pero tampoco quiero ser un jodido muermo y, como sé que para él también es un esfuerzo, asiento.

¿Qué está pasando?

Estaba en un hotel de Gran Vía asequible, dos estrellas, limpio y a unos minutos de Callao. Era el hotel que había reservado con Martín, y no había cambiado la habitación con la vana expectativa de que él apareciera. Cuando la mente se alía con la esperanza es un poco mala, debería haber buscado otro.

Los papeles estaban firmados. No fue algo inmediato, no subí de estar con Varo y garabateé mi nombre, tampoco al día siguiente. En mis prioridades estaba Martín. Así que los firmé el viernes anterior por la noche, antes de meterme en la cama, para quitarme un desasosiego que en realidad no se retiró. Porque no, entregar el divorcio a Varo no era lo que me tenía al borde de volverme loca.

No supe nada de Martín en toda la semana, el estudio estaba cerrado, no vi a Minerva y a su abuela tampoco. Por más vueltas que le daba a todo, no entendía qué podía haber pasado. El miércoles entré en la Cafoteca sin haber pegado ojo, descompuesta y reprimiendo el llanto. El dolor de mi pecho me estaba matando, estaba segura de que Martín había sufrido algún accidente, y cuando Pilar me vio entrar se asustó tanto que estuvo a punto de llevarme al médico.

—¿Y si ha muerto, Pilar? —dije en voz alta por primera vez, sintiendo que la que me moría era yo.

—Pero ¿qué dices? ¿Tú crees que no nos hubiéramos enterado? Deja de pensar así. —Me abrazó con fuerza y comenzó a hablarme contra mi pelo, intercalando besos sobre mi cabeza como tantas otras veces la había visto hacer con Ari—. Está claro que no es normal lo que está pasando, pero no puedes ir por esos derroteros, joder, que eso es imposible.

Lo dijo muy convencida, pero ella no lo sabía a ciencia cierta, y no poder dejarme mecer por esa sensación de seguridad me hizo más daño todavía.

Lloré sobre su hombro hasta que salió a atender a alguien que acababa de entrar, y cuando salí a la barra, lo más recompuesta que podía estar, me dijo en susurros:

—Si le hubiera pasado algo, un accidente o cualquier cosa, su abuela o Minerva te lo habrían dicho. Además, ¿no me has dicho que has hablado con Marta?

Sí, a esas alturas mi amiga y Rafa tenían algo parecido a una relación, y el día anterior la llamé para preguntarle si su *loquefuera* sabía dónde estaba mi chico... Mi chico.

Rafa no sabía nada de él desde antes de irnos, y eso, según Pilar, debería haberme tranquilizado.

—Si que se lo haya tragado la Tierra tiene que sosegarme, Pi, vamos mal, muy mal —solté con un poquito de rabia.

—Aparecerá —aseveró sujetando mi cara y mirándome a los ojos, pero en ellos también veía preocupación.

—El viernes me voy a Madrid —le dije en un momento dado en el que en mis pensamientos se filtró que había quedado con Álvaro.

—¿Vas a ir sola? —preguntó con cautela estrechando los ojos y torciendo un poco la cabeza—. ¿Quieres que vaya contigo?

—No... gracias, Pi —me hizo sonreír, ella siempre estaba para mí—. Prefiero hacerlo sola. Voy a entregarle los papeles de divorcio a Varo. —No dijo nada, pero abrió la boca y entendió—.

Vino el domingo a verme, me besó pensando que yo sentía algo por él...

—¿Qué te besó? —inquirió horrorizada, su cara era un poema.

—Fue una chorrada, me separé y me subí a casa. —Quise que ella entendiera la poca importancia que aquello tenía en ese momento.

—En la calle —afirmó como si me hubiera visto.

—Sí, Pilar. ¿Qué más da? El sábado le entregaré los papeles. Ayer hablé con una abogada, ya está —argüí desesperada.

Me di la vuelta dispuesta a salir de la barra y a ponerme con los libros. Que empezara con su odio hacia Álvaro era algo con lo que no me apetecía lidiar en aquel momento, por mí podía aborrecerlo todo lo que quisiera, pero que no esperara que me quedara a contemplarlo.

—¿Y dónde estaba Martín? —inquirió; hizo que la mirara sin entender por dónde quería ir.

—Pero ¿a dónde quieres llegar? —pregunté al borde de las lágrimas.

Menos mal que los clientes estaban en sus mesas y a sus cosas, porque el espectáculo que estábamos dando entre murmullos y exaltaciones, podría haberlos espantado.

—Que igual te pudo ver... —susurró estática, con los ojos muy abiertos.

Negué, era imposible.

No.

Recordé el momento y no, no podía haber pasado. Lo hubiese visto, me habría dicho algo, ¿no?

Volví a negar y la miré.

—¿Estás segura? —insistió.

Apreté la mandíbula, no me estaba ayudando.

—¡Claro que lo estoy! —farfullé con energía—. Si me hubiera visto habría venido a pedirme explicaciones, lo que hemos tenido no es un rollo adolescente en el que un beso mal dado pueda rompernos. —Según lo dije supe que aquello era así—. No tenemos dieciocho años, Pi.

Me volví para seguir con lo que debía hacer: trabajar para distraerme de todo.

Pasé los siguientes días en modo autómatas, sin dormir, comiendo poco y sin dejar de llorar mientras miraba las fotos que guardaba en mi móvil una y otra vez. La posibilidad de Pilar se me pasaba de vez en cuando por la cabeza, pero la desechaba con facilidad. Martín no era así.

—¿Y si tengo que dar parte a la policía? —le dije a Pilar una tarde noche mientras recogíamos antes de cerrar.

Ella me miró y, por primera vez, la vi dudar de verdad.

—¿Has ido a ver a su abuela? —su cuestión fue como si ella misma se agarrase a algo que sabía que no era solución.

—Claro...

—Claro —corroboró dándose cuenta de que la pregunta era casi absurda.

—No está en casa. He pasado varias veces, a riesgo de parecer una acosadora, pero no hay nadie.

Nos quedamos en silencio, nos miramos a los ojos. Ella sabía lo que sentía, y yo era testigo de su impotencia.

—Ané, creo que debes tranquilizarte. Esto tiene que resolverse. —Ella estaba preocupada, no podía ocultarlo, pero todo su afán era que yo dejara de martirizarme. No entendía que aquello era imposible—. Tú este sábado te vas a Madrid y le das los papeles a Álvaro, y si te apetece, te vas al concierto de la pava esta que canta en francés. —Zaz..., no me había acordado de que si por

algo iba a estar ese sábado allí era por el concierto. Pilar me cogió las manos y me las apretó—. Y si quieres compañía después de estar con tu ex, me llamas y me presento allí. —En sus ojos estaba la necesidad de acompañarme, lo supe antes de que hablara—: ¿De verdad no quieres que vaya? No tengo por qué estar con vosotros cuando os encontréis. Puedo ser civilizada.

—Lo sé, Pi. Pero de verdad que prefiero ir sola. Y el concierto... —Me cayeron dos lágrimas de los ojos que desataron a otras tantas.

Íbamos a ir juntos, era algo nuestro, y lo había olvidado. Increíble, ¿verdad? Tenía claro que le había dicho a Varo que lo vería en Madrid, y el motivo no era otro que ir a ver a esa chica que me encantaba, pero haber perdido la pista de Martín hizo que todo se borrara a su alrededor, todo lo que no fuera dar con él.

—No, no iré —dije en un susurro—. Si él no está conmigo no pinto nada allí.

Un mensaje me devolvió a la habitación de hotel en la capital. Desbloqueé el teléfono con el ansia de encontrar algo que arrojara luz a mi vida, algo de Martín, pero no, era Álvaro recordándome que habíamos quedado en Callao al cabo de una hora.

Me di una ducha, me vestí, y al hacerlo me di cuenta de que Varo iba a extrañarse al verme así, sin tacones, sin detalles que me hicieran parecer que estaba preparada para ir en cualquier momento a una reunión importante.

Esa Ané estaba lejos, muy lejos.

Llegué a la puerta de la Fnac y él ya estaba allí, con un abrigo color caramelo de paño, por debajo de las rodillas; sus zapatos de La Oca azules y de cordones rojos; su pantalón azul oscuro y su bufanda alrededor del cuello, de cuadros, bien puesta. Sin duda su cara, su sonrisa con hoyuelos, sus ojos azules y su pelo castaño claro que tenía un poco más largo en el flequillo, lo hacían un tío bueno de manual; pijo, porque eso era indudable, lo rezumaba en cada movimiento, pero provocaba que te volvieras a mirarlo más de una vez, y él lo sabía.

Me acerqué y me dio dos besos cerca de las comisuras de los labios, agarró mis brazos y estudió mi rostro con gesto preocupado.

—¿Has estado enferma? —me preguntó.

Negué mientras en mi interior me contestaba que sí, estaba enferma de ausencia.

—Estoy con la regla —solté.

Qué recurrente, me servía para cortar explicaciones y con él siempre había funcionado bien. En aquel momento también lo hizo.

—¿Quieres ir a tomar una cerveza? —Esperó mi respuesta mientras lo miraba, y me parecía que pegaba tan poco en aquel lugar... Álvaro no frecuentaba la zona, no le gustaba, con sus amigos seleccionaba los lugares a donde ir para no mezclarse mucho con el gentío del centro, pero allí estaba—. O quizá mejor un café caliente. No tienes buena cara.

A mí me daba igual, en aquel momento me di cuenta de que lo único que quería era darle los papeles y largarme, pero no a la habitación, a Soria, a mi casa, a decidir qué iba a hacer de ahí en adelante para seguir con mi vida sin noticias de Martín.

Me encogí de hombros.

—Solo quiero entregarte esto, Álvaro.

Saqué el sobre color manila de mi bolso y se lo di.

—Mona... —susurró con un deje de dolor, mirando mi mano y luego a mis ojos—. No...

Se quedó sin palabras.

—No lo esperabas —dije en un tono monocorde, terminando su frase.

—¿Por qué no vamos a hablar? —su voz átona me sorprendió.

De verdad que no lo había contemplado. En aquel momento me di cuenta de que él, en su mente, estaba convencido de que volveríamos y no había otra posibilidad, si no, no estaría viéndolo tan noqueado.

—Porque tampoco tenemos nada de qué hacerlo, Varo —el tono de mi respuesta fue impersonal. Me sorprendí, pero no tenía mucha fuerza para darle vueltas a algo que para mí ya no tenía cabida en mi vida.

La gente pasaba a nuestro alrededor, haber quedado en la puerta de la Fnac nos dejaba en una posición visible y con cero intimidad. Quizá no había sido el mejor lugar, pero tampoco lo pensé. No caí en que para él podría ser doloroso, porque no fue premeditado, fue automático. Y aunque había mucha gente a nuestro alrededor, un sábado en la calle Preciados no puedes esperar soledad, apenas escuchaba el jaleo que nos rodeaba.

—No, Álvaro, no estáis juntos, y ese sobre lo prueba —la voz vino de mi izquierda, parpadeé antes de girarme y cerciorarme de que, efectivamente, la que acababa de hablar era...

—¿Aída? —mi pregunta absurda fue por la sorpresa, era ella, sin duda.

—¿Qué haces aquí? —espetó Varo mirándola con furia.

«¿Qué está pasando?».

—Cerciorarme de lo mentiroso que eres —soltó con saña—. «He quedado con Mona. Pasaremos juntos el fin de semana» —engoló la voz imitando, supuestamente a Álvaro.

Subí las cejas, no entendía nada.

—Lárgate, Aída —espetó entre dientes, sin mirarla a la cara.

—Tienes miedo de que hable, ¿verdad? —Se acercó a él de forma intimidatoria, aunque era más baja que yo, su porte y su energía la hacían más grande.

Fruncí el ceño y me di cuenta de que a mí no me correspondía estar allí. Entre ellos había pasado algo; entonces pude cuadrar los mensajes que Aída me había enviado los días atrás. Estaba muy interesada en si estábamos juntos porque, probablemente, después de romper salieron o se enrollaron o... Me daba igual, no me incumbía.

—Os voy a dejar solos, creo que es lo mejor. —Traté de pasar al lado de Álvaro para irme, pero él no me dejó.

—No, Mona, por favor —suplicó él cogiendo mi brazo para retenerme—. Lárgate —repitió con furia contenida mirando a quien se suponía que era su socia.

Me desasí de su agarre, quería largarme, pero las palabras de Aída me dejaron clavada en el sitio.

—Dos años antes de que os separarais, Varito y yo empezamos a enrollarnos —lo soltó mirándome a mí y luego a él.

Sus palabras entraron desordenadas en mi mente y cuando las entendí contuve la respiración unos segundos.

«¿Álvaro me era infiel?». Lo miré sin dar crédito a lo que estaba diciendo. «¿Y con...?».

Miré a Aída, que se suponía que era mi amiga.

—¡Cállate la puta boca! —siseó mi ex con furia—. Tú y yo nunca hemos sido nada.

—Dos años, Mona, dos años acostándonos a tus espaldas —ratificó con fuego en sus ojos.

Fue como un golpe seco a mi ingenuidad, a la Ané que vivía por y para ese hombre alto, guapo, y llamativo que me miraba desde mi derecha. Si había querido conservar y justificar los buenos recuerdos de los últimos años con él, en ese momento se desintegraron como polvo sobre el suelo. Pero, curiosamente, lo hicieron sin demasiado dolor. Solo decepción, pero conmigo por

haber sido tan estúpida de entregarles mis mejores años.

Supongo que había un sufrimiento superior en mi interior, y por eso enterarme de la infidelidad era un pequeño saco más con el que no me apetecía cargar, y siempre había escuchado de los médicos que el dolor es selectivo. No tener a Martín a mi lado dolía mucho más que la deslealtad de estos dos.

Reí bajo mi respiración, sin una pizca de alegría. Me miré las botas, quería ordenar mi mente, enfocarme.

Sentí que me había quedado muy vacía de todo.

¿Qué me quedaba? Mi familia, mi gente, que a pesar de haberles dado la espalda me acogieron entre ellos como si no les hubiera castigado durante años con mi indiferencia. Debería haber accedido a que Pilar viniera conmigo, porque necesitaba sus brazos, porque no estaba segura de tener la fortaleza suficiente para dar un paso adelante sin romperme. Remar sola, tan sola, era algo de lo que no me sentía capaz

Levanté la cabeza, tuvieron la decencia de no decir nada más, de no pelearse o gritarse o de seguir restregándome sus aventuras por la cara. Supuse que esperaban alguna reacción por mi parte, pero esa no llegaba, o no de forma visible. Yo también la esperaba, no puedo mentirme.

Doce años de relación tirados por la borda por semejante deslealtad, con una amiga o lo que se suponía que era una amiga.

Miré a Aída, luego a Varo, y cuando quise volver mi vista a ella, a apenas cuatro metros vi a Martín.

Stand by me

La tengo delante de mí, y se ha dado cuenta de que la estoy mirando. No sabe que llevo haciéndolo desde hace un rato; he visto, en silencio, cómo esa chica se acercaba a ellos después de que Ané le diera el jodido sobre manila a Álvaro.

Ese sobre.

Su lenguaje corporal dejando clara la distancia entre ellos, por mucho que él trataba de atraerla.

Tampoco sabe que he sido testigo de que algo serio ha pasado, porque la cara que ha puesto Ané, mientras prestaba atención a la chica, me ha contado que no se esperaba lo que ha ido a decirles. La reacción de él también ha sido interesante.

Cuando he visto pasar a Ané por delante de mí, sin mirar a su alrededor, me he quedado de piedra. No, no lo esperaba, o no verla así.

Me he sentido un cabrón mientras era testigo de todo.

Es duro conocer a una persona tanto, quererla con toda el alma, y verla pasar por delante de ti sabiendo que la vas a perder, o que quizá ya la has perdido. Es una puta mierda observarla y saber lo que está pasando, lo que está sufriendo y no poder acercarte ya que no sabes cómo va a reaccionar. Y esto es así, porque lo jodido fue darme cuenta de que fui un mierda, de que me he portado de forma atroz con ella sin dejarla explicarse, ya que ahora sé que el tal Álvaro, ese tío que hace menos de una semana la besó en la puerta de su casa, está recibiendo de manos de mi chica los papeles del divorcio firmados.

Esa certeza me golpea.

En este mismo momento entiendo sus ojeras, su delgadez, su apariencia enferma, sus ojos sin luz. Yo soy el culpable de eso y entonces comprendo que no es que lo sea, es que estoy jodido porque la he cagado a lo grande.

La he visto llegar a la puerta de la Fnac, y también lo he visto a él, esperándola, nervioso, aunque cuando ella ha aparecido ha fingido tenerlo todo bajo control. Ese tío no me gusta, conocerlo de boca de Ané lo hace horrible, pero ver cómo se crece con la presencia de mi chica me revuelve el estómago, él sigue haciendo como si controlara todo a su alrededor, incluso a ella. Reconozco que no esperaba verlos a los dos, que la imagen de los besos tan cerca de sus labios me ha golpeado casi tan fuerte como la imagen, que aún quema mis retinas, de la puerta de su casa el mismo día que recibí la noticia de mi madre. Pero me he quedado a espiar, a cerciorarme de que lo que estaba viendo era real para darme cuenta, enseguida, de que Ané no estaba bien y que no estaba allí para ir al concierto con él.

Le ha entregado los papeles firmados... ¡joder!

Que esté en Callao no es una casualidad.

Cuando he salido con Félix no tenía esta intención, pero al final mi subconsciente, supongo, me ha traído hasta aquí. Esta noche canta Zaz en el Café Berlín y la curiosidad, por saber si ella iba a estar allí, me ha llevado a descolgarme de él y pasear por los alrededores del hotel, como un psicópata, a ver si había venido a pesar de no estar conmigo.

Sí, así de jodido estoy.

Me mira parpadeando muchas veces, demasiadas. Mira al suelo y vuelve a fijar la vista en mí. No se cree que me tiene enfrente y me maldigo por esta puta semana sin contactar con ella.

Se abre camino entre la pareja a la que sobrepasa, apartando de un empujón la intención de él de interceptarla, sin decirles nada. Se acerca despacio hasta donde me encuentro yo, como un puto pasmarote en mitad de la calle de Preciados, de espaldas a Callao, mientras la gente, a la que no veo, pasa por mi lado.

—Martín —susurra, rota, conmocionada, mirándome de arriba abajo.

Se queda a un paso de mí, tampoco debo de tener buen aspecto, no ha sido mi mejor semana.

—¿Estás bien? —La preocupación por lo que ha podido pasar allí, me tiene en guardia, como dispuesto a saltar. Señalo con un movimiento de mentón a la pareja que ha dejado solos y discutiendo.

—Sí —asiente varias veces—. Álvaro me fue infiel con ella durante dos años antes de dejarme —su tono de voz carece de vida. Se encoge de hombros y yo me quedo paralizado.

«Será hijo de puta».

—¿Y tú...? —Alzo las manos con las palmas abiertas, para tocarla, pero las cierro en puños. No sé si puedo hacerlo, aunque me muera por abrazarla.

—No te preocupes por eso, estoy bien —susurra y me mira de arriba abajo, otra vez, como si estuviera comprobando que estoy entero.

—Joder... yo... —No sé ni qué decir. Me froto la boca, la barba.

Doy el paso que nos separa y me arriesgo a que me empuje para quitarme de su camino, porque me da igual, tengo tal necesidad de sentirla, me ha hecho tanta falta estos días, que si me quiere sacar a golpes de su lado hasta estos serán bien recibidos.

Pero no nos tocamos, llego hasta ella y no me atrevo a hacerlo, solo veo sus ojos abrirse, llenarse de lágrimas y acto seguido morderse los labios.

«¡Oh, joder! Veo tanto miedo en ella..., que me parte».

Cojo su cara entre mis manos, el calor de su piel me llena, su olor personal me rodea, y siento cómo se deja caer contra mí, su cabeza se ladea para que su mejilla toque mi palma, se acaricia contra ella y la atraigo sin pensar en nada más.

—No sabía si te volvería a ver —solloza contra mi cuello, abraza mi cintura con sus brazos y deja que yo lo haga con ella. El calor que me sube desde el centro del pecho y se expande por mi cuerpo casi me hace llorar.

Tengo tantas ganas de golpearme... La infidelidad de ese gilipollas no es lo que la tiene rota, es mi ausencia.

—Lo siento —susurro contra su cabeza y dejo besos sobre ella, abrazándola tanto que parece que de un momento a otro la voy a introducir dentro de mí.

Es lo que quiero, fundirme con ella y que me perdone esta semana de mierda que le he hecho pasar.

Estamos durante mucho tiempo así, no sé cuánto, pero ella, sin que yo quiera, empieza a despegarse de mí.

—¿Qué pasó, Martín? —lo pregunta perdida, con las mejillas mojadas, con la voz empañada.

No tiene ni idea, Minerva solo sabe que el estudio cerraba una semana y que hablaría con ella a mi vuelta, Rafa tampoco lo sabe y a mi abuela no creo que la haya visto. Es imposible que le haya llegado la noticia.

«He sido tan gilipollas...».

La miro y cojo su cara entre mis manos. No sé por dónde empezar, si por la muerte de mi

madre que justifique mi estupidez, o por la imagen que me llevó a alejarme de ella sin pensar más allá.

—¿Puedo besarte? —se lo pregunto desesperado, aunque no sea lo correcto.

Ella no contesta, solo se acerca a mi boca y sus labios me rozan, se abren y presionan los míos. Mis ojos ya están cerrados y me parece increíble que me lo esté concediendo. No dejo de darle vueltas a lo idiota que he sido. ¿Cómo pude dudar de ella? Siento su necesidad de estar conmigo sin juicios, solo quiere la verdad. Respondo a su beso y muy despacio la saboreo; sus lágrimas hacen que sepa salada, mi lengua roza la suya, mis dientes acarician sus labios, con besos cortos que se desesperan convirtiéndose en alguno más largo, más profundo, para volver a la superficie, porque no me creo que sea tan afortunado de tenerla entre mis brazos.

Despacio paramos de besarnos, inspiro profundamente y dejo nuestras frentes unidas.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio? Estás temblando —le digo, sin abrir los ojos, sintiéndola trémula.

—Sí —susurra—. Será lo mejor, pero no me sueltes —me pide. Cuando abro mis ojos veo que ella ya los tiene abiertos—. Si no vas a dejarme, si esto no va a ser una despedida, no me sueltes, Martín —suplica.

—Oh, joder..., Ané —susurro al borde de la desesperación. La abrazo con más fuerza y acerco mi cara a su cuello, cerca de su oído—. Es imposible que yo te deje, es imposible que me separe de ti a no ser que tú me largues. —Se aprieta contra mí, y siento un deseo imperante de estar ya en otro lugar, solos—. Tienes razones para hacerlo —digo, sin apartarme de ella—. He sido un gilipollas.

Siento su risa, sus manos entre mi abrigo y mi espalda aferrándose con los dedos crispados, y también noto cómo sus lágrimas me mojan la mejilla por encima de la barba. Me separo y la miro; sonrío y llora, beso sus labios, un pico rápido que pretende calmarla un poco o calmarme a mí, no lo sé.

Respiro algo más tranquilo y sabiendo que tenemos tiempo para hablar.

Empezamos a caminar y la abrazo por los hombros, se pega a mí y me coge por la cintura.

Es ella la que encamina los pasos hacia algún lado en concreto y dejo que me guíe entre la gente de Madrid.

—¿Puedes esperar? —le digo, porque no sé si quiere empezar a conversar ya, si le puede la prisa por saber; ella frunce el ceño, mientras, sin parar la marcha, no deja de mirarme—. Me gustaría hablar tranquilos.

—Estoy en el hotel que reservamos. En un par de minutos llegamos. —Veo una pequeña sonrisa asomar a sus labios, es tranquilizadora.

No digo nada, la miro con toda la intensidad que me nace. Con la emoción de volverla a tener a mi lado, con toda la libertad que siento ahora que esa ofuscación que me rondaba ha desaparecido, en cuanto ella se ha dejado caer en mí.

Soy un hijo de puta muy afortunado, pero todavía tengo que contarle que esta semana de mierda podría haber sido mejor de lo que ha sido si no hubiera actuado como lo he hecho.

Entramos en la habitación con el frío atenazando nuestros cuerpos. Hemos venido a paso rápido y agarrados, en silencio, yo ordenando ideas y ella... Ané parecía que no se creía que estaba a su lado. No ha dejado de mirarme, de apretarme, de meterse bajo mi brazo buscando mucho más que calor, quizá la certeza de que estaba con ella.

Dejamos los abrigos en una de las sillas y ella se descalza y se sienta en medio de la cama.

Me observa mientras me siento en la otra silla y desato mis cordones, no llego a quitarme las botas, la miro y veo que, a pesar de su cara pálida y ojerosa, sonrío.

—Eres increíble. ¿Por qué estás sonriendo? Te siento feliz. —No puede ser que vaya a tener esa predisposición ante mi historia.

—Estoy tan aliviada, Martín... —Ladea la cabeza y las lágrimas le caen por las mejillas, pero su sonrisa no se pierde en ellas.

Decido que ha llegado mi turno y me acomodo contra el respaldo de la silla.

—Te vi el domingo con Álvaro en la puerta de tu casa —empiezo a hablar.

—No... —suelta, con los ojos muy abiertos, con la sorpresa en su cara, siendo muy consciente de a lo que me refiero.

—Déjame hablar, por favor, no expliques nada —le pido mirándola—. Fui un gilipollas, no sé por qué me nublé y pensé que habías vuelto con él. Después de los días en la cabaña hay que ser un imbécil para verlo así, pero no sé. Nunca me habías dicho que tuvieras claro que no ibais a volver y los papeles del divorcio seguían en tu casa...

Me callo, me parece una excusa tan pobre, tan pueril, que tengo que dejar de mirarla a los ojos y me fijo en la luz mortecina que entra por el ventanal de la habitación.

—No hice las cosas bien —susurra, con culpabilidad.

Consigue que la mire y niegue, rechazándome a mí mismo.

—Yo las hice peor —asevero.

Trago saliva y antes de que ella empiece a hablar continúo con la otra parte de ese día.

—Cuando entré en casa de Elisa... —corto de forma abrupta y trago saliva—. La llamada que tenía de mi abuela... —Trato de tomar aire, pero siento que este no llega y mis ojos se llenan de lágrimas. La miro a través de ellas y la veo acercarse a mí, se arrodilla entre mis piernas y me coge las manos.

—Martín...

—Mi madre... —El aire me entra a trompicones—. Mi madre ha muerto... —sollozo—. Mi abuela... —inspiro, pero me cuesta—, se había enterado esa misma tarde... —solo salen balbuceos y no consigo hilar una frase completa.

Me ahogo.

Me derrumbo abrazado a ella, sintiendo el peso de la vida de mierda junto a María, de su amor, ese que tendría en algún lado, pero que a mí no me dio... En la primavera, su amor quedó atado a las jodidas primaveras.

Ané me abraza, deja que me rompa sobre ella, me permite ser el chaval que debía despedir a su madre pero que no fue capaz. Me siento como si estuviera recibiendo la noticia de mi madre en ese mismo momento, como si todo lo pasado los días anteriores hubiera sido una película ajena a mi vida. Y es ahora cuando noto cada hora al lado de mi abuela rota, con la ausencia de mi madre separándonos, eso, de repente, pesa en mi alma demasiado.

Es insoportable y hasta llorar me cuesta un esfuerzo, cada lágrima y cada respiración me ahogan en vez de liberarme. Los arrullos de mi chica me van guiando, como una brújula en medio de un mar de tristeza y, agarrado a ella, dejo que las piedras de rencor caigan conforme mi cuerpo se agita y mis sollozos audibles tratan de redimir sentimientos hacia María.

Conforme voy dejando que las lágrimas salgan, y mi cuerpo deja de temblar, siento a Ané trepar sobre mis piernas, sentarse a horcajadas y acoger mi cabeza sobre su pecho. Me abrazo con fuerza.

—Lamento su muerte... —gimoteo como un niño—. Te lo juro que entre toda esta mierda de

rencor que sale hacia ella, la siento en el alma —confieso, como si tuviera que justificarme por todo lo que he demostrado estos días—. No la odio tanto como digo... joder... —Cierro los ojos con fuerza no puedo dejar de llorar. Siento una tenaza en mi pecho, que me aprieta con saña dolorosa. —. La he querido —mi voz sale estrangulada, me ahogo—. La sigo queriendo...

Y vuelvo a derrumbarme sabiendo que por mucho que soñara despierto y dormido con uno de sus abrazos, ya no se volverán a dar. Y que hace tanto del último, que está diluido en indiferencia; en esa que he mostrado cada día de mi vida ante sus actos enfermos.

Ané me abraza, sus dedos acariciando mi cuero cabelludo en la nuca me dan ese calor que necesito para mecirme en el luto que no quería salir. Cierro los ojos y me apoyo en el respaldo, sin soltarla, aspirando el olor de su pelo. Es increíble, huele a café, a dulce, parece que su perfume estuviera ligado a la Cafoteca, a mi vida.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero ella se incorpora y me mira, sus yemas acarician mis párpados alrededor de mis ojos. Sí, supongo que la tristeza está presente en esos surcos oscuros. Una pequeña sonrisa quiere asomar a mi boca y ella la capta, se le ilumina la mirada.

Esos ojos que me vuelven loco, esa luz que llena mi cabeza cuando no la tengo delante.

—Lo siento tanto, Martín... —susurra—. Siento muchísimo no haber estado contigo —se lamenta.

—Me fui yo, tú no tienes la culpa —mi voz ronca parece rasgar una tela entre los dos, una que necesitábamos romper para estar de verdad juntos.

Deja un beso suave en mis labios y se separa.

—Sabes que puedes contar conmigo. Cuando quieras hablarlo, o solo si quieres llorarlo... — Se encoge de hombros, no eleva la voz, no varía su intensidad—. Estaré aquí.

Me toca el pecho, sobre mi corazón, y sus dedos acarician justo el tatuaje de la rama de almendro. No sé si es consciente, pero a mí me traspasa una sensación de pertenencia, a ella, en la que me dejo caer. Me mezo en su entendimiento, en sus ganas de estar a mi lado, en la fortaleza que me muestra y me dice que puedo agarrarme cuando lo necesite...

—Te quiero —le digo, y lo hago porque estoy hasta los cojones de callármelo, porque con todo lo que me ha dicho y todo lo que ha conseguido su presencia en mí, no puedo esperar a otra señal para hacerlo.

Y no sé si ella siente lo mismo; se ha quedado perpleja, parpadea y me mira, una sonrisa tímida crece en su boca.

—Te quiero, Martín. Yo también te quiero —susurra y me estalla el corazón.

Atraigo su cara a la mía, desesperado por sentirla. Nos fundimos en un beso y en una necesidad superior a la pena que me embarga.

—Joder... —murmuro contra su boca—, siento tanto haberme alejado estos días —balbuceo entre beso y beso, entre lágrimas.

—No pasó nada con Varo —murmura, sin dejar de tocarme, de besarme.

—Lo sé, mierda... Lo siento tanto...

Me levanto de la silla con ella atada a mí y cuando llego a la cama me arrodillo sin soltarla, me tumbo sobre ella y beso su mejilla hasta colarme en su cuello.

Ella es mi hogar, con ella todo está bien.

Inspiro con fuerza.

—No, Martín, lo siento yo, siento que se dieran las cosas así, no haber hecho lo que tenía que hacer cuando tocaba. Siento que todo se malentendiera y no haber estado a tu lado en esos momentos —susurra de carrerilla.

—Shhh, ya basta de cómo lo podíamos haber hecho. Estamos aquí, y eso es lo único a lo que ahora podemos aferrarnos.

Me quito el jersey y ella hace lo mismo, nos cuesta mantenernos separados, necesitamos sentirnos y todo nos sobra con demasiada premura, así que, cuando me voy a lanzar sobre ella, me separa y habla:

—Desnúdate de una vez, no voy a ir por fascículos —tiene la voz tomada por sus propias lágrimas, pero me hace reír.

Mi carcajada, que nace desde mi estómago, me libera un poco de la pena que atenaza mis venas, esa que sé que tardará mucho en irse, porque la culpabilidad la sujeta con fuerza a mis entrañas.

Asiento y veo cómo hace lo mismo.

—Joder, va a ser un sueño tenerte en mis brazos —digo apresurándome con mi ropa.

—Despertemos nuestros sueños —me dice riendo, y sé que ella también se acuerda de mi sugerencia de aquella noche para su tatuaje.

—¿Con café? —pregunto con picardía.

—Con besos —ronronea gateando por la cama completamente desnuda.

—Y con amor, con mucho amor —replico y la atrapo.

Feeling good

Pilar

—Ya está la francesa cantando. —He aprendido a apreciar su música, pero meterme con ella y ver cómo Martín y mi hermana la defienden me hace una gracia terrible, es como si se volvieran uno.

—Es una lista de un montón de música, parece que la tienes fichada porque te gusta, pobre Zaz —salta Ané, y como no me ve me descojono.

Me flipa ver que mi hermana es ella, con sus gustos, sus cosas, sus manías. Que ha tardado, pero reconoce que las tiene porque se las hemos visto. Es una tiquismiquis del orden, tiene una tara importante con eso de meter algo nuevo en la carta de la Cafoteca cada mes y sacar lo menos llamativo de la vitrina, y no soporta el silencio cuando lee.

Esto último tiene sentido. Cuando Varo se iba de casa leía en soledad y sin un solo ruido y aunque haya pasado de puntillas y sin hacer mucho caso a ese tema de la deslealtad e infidelidad de la gente que llenó su vida durante doce años, sentir que mientras lee no escucha nada, la lleva de cabeza a ese recuerdo. Me dijo una vez que Martín era música y que nuestra Cafoteca era murmullo, pasar de hojas, chocar de cucharillas y el fantástico —esto lo dice ella, no yo— ruido de la máquina de café. Leer con cualquiera de esos sonidos de fondo son su vida, esa que le encanta.

Por mi parte lo tengo claro, si veo al imbécil del Varito por la calle le pienso explotar un huevo de un puntapié. Así, sin despeinarme mucho, que al estirado este no hay que darle muy fuerte para reventárselo, que tiene pinta de ser de cristal. Pero creo que este tío se lo huele, porque llevo un año y pico sin verlo, desde que se pasó por aquí antes del accidente que tuvo. Que se haya vetado Soria él solito *es bien*.

—A ver, hija, ¿qué quieres hacer con estos farolillos? —Mi madre estira la cadeneta y un montón de libros de papel de seda se abren delante de nuestros ojos.

—Pero ¡qué pasada, Pi! —Ané grita desde la ventana donde está bajando el estor para que el público sepa que está cerrado.

—A ver qué te has pensado que es tu hermana. Todo es poco para la abuela —opino orgullosa de mi adquisición.

—Se va a quedar maravillada —dice Ané, que sin darse cuenta se ha apropiado de esa palabra tan de Elisa.

—Sois un poco Lola Flores con el maravillaría. —Le guiño un ojo.

No es la primera vez que lo hablamos y nos ponemos a imitar a la Faraona. Bueno... soy yo la que la imito, Ané solo se descojona.

Adoro a la abuela de Martín, a la que muchas veces llamamos *abuela*, sin más. En realidad, todos lo hacemos y por eso le estamos preparando una fiesta para su cumpleaños. Cumple setenta y cinco y, a pesar de los disgustos que la han envejecido un poquillo, no los aparenta.

Estamos poniendo por las mesas aperitivos, además tenemos tarta y café para coronar la merendola, que sabemos que a Elisa le chifla, aunque sea descafeinado por orden de su nieto.

La puerta se abre y yo me ataco de los nervios, porque no me fio ni un poquito de la

capacidad de mi cuñado para distraer a la homenajead. Ya le he dicho que a ella no puede noquearla con un beso en los morros como hizo con mi hermana aquel cumple de hace ya casi un siglo.

Sonrí, hemos pasado muchas cosas juntos.

Diego entra con mis hijos y me quedo esperándolos en medio de la sala, con otra guirnalda entre mis manos.

—¡Cumpleaaaaños felizzzz! —Rigel se pone a cantar como loco en cuanto mi madre le pone un gorro de papel en la cabeza.

Lo que le gusta una fiesta a este crío.

—Mamá, ¿puedo leer un rato? —Ariadna llega hasta mí y me da un beso. No pierde ripio, empezó a leer un libro de la estantería de segundos lectores, que tiene un exitazo que nos ha sobrepasado, y ya me dijo en casa que necesitaba leerlo, que sí, al ser hija de la dueña, podía llevárselo a casa.

Mi hermana quiere dejárselo, pero yo necesito que comprenda el funcionamiento de la Cafoteca y que lo respete. Tiene muchos libros, para préstamos está la biblioteca y aquí debe acatar las normas. Una de ellas es que puede reservarlo y leerlo cuando venga, así que es lo que hace. Ané habló de hacer un club de lectura juvenil y mi hija se ha vuelto loca, eso de poder hablar de los libros que le gustan con otros niños le tiene alucinada.

Diego, cuando la niña se va directamente a uno de los sofás, se pone a mi lado.

—Está enganchada a la Tea y al Stilton —dice al acercarse, se pone a mi altura, es un poco más alto que yo, pero poco, por mucho que diga que son tres centímetros, y me da un beso en los labios.

—Y yo a ti —le contesto por lo bajini.

—Me acuerdo de lo de anoche y me pongo burro. Y, como se me note, tu madre es capaz de darme una colleja. —La mira de reojo, con miedo.

—No lo dudes —reímos y él vuelve a besarme, me agarra del culo...

—¡El culo de mamá, papá! —Rigel grita y nos separamos como si quemáramos.

La obsesión que tiene mi hijo con los culos no es ni medio normal.

—Hija, a veces creo que estás en el instituto —dice mi madre ofendida.

—¿No prefieres esto a que estemos tirándonos los trastos a la cabeza? —pregunto igual de ofendida que ella.

—Calla anda, y cuelga la chisma esa que como la coja tu hijo todo tu gozo en un pozo —sale por peteneras señalando otra guirnalda.

—Haya paz —media mi hermana.

—Si mamá viera los morreos que le pegas al *Dreamink* estabas tú también metida en su lista negra, así que no vengas de buena —le digo y me doy la vuelta.

Lo que me gusta meter cizaña entre ellas tampoco es muy normal. Igual tengo que hacérmelo mirar.

Diego se ha sentado en un sillón, y se descojona, mi marido lo hace siempre por lo bajo, y de esa manera mi madre no le dice nada porque además lo adora. Aunque ahora el puesto de yerno favorito se lo está jugando con Martín haciendo méritos.

—¡Ané! ¿Os besáis aquí delante de la gente? Dime que no. —La he escandalizado, su Ané sacando el lenguado de paseo con Martín. La cara de mi hermana, colorada como un tomate, no tiene precio.

—¡Que va! —contesta mi hermana.

—El día que os pille te manda al director —digo, y Diego estalla en carcajadas. Ya no hay ni ganas de disimular.

El carillón suena, mi padre entra con dos globos de helio que son el número de los años de Elisa.

—Javier, de verdad —el tono de ofensa de mi madre es para estudiarlo—, tus hijas están sufriendo una regresión a la adolescencia —se queja en cuanto llega a su altura—. Hay que aleccionarlas o algo.

—Eres una exagerada, de verdad —digo, imitando su tono y copiando su frase.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Botellón? —pregunta mi padre alarmado, pero no lo finge.

Mi hermana se lleva la mano a la cara y Diego sigue descojonándose.

—A ti te voy a dar palomitas —le digo reprendiéndole, es un descarado, ya no se corta nada.

—Se morrean, Javier, se morrean como si tuvieran dieciocho años a la salida del instituto —lo confiesa entre aspavientos.

Espero la reacción de mi padre y, ante nuestra mirada coge a mi madre, la dobla hacia atrás en plan peliculero y, tras gritos de estupefacción de la progenitora escandalizada, le pega un beso en los morros... ¿con lengua?

—¡Por favor! —grito y me vuelvo.

Diego se ha caído al suelo de la risa y le doy un puntapié en el culo.

—Levántate y échame una mano —le riño.

—¡Menos mal que estamos solos! —exclama Ané.

—¡Qué asco los abuelos! —dice Ari de repente.

—¿El culo de la abuela? —pregunta Rigel, señalando la mano del abuelo sobre el trasero de mi madre. Esta se aparta, pero veo que está encantada ante el beso de su marido.

A mí se me escapa una carcajada, miro a mi hermana que niega una y otra vez, y al final acaba cediendo ante el espectáculo familiar que estamos dando par reírse conmigo.

Mi padre mira a mi madre, le pone ojitos, ¡ojitos! y cuando se vuelve da dos palmadas.

—¿Dónde dejo los globos? —pregunta, como si no hubiera pasado nada.

—La lección está dada, mamá —le digo, chinchándola; y haciéndose la digna me ignora y hasta se alisa una arruga invisible del vestido, es de lo que no hay.

Está todo listo y van apareciendo los invitados, las chicas, como las llaman Martín y Elisa, van llegando por separado; dejan los regalos en una de las mesas, así, muy americano todo que para eso está el cine, para exportar lo bueno también. Gente del club de lectura en el que Elisa es la voz cantante y la organizadora de cada libro y cada reunión; Rafa y Marta, estos por separado, pero no por mucho tiempo porque juegan a no gustarse y a terminar juntos, pasan cierto tiempo en pareja y lo dejan otra temporada; Minerva y Unax llegan y se mezclan con todos, el niño se va a jugar enseguida con mis hijos porque han hecho muy buenas migas, y es que Martín y Ané se los llevan a los tres de vez en cuando de excursión y se lo pasan pipa.

Y cuando ya estamos todos, y sabemos que es la hora de que Elisa y Martín aparezcan por la puerta, se palpa la tensión. Ané está tan emocionada que hasta se le han saltado las lágrimas una vez. La Cafoteca está preciosa, mis guirnaldas son el adorno estrella, y Nina Simone lleva un rato sonando por los altavoces.

Aparecen y es como algo mágico, esta mujer lo es, desde luego. Según entra el estribillo de *Feling good* suena con los saxofones dándole todo. Mira a su alrededor con la sorpresa en la cara, nadie grita nada, solo le regalamos nuestras sonrisas, nuestro agradecimiento porque sea

parte de nuestras vidas, y ella se lleva las manos a la cara; sabe que estamos reunidos por ella, porque es su día.

Martín, a su espalda, la coge por la cintura pensando que se va a caer de la impresión; pero no, vuelve a mostrar su cara de felicidad.

—¡Qué maravilla! ¡Suena mi negra! —casi grita señalando el techo y su sonrisa crece tanto que hasta yo me tengo que morder el labio para no llorar, joder... que me pongo de un tonto con estas cosas...

Ané

Se me caen las lágrimas, y cuando mi chico, mientras agarra a su abuela, me mira y vocaliza un «gracias» con su cara llena de emoción, yo dejo de ver. Demasiada agua en mis ojos.

Pilar me da un codazo y me pasa un pañuelo. Es la segunda vez que me emociono con la fiesta, pero esto es el colofón. Miro a mi hermana y veo que ella también llora.

—Serás... —le digo estrechando los ojos y echándole en cara que me reprenda por hacer lo que ella también está haciendo.

—Si lloro por ti, que va a venir el *Dreamink* a besarte y se va a comer tus mocos. —Se ríe, la muy...

—De verdad, Pi, te falta un hervor. —Me seco y me sueno, no vaya ser.

—El que a ti te sobra —me devuelve y sigue riéndose. Yo creo que cuando se pone tontorrón no sabe solo llorar, tiene que andar tocando las narices al personal—. Yo también te quiero —remata con una sonrisa.

La miro y me río con ella. Para no quererla.

Elisa, encantada, está saludando a todo el mundo, y estoy tan embelesada con el momento que no me doy cuenta de que Martín se ha puesto a mi lado.

—Eres increíble —su voz ronca me hace dar un pequeño salto. Sus brazos me rodean y me besa la sien.

Que bien me sienta estar con él.

—Está feliz y guapísima —digo sin apartar la vista de la abuela.

—Sentirse rodeada de su gente va a ser lo que necesita. —Escucharlo hablar de ello siempre me rompe un poquito por dentro, pero me repongo porque soy su asidero y no pienso flaquear.

Aunque Elisa trate de demostrar lo contrario, no ha salido de la tristeza que le provocó la muerte de su hija. Es duro perder a un hijo, y no hay nada que dulcifique su ausencia, haya sido como haya sido en vida. Pero hoy sonrío, y lo hace de verdad. Martín lo sabe y yo lo siento. Está emocionada, se ríe, aprieta las manos en agradecimiento, y tras esa ronda llega a nosotros.

—Sois de lo que no hay. Estoy maravillada —nos dice y coge mis manos con cariño.

—Ideas de tu nieta —dice Martín.

Me encanta que me llamen así. Me siento tan de ellos como de mi familia de sangre.

La abrazo y me da las gracias en bajito, varias veces, me besa la mejilla y susurra:

—Eres lo mejor que le ha pasado a mi Martí. Cada día doy las gracias porque aparecieras en su vida. —Me hace llorar otra vez.

Se aparta y, con una sonrisa, se gira a su nieto, al que le dedica una mirada de alegría sincera que hace tiempo no veíamos. Después se va a continuar con la fiesta, los saludos, las charlas, la

merienda y con el café. Mi hermana le señala las guirnaldas y Elisa las aprecia tanto que le dice que quiere llevarse una a su casa. Pilar está tan complacida con ellas y con Elisa y su apreciación, que cuando esta dice lo maravillosas que son, mi hermana empieza a imitar a Lola Flores. Lo hace fatal, por cierto.

Pasamos un rato hablando con los invitados, brindando por Elisa. Cantamos el cumpleaños feliz y sacamos la tarta. La protagonista vuelve a emocionarse y sopla las velas, cierra los ojos y sabemos que ha pedido un deseo.

—Ojalá sea el mismo que el mío, abuela —susurra mi chico.

Con mis manos acaricio las suyas, que rodean mi cintura y él besa mi cuello, un beso rápido y casto. Me quedo tranquila, porque no aguantaría otro numerito ni de mi madre ni de mi padre en consecuencia. Pero cuando siento que Martín vuelve a besarme y que esta vez se recrea bajo mi oreja, me aparto. Me mira extrañado.

—Ley seca, cuñado —aclara Pilar a su lado—. Podéis iros al almacén, yo os cubro. He ido hace un rato a magrearme con Diego y nadie ha notado nada.

Me llevo la mano a la cara.

—No tienes remedio, hermana.

—Y tú eres una *ajustá* —ratifica negando, y por un momento pienso que va a volver a hacer el Lola Flores, porque pone la misma cara.

Martín se ríe y mira a Diego, que lo está escuchando todo y asiente orgulloso de la información que ha dado Pi. Bebe un sorbo de su copa.

—Es un buen sitio —corroborra.

Martín no deja de sonreír, y creo que se aguanta las carcajadas mientras mira a los lados y no entiende el motivo de tener que escondernos.

—¿No podemos besarnos? —indaga.

Me encojo de hombros y suspiro.

—No sin que mi madre se escandalice, parece ser —digo asumiendo la realidad.

—Y que nuestro suegro se desate —añade mi cuñado.

—¡Cúbrenos! —pide Martín en un susurro enérgico a mi hermana, me coge la mano y antes de entrar al almacén, intentando ser discretos, escuchamos a Pilar gritar:

—¡Pero nada de quitarse ropa!

—Es de lo que no hay —dice mi chico negando.

Entramos deprisa y cierra la puerta riéndose, yo también, para qué negarlo.

—Ven aquí —exhorta.

Sus manos en mis mejillas alzan mi cara y juega con mi nariz, lame mis labios despacio, deja un beso suave y me enciende como una bengala. Me contengo, pero me cuesta.

—Te quiero, mi taza de café. —Me hace sonreír.

Desde que me lo llamó en Madrid, tras nuestro reencuentro después de hacer el amor, lo menciona de vez en cuando y me derrite. Dice que huelo a café, que es imposible quitarme ese olor del cuerpo incluso bañándome en el mar tras un día de playa.

Me encanta, y me dejo llevar por el beso que despliega en mi boca, donde su lengua y la mía se enredan. La temperatura crece por momentos y me alza contra su cuerpo, enredo mis piernas alrededor de sus caderas, mi falda vaquera se me enrolla en mi cintura y sus manos abarcan mi culo, solo cubierto por unas braguitas que sé que le chiflan, con ganas, con muchas ganas.

La puerta se abre, pero no nos da tiempo a separarnos.

—¡El culo de la tía!

Nos dejamos de besar, pero a mí no me da tiempo a poner los pies en el suelo. Cierro los ojos y me consta que él también, nos quedamos un segundo con nuestras frentes apoyadas.

—¡Hija, de verdad!, pensaba que tú eras la buena —escucho a mi madre, que está detrás de mi sobrino, el cual mira con una sonrisa las manos de Martín sobre mi culo

Bajo despacio, Martín se ríe, lo escucho reprimirse, pero le es imposible.

Salimos del almacén y doy gracias a que no hay nadie más pendiente del grito de Rigel.

—Menuda forma de cubrirnos —le susurro a Pilar enfadada cuando me la encuentro. Cuando se descojona me doy cuenta de que seguramente haya sido ella la que ha mandado a Rigel al almacén.

—Serás...

Martín

Después del cumpleaños y de ayudar a recoger toda la Cafoteca, porque al día siguiente funciona desde el punto de la mañana, hago el camino de vuelta a casa agarrado a las dos mujeres de mi vida. Mi abuela me sujeta del brazo y a Ané la tengo cogida por la cintura. Es agosto, y hace un poco de fresco, ya van acercándose los meses de noches largas, y se nota, aquí siempre se nota.

Dejamos a mi abuela en la puerta de su piso y nosotros subimos al de arriba, un ático justo encima que compramos hace poco más de medio año. La reforma, sobre todo el aislamiento, ventanas, electricidad y calefacción, está hecha. Faltan muebles, pero tenemos lo más importante: cama, cocina, baño... y nos vamos apañando. Vivir de alquiler tenía el *handycap* de que los muebles no eran nuestros, pero poco a poco vamos acomodando el lugar. Es un piso lleno de luz con enormes ventanales, techos altos en el salón y abuhardillados en las tres habitaciones.

Ané se quita las zapatillas según entra y la miro caminar descalza hasta la alfombra, llena de cojines, que tenemos en mitad del salón. El sofá lo traen esta semana, estamos deseándolo. Se tumba e inspira audiblemente, cierra los ojos y levanta un brazo.

—Deja de mirarme tanto y ven conmigo —me dice, me saca una sonrisa más grande todavía y me apresuro a descalzarme.

Cierro la puerta con llave y enciendo una lámpara de suelo. Me acerco a ella, me tumbo a su lado y su cabeza se apoya en mi pecho. Huelo su pelo, a café, a dulces.

—Ha estado bien, ¿verdad? —pregunta acariciándome por encima de la camisa.

—Quitando la pillada de Rigel, todo ha estado mejor que bien —corroboro.

Se ríe conmigo, farfulla algo sobre lo elemento que es nuestro sobrino y lo jodida que es su hermana, aunque ella no dice el taco, Ané no dice palabrotas.

Nos quedamos en silencio.

Siento la vibración de mi móvil y lo saco del bolsillo trasero de mi pantalón. No me había dado cuenta que lo tenía ahí.

Es Félix, su mensaje parece un viejo presagio cumpliéndose:

«La cagué hace tiempo y ahora voy a pagarlo caro».

Está jodido, y el lunes que viene voy a verlo, me da que esta vez sí que va a tener ganas de hablar, esta vez va a ser el verdadero Félix el que me encuentre en su casa.

—Este domingo por la mañana me voy a Madrid —susurro y beso la cabeza de Ané.

—Félix está mal, ¿verdad?

—Sí. Me temo que ya se ha dado cuenta de muchas cosas —reflexiono en voz alta.

—A ver cómo se resuelve, me da pena —confiesa.

Sé que ella quiere mucho a Félix, pero no por ello entiende lo que está haciendo, sobre todo porque Luz lo ha pasado muy mal también.

Le doy unas cuantas vueltas en silencio a su historia, si es que se le puede llamar así y, mientras escucho la respiración tranquila de Ané, dejo mi vista fija en la pared entre los dos ventanales del salón. Mi chica ha empezado a colocar fotos en blanco y negro en diferentes marcos; de los viajes que hemos hecho, de la familia y dos muy especiales: del día que nos prometimos estar juntos hasta dejar de querernos, mostrarnos tal y como nos sentimos, no dejar de ser nosotros mismos... Esos y algún otro más de menor envergadura, fueron nuestros votos de esa boda sin firma y sin nadie más que nosotros, el mar y el atardecer en una playa desierta de Galicia. Ané quiso hacer muchas fotos, colocó el móvil en disparo automático, en ráfaga, una y otra vez, porque quería alguna imagen en la que se viera, aunque fuera un poquito, lo que nos queríamos. Y lo consiguió.

En una de las fotos ella está sobre mí, a contraluz con el atardecer de fondo, su cara muy cerca de la mía; sin poses, sin sonrisas forzadas, inmersos en una mirada eterna, nuestra, a la que probablemente le siguió un beso profundo y seguro que terminó con los dos en la cama de la autocaravana, profesándonos todo ese amor.

Fue un viaje de tres semanas recorriendo la costa norte hasta Portugal. Increíble.

—Podríamos hacernos otro viaje en autocaravana —digo de repente.

—Mmmm... —responde más dormida que despierta.

—Se me ocurre, por ejemplo, Normandía. —Me imagino por esos sitios de su mano, conduciendo nuestra casa móvil para ver atardecer cada día en un sitio diferente, y todavía me entran más ganas.

Hace un año me saqué el carnet de coche, no porque me insistiera, nunca me dijo nada, pero tras un viaje en el que fue ella quien cargó con todo el peso de la conducción, decidí que aquello no podía ser porque, además, viajar así con ella sin horarios, es una gozada que no quiero dejar de hacer.

—¿Y quieres llevarte a tus sobrinos? —pregunta adormilada.

—¡No! —contesto contundente —¿Y que no pueda tocarte el culo en una semana?

Empieza a reírse.

—Es que como les prometiste que cuando fuéramos en autocaravana los llevaríamos... —Se frota la cara con mi pecho, como buscando sitio.

—Pero no pueden perder colegio, su madre va a ser la que se encargue de dinamitar sus ilusiones, no yo —expongo convencido.

—En eso llevas razón. Por cierto... —De repente, se yergue sobre su brazo apoyado en la alfombra y me mira con los ojos entrecerrados.

—Dime.

Es tan entrañable verla así de tiernita y cansada, que sonrío como un tonto.

—Zaz canta en Ginebra en octubre —murmura casi para sí misma haciendo memoria.

Ese concierto que quedó olvidado porque teníamos demasiadas cosas que decir, me viene a la mente. Fue un día muy duro, pero necesario, y marcó el inicio de nuestra relación, la de verdad. Esa en la que las medias tintas no valen.

—Nos debemos un concierto suyo —digo convencido.

—Podemos cambiar ese viaje a la Bretaña francesa por Suiza. —Me mira y esta vez parece que se le ha pasado el sueño, la emoción ilumina sus ojos.

Me apoyo en mis codos y me acerco a ella, asintiendo y mordiéndome el labio. Es tan

bonita... me sigo perdiendo como un tonto en sus ojos.

—Me parece una idea cojonuda —murmuro acercándome a su boca. Ella pone su mano en mi pecho y me vuelve a tumbar.

Elevo una ceja.

—¿No puedo besarte? —inquiero fingiendo molestia.

—Debes, pero no solo eso.

Se pone a horcajadas y deja que su falda vaquera se le suba a la cintura, mostrándome sus braguitas color vino y transparentes. Ese tipo de bragas que hace un tiempo decidí que me volvían loco, y que le pedí que, si era posible, se pasara siempre con ellas puestas, solo con ellas, por casa.

—Cómo te gusta mi ropa interior —me vacila y se toca el monte de venus por encima de la tela. Me hace aguantar la respiración.

—Joder... pero ¿tú no estabas dormida? —La miro a los ojos e intermitentemente a su sexo, se me hace la boca agua.

Presiona su vértice contra mi bragueta y siento cómo me endurezco en décimas de segundo.

—Si es que me alteras, Martín. Miras así mis bragas y me alteras. —Le gusta cachondearse un poquito con mis debilidades sexuales, y a mí me pone a cien que lo haga y hacérselo pagar con creces, después.

—Quitártelas, eso es lo que más me gusta —mi voz sale ronca y densa.

Se ríe y se cierne sobre mí, para besarme en la boca. Me come con ansia, sujeto su pelo con mis manos para que no nos estorbe, lo tiene un poco más largo que cuando la conocí, y sigue siendo negro azulado. Mordisquea mi labio inferior con ganas y gimo.

—Menos mal que no te has dormido —susurro contra su boca en un receso.

—Puede que esto sea un sueño —murmura y se muerde el labio mientras se frota despacio contra mí.

«Joder...».

—Podría serlo, tiene toda la pinta —digo ahogando la última palabra porque su movimiento y presión me están llevando al límite.

Se levanta un poco, me desabrocha el pantalón y me baja la ropa para dejar mi erección libre, aparta su braguita y pone la punta en su sexo. Se masturba conmigo un par de veces, no puedo apartar la mirada de ese punto, y luego la coloca en la entrada, estoy completamente duro.

—Luchemos por este sueño —gime y, despacio, se ensarta en mí.

Fin

Agradecimientos

Gracias a ti que has llegado hasta aquí y que les has dado la oportunidad, espero que tu tiempo invertido en esta lectura haya merecido la pena.

Gracias a Uxía, Iago y a Pablo, sobre todo, por ese tiempo libre, en el que te has llevado a las fieras, y que me ha permitido cerrar esta historia.

Gracias a mis editoras Dulce Merce y May Blacksmith, porque os convertisteis en lectoras cero, y acogisteis la historia y a los personajes con cariño infinito, tratándolos como si fueran vuestros.

Gracias a mi lectora cero Estitxu, por tus ganas e interés y su rapidez leyendo.

Gracias a mi ciudad que tanto me ha inspirado, su clima, sus rincones y su gente.

Y gracias todos los lectores en redes que me habéis apoyado en este camino hasta el lanzamiento.

Espero, de verdad, haceros pasar un rato agradable con esta historia.

Acerca de la autora

Soy Ana Idam, escritora de novela romántica y erótica. Mis novelas de este género son *Noches sin luna*, *24 Horas* y *Presente. Pasado... Tú*.

También he metido la patita en fantasía con la bilogía *Un mundo de tres lunas*, de la que está publicada la primera parte *Xadia, la lectora de sangre*. Como no puedo renegar de mis preferencias, en ella la trama tiene sus tintes de romántica y su punto erótico.

Con *Dreamers*, he vuelto a la romántica, género en el que me siento como pez en el agua.

Me podéis encontrar en las redes sociales como:

Ana Idam escritora en mi página de autora en Facebook

[@anaidam7](#) en Instagram.

Página web: Anaidam31.wixsite.com